

JOSÉ LUIS MUÑOZ

LA
PÉRDIDA
DEL
PARAÍSO

-I-
GUANAHANÍ



*La trilogía
del Descubrimiento de América*



Buscando una nueva ruta hacia las Indias, Cristóbal Colón y su expedición pisan por primera vez tierra americana en Guanahaní, y se inicia de esta forma una de las más grandes epopeyas de la civilización occidental. Sabemos de la belleza natural que los deslumbró, de las insólitas costumbres (empezando por su desnudez) que hallaron en los pueblos indígenas y del descubrimiento de un nuevo mundo, a la vez mágico y amenazante. Pero poco sabemos de las disputas entre los tripulantes, de sus conspiraciones, de sus temores, de sus deseos incontrolados. De la mano de Marín de Urtubia, expresidiario y escribano de Colón, y del indígena Camani, que actúa como intérprete, nos asomamos a los primeros meses de un choque que iba a cambiar la historia. Con Guanahaní arranca *La pérdida del paraíso*, una gran novela de aventuras sobre un acontecimiento épico.



José Luis Muñoz

Guanahaní

La pérdida del paraíso - 1

ePub r1.0

Titivillus 26.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Guanahani*
José Luis Muñoz, 2002
Retoque de cubierta: Titivillus
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Pedro

Agradecimientos

A Pedro Muñoz Gimeno, por su asesoramiento, directrices, consejos y lecturas previas.

A Gloria, por su extraordinaria ayuda y apasionada implicación en un proyecto que hizo suyo.

A los doctores Benigno Rubio Serrano y Juan José Rubio Muñoz, por sus documentos sobre la sífilis y las enfermedades infecciosas.

A Pere Pinilla, Manel Puigventós y Jordi Balada, por su ánimo y comprensión.

A Gonzalo Fernández de Oviedo, por su maravillosa Historia general y natural de las Indias.

A mi padre, que me legó la pasión por la literatura y su devoción por los libros.

A mi madre, por su extraordinario coraje.

Capítulo I

El insecto anduvo revoloteando un buen rato, a la vera del pañol de proa, buscando la luz de la lámpara que casi no se balanceaba, el calor de su llama de aceite, hipnotizado por su brillo, para luego dejarse caer sobre el rostro de quien dormía echado sobre cubierta —uno de tantos—, recorrer sus mejillas y clavar su aguijón allí donde la nariz se soldaba con la cara.

—¡Maldición!

La picazón fue tan intensa que Domingo *el Negro* abrió los ojos y se propinó una fuerte palmada donde la piel le picaba y el músculo se hinchaba. Aún pudo oír el moscardeo burlón del insecto y hasta ver su sombra que pasaba rauda ante el farol, se perdía hacia el castillo de proa y luego era tragada por la oscuridad.

—¿Qué os ocurre? ¿A qué viene este escándalo? Nos habéis despertado con vuestro grito. ¿Os ha mordido algo?

Quien así hablaba, con voz ronca y tomada por el sueño, era Juan de la Plaza, un extremeño cuya aparente gallardía se veía mermada por una boca extraña, delgada y sin carne, una línea fina y larga que nacía debajo de una nariz recta y afilada enmarcada por una poblada barba. Entre él, Juan de Medina, Marín de Urtubia y el atacado por tan insolente insecto se había fraguado una extraña hermandad no bien subieron al barco: la que forjaron las cadenas que los alguaciles de la prisión de Sevilla rompieron liberando sus tobillos y muñecas una vez que decidieron enrolarse en la expedición para salvar el pellejo. Desde entonces estaban siempre juntos y, aunque eran muy diferentes de carácter, a todos parecía unirles la alegría por una libertad tan recientemente adquirida tras haber pasado meses en los calabozos húmedos de la prisión de Sevilla a pan y agua y esquivando los mordiscos de las ratas en la más completa oscuridad.

—¡Dejadme ver! ¡Caramba! ¡Buena roncha tenéis! ¿Viajaba un tábano en la bodega?

—La cecina, que se ha agusanado. Lo que es yo, no la como más.

—No había visto en mi vida una picadura de semejantes dimensiones —exclamó Marín, que de los tres era el que más curiosidad demostraba sentir por tan anodino incidente—. No creo que una mosca castellana haya podido agraviaros de semejante modo. Y no es tábano, amigo, puesto que no llevamos ganado.

Clareaba y la vista de los tres hombres se concentraba en la nariz —o lo que de ella quedaba— de Domingo *el Negro*, que crecía a ojos vista impelida por la erupción volcánica del veneno inoculado con tanta saña.

—Y me duele —dijo, tocándose.

—Pudiera tratarse de una señal de que nos acercamos a tierra.

—Sí, una mosca que nada doscientas leguas para venir a picotear la nariz de esta bestia. ¡Mal gusto tuvo la pobre!

El aludido era más ancho que alto, y su aspecto sería el de un rudo campesino si no fuera por la inquietud que despertaban sus grandes manos cortas y anchas, de dedos romos y malformados y uñas sucias, capaces de desnucar a cualquiera de un mamporro, y la siniestra cicatriz que le cruzaba la cara y se perdía bajo su barba. Soltó un gruñido, levantó el puño e hizo ademán de golpear a Juan de Medina.

—Sigo diciendo que ese insecto no lo llevábamos en el barco, que viene de allende los mares —insistió Marín.

—¿No podéis prescindir de vuestras fantasías de literato? ¿Qué locura es esa que pregonáis? ¿El sol y la sal os secaron el cerebro? —arremetió Juan de la Plaza—. Yo siempre dije —prosiguió, con tono burlón— que a nuestro amigo debieron encadenarlo para librar al mundo de sus poemas.

Esta vez fue Domingo *el Negro* quien retuvo con fuerza por la muñeca a Marín, para evitar que se enzarzara en una pelea con Juan de la Plaza y ambos acabaran encadenados en la bodega,

junto a los barriles de lastre.

—¡Peregrinas ideas, asociar una mosca con tierra! —siguió rezongando Juan de la Plaza, en un tono si cabe más virulento mientras se acercaba a la borda, pasando por encima de los durmientes y se pellizcaba el inexistente labio—. Esa maldita tierra llevamos viéndola ya desde hace semanas. Hemos sido engañados como estúpidos y perdimos nuestra oportunidad de regresar. ¡Si lo hubiéramos arrojado por la borda! Nos faltó decisión.

Habían perdido ya la cuenta de las singladuras que llevaban en el mar desde que tocaron puerto en la Gomera, para aprovisionarse de agua, y recalaron luego en La Palma para arreglar el gobernalle de la *Pinta* y el aparejo de la *Niña* y cambiar su velamen latino por el redondo. Reemprendieron la marcha desde las Islas Afortunadas, en las que más de uno tuvo la tentación de desembarcar y quedarse a pelear contra los guanches; un viaje suicida bajo el augurio favorable de la erupción volcánica del gigante nevado Teide, que los despidió con una espectacular salva de fuego.

El sueño del hipotético paraíso lleno de riquezas que estaba en la mente del Almirante había conseguido seducir a la tripulación durante los primeros quince días, pero luego cundió el desánimo y la desesperación. Nadie tenía fe en Colón, y los reproches mudos, contenidos en la mirada, se cernían sobre él cada vez que salía de su cámara y paseaba por cubierta en compañía del santanderino Juan de la Cosa, propietario y patrón de la nave, hombre de su confianza por su estirpe marinera y su experiencia en travesías por las costas occidentales de África. Se preguntaron por qué razón se habían embarcado en semejante empresa, cruzaban el océano —que siempre se había dicho que estaba poblado de monstruos—, habían doblado el tenebroso cabo de las Tormentas y puesto rumbo a un horizonte del que no hacía mucho se decía que el mar y cuanto flotaba en él se despeñaba en el vacío. ¿Hacia dónde se encaminaban? ¿Iban a las antípodas, en donde estaban los hombres que pisan la redondez opuesta de la Tierra y tienen las cabezas abajo? ¿Qué espejismo empujaba hacia semejante e incierto destino a toda aquella gente? ¿Ansias de fortuna, deseos de huir o quizá la pasión por la aventura?

En los barcos iban quienes huían de la justicia, de las deudas, del hambre, de oscuros asuntos del corazón, o quien huía de sí mismo, de una vida monótona y miserable ante la que cualquier hipótesis resultaba agradable, o los que quedaron fascinados por las leyendas fantasiosas que, desde Lisboa a Sevilla, hablaban del fabuloso Preste Juan, las islas Antillas, San Borondón y las especierías en un confuso batiburrillo de aventura, comercio, ciencia y náutica que actuaba de banderín de enganche. Eran gente diversa, de ralea y hacienda, algunos marinos, pero no muchos, oficiales reales, cirujanos o médicos, dispenseros, que cuidaban del fogón y los alimentos, carpinteros, orfebres, toneleros, galenos, grumetes, pilotos, reos desnarigados y desorejados por sus fechorías; amén del propietario de la *Santa María*, Juan de la Cosa, el notario Escobedo, de Segovia, escribano que debía levantar las actas de toma de posesión cuando descubriesen tierras, Diego de Arana, contramaestre de la nao, Pedro Gutiérrez, administrador real, Rodrigo Sánchez, veedor, Luis de Torres, un judío converso de gran inteligencia y don de gentes que conocía el árabe y el arameo, los hermanos Pinzón, que capitaneaban las dos carabelas, y su gente de Palos, embarcada a la fuerza. Llevaban como provisiones para esa travesía —que nadie sabía si sería de semanas o meses—, galleta, carne salada, garbanzos, aceite y alubias, que eran los principales alimentos, pero ni rastro de verduras, y en lugar de agua, que se corrompía, el vino era la mejor bebida.

La desesperanza había comenzado a anidar en la mente de la tripulación a partir de la segunda semana, cuando todas las promesas de dar con tierra se vieron frustradas y el viento parecía haberse puesto de parte de quienes calificaron la empresa como una locura que no iba a tener más fin que la muerte en la mitad de un mar desconocido. A todos les aterrorizaba engolfarse, meterse en el océano y perder de vista la costa, y se preguntaban cómo diantre se podía guiar

el Almirante, sin tierras a su alrededor, en aquel desierto de agua. Habían perdido toda referencia hacía muchos días, cuando dejaron atrás Hierro, y con ella la tranquilidad con la que hasta entonces seguían el viaje. Les entró el pavor hacia lo desconocido, que hasta entonces habían domeñado y guardado en su interior, en cuanto perdieron de vista el perfil abrupto de la isla canaria. El mar era una balsa de aceite —se decían— que en cualquier momento mostraría su verdadera cara siniestra y los engulliría como una gran bestia hambrienta. Y aquella calma, tan irreal, que día tras día se sucedía, les inquietaba más que la más espantosa de las tormentas. Avanzaban, sin remisión, y eso les angustiaba porque creían que algún día, tras el horizonte, tropezarían con la nada. ¿Cuándo se acabaría el mar? ¿Cuándo llegaría el momento en que las naves caerían en ese espantoso abismo del fin del mundo? ¿Y cómo regresarían si esa escasa brisa soplaba siempre en la misma dirección desde que partieron? Acudían entonces, en sus ratos de ocio y en sus largas noches de insomnio, los fantasmas de seres terroríficos que surgían de esas aguas tan engañosamente calmas, y nadie estaba a salvo de las pesadillas recurrentes, salvo el Almirante que, dominando sus miedos, no dormía y permanecía siempre atento, oteando el horizonte o vigilando a los suyos.

Como una epidemia, las pesadillas se multiplicaron, y por las noches, junto a los ronquidos, se podían oír alaridos dictados por el horror de los sueños.

Marín despertó en mitad de la noche, con un dolor agudo en el costado y casi sin respiración. Abrió los ojos, aterrorizado, y miró a su alrededor. Por fortuna, no estaba flotando en la inmensidad del mar, rodeado de monstruos de informe aspecto, sino en la cubierta de la nao, entre sus compañeros sudorosos. Hasta el hedor que exhalaban sus cuerpos lo tranquilizó.

—¿Os estaban matando? —le preguntó, burlón, Juan de la Plaza.

—¿No dormís?

—¿Con este calor?

—Peor —suspiró—. Los demonios me llevaban hacia el abismo.

—Estaba convencido de que no creíais en supersticiones.

—No, estando despierto, mas cuando duermo no soy dueño de mis pensamientos.

Los miedos se alimentaban con los sueños. La ignorancia ponía trabas a la expedición como las había puesto en su inicio. Domingo de Lequeito tuvo una extraña pesadilla de la que despertó con escalofríos una mañana con tanta bruma que velaba el horizonte. Tenía los ojos abiertos, tan abiertos como los de un ahogado sacado de las aguas, y no miraban a nadie. Permaneció así, quieto, sin decir nada a nadie, mientras los marineros lo rodeaban, extrañados.

—¿Qué os ocurre? —le preguntó Juan de la Plaza tras abofetearlo.

Respiró hondo mientras recuperaba el resuello, pero aun así la voz tardó en salir de su garganta, como si una mano anónima la cercara y estrujara.

—No sé dónde estaba... —Y al empezar a hablar el círculo de oyentes se multiplicó, esperando escuchar algún prodigio de su boca.

—Pero hablad de una vez, o quizá necesitéis de algún que otro golpe.

—He soñado que me levantaba por la noche y caía al mar. ¡Sentía la humedad de las aguas, veía su oleosa negrura! Quería gritar, pero no tenía voz. Y los barcos se alejaban, me dejaban allí, flotando. Creí morir cuando se hundió la última vela en el horizonte. Entonces vi algo flotando a mi alrededor y suspiré de alivio, pues parecía una balsa, el pecio de un naufragio a la deriva. Saqué fuerzas de mi cansancio y nadé. Ya casi lo tocaba. Entonces oí la muerte, Dios mío, vi que lo que yo creía mi tabla de salvación no era sino un ahogado inflado y descompuesto, sin cara, ni dientes ni nada, devorado por miles de peces que se arremolinaban a su alrededor y hacían hervir el agua para arrancarle las últimas piltrafas...

—¡Basta! No sigáis.

—Extraño sueño. ¿Y luego?

—Me hundía en el agua, me ahogaban algas y peces, era arrastrado por una corriente hacia el

abismo.

Cuando aparecieron las hierbas flotando en el mar tuvieron la sensación de que sus peores pesadillas se cumplían. Habían soñado con seres horribles, mas nunca previeron un bosque sumergido en medio del océano. ¡Qué extraño fenómeno, ése! Aparecieron primero como pequeñas manchas verdes, alejadas unas de otras, se fueron comprimiendo, como si tuvieran vida y se reagruparan, hasta que el color azul del mar casi desapareció y fue verde y vegetal.

—¿Qué es esto? —gritaban con espanto, viendo que los sargazos los envolvían, les cerraban el paso, dificultaban la navegación, haciéndola más lenta aún.

—Parecen las ramas superiores de los árboles plantados en la profundidad de la sima.

—Eso indica que la tierra está próxima —dijo Colón, tratando de combatir el desánimo—. Bosques que arrastra un río caudaloso, el Ganges, seguramente.

Los marinos, asomados a la borda, miraban desalentados esa gran hidra de largos brazos vegetales que llegaba hasta el horizonte, tan grande como el mar, que en cualquier momento podría cortarles el paso y engullirlos.

—¡Allí, allí!

El grito de Domingo Vizcaíno hizo que todos acudieran a babor, con lo cual desnivelaron el barco, y hubo de salir el Almirante de su cámara, encendido de rabia, a gritarles que no se agolparan en un mismo costado si no querían voltear la nave.

—¿Qué habéis visto?

—Sí, contad. ¿Qué es?

—Lo he visto, un monstruo, entre la hierba, todo dientes, la piel grisácea, ojos de asesino.

—¡Todo el mundo a su sitio! —gritó el contramaestre Diego de Arana. Mas no le hicieron caso y continuaron oteando el bosque vegetal que se cernía a su alrededor.

—Lleva razón Domingo —confirmó Juan de la Plaza, señalando con la punta de su cuchillo—. Lo veo allí y, ¡que me traguen los demonios!, es enorme, un verdadero monstruo.

Todos aguzaron la vista, y todos juraron verlo, aunque no fuera cierto. El monstruo marino avanzaba sorteando las lianas vegetales de los sargazos y se acercaba al casco de la *Santa María* con la boca abierta, erizada de dientes, dejando tras de sí un siniestro surco en el agua.

—¡Maldito bicho de mal agüero! —gritó Marín, tomando una pica—. Matémoslo.

—No os vayáis tras la lanza —advirtió Juan de la Plaza—. No seré yo quien os saque del mar.

La bestia golpeó la quilla con la cola, miró con ojos asesinos a los humanos que se agolpaban, con una mezcla de curiosidad y terror, en la borda, e intentó saltar, sobresaliendo unos palmos del agua. Marín lo arponeó con la pica, que se clavó en un costado, aunque su intención fuera hundirla en la boca; la fuerza del animal le desvió el golpe, y la bestia, con la pica hincada en sus carnes, se alejó y se perdió entre los sargazos, dejando un surco de sangre.

Tras muchos días navegando por aquel mar verde de fortísimo hedor, que nadie lograba explicarse, ya nadie creía que las inmensas extensiones de sargazos flotantes que rodeaban la nao y las carabelas fuera la hierba que arrastraran hipotéticos y caudalosos ríos al mar, como el Almirante pretendía hacerles creer. Aquel océano vegetal del mar de los Sargazos que los acompañó durante una buena parte del viaje, tan monótono como la calma chicha, fue más una condena que una esperanza. Y cundió con más fuerza el desánimo.

—Creo que estamos irremisiblemente perdidos —espetó Domingo Vizcaíno, el tonelero, que hasta entonces se había mostrado optimista y andaba a esas alturas del viaje, más agriado que el vino de la veintena de barricas que había en la bodega—. Nunca debimos embarcar. ¿Quién va a pagarnos si fenecemos?

—¿Para qué querréis la plata si estaréis muerto? Ésa sí que es buena. Dadme, en vida, vuestros ochocientos maravedíes mensuales.

—Que nadie aún ha cobrado...

—Dicen que al sur del cabo Bojador se extiende el mar Tenebroso, en donde las aguas cálidas

se mezclan con las frías, y éstas con la niebla y la arena. Nadie puede navegarlo, forma un verdadero muro, el Finis Mundi contra el que nos estrellaremos.

—Sí, y luego hay tierras de gigantes, de pigmeos, abismos y mujeres Amazonas. —Marín trató de quitar hierro a la inquietud de los hombres—. Todo eso son supersticiones.

—Dicen que allí en medio hay islas fabulosas —barbotó Domingo *el Negro*, hundiéndose raudamente en su crespa melena pulgar e índice de una mano, con los que atrapó un orondo piojo que explotó con un chasquido bajo la tenaza de carne.

—La isla de Ofir, en donde se encuentran las minas del rey Salomón; Taprobana, infestada de serpientes, la de San Borondón, junto al Paraíso Terrenal —enumeraba, incrédulo, Juan de la Plaza—. ¿Qué nos espera al otro lado? ¿Monstruos, mujeres, enanos? ¿Mares vegetales que nos atrapan entre sus tentáculos como enormes pulpos? Mejor mujeres, ¿no es cierto?, aunque tengan un solo pecho y los ojos en la frente.

—Esos prodigios están aquí, en vuestra cabeza, fruto de la ignorancia —dijo Marín—. ¿Alguno de vosotros ha leído la *Odisea*?

—Pero ¿por quién nos tomáis, literato? —rió, con ganas, Juan de la Plaza—. ¿Qué es eso? ¿El título de vuestro último poema?

—El viaje de regreso de Ulises a Ítaca está poblado de prodigios, de extraños seres, de gigantes con un solo ojo que con el pie pueden hundir un barco. Pero es una leyenda, amigos.

—Nadie nos dice que no pueda haber gente extraña —espetó Juan de Medina—. Gente con cabeza de perro, o que andan a cuatro patas.

—El vino y el sol son la causa de tales imaginaciones. Los monstruos no son sino hijos de los sueños.

—Pues el sueño que nos explicó el otro día Domingo de Lequeito no me deja dormir tranquilo. Todas las noches, antes de quedar dormido, me ato el brazo con un cabo al mástil, no sea que despierte, caiga por la borda y me ahogue.

—¡Claro! Porque no sabéis nadar.

Un suceso vino a alterar más los ánimos cuando ya éstos ardían por el sol, las penurias y la ausencia de vientos. Un marino de la *Pinta* dio un grito y su voz fue oída por los tripulantes de las tres naves. Algo flotaba sobre ese mar calmo enmarcado por los sargazos en el que ni la brisa conseguía imprimir su dibujo. Los barcos se aproximaron hacia aquel extraordinario evento que los sacaba de la rutina, muy juntos, cuidando de que no toparan unos cascos con otros. Los marineros se agolparon en las proas de las naves, sedientos de curiosidad, y vieron cómo aquel extraño objeto flotante que se balanceaba en las aguas adoptaba formas reconocibles.

—¡Es un hombre!

—¡Un ahogado!

Miraron, instintivamente, a Domingo de Lequeito y éste no dio señales de emoción; permaneció petrificado en la borda de la *Santa María*. El cuerpo del infortunado flotaba entre los barcos, que habían cerrado un triángulo a su alrededor. Estaba de espaldas, hinchado, de tan hinchado que su inconfundible camisola de marino se había incrustado en sus carnes, más blancas que el mármol de los cementerios, y mantenía los brazos sumergidos, como los extremos de las piernas, el pelo largo pegado al cráneo, como una tela, ya no se sabía de qué color.

Observaba el Almirante aquel revuelo desde el puente de mando de la nao capitana con semblante adusto, flanqueado por Juan de la Cosa y Diego de Arana, y maldecía en su interior el ojo del marinero que lo había avistado.

—Volteadlo —ordenó.

Oyeron la orden del Almirante, pero se comportaron como sordos. Era como si el terror a lo que pudieran descubrir dando la vuelta al extraño cadáver perdido en la infinitud del océano

los paralizara.

—¡He dicho que lo volteéis! —exigió, esta vez con voz ronca.

Fue Juan de la Plaza el más osado; apartó a los curiosos que miraban el cadáver que ya estaba a punto de topar con el casco de la *Santa María* en su lento balanceo.

—Apartaos, mujerzuelas.

Y con el palo de la pica golpeó hasta tres veces el hombro del desdichado hasta hacerlo girar todo él. Los curiosos dieron un paso atrás y se cubrieron las narices, sacudidos por el hedor a muerte. No tenía cara, ni entrañas, era una carcasa hueca, devorada por los peces, una cara sin rostro enmarcada por cabellos largos de edad indeterminada, un tonel de hueso y piel en cuyo interior anidaban algas y serpientes marinas. ¿Quién era? ¿De qué barco había caído? ¿De qué lugar procedía? ¿Hacia dónde iba?

Se perdió el ahogado en el mar, pero su imagen perduró como una maldición en los sueños de la tripulación. La quilla cortaba una agua que ya no era azul, sino negra. Y los marinos especulaban, tendidos en cubierta, sobre su profundidad, aunque los escalofríos les recorrieran la espalda al imaginar el abismo que se abría bajo sus pies.

—Como la Giralda.

—Ya me conformaba yo con esa profundidad. Más, mucho más.

—¿Sabéis qué creo? —dijo Juan de la Plaza—. Que este mar es tan profundo como alto el Mulhacén.

Un silencio siguió a su hipótesis mientras todos palidecían.

—¿Os imagináis que se rompe el casco de la nao?

—Y nos precipitamos todos en el abismo.

—Nunca he visto yo agua tan negra.

Llegaba la noche y ya nadie controlaba sus sueños. Gritaban sordamente, engullidos por maléficos seres, atraídos por la sima insondable, descuartizados por las tormentas, devorados por mujeres amazonas que, después de vaciarlos de esperma —un instante de gozoso alivio—, les arrancaban el miembro tras simular que devotamente iban a besarlo.

—Yo procuro soñarme en placentero ejercicio con una hermosa ramera cuyo cuerpo es un remiendo de todas con las que estuve, morenas, rubias, gitanas, moras, buenas grupas y pesadas tetas por donde asirlas mientras cabalgo su culo —dijo Juan de la Plaza, secando el sudor de su cuerpo con un paño mientras ahogaba su sed con un cuenco de vino.

—¿Eso os alivia?

—No tanto como se alivian algunos de este barco.

—¿Qué queréis decir?

Juan de la Plaza tomó a Marín por el brazo y lo hizo acercarse un poco más.

—¿Acaso no tenéis hambre de mujer?

—No es novedad.

—Pues hay quien la encuentra en esta nao.

—No os entiendo.

—¿No me entendéis? ¿Si la necesidad os hiciera holgar con alguno de los que aquí están? ¿A quién escogeríais?

—Me ofendéis con vuestras suposiciones.

—Imaginad que ya nunca vemos tierra, que ya no habrá más mujeres. ¿A quién emplearíais como tal?

—¿Es un juego para pasar las horas?

—Es más que un juego. Dad un nombre; no voy a acusaros de bujarrón.

Pensó un rato, por diversión.

—Quizá Diego de Salcedo.

—Bien, por joven. Pero es el criado de Colón. Descartado.

—Me rindo.

—Alguien sin vello en el cuerpo, con escasa barba, sin grasa en el abdomen, con redondeado culo... ¡Diego Bermúdez, amigo Marín! Me consta que es puta silenciosa y complaciente y tiene las noches cogidas.

—¡Bujarrones!

—De necesidad. No lo es quien cabalga, sino el que consiente y yace.

—¿Habláis con conocimiento de causa?

La mano de Juan de la Plaza brotó de repente, armada con un cuchillo, y el filo acarició la garganta de Marín sin que éste pudiera hacer otra cosa que tragar saliva.

—No confundamos, amigo. Te he hablado de Diego Bermúdez por si un día os tienta desahogar con él lo que desahogáis en sueños.

Observó en adelante al tal Diego Bermúdez y diose cuenta de que la Naturaleza quizás equivocara con él su sexo. Bello como un efebo griego, con el cabello ensortijado y el rostro desafiante, andaba casi todo el tiempo desnudo, con el cobijo de un escuálido taparrabos, y llevaba siempre la sonrisa prendida de sus carnosos labios. Mas no le tentó en absoluto su hermosura de modelo de Donatello, el famoso escultor renacentista, y le horrorizó que a otros les tentara y, tras ser tentados, pudieran seguir llamándose hombres.

El comportamiento cada vez más imprevisible de los tripulantes preocupaba a Colón. El galeno Juan Sánchez achacaba esa irascibilidad a flor de piel a un exceso de semen que, al no poder ser vertido, volvía a sus fuentes y era el culpable de los arrebatos de ira por el dolor que causaba.

—Tenga en cuenta, Almirante, que es gente brava, ducha en lidiar mujeres en burdeles, y que tanta abstinencia les tiene la cabeza tomada.

—¿Qué opináis de la marinería? —preguntó Colón al siempre sensato y ecuánime Luis de Torres.

El judío converso que iba embarcado como intérprete en la *Santa María* mojó sus labios en áspero vino, más parecido al vinagre, y clavó sus ojos glaucos en su interlocutor.

—Creo que están enloqueciendo, Almirante. ¿No veis sus rostros? El exceso de sol está haciendo estragos en sus cabezas, como el no hallar esas tierras que tanto anhelan.

—¡Paciencia! —gritó Colón, describiendo círculos con sus pasos por la cámara—. Llegarán, sé que llegarán, pero no me hagáis decir cuándo. Yo no preveía esta calma chicha; no ha soplado viento desde que salimos de las Canarias.

El barco, pese a que flotaba rodeado del aire y el agua —los materiales de la libertad—, se había convertido en la más espantosa de las mazmorras para los noventa pasajeros de las tres naves, una mazmorra cuya reja era la infinita superficie del mar. Y el calor era un tormento para casi todos, ya que muchos no osaban tirarse al agua y nadar, o porque no sabían mantenerse a flote, o porque temían que algún fantástico monstruo los tomara del pie y los llevara al abismo. Llevaban todo el trapo desplegado, pero apenas avanzaban y se movían con extrema lentitud, impulsados por soplos de aire apenas perceptibles. Y el marasmo del tiempo se contagiaba, forzosamente, a la tripulación que holgazaneaba en cubierta.

—Llevo preguntándome desde que partimos, literato, qué asunto os llevó a la cárcel y a acariciar los peldaños del cadalso —preguntó Juan de la Plaza a Marín.

—¿Por qué no empezáis vos primero?

—No tengo inconveniente. —El extremeño adoptó una pose altanera mientras dejaba caer su acerada mirada sobre su interlocutor—. Serví en el ejército durante toda mi vida y llegué al grado de capitán, un empleo que me gustaba. Pero mi enemistad con cierto mando y el negarme a estar siempre a las órdenes de alguien que me detestaba me llevaron a darme de baja y a buscarme la vida como pude.

—Robando y asesinando.

Una nube de furia ensombreció e hizo casi invisibles los ojos de Juan de la Plaza mientras las

venas del cuello se marcaban con iracunda determinación.

—¿Quién se ha ido de la lengua? ¿Ese cerdo de Medina?

—Luego, es cierto.

—Se trataba de comer o morir de hambre. Organicé una partida. Hombres valerosos, sin escrúpulos, rufianes de taberna, luchadores, la hez de la sociedad, pero que funcionó como un puño bajo mi voz y mi disciplina. ¿Que murió gente? Puede. Hay quien es reacio a dar su bolsa y le tiene más apego al oro que a la vida. —Hizo una pausa mientras mordisqueaba una infame galleta que ni los gusanos habían querido—. Pero ahora os toca a vos, literato, inventaros vuestra hermosa historia de por qué estuvisteis a punto de subir conmigo al cadalso. Mi aspecto es el de un rufián, pero el vuestro sería el de un querubín si no fuera por vuestra poblada barba rubia que os hace parecer feroz.

—Una pendencia que acabó en muerte fue la causa directa de mi sino. Cierta prohombre de Sevilla, llamado Gaspar de Reynal, personaje siniestro y poderoso, había ofendido mi dignidad y la de mi amada, y la ofensa se lavó con sangre en el campo del honor.

—Una muerte en duelo no es suficiente causa para condenaros.

—Sí, si el muerto es persona influyente y el que se bate con él ni tiene nombre, ni fortuna ni amistades.

—¡Por una dama! Un entuerto de poeta. ¿Y valió la pena?

—Desde entonces me lo he preguntado todos los días. Pero ya no tiene remedio. Me vi obligado a ello si deseaba mirarla a la cara y reconocirme en el espejo.

—No os imagino dando muerte a nadie. No tenéis ese aspecto. Y máxime a un rival que, por lo que contáis, era experto en pencias.

—Me cegaba la ira. —Marín entornó los ojos, se concentró en sí mismo, como si rememorara el momento—. Cuando se nos nubla la razón todos podemos ser imprevisibles.

—No me dais miedo, Marín. ¿Y el juicio? ¿No ajustasteis defensa?

—Esgrimieron mi propia confesión. ¿Habéis sufrido la caricia del potro? No os lo recomiendo. Quizá yo no sea muy osado, ni gallardo, más bien mi temperamento es reflexivo, pero lo que puedo aseguraros es que no soy loco, y que ante el daño físico, ante el dolor, flojeo. No tengo por qué fanfarronear de valor y resistencia, y el que lo haga es un pobre miserable, una acémila. Casi prefiero la muerte rápida a sufrir tormento lento, porque éste nunca se sabe si te va a librar de ella o bien va a ser su entremés. No bien me subieron al potro y estiraron mis brazos y mis piernas con la primera vuelta de tuerca, confesé, y con la misma hermosa caligrafía con la que escribía encendidos poemas de amor a mi amada firmé el haber matado a traición, por la espalda, al gentilhomme Gaspar de Reynal, una falsedad por cuanto le había dado muerte en duelo, de frente, gallardamente, a cara descubierta, una estocada en el pecho, certera, y otra en la riñonada, cuando se giró y, en un movimiento desesperado, intentó la huida.

—¡Pero le pinchasteis en la espalda! Allí está el motivo de la condena. ¿Por qué no dejarlo huir si ya se había rendido? A enemigo que huye, puente de plata.

—La ira. ¿No os movía la ira cuando rebanabais los gznates de los judíos que se negaban a entregaros sus bolsas?

—Juro que los mataba sin ira.

—Pues entonces sois un frío asesino.

—No lo pongo en duda.

—¿Y Domingo? ¿Qué hizo él?

—Literato, si os mueve la curiosidad mejor será que se lo preguntéis antes de empezar a fantasear.

—Mató a una mujer.

—Creo que fueron varias.

—Tras forzarlas. Tiene una cicatriz que le surca el rostro. La dama infeliz que trató de defender su honor... Es repugnante.

—Serían rameras.

—¿Nunca habéis sentido amor por una dama?

—En los burdeles, entre los brazos sudorosos y las piernas bien dispuestas, en las ciudades asediadas, cuando todo lo que corre forma parte del botín, esa palabra sobra, literato. ¿Sabéis a quién amo con todas mis fuerzas, por quién daría mis brazos y mi corazón? Por mí mismo, Marín, sólo por mí mismo.

En sus ojos, en el color rojo sanguinolento que teñía las pupilas, se podía leer la maldad de las almas y la magnitud de los crímenes. Hay quien lleva en su interior la condena, oculta en su espíritu, y ésta no trasluce al exterior si no es a través de la mirada. Hay quien la lleva escrita, como en un pergamino, en la propia piel, en esas señales identificables en sus muñecas y tobillos, franjas de carne ulcerada, rugosa, marchitas por tantos años de cadenas, que huelen a metal aunque hayan sido liberadas de él, la huella de la cuerda formando collar en el cuello, o las mutilaciones de escarmiento en orejas, narices y dedos. A Domingo *el Negro los* verdugos le habían rebanado una parte considerable de la nariz, por lo que su aspecto era monstruoso sin el apéndice nasal y con las grandes fosas al descubierto. Juan de Medina tenía una oreja menos, que emboscaba bajo los cabellos, y a Juan de la Plaza le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda. Sólo Marín se había salvado de la infamante mutilación.

—Marín de Urtubia, os llama el Almirante —dijo Diego de Salcedo, el joven sirviente de Colón, tirándole de la manga y sacándolo de la abstracción.

—Literato, vuestro amo os reclama —repitió con aire burlón Juan de la Plaza.

El literato se había ganado la confianza del Almirante en los primeros días del viaje, cuando éste paseaba por cubierta —costumbre que aparcó cuando soplaron malos vientos entre la tripulación y corría serio peligro de ser lanzado por la borda—, y mataba él su tiempo libre versificando sus sentimientos sobre pergaminos. Colón se detuvo ante él, inquirió entonces sobre su nombre, aptitudes y trabajo en la nave y quedó prendado por algunas líneas de un poema inacabado y anónimo dedicado a su amada, que tomó de sus manos sin resistencia.

—¿Acaso sois poeta? El armador me dijo que erais un simple preso, y peligroso, por cierto. Yo no recibí instrucción, pero sé discernir la belleza en un texto, y éste la tiene aunque alguna palabra no entienda.

—Antes de embarcarme en esta su empresa, era literato.

—¿Literato? ¿Y es ésa una profesión de honra o es cosa de bufones, de divertir a la gente?

—No siempre ha sido así, Almirante. Un egregio poeta, Jorge Manrique, contribuyó con su espada a entronizar a su majestad Isabel. Yo puedo relatar los acontecimientos de este viaje, si a vuesa merced le parece bien.

—Una cosa es escribir las cosas como poeta y otra, bien distinta, como cronista. El poeta tiene licencia para contar las cosas como debían de ser en su imaginación; el cronista las ha de escribir como realmente fueron.

—Puedo mentalizarme y hacerlo, puedo tocar la tierra con los pies, mi señor Colón, y reprimir mi fantasía.

—¿Y qué hacíais para ganaros la vida?

—Escribir y leer cartas para quienes no sabían de letras.

—¿Y qué ha tenido que hacer un hombre de letras para caminar hacia el cadalso?

—Amar con pasión.

—Ya me lo aclararéis. Creo que os he encontrado empleo y que podréis serme útil. Vuestro nombre.

—Marín de Urtubia, señor Colón.

—¿Del norte?

—De Leizarán.

De inmediato dejó de baldear la cubierta con cubos de agua y aparcó el engorroso y esforzado trabajo de trajinar con las velas de los palos trinquetes, mayor y mesana por labores más intelectuales como la de intentar transcribir a lenguaje inteligible las palabras del capitán general de la Armada.

Se aproximó al Almirante, que tenía su cámara en la chupeta, junto a la toldilla, tras cruzar la cubierta de la *Santa María* y sortear los cuerpos sudorosos y desnudos de los marineros. Cristóbal Colón, que se recostaba bajo el vano de la puerta, lo invitó a pasar con un gesto al interior sobriamente decorado, sin más mueble que una cama, una mesa, un sillón fraileroy dos sillas de tijera, y le ordenó que tomara asiento en una de ellas mientras él descansaba en el sillón. Se había desprendido del sombrero, de los talabartes y de los tiros con adornos de oro y plata con que se había embarcado, y cubría su grande y tosco cuerpo con un sencillo paño, el típico blusón de caperuza que usaba la marinería, quizá para estar más cómodo. Sobre la mesa, junto a la lámpara de aceite que languidecía, había extendida una carta náutica en la que Marín pudo identificar las islas Canarias y los contornos de África conocidos, y al otro extremo del mapa nada, la nada, un enorme interrogante en una extensión que, al imaginarla, causaba vértigo.

—¿Miráis la carta? ¿Entendéis algo? No es fácil, Marín, guiarse por estos mares cuando se pierde de vista la costa. Mediante la aguja de marear, el cuadrante y la estima puedo saber por dónde vamos, y ahora estamos aquí —y puso el dedo en un lugar de la carta, lejos de África, en medio de la nada—. Nadie sabe por qué el hierro, tocado con piedra imán, mira siempre hacia el norte, pero así es. ¿Es propiedad de la aguja imantada o del norte? Lo mismo da si me sirve para orientarme y no perder el rumbo.

El Almirante había envejecido notablemente desde que había partido del puerto de Palos ya no se sabía cuándo, como si los días se doblaran o triplicaran y la vida se acelerara de forma progresiva hacia la muerte, y ni su cara ni su cuerpo eran los de un hombre de cuarenta y un años, que era la edad que tenía entonces. Decían que nunca superó el fallecimiento de su esposa Felipa Muñiz de Perestrello, que tan pronto murió, y le dejó un hijo y a él sumido en la melancolía. Era hombre de buena estatura, largos miembros, cariluengo, bermejo de piel, pecoso, pero su rostro noble se había ido transformando a medida que había crecido la angustia después de tantos días de navegación. Las canas asomaban a sus largos cabellos rubios, oscuras bolsas circunvalaban sus ojos, castigados por el cansancio de escrutar con el cuadrante las estrellas cuando cerraba la noche, y el sudor perlaba la piel apergaminada de su rostro, pero había un no sé qué de dignidad en su porte, a pesar de sus mejillas sin rasurar. En sus ojos anidaba una mirada viva, de visionario, de alguien que está tan seguro de sí mismo que puede causar espanto al que lo rodea, que se guía por una determinación que se nos antoja blasfema. El *Imago mundi*, cuyos márgenes salpicó con más de dos mil anotaciones, se convirtió en su libro predilecto durante años. En ese libro encontró más fundamentos para su idea: «Entre la extremidad de la más lejana Castilla y el límite oriental de la India no es de gran anchura. Porque es evidente que el mar es navegable en muy pocos días si el viento es propicio...»

—Ha transcurrido un tiempo que ni el astrolabio, ni el sextante, ni la Estrella Polar son capaces de medir. ¿Cuántos días, Marín, hace que hemos partido? —preguntó con cierto abatimiento en la voz.

—Tres semanas hace, señor Colón.

—Aún recuerdo el momento, que me parece tan lejano. —Cerró los ojos y se mesó la cabellera con una mano—. Un amanecer fresco de agosto, tras una noche tórrida, como una gota de rocío, y una ligera brisa que nos empujaba hacia el mar. El mismo día, mes y año en que sus majestades católicas decretaron la expulsión de los judíos. Una divina casualidad. Y el barco olía

a brea y a barniz de madera recién calafateada, una maravillosa fragancia. Dejaba en tierra a mi amada Beatriz Enríquez de Arana y a mis dos hijos, Hernando y Diego. No sé cuándo podré volver a estrecharlos. A veces pienso en ellos y me desasosiego; otras, me da ánimo para seguir adelante. ¿Vos dejasteis a alguien querido en tierra?

—Una dama.

—Claro, sois poeta. Siempre hay una dama en el corazón de un poeta. ¿Cómo se llama? Siento curiosidad por saber su nombre.

—Leonor.

—¿Hermosa?

—Como una virgen.

—Leonor es un bonito nombre. Los nombres son importantes hasta para las naos. ¿Sabéis el infame nombre que tenía la nave capitana? Movi6 la cabeza Marín, ignorante.

—La *Gallega*. Un escarnio, porque el nombre no venía de que hubiera sido construida en Galicia. Nombre de meretriz más bien parece, como los de la *Pinta* y la *Niña* que los Pinzón se han negado a cambiar. Mejor *Santa María*, más respetuoso, madre de todas las madres, y en su vientre vamos.

El Almirante cambi6 de tema bruscamente y adopt6 una postura huraña al tiempo que se levantaba y caminaba aqu6 y all6 por la c6mara, con las manos a la espalda.

—Buscaremos el levante por poniente, iremos a donde nacen las especierías navegando al occidente.

—No entiendo de navegaci6n, Almirante.

—Yo tampoco; hasta no hace mucho, era un aficionado. Tuvo la culpa mi suegro y sus malditas historias y cartas de navegaci6n. Me fascinaron como cuentos infantiles, me hicieron soñar. ¿Sabéis qu6 hac6a cuando era joven? Sentarme en la playa y mirar el mar, imaginar lo que deb6a de haber tras esa misteriosa l6nea del horizonte. Me cri6 en un barco, como quien dice. Cinco años, siendo niño, como grumete, y a los catorce ya era tripulante. Mi escuela siempre fue el mar. —Se interrumpi6 y se rasc6 la barba: nadie estaba a salvo de los piojos—. ¿Queréis algo de vino? —ofreci6, alzando la jarra.

El vino, poco y malo, escaseaba, y los toneles vac6os que se arracimaban en la bodega hab6an sido rellenados con agua de mar para que sirvieran de adecuado lastre. Tampoco abundaba ya el arroz, ni la miel, aunque quedaban todav6a suficientes raciones de galleta, dura y tosca —m6s deliciosa al paladar del navegante hambriento—, y tambi6n bizcocho para afrontar un viaje de vuelta, pero la gusanera empezaba a dar cuenta de 6l y, al cortarlo, los m6s remilgados deb6an apartar esas larvas blancas que se engordaban a su costa con la misma voracidad que los piojos hab6an tomado posesi6n de sus cabelleras, a poco de partir, multiplicando costras sanguinolentas bajo el pelo apelmazado y largo que a duras penas pod6an cobijar bajo el bonete.

Cada tarde, cuando el sol se pon6a, el Almirante llamaba a su c6mara a Marín para dictarle y, a la luz de farol de aceite, el vasco deb6a poner en el pergamino sus frases, completamente ininteligibles algunas, colgando de construcciones sint6cticas complicadas achacables a su misteriosa condici6n de extranjero, textos en los que se mezclaban tantos idiomas que parec6an salidos de la torre de Babel. ¿Por qu6 nadie sab6a de d6nde ven6a el seño Col6n, antes llamado Colomo, que sol6a firmar los documentos como Christopherens? ¿Por qu6, con su silencio sobre sus or6genes, daba p6bulo a toda clase de supercher6as como que era jud6o converso, que era corso y hab6a ejercido de corsario, hasta catal6n o mallorqu6n, o genov6s, como los m6s dijeron? ¿Era un mercader de libros de estampas, alto de ingenio aunque corto de letras, pero diestro en el arte de la cosmograf6a y dado en soñar c6mo repartirse el mundo? Se hab6a hablado, antes de la partida, de su ambici6n sin l6mites plasmada en el suplicatorio en donde reclamaba para s6 ser nombrado almirante sobre todas las islas y tierras firmes, virrey y

gobernador de los nuevos territorios, y pedía el diezmo sobre sus riquezas. De lo que no había duda era de su origen extranjero y del escaso dominio de la lengua castellana que el literato intentaba paliar en las transcripciones poco literales de sus frases, licencia que irritaba frecuentemente al Almirante cuando, tras el dictado, le hacía repetir lo escrito.

—No he dicho eso.

—Pero lo habéis intentado.

—Dudo entre castigaros o premiaros, insolente escribano.

Pasaban los días con una lentitud enervante, con la misma parsimonia que lo hacían las horas. La marinería ignoraba que su capitán manipulaba expresamente las coordenadas del viaje, rebajando las distancias con el fin de aplacar el temor al imposible regreso.

A mitad de travesía, cuando la tierra parecía estar a una distancia infinita por ambos lados, por lo que habían dejado atrás, Por lo que podría haber más adelante —si es que había alguna otra cosa que no fuera mar y más mar—, conspiraron para hacerse con el barco y volver sobre sus pasos, a África quizá, pues si regresaban al mismo puerto de donde partieron, el cadalso los esperaba a todos sin lugar a dudas. Y en las noches calurosas sin brisas, tendidos en las esteras sobre la cubierta, debajo del castillo de proa, se fraguó lo que podría haber sido una conspiración que hubiera cambiado el rumbo de los acontecimientos si se hubiera llevado a cabo.

—Lo tiramos por la borda y desandamos lo andado. Este maldito loco no sabe adonde se dirige. Anda tan perdido como nosotros. ¡Maldito sea el extranjero!

—Lo atamos a un barril y le metemos sus malditas cartas de navegación en la boca.

—Ahorcado del palo mayor.

—Y, ¿quién toma el mando?

—Los Pinzón, que tienen más cabeza.

El motín flotaba en el ambiente, aunque nadie lo nombrara. Cada vez las caras eran más hoscas, las voces más roncadas y las trifulcas se multiplicaban con la menor excusa: un roce, un empujón, el colarse a la hora de recoger la pitanza, una mirada tomada por insolente, y los puños golpeaban y los cuchillos flameaban.

—Apartad, amigo, me apestaís la comida —dijo Juan de la Plaza a Juan de Jerez, un marino que hedía a sudor fermentado a una legua de distancia.

Y como lo mirara torvamente y no se moviera, lo prendió por el cuello, lo arrastró hacia la borda y lo balanceó sobre el mar mientras con la otra mano blandía el cuchillo.

—El monstruo. Viene el monstruo, a devorar vuestra inmunda carne.

—¿Por qué no lo dejáis? —intercedió Marín—. Se acaba de humillar él mismo orinándose en las calzas.

—Su orina es su perfume —dijo Juan de la Plaza, a la vez que lo soltaba y lo tiraba con fuerza sobre la cubierta.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Colón, que estaba en el puente de mando, a Diego de Arana, con discreción.

—Juan de la Plaza, señor. Un reo de asesinato, uno de los cuatro que embarcaron.

Algo más debe de ser ese villano. Dotes de mando no le faltan.

Fue milite antes de que lo apresaran.

—Pues no nos conviene tenerlo enfrente.

Los ánimos estaban enervados, Colón apenas salía de la cámara, y Diego de Arana debía emplearse a fondo para que sus órdenes fueran cumplidas.

—Señor.

—Decid.

Estaba apesadumbrado el Almirante, a oscuras, los brazos cruzados junto a la vela humeante, cuando el contra maestre pidió permiso para entrevistarse con él.

—La tripulación anda muy alterada. Temo cualquier cosa.

—Hablad claro. ¿Se prepara un motín? —alzó la voz, enojado, y se vino hacia él. Parecía más corpulento entre las sombras—. ¿De qué parte os pondréis vos?

—Me ofendéis con vuestra duda, señor.

—¿Y a quién más tenemos con nos?

—Luis de Torres, Pedro Gutiérrez...

—Os hablo de la marinería —lo interrumpió bruscamente.

—Quizás el de Leizarán, mas dudo, por su amistad con De la Plaza.

—¿Un solo hombre fiel a nosotros? ¿Qué debemos esperar? ¿Que nos rebanen el cuello o rebanarlo nosotros primero, con la ventaja de la sorpresa?

El Almirante ya no salía de su cámara sino por la noche, para mirar las estrellas y hacer sus extrañas mediciones con el astrolabio náutico, ese estafalario mecanismo de discos graduados circularmente con anillada giratoria que permitían tomar alturas. Fuera, la tripulación continuaba barrantando la revuelta.

—¿Y quién nos lleva de regreso si lo arrojamos por la borda? ¿Quién es mejor marino aquí que el que nos lleva a ninguna parte? Él ha estado en Madeira, Mina e Islandia. ¿Tú, Domingo, sabes algo de navegación? ¿O tú, Juan, sabes qué vela hay que izar cuando sopla viento de nordeste? ¿Sabéis manejar, acaso, toda esa parafernalia de instrumentos con los que el Almirante saca información de las estrellas? Quizá Jacomel nos lleve a la costa... ¿De dónde? ¿África? ¿O iremos a Portugal, a ponernos a las órdenes de su rey Juan, que en tanto aprecio nos tiene y nos colgará en la dársena de Lisboa no bien nos vea? Encaramado sobre la borda, el piloto Pedro Alonso Niño gritaba órdenes a unos hombres que revisaban el armazón del codaste mientras el cocinero hervía en su tosco infiernillo los últimos pescados capturados y el aroma de la vianda se extendía por la cubierta. Se apelotonaban para hacerse con el mejor bocado, se golpeaban furiosos entre sí por la espera.

—¡La hora sexta! —gritaba el grumete de la nao *Santa María*, Pedro de Terreros, encargado de la ampolleta, el reloj de arena que regía la difícil vida a bordo, un oficio que todos envidiaban porque no requería más esfuerzo físico que la simple atención en el doble vaso por donde discurría el tiempo.

—El Almirante nos lleva engañados. ¡No vamos a las Indias! —espetó, furioso, Jacomel Rico, un aventurero que huía de sus muchas deudas contraídas en el juego en su ciudad de Sevilla y por cuya cabeza pasaba, en aquel momento, si no hubiera sido mejor enfrentarse a sus acreedores—. Nos lleva al desastre. ¡Está tan perdido como nosotros!

—Pero nos lleva. ¿Quién más puede hacerlo? Tanto si avanzamos como si retrocedemos, lo necesitamos —adujo Marín.

—¿Qué os ha dado vuestro Almirante, literato? ¿Acaso os ha prometido compartir su diezmo en oro? No puede encontrar un mejor defensor que vos. Debéis de ser su único apoyo en la nave. Quizás habría que arrojaros a vos primero por la borda, y luego a él.

—Es un maldito loco.

—Me lo imagino colgando del palo mayor, con las gaviotas devorando sus entrañas.

—¡Callad! Es sedición.

—¿Aquí? ¿En alta mar? Sin esperanza de vuelta, quizá. ¡Qué me importa! —Juan de la Plaza acarició el filo de su espada y metió luego la mano en la empuñadura—. ¿Cuántos seríamos? Una docena de hombres decididos son suficientes para hacerse con la nao. Habría que matar a Rodrigo de Escobedo, al de Segovia, al judío converso y quizás a nuestro amigo Marín —dijo con tétrica sonrisa—. Mas dejaríamos a Diego de Arana para que nos devuelva a puerto.

—¿Y luego?

—Regresar a África, costearla, cazar esclavos, que da pingües beneficios.

—Ese Colón es un diablo, un iluminado, que no ha ido a parar a la hoguera por ser amigo

personal de don Tomás de Torquemada.

—¿El inquisidor?

—Sí, un perro que se relame con el aroma de la carne quemada y reza mientras los impíos descienden a los infiernos, convertidos en volutas de humo.

—¿Lo conocéis?

—Lo vi presidiendo un auto de fe. Era peor su cara que la del condenado.

Se había encerrado Colón en su cámara, como si presintiera lo que se cernía, y tenía sobre la mesa la espada en su vaina y dos grandes cuchillos, más un arcabuz, que colgaba de la pared. Llamaron a la puerta y preguntó quién era.

—Señor Colón... Era la voz inconfundible de Diego de Arana.

—Entrad.

Había bebido más de la cuenta el Almirante y tenía la cabeza como en nubes. Fijó la vista con dificultad e hizo un gesto de hastío.

—Decidme, Diego, decidme.

—He oído las conversaciones de los hombres durante los últimos días, señor Colón, y andan alterados, asustados, más desde que tropezamos con ese hombre ahogado...

—Sí, el fantasma que hay que añadir a la multitud de monstruos que pueblan estos mares y que nos están esperando cuando el océano se acabe —dio un puñetazo en la mesa y el cuenco de barro volcó y desparramó por la tabla el vino fermentado que contenía—. ¡Jauría de ignorantes! ¡Nube de supersticiosos! ¡Cómo he de convencerlos de la esfericidad de la Tierra!

—Hablan de volver, señor, hablan de prenderlo. Dicen que está loco. Que los ha perdido a todos. Que Dios nos ha abandonado y que nuestro fin es el de ese ahogado que se pasea por los mares. Que el viaje anda maldito.

—¡Maldita sea, Diego! ¿Vos también? Hubo un instante de silencio, tanto que se oía la respiración agitada de los dos hombres, el ruido de sus tripas, el batir de sus corazones.

—Llamad a los Pinzón. ¡Que vengan a bordo! ¡Presto!

Los tuvo enfrente al poco, arrogantes, alumbrados por la luz de la lámpara que Diego de Salcedo había cebado de aceite.

—Os he mandado llamar —empezó a decir Colón, hablando despacio y lentamente, sin incorporarse de la mesa mientras ellos permanecían de pie— para preguntaros por el ánimo de vuestras tripulaciones.

—Procuró no mirar sus ojos, Almirante —dijo Vicente Yáñez Pinzón—. Hay cuchillos en sus miradas.

—Están a un paso de la rebelión —fue más claro Martín Alonso—. Se preguntan adónde vamos, si es que nos dirigimos a alguna parte. Mas sólo os culpan a vos de este viaje de pesadilla, y creo que con razón. ¿A quién estáis engañando? Ya teníamos que haber pisado tierra.

Colón se levantó entonces de su asiento como un toro embravecido, se fue hacia el mayor de los hermanos y se detuvo, rabioso, rechinando los dientes y cerrando los puños, a un paso.

—¿Con quién demonios estáis? —le gritó.

—Con el éxito de la expedición. Muestre su autoridad, señor Colón, ahorque a unos cuantos, déjelos pender de los palos hasta que se les reseque el pellejo, y verá cómo el resto se vuelve dócil. Y si no lo hacéis vos, dadme la orden y con gusto lo haré yo.

Les dio la espalda.

—Hablaré con ellos. Pero venid ambos conmigo, que no vean división en el mando.

Creció un rumor amenazador tras la puerta cerrada de la cámara. Ruido de voces, de golpes, imprecaciones, chillidos. Miró el Almirante, inquieto, a Diego de Arana, buscando una explicación, mas vio a éste, tembloroso, alejarse de la puerta y buscar el amparo de los tres capitanes. Los hermanos Pinzón y Colón cruzaron una mirada, y en ese instante el Almirante quiso saber de parte de quién iban a ponerse los de Palos. Fue entonces cuando, con gran

estruendo, golpeada por un mazo, la puerta de la cámara se abrió de par en par y una docena de hombres de torsos desnudos y cargados de ira irrumpieron en ella. Blandían cuchillos, hachas, espadas, pero lo que más terror daba eran sus miradas: podían matar con ellas. Muchas noches, antes de que sucediera, Colón había imaginado el momento, y para él se había preparado. No tomó la espada, ni el cuchillo, ni hizo ademán de coger el arcabuz para llevarse por delante a unos cuantos antes de que acabaran con él.

—Está bien. ¿Qué queréis?

Y los miró fríamente a todos.

—Regresar.

—Demos media vuelta, puesto que nos hemos perdido.

—Nos lleváis engañados.

—Poned rumbo a Castilla, Almirante.

—El ahogado es un augurio.

Hablaban o, mejor dicho, gritaban todos a la vez. Se fijó en ellos. Al frente iba aquel extremeño adusto y pendenciero, espada en mano, aunque su punta tocara el suelo, y detrás de él la turba vociferante y asustada de los marineros.

—No vamos a regresar —dijo, solemne, sin alzar mucho la voz.

—¡Pues lo tiramos por la borda! —gritó la voz anónima de alguien cobijado en la segunda fila de los amotinados.

—¡Al agua con él! —corearon otros.

Pero no Juan de la Plaza, que se mantuvo quieto y expectante. Por fin tenía al Almirante al alcance de la mano, sólo debía levantar la espada y aquel hombre corpulento que se sentía predestinado caería al suelo herido de muerte de un solo tajo y nadie hablaría ni de él ni de su episodio. Juan de la Plaza ignoró el poder que tenía en aquellos momentos para borrar miles de páginas de historia y alterar el curso de los acontecimientos. Su mano había empuñado muchas veces la espada, sin dudar, y sus certeros golpes habían mandado a mejor vida a soldados, capitanes, marinos, nobles y plebeyos. Un certero tajo y abogar por el liderazgo de los Pinzón, que eran tan marinos como el genovés, algo tan sencillo. Y, sin embargo, no lo hizo.

—No regresaremos porque nos es más fácil avanzar que volver —prosiguió—. No tenemos víveres para afrontar un tornaviaje de tres semanas, ni tenemos viento suficiente como para virar. Por eso vamos a seguir, marineros. Porque estamos más cerca de la tierra que os he prometido que de la lejana Castilla, porque la locura ahora sería desandar lo andado cuando tan próximos estamos de nuestra meta. Sé de vuestras cuitas, de vuestras penalidades, de vuestra desesperanza y rabia, porque no estoy ciego. Sé que el viaje se está haciendo más largo de lo previsto y que eso os llena de desasosiego. Yo también tengo esa angustia, y más si cabe, porque me responsabilizo de todos y del éxito de esta expedición. —A medida que avanzaba en su parlamento, le brillaban los ojos, le crecía la voz, se sentía más seguro—. Pero tengo fe, en Dios y en todos vosotros, y estoy convencido de que con vuestro coraje vamos a coronar esta expedición que tanto honor, ventura y riqueza va a reportar a Castilla y a nos. Y allí, poco más allá de la línea del horizonte, a una, dos o tres jornadas, está la tierra que os he prometido, un paraíso de bosques y oro. ¡Dadme esas tres jornadas!

En aquel momento Marín, que lo escuchaba fuera de la cámara, en cubierta, a suficiente distancia del grupo sedicioso, supo que nadie, salvo el que hablaba, iba a tener una mala línea en las crónicas póstumas y que sólo del Almirante iba a ser la gloria, si alcanzaban la meta; como de él, sólo de él, sería el fracaso si regresaban sin haber encontrado las Indias.

Algo conmovió las entrañas de aquella tripulación que se encontraba a un paso del motín, seguramente fue su aplomo cuando otro habría temido por su vida, el aire de visionario que tuvo en todo momento durante su largo discurso, su porte noble, vestido y con bonete sobre sus cabellos, cuando ellos iban desnudos, la fuerza de su voz que retumbó desde la cámara a

toda la nao, pero fue un insospechado fenómeno natural llegado providencialmente en aquel preciso instante el que sin duda inclinó la balanza y le dio la victoria al genovés. Sopló brisa, fuerte, segura, que infló el velamen con renovada música, hizo crujir jarcias y mástil, tironeó de la embarcación con ímpetu. Colón era el predestinado.

Acudió Marín, como todas las tardes, a poner en claro y legible las anotaciones y pensamientos del Almirante. Lo encontró de excelente humor, jovial, pero ello no fue óbice para que deslizara una malévola pregunta.

—¿Me oísteis esta tarde? No os vi con los amotinados, mas tampoco estabais a mi lado.

—Nunca estuve con ellos, señor.

—Tomad pluma, tinta y pergamino, que voy a dictaros, Marín. Mas, ¿por qué me miráis así? ¿Os parezco loco?

Por loco lo habían tenido y de él se rieron en demasía los cortesanos que tomaban sus disertaciones cosmográficas como fruto de su mente enferma. ¡Qué desprecio sintió por ellos! ¡Cuánta ira preñó su corazón cada vez que veía sus ojos burlones y la risa mal contenida en su boca! ¡Bufones! Iba a restregar sobre sus caras los mapas de los nuevos territorios, hacerles comer, fundido, todo el oro que encontrara. No estaba loco, sino que sabía más de lo que se imaginaban.

—¿Soy loco por creer firmemente en una idea? ¿Loco por imaginar al otro lado del océano el reino de Catay y la isla de Cipango? A ningún loco le pone en mano 16.000 ducados un judío converso como Luis de Santángel, escribano de ración y tesorero del reino, ni le dan su apoyo incondicional su eminencia el cardenal don Pedro González de Mendoza, y Diego de Deza, arzobispo de Sevilla y Toledo e inquisidor general. —Se detuvo un instante, a recuperar el aliento, para seguir hablando con entusiasmo creciente—. Seré loco si el Hacedor no desea que vea cumplidos mis sueños, si, por cualquier cuita, desea castigarme y privarme del honor de descubrir esta nueva ruta, este *mundus ignotus*, pero sabio si el azar me concede el premio de descubrirlo, de no errar. ¿Sabéis qué nos espera al final del camino?

—¿Oro? —aventuró el de Leizarán.

Oro y especias, que son tan apreciadas éstas como aquél por las virtudes que tienen de conservar las carnes. Pero, sobre todo, lo importante es hallar una nueva ruta comercial que soslaye las dificultades de la arribada a Oriente por tierra por culpa del turco. No os podéis ni imaginar lo importante que es esta empresa, la trascendencia que tiene, el honor que nos dará. ¿De qué hablaba? ¿Trascendencia para quién? Para él, seguramente, puesto que iba a ser el más beneficiado gracias a un contrato de partida cuyos términos insultantes habían firmado sus majestades católicas, convencidas de que nada iban a perder si nada encontraban y que la décima parte de nada seguía siendo nada. «Una décima parte del oro y otras mercaderías que se obtengan. Desde perlas a piedra-imanés; desde metales y piedras preciosas a productos de droguería y especierías. Todo el cielo de las plantas aromáticas, medicinales y reconstituyentes. Fauna, flora, oro, loros, especies fabulosas, hombres y mujeres, sin despreciar las dichas sirenas, amazonas, dríades, hamadríades y endriagos que pueden resultar de alguna utilidad y como esparcimiento».

—Pero... ¿cómo podéis estar tan seguro de encontrar ese camino, de no desviaros y pasar de largo, señor? El océano es infinito y es fácil perderse.

Eludió contestar. Había quien decía que aquel camino ya lo había recorrido antes, y de ahí que fuera tan seguro, sin apenas dudar, que un misterioso piloto llamado Alonso Sánchez de Huelva, que había pisado tierra ignota diecisiete años antes, le informó de ello, que los troncos que, de tarde en tarde, llegaban a las playas de Madeira, o los cadáveres de ojos rasgados que quedaban varados frente a las costas de Irlanda lo iluminaron, o que relatos de naufragos, que se habían aventurado por la zona, le habían puesto sobre aviso de esa tierra imaginada al final del mar. Pero corría otra versión que tenía más visos de realidad que ninguna otra que contaba

que un náufrago enfermo y medio muerto de inanición llegó a las costas de Madeira y fue albergado en una casa del lugar; durante los pocos días que sobrevivió habló de la existencia de tierras ignotas mucho más allá de las Canarias. El desgraciado náufrago, navegando en carabela por el mar Océano, tuvo tan tremendo y continuo viento de levante que fue a parar a una tierra que no estaba en ningún mapa de marear y, al parecer, vio cosas maravillosas en aquellas islas lejanas. Quien lo alojó en su casa, recibió sus confidencias y sus mapas y lo tuvo entre sus brazos cuando expiró no era otro que Cristóbal Colón, casado a la sazón con Felipa Muñiz Perestrello, hermana del gobernador de Porto Santo. ¿No era como una revelación divina de que había sido escogido, entre todos los mortales, para ir a las Indias?

—Navegamos en línea recta desde que dejamos atrás las Islas Afortunadas y a 750 leguas a poniente de ellas encontraremos tierra, y punto. El paralelo de las Canarias es el mismo que el del Cipango. Situándonos sobre él, y navegando hacia el oeste, encontraremos islas a 400 leguas, por aquí, más o menos —su dedo, grueso, fuerte, de larga uña, hizo una muesca en un punto indeterminado de su carta de navegación—. Cipango, a 750, y la tierra firme, o el continente asiático, a 420 leguas. El cielo marca el camino. Mi guía es la Estrella Polar y mis nociones de geografía y náutica, que nadie me enseñó, las aprendí con mi propio esfuerzo, a partir de lecturas. ¿Sabéis acaso quién fue Toscanelli?

—Creo saberlo. Vos me lo dijisteis hace dos jornadas.

—Geógrafo, médico y aficionado a la astronomía. Un hombre sabio, en definitiva. Estaba convencido de que llegaría a Asia partiendo desde Portugal y yendo en línea recta a través del Océano, un camino más corto, sin duda, que el del gran Marco Polo. Navegando hacia Occidente se encuentra Asia, está escrito en el *Libro de las maravillas* y en el *Imago mundi*. He leído a Ptolomeo, Aristóteles, Marino de Tiro, Estrabón y Plinio, Pierre d'Ailly, Mandeville, y todos abundan en lo mismo.

La certeza de que tierra firme debía de estar cerca se extendió con rapidez, cuando ya sobrepasaban las cuatro semanas de embarque, alimentada por el deseo de alcanzar la meta. Una ola de optimismo donde durante tanto tiempo había reinado la desesperanza. Martín Alonso Pinzón dijo avistar tierra el 25 de setiembre, pero se trató de un espejismo. Se multiplicaron los insectos, convertidos en verdaderas plagas, nubes bíblicas que agujoneaban con sus picaduras a las tripulaciones de las tres naves, e hicieron su aparición bandadas de pardelas que revoloteaban por encima de los mástiles y no los dejaban ni de día ni de noche, como si los escoltaran, y donde había aves forzosamente tenía que haber tierra, pues aquéllos no eran animales durmieran en el mar. También vio aves el Niño, el piloto de la *Niña*, cuatro alcatraces y tres cormoranes que pasaron rozando las velas. Se relajaron las funciones de la navegación, salvo las imprescindibles, para dedicarse todos a otear el horizonte, como si fueran grumetes, y por turnos se encaramaban al mástil, se ataban a él por la cintura, para no caer desde la altura, y fijaban su vista sin descanso en el horizonte tan pronto despuntaba el sol hasta que caía la noche y la visibilidad era nula.

Navegaban casi en línea: cada barco debía tener a la vista a los demás y estar pendiente del fanal situado a popa, con el que se daba señales de fuego, si era de noche, y de humo, si era de día. Pusieron rumbo hacia el suroeste con el mar en calma, por consejo de Martín Alonso Pinzón, sin apenas brisas, con las velas desangeladas, hasta que el tiempo cambió y vino mala mar, la más mala de todo el viaje, y las olas se estrellaron con fuerza contra los costados de la nao, haciéndola crujir, y la espuma saltó por encima de los cuerpos de la tripulación y los empañó, lo que en cierto modo les alivió, pues ya estaban hartos de tanta bonanza, de tanto sol y tanta calma chicha. Las pardelas sobrevolaban la nao casi en formación militar y chillaban desde el cielo, como si provocaran. Bartolomé Biues, natural de Santander, cazó de una pedrada una de esas bestias emplumadas, que cayó como plomo en mitad de la cubierta y la dio a cocinar a Juan de Vicuña, que lo hizo en el fogón construido con chapas de hierro sobre

suelo de arena, para que no quemara la madera del barco. Lo hizo con gran esmero, poniéndole sal de mar como sazón, materia que no faltaba, y a Marín diole una ala de tan ruidosa ave, toda chamuscada y con carnes magras que, sin embargo, el literato agradeció tras llevar treinta días comiendo garbanzos, tocino, cecina y pescado salado y bebiendo vino rancio que más sabía a vinagre. Al menos, aquél era un alimento fresco y podía sentir entre sus dientes el aliento de la sangre, la vida.

—¡Hora quinta! —cantó el grumete, volteando la ampolleta.

—¿Por qué tienes que recordarnos el paso de las horas? —gritó Juan de la Plaza, incorporándose del suelo—. Te haría tragar la arena, a ver si callabas. Las noches eran tan cálidas como los días, aunque más húmedas. No dormían plácidamente, sino que los vencía el cansancio y se desplomaban en cubierta y en sueños, invariablemente, combatían contra los más informes monstruos o amaban a las más bellas huríes. Entonces, cuando reinaba el silencio, sólo roto por el rumor de las respiraciones y los ronquidos, siempre había alguien, cegado por el deseo de hembra y ansioso de hundir su miembro endurecido en carne, que sigilosamente se levantaba y buscaba a tientas el cuerpo de Diego Bermúdez, y éste no rechistaba ni se movía mientras su furtivo visitante vertía en sus entrañas la lava del deseo y arañaba su pecho.

En los días siguientes aparecieron varios vestigios —aparte de los pájaros que desafiaban los cantazos entre los palos del trinquete y mayor y las nubes de insectos que les picaban sin piedad— de que la tierra estaba próxima. Los de la *Pinta* vieron una caña y un palo en su punta, afilado, como una lanza primitiva flotando en el agua, y a gritos comunicaron su nueva, puesto que navegaban en paralelo a la nao capitana y el mar se había calmado tanto de nuevo —tras los dos días de olas alborotadas—, que las palabras llegaban diáfanas a los oídos aunque se pronunciaran a mucha distancia. Los de la *Niña* vieron otras señales de tierra, como un palillo cargado de escaramujos, que son unas flores hermosas y extrañas de tierra adentro que sólo podían haber llegado al mar tras ser arrastradas por un torrente. Renacieron las esperanzas de pisar en próximos días tierra firme, y estaban todos tan ansiosos de dar con ella que empezaron a tener visiones sin necesidad de vino rancio.

—¿No es aquello tierra?

—¿No es la silueta de una isla que sobresale del agua?

—¿Acaso aquella nube no es tal, sino una columna de humo de una hoguera?

Avanzaron este día, hasta la puesta del sol, veintisiete leguas, según le hizo anotar el Almirante en su diario de a bordo.

—¡Rumbo al oeste! —gritó.

Marín no entendía esos cambios de rumbo. No sabía demasiado de artes marineras, pero esos virajes continuos, ese navegar en zigzag no le parecía lo más inteligente si se quería llegar pronto a algún sitio, a tierra firme, a no ser que el Almirante estuviera buscando simples islas y de esa forma fuera más fácil tropezar al azar con alguna de ellas. Cuando se puso el sol, navegaron hacia el oeste y anduvieron unas doce millas cada hora porque el viento les era favorable y henchía las velas, y hasta dos horas después de medianoche anduvieron noventa millas, que son veintidós leguas y media.

—¡Diez mil maravedíes y un jubón a quien descubra tierra! ¿Habéis oído? —recordó Colón su promesa.

No hacía falta prometer recompensa para que todos, sin excepción, estuvieran de guardia. ¿Qué mayor premio que pisar tierra firme y dejar por un momento de sentir el monótono balanceo del agua? Avanzaron con premura hasta la hora tercia gracias a los serviciales vientos alisios. La tierra estaba próxima, les decía la propia intuición. Se olía, se sentía, ¿o acaso era el deseo desesperado por hollar una arena virgen, por llegar a ese paraíso prometido que de momento sólo parecía existir en la imaginación de quien los había llevado a tan lejano lugar?

—Tres días —había pedido el Almirante, desesperado—. Dadme tres días más y, si no encontramos tierra, emprenderemos el camino de regreso.

Pero nadie creyó sus palabras. Era una treta para ganar tiempo.

Desde los barcos se oteaba el horizonte continuamente y las voces de los vigías, situados en las cofas, en las gavias y en los castillos, se gritaban con insistencia de barco a barco. El Almirante ordenó al timonel dar una cuarta al noroeste.

—¿La veis?

—No la veo.

—Allí.

—No es isla, sino nube.

A las diez de la noche del día 11 de octubre el Almirante, estando en el castillo de popa, vio fuego, aunque la visión fuera tan rápida que no quiso afirmar que fuese tierra. Marín, que estaba con él, no vio nada, pero ante su insistencia optó por decir que también había visto con nitidez, durante muy breve tiempo, el ondular de una hoguera lejana en una hipotética tierra. El señor Colón llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del rey, y le dijo que le parecía que había visto fuego, que mirase él, y así lo hizo. Tampoco el repostero vio aquella luz, aunque juró y rejuró que sí, que la había visto. También se lo dijo a Rodríguez Sánchez de Segovia, al que el rey y la reina enviaban en la armada por veedor, el cual —más sincero que don Pedro Gutiérrez y el escribano y aprendiz de poeta— no vio nada porque no estaba en un lugar en que pudiese ver.

—¿No lo veis? Es como una vela que se alza y se baja. ¿No lo veis, por Dios? Es como un faro primitivo.

—No, señor Colón. No lo veo —dijo, apesadumbrado, encogiéndose de hombros, para remediar a continuación su visión negativa de las cosas—. Pero no dudo que lo hayáis visto vos y que la tierra esté próxima.

Por un momento temió Marín que todo fuera una alucinación, que la tierra ignota que iban a descubrir, ese paraíso terrenal con valles de esmeralda y ríos de oro, con selvas de leche y miel, gentes amables y dóciles, no existiera más que en la imaginación del Almirante, y que el interminable viaje no tuviera más fin que la locura, vagar por un mar infinito que acabaría tragándose a todos tras desvariarlos y rendirlos. Puede que la desesperación hiciera renacer la fe cuando marinería, carpinteros, galeno, cocinero, mandos y toda la tripulación, incluyendo los que andaban todo el día blasfemando y los pecadores sin ningún temor de Dios, hincados de rodillas sobre la cubierta de la nao, rezaron la *Salve Regina Mater Misericordiosa* con más devoción que nunca, y tras pedir salud y larga vida para el rey y la reina, solicitaron del Altísimo que el milagro de la tierra ignota se hiciera realidad ante sus ojos.

—¡Cen la mesana, plieguen la mayor! —gritó el contramaestre Diego de Arana.

La carabela *Pinta* avanzó rápidamente por barlovento con las velas infladas, precediendo a las otras dos naves. Volaban ahora, como al final de una carrera, impulsadas por una brisa hasta entonces se les había mostrado esquiva.

—¡Sondar! —ordenó Colón a gritos desde el puente de las aguas, en su negrura nocturna, eran hermosas, rizadas, peinadas de espuma. Arrojaron la sonda desde la proa.

—¡Veinticinco brazas!

—¡Veintitrés brazas!

—¡Veintidós brazas!

Y cada vez el agua más clara, el mar más lleno de esperanza. Todos guardaron silencio mientras sólo se oía el silbido suave que hacían las quillas de las tres naves al romper la quietud espectral del mar que, de tan calmo, era una laguna oleosa o, mejor aún, una enorme extensión de mercurio herida por la luz de la luna. Dejó de soplar la brisa, mas los barcos siguieron deslizándose, empujados por su propio impulso, rasgando la superficie del mar con leve

susurro. Era noche cerrada, que el resplandor de la luna llena paliaba, mientras noventa tripulantes, acodados en la borda de los tres barcos, permanecían con los ojos fijos en la lejanía y las almas y pensamientos en ello, oteando la línea borrosa e incierta de un horizonte irreal que pintaban con su imaginación mientras guardaban un silencio casi religioso. Unas nubes cubrieron durante unos instantes la luna y la oscuridad fue entonces total. Esperaron entonces con ansia a que la levísima brisa las apartara, aferrados a la borda de los barcos, tensos y expectantes, sin decir palabra. Una nube se rompió y dejó que se extendiera de nuevo por el mar el halo luminoso de la luna. Y apareció por fin. En ese momento tan bello como irrepetible una voz gritó atronadoramente lo que todos llevaban semanas esperando oír.

—¡Tierra!

Y lo repitió una, dos, tres veces, hasta enronquecer, y el eco de sus palabras rebotó en la mar calma, en el cielo, en las estrellas, en los astros del firmamento, entró en todos y cada uno de los oídos, se reprodujo como eco en las bocas de todos ellos, que se abrieron para gritar, agónicas, todas a una, con la emoción estrujando los corazones, la palabra mágica que tanto valor tenía después de más de treinta días viendo mar, sólo mar, nada más que mar.

—¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!

Y no era una visión, no era una alucinación del vino ni del sol, a menos que el sol y el vino les hubieran nublado la razón a todos; la tierra estaba allí, surgiendo del mar, montañosa, como un pecho femenino, una suave curvatura naciendo de una agua irrealmente mansa como esperanza de vida.

—Marín, escribe que en la madrugada del 12 de octubre, viernes, del año del Señor de 1492, descubrimos tierra, las Indias, sin duda —dijo con solemnidad Colón, reprimiendo la emoción, aunque la humedad de sus ojos lo delatara.

Dos horas después de la medianoche había aparecido la tierra, de la que apenas distarían dos leguas. Marín lloró en silencio, como seguramente lo hizo el Almirante, a solas en el castillo de popa, y Juan de la Cosa, el patrón y propietario, y Diego de Arana, Pedro Gutiérrez, y muchos miembros de la tripulación que se abrazaban, rezaban, saltaban y bailaban. Se dispararon salvas de lombardas hacia el cielo, mientras los barcos se deslizaban, majestuosos, hacia aquella isla que crecía y dibujaba su perfil negro contra el telón estrellado del cielo, materializándose en ese instante todos los sueños de los noventa tripulantes de las tres naves que se hincaron de rodillas y, llorando de emoción, entonaron el *Te Deum laudamus*.

—Sabía que llegaríamos —musitó Colón, subido al puente de mando de la *Santa María*—. Media vida imaginando este instante, media vida soñándolo...

Capítulo II

El Almirante dio instrucciones para que nadie bajara del barco y aguardaran al amanecer, pues consideraba que aventurarse con poca luz en tierra desconocida, aunque a simple vista no hubiera peligro, no era obrar con prudencia, y a regañadientes sus órdenes se cumplieron porque las tres tripulaciones de las naves ardían en deseos de embarcarse en las chalupas, bogar y pisar aquella tierra que se veía al alcance de la mano. Avanzaron con poco trapo, despacio, y se situaron en una ensenada resguardada, un magnífico puerto natural a cubierto de vientos y corrientes, y el Almirante dio la orden de echar las anclas y arriar las velas. Así se hizo y dejaron sólo el treo, que es la vela grande, sin bonetas, y las embarcaciones se colocaron todas al paio.

—¿Quién vio primero tierra?

—Un marino de la *Pinta*, Rodrigo de Triana.

—¿Y recibirá los 10.000 maravedíes de renta?

—Claro, es lo que le corresponde por semejante honor.

—El Almirante empeñó su palabra.

—No me extrañaría que se desdijese.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque es una recompensa muy golosa, incluso para él.

La noche se hizo larga y nunca parecía que fuera a amanecer. Nadie dormía en cubierta. Los ojos de los marinos brillaban en la oscuridad y los hombres se paseaban, impacientes, de popa a proa, mirando la playa cercana a la que se podría llegar incluso a nado.

—¿Qué es ese ruido? Un rugido sordo, como un coro animal y salvaje, parecía salir de entre la espesa maleza que se intuía bajo la luz plateada de la luna. Marín se estremeció al oírlo, como se estremecieron todos aunque no lo reconocieran. ¿Qué extraños animales podrían hacer semejante ruido? Desde luego no era nada conocido. Se miraron todos entre sí, inquietos.

—Es como el murmullo de muchas bestias.

—Pues parece desierto. Nadie hay en la playa.

—Pero puede haberlo tras los árboles. ¿Habéis visto qué selva tan tupida?

—Tengo curiosidad por ver cómo serán, cuál será el color de su piel y cómo irán vestidos.

—¿Y por qué tienen que ser como nosotros, tener cabeza sobre los hombros y un par de piernas?

—¿Qué esperáis ver? ¿Cinocéfalos?

—Y si las doncellas serán guapas y delicadas.

—O, por el contrario, hoscas, grandes, bigotudas y sucias.

—No os veo en posición de elegir. En las actuales circunstancias, vos seríais capaz de yacer con una cerda rebozada en sus heces.

—Tras nuestra forzada castidad creo que todas las mujeres que veamos corren peligro.

—No he echado en falta la buena comida, ni una buena cama, ni el calor de una hoguera. Lo único que he añorado durante todo este tiempo ha sido los brazos de una mujer.

—En eso no eres excepción.

Hablaban todos por los codos, como si hubieran comido lengua, y Marín los escuchaba, sentado, con la espalda apoyada contra la borda del barco. Cuando Juan de Medina habló del abrazo de una mujer, la imagen de Leonor se hizo nítida ante sus ojos, recreó su fantasma en cubierta y la hizo andar, altiva y elegante, entre la sórdida marinería. Sus rasgos habían quedado grabados a fuego en su cabeza y era capaz de reproducirlos como pintor a su modelo: alta, esbelta, de delgado talle y suave cadera, él era el único que conocía el olor de su pelo dorado, que llevaba siempre oculto bajo una toca, y el sabor de sus labios que le diera a besar en una ocasión. Aunque lo que más le había seducido de ella era la mirada huidiza, aquellos ojos tímidos que se refugiaban siempre bajo la cortina de los sonrosados párpados en cuanto se

sentían observados.

Fue una noche larga y espesa, sin aire que removiera el ambiente cargado de ilusiones de las naves, llena de rumores y fantasías que surgían al socaire de los corros de conversación. Nadie durmió. Cristóbal Colón se paseó en compañía de Juan de la Cosa por cubierta una y otra vez y miraba con exasperación la silueta oscura de la isla que tanto tardaba en iluminarse.

—¿Habrá gente, Almirante? —Juan de la Cosa exteriorizaba su temor con la pregunta.

—Tiene que haberla. Las Indias están pobladas por miles de habitantes, según ha dicho Marco Polo. Lo que debemos saber es exactamente en qué lugar de ellas hemos arribado. Puede tratarse de una isla cercana a Cipango, o de la misma Cipango, aunque no creo, parece isla pequeña.

—O puede estar deshabitada, Almirante.

—Al amanecer saldremos de dudas.

Cuando empezó a clarear se hizo un silencio imponente, sólo roto por el grumete Pedro de Terreros, que seguía cantando las horas y volteando la ampolleta de arena. El extraño y monótono rumor, que durante toda la noche parecía proceder del interior de la isla, cesó por completo y una matutina brisa rizó suavemente el mar y sustituyó aquel sonido salvaje y rítmico por la sedante sinfonía de las olas tocando los cascos de las naves.

Los capitanes de la *Pinta* y la *Niña*, los hermanos Pinzón, arriaron un bote y acudieron a reunirse con Cristóbal Colón, que los esperaba en su camarote. El Almirante impartió sus instrucciones. Las naves botarían sus bateles y en cada uno de ellos iría una decena de hombres armados con arcabuces y armas blancas. Él se arrogaría el derecho de pisar primero la arena, plantaría luego el estandarte de la corona y las dos banderas verdes distintivas de la expedición y tomaría posesión de la tierra en nombre de sus majestades católicas.

Clareaba por el horizonte cuando se botó la primera barca de la *Santa María* y fueron descendiendo a ella marineros y alguna gente armada con capacetes, corazas, arcabuces y espadas.

—Quiero que me acompañéis, Marín —le dijo Cristóbal Colón, poniéndole la mano sobre el hombro—. Sólo un poeta es capaz de reflejar la emoción e intensidad de este momento.

Descendieron a la barca —tras el Almirante y el literato— el patrón Juan de la Cosa, Escobedo, notario de Segovia, Luis de Torres, por si era menester sus conocimientos como intérprete, Juan Moguer, como tamborilero, y Juan Maestre como portaestandarte. Y el Almirante dio la orden de partir.

El día se aclaraba a ritmo creciente cuando las tres barcas se despegaron de los cascos de las naves y bogaron, silenciosas, en dirección a la playa. Flotaba una bruma espesa que no permitía ver nada a menos de media legua de distancia, una cortina que envolvía misteriosamente la isla y que, en un momento determinado, cuando distaba apenas media legua, se disipó como por ensalmo.

Marín de Urtubia contuvo la respiración. Lo que sus ojos veían era el paisaje más hermoso que podría haber imaginado nunca, el Edén perdido que parecía existir sólo en el corazón de los poetas o en la imaginación de los pintores que recreaban semejantes jardines salvajes en sus lienzos por la irrealidad de tanta belleza. La playa era grande, corva, como una media luna; la arena, blanca, como si fuera harina, con luz propia; el agua, azul, pero con diversos tonos, más fuertes o más oscuros, denotando el paisaje submarino, y bosques de una frondosidad que no conocía ni en el norte de la Península, comparables a los de los valles de su Vasconia en su espesura, sólo que los árboles, distintos en forma y color, de un verde mucho más intenso y tan tupidos que parecía que no dejaran internarse por entre ellos a los intrusos ni dejasen pasar los rayos del sol, llegaban casi hasta el agua, convirtiendo la playa en un delgado cinto de arena.

Miró a Cristóbal Colón y en aquellos momentos sintió no ser el Almirante. Éste iba erguido en la proa de la barca, con el estandarte en una mano y con la otra acariciando la empuñadura de su

espada, la imagen solemne de quien se dispone a conquistar tierra virgen y es consciente de su papel ante la historia. Y la historia la iba a escribir él. Nadie habló, como si la palabra pudiera herir de muerte la solemnidad del momento, y las miradas de todos estaban fijadas en ese trozo de playa que se agrandaba a ojos vista, que casi se podía tocar.

Ya se veía el fondo, pues el agua era transparente, de pequeñas rocas cubiertas de oscuros erizos por entre las que nadaban tantos peces que parecía imposible no chocar con ellos. Los remeros levantaron las palas hacia el cielo, la quilla tocó la arena, la barca se ladeó ligeramente y el Almirante descendió de un salto. Toda la vida soñando aquel momento, y ese instante, por fin, llegaba. Chapoteó unos metros, en solitario, al tiempo que llegaban a tierra las barcas de las carabelas *Pinta* y *Niña*, y pisó con determinación tierra firme, hollando con su bota la arena. Entonces empezaron a bajar los demás ocupantes de la barca, en primer lugar cuatro soldados armados, que rodearon prestos al Almirante mientras vigilaban la cercana floresta; luego lo hizo el tamborilero Juan Moguer con su pesado tambor a cuestas; después, Juan de la Cosa, el notario Rodrigo de Escobedo y Marín de Urtubia.

Desplegó el Almirante la bandera real y los capitanes Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez Pinzón se reunieron con él y plantaron los dos estandartes de la cruz verde que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una I, iniciales de Fernando e Isabel, y encima de cada letra su corona.

Juan Moguer empezó a repicar el tambor con firmeza con los dos palillos mientras el marino genovés tomaba posesión de la tierra descubierta.

—Yo, Cristóbal Colón, almirante y capitán general, tomo posesión de esta tierra en nombre de los reyes Isabel de Castilla y Fernando de Aragón en el día 12 de octubre, viernes, del año del Señor de 1492. Que quede escrito. —Y desenvainando la espada trazó en la arena una cruz ante la que se postró él y, a continuación, todos los que lo acompañaban, sin excepción—. Demos gracias al Señor Nuestro Dios por el Descubrimiento —añadió, y volviéndose hacia Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, veedor, les ordenó que diesen fe y testimonio de cómo él tomaba posesión de dicha isla por el rey y la reina, sus señores, y estampó su firma en el acta del Descubrimiento. Fue Marín de Urtubia quien primero reparó en ellos. Habían salido de entre los troncos de los árboles, silenciosos, y los contemplaban sin apenas moverse, con una extraña curiosidad y hasta se diría que con cierto temor. Costaba distinguirlos, puesto que se confundían con el paisaje, y en su inmovilidad parecían pertenecer a él. Corrió Marín por la playa hasta Colón, visiblemente excitado.

—Almirante, hay gente. Allí.

Aquellas gentes parecían haber estado emboscadas durante todo el rato tras los troncos de los árboles, quizá los llevaban observando desde la noche, cuando los tres barcos anclaron en la bahía, y los habían estado espiando desde entonces. Ahora salían a la descubierta y descendían despacio por la playa, sin ánimo belicoso. Los cuatro arcabuceros alzaron sus armas hacia el grupo, cada vez más numeroso, y el resto envolvió en un corro al capitán general y a los hermanos Pinzón, para protegerlos.

—¡Quietos! —dijo Colón, con decisión—. Que nadie se mueva. Vienen en son de paz. Van desnudos y no llevan armas encima.

Iban desnudos. Eso fue lo que primero les llamó la atención. Su desnudez absoluta, y sus cuerpos pequeños y proporcionados, y los cabellos largos y muy oscuros, y las caras pintadas de los más diversos colores, mas no había ferocidad en su mirada, sino curiosidad.

—Luis de Torres, pónelos a mi lado, que iremos a parlamentar.

Colón rompió el corro defensivo, envainó su espada y fue al encuentro del grupo de indígenas, seguido de cerca por Luis de Torres, el judío converso intérprete, y dos hombres armados con arcabuces y protegidos por corazas y capacetes. El grupo de indígenas se detuvo y se destacó uno de ellos entonces, algo más delgado y enjuto que los demás, que llevaba sobre el pecho

sartas de collares y una pieza dorada que le atravesaba la nariz y orillaba mucho. Colón ordenó detenerse a los suyos y avanzó al encuentro del emisario. Estaban a poca distancia y se observaban, midiéndose en silencio. No se sabía quién estaba más sorprendido, si Colón mirando aquel rostro afilado, cubierto por una larga cabellera femenina que le llegaba casi hasta la cintura, con el rostro pintado por tres trazos oscuros de quien salía a recibirlo, o aquel nativo al ver a un hombre tan corpulento y ataviado con tan extrañas vestimentas que llegaba a su isla haciendo tanto ruido. Y el nativo de aquellas islas, con respeto, hizo el primer gesto de acercamiento: se aproximó al Almirante, alargó el brazo, extendió la mano y tocó su rostro.

El resto de los indígenas, al menos un centenar, todos hombres jóvenes, avanzaron, y los castellanos, en menor número, rodearon al capitán con sus estandartes y las espadas desenfundadas. Cruzaron miradas de curiosidad entre sí, más los indígenas que los recién llegados. Para ellos debía de ser más insólito ver a aquella gente con esos ropajes, las corazas que refulgían, esa prolongación del cráneo que parecían los capacetes y las alargadas espadas de acero, que para los castellanos ver gente desnuda tal como se venía al mundo. Uno de ellos, más osado, seducido seguramente por el resplandor del acero de uno de los hombres armados que brillaba con el sol, tomó por el filo una espada y se hizo un profundo corte en los dedos, de los que en seguida manó sangre. Retiró la mano rápidamente con una mueca de dolor, observó el corte y luego la hoja de la espada, y otra vez su mano y, contra todo pronóstico, rompió a reír, y su risa se contagió al resto de la gente, al que parecía su jefe, a los castellanos. Era lo primero que compartían en aquella lejana playa del Nuevo Mundo: la risa. Un lenguaje universal que sonaba igual en cualquier idioma.

—Luis, preguntadle cómo se llama este lugar.

Luis de Torres se dirigió al jefe indígena en todos los idiomas que conocía, aunque con nulo éxito. Desesperado, echó mano de su mímica, envolvió con sus brazos la playa, los bosques, las montañas que parecían sobresalir por encima de ellos.

—¿Cipango? ¿Es Cipango? —preguntó Colón al reyezuelo.

Éste miraba, extrañado, a los dos hombres y al resto de los castellanos, tratando de comprender lo que querían decir con sus gestos. Finalmente sonrió, envolvió todo con la mirada, el agua, la playa, los bosques, su gente, y pronunció una musical palabra.

—*Guanahani*.

—*Guanahani* —repitió Colón, satisfecho, y luego, señalando el estandarte—: Y esto, Castilla.

Había tenido lugar el primer encuentro y había sido amistoso. Los indígenas miraban con recelo y respeto a los castellanos, no estaban acostumbrados a las ropas, ni a las barbas, ni al cabello dorado de algunos de ellos, ni mucho menos a su corpulencia y estatura. Ellos eran ágiles, delgados, se movían con el sigilo de los animales, eran casi todos mancebos, ninguno de más edad de treinta años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y finos rasgos en las caras, los cabellos gruesos, casi como colas de caballo de seda, y cortos, por encima de las cejas, por delante, pero muy largos por detrás, que se decía que jamás los cortaban. Tenían la piel oscura y se pintaban de negro las caras la mayoría, y algunos se pintaban de blanco, y otros de colorado, o de lo que hallaran; y se pintaban también todo el cuerpo, aunque algunos sólo los ojos o la nariz. No portaban armas que cortaran, ni parecía que las conocieran, porque cuando les mostraron las espadas las cogieron siempre por el filo y se hirieron con ellas por ignorancia. No conocían el hierro; sus azagayas eran unas varas sin metal, y algunas de ellas tenían en su extremo un diente de pez como punta. Pero aquéllas no parecían armas de guerra, a lo más arpones para pescar.

El Almirante, seguido por dos hombres armados que lo vigilaban de cerca, se metió temerariamente entre el grupo de indígenas y los fue mirando uno a uno, altivo, como si inspeccionara una tropa que le estuviera rindiendo honores. Se dio cuenta de que muchos llevaban adornos dorados en orejas, como pendientes, o colgando de la nariz de pequeños

orificios abiertos en la carne. Los tocó y su sospecha se confirmó.

—Oro. Estas gentes son pobres, pero tienen oro. Y a lo mejor no le dan ningún valor al precioso metal.

Marín de Urtubia se abría paso como podía entre la turba de cuerpos desnudos que se apartaban con cierto respeto mezclado con temor. Se dio cuenta de que él llamaba más la atención que el resto de sus compañeros, quizá por su tez más blanca, por la barba espesa y rubia que le cubría el rostro y el color azul de sus ojos, muy distinto de sus pieles aceitunadas, sus cabellos negrísimos y sus ojos rasgados y oscuros.

—Ah, Marín. ¿Estáis aquí? Esto parece el Edén, el paraíso perdido del que fueron expulsados Adán y Eva. Hemos dado con él. Las gentes parecen dóciles y fáciles de cristianizar. Sonríen, son afectuosos y serviciales, que se diría que no conocen la maldad. Creen que somos dioses. Nos miran y elevan los ojos al cielo, y miran las naves ancladas en la bahía como si hubieran caído de las nubes. ¿Cómo han dicho que se llama la isla?

—Guanahaní, señor Colón.

—En adelante será San Salvador. Porque la isla nos ha salvado.

No dijo nada Marín, pero le gustaba más la sonoridad del nombre indígena. Guanahaní. Lo repitió mentalmente y llegó a la conclusión de que el nombre de la isla armonizaba con su belleza natural. ¿Por qué intentar poner nombre a lo que ya tenía uno?

El Almirante reparó en uno de los indígenas que lucía una enorme cicatriz en el vientre, próxima a su miembro viril. Era una raja profunda en la que la carne tomaba otro color, más oscuro, y hasta tenía una textura distinta, rugosa, una senda que nacía en la cadera y moría en el ombligo. Cristóbal Colón la acarició con el dedo mientras el hombre se quedaba como sin respiración, mirando alternativamente al Almirante y al literato.

—¿Qué es? —Y como no lo entendiera, hundió el dedo en la cicatriz y lo tocó una y otra vez, mientras lo miraba a los ojos.

Finalmente el nativo señaló a lo lejos, hacia el horizonte, hizo un gesto con la mano como si lo que le había producido esa herida viniera de muy lejos y pronunció una extraña palabra.

—*Caribe*.

—¿*Caribe*? ¿Qué es *Caribe*?

No era el único que presentaba ese tipo de herida. Había más. Parecían heridas de guerra, de algún combate con otro grupo rival. Y cada vez que preguntaban, obtenían la misma respuesta.

—*Caribe*.

—¿Qué querrán decir?

—Vienen gentes de otras islas que los quieren apresar y ellos se defienden. Puede ser que vengan de tierra firme para hacerlos cautivos, de un lugar llamado *Caribe*. Lo que parece seguro es que son belicosos y crueles y que les tienen miedo.

—Esta gente es débil y cobarde, no son aguerridos, no me extraña que esos llamados «*caribes*» los tengan atemorizados.

Volieron a los bateles y regresaron a las naves. Algunos de aquellos indígenas los seguían a nado, a corta distancia, se cogían de los remos, intentaban subirse a su interior.

—Parecen niños —musitó el Almirante mientras sonreía ante la algarabía que provocaban decenas de ellos chapoteando en el agua, entre las barcas—. Y es su lengua dulce, aunque ininteligible para nosotros, la lengua más dulce del mundo, semejante al trino de los pájaros. Me satisface su inocencia, su alegría. Puede que no sean tan inteligentes, ni valerosos, ni muy ricos, pero parecen felices, es la gente más feliz que he visto nunca.

—Sí —corroboró Luis de Torres—. La felicidad de la ignorancia.

Cuando los castellanos subieron al barco, algunos de ellos los siguieron y luego vinieron más en unas barcas alargadas, excavadas sobre el tronco de un árbol al que habían vaciado por completo y habían dado la forma de pequeña embarcación. Navegaban rápido y bien, admitían

de una a seis personas y ellos las denominaban *canoas*. Llevaban consigo pájaros enormes y ruidosos, de colorido plumaje y ancho pico que se posaban sobre sus hombros sin dañarlos con sus garras, hilo de algodón en ovillos, azagayas, y las trocaban por las baratijas que les daban a cambio los castellanos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. El Almirante había dado órdenes de que se abrieran los arcones que había en proa y se efectuara el trueque de todo lo que ellos quisieran excepto las espadas y los arcabuces.

—Son tan molestos como los niños —dijo Juan de la Plaza, sacándose de encima a un indígena que admiraba el bordado de su camisa y quería quitársela—. ¿Se enfadará el Almirante si tiro a uno de estos monos por la borda? ¿Qué demonios quieren? Te manosean, te palpan la nariz, te meten los dedos en la boca y mesan las barbas. ¿Habéis dicho que somos dioses para ellos? Poco respeto les tienen, literato.

—¿Tan difícil es comprender la curiosidad por todo esto que les es desconocido?

—¿No hay mujeres?

—No las hemos visto, deben de tenerlas guardadas.

—¿E irán también desnudas ellas? —preguntó Domingo *el Negro*, pellizcándose el muñón que tenía por nariz y añadiéndose a la conversación—. ¿Has visto a alguna, Marín?

El literato movió la cabeza. No habían visto, efectivamente, mujeres, como si las guardaran, temerosos de peligrosos depredadores.

—¿Son personas como nosotros? ¿O son como los negros de África?

—No veo que sean negros, aunque se pinten la cara y a veces lo parezcan. Son asiáticos, puesto que esto es Asia.

Los indígenas estuvieron toda la tarde, hasta que se puso el sol, yendo de la playa al barco, volcados en sus trueques. Los castellanos observaron que algunos llevaban colgados de narices y lóbulos aros de oro purísimo, que sobre sus pechos lucían collares de laminillas muy finas en forma de corazón, y hasta algunos lucían esclavas de oro en los tobillos.

Cuando el Almirante intentó cambiar la nariguera de oro que llevaba uno de los indígenas que había subido al barco por un collar de cuentas, se encontró con una fuerte resistencia. No había manera de que el nativo dejara la pieza de oro y marchara a su canoa con el collar de cuentas al cuello que el Almirante quería darle a cambio. Finalmente lo dejó partir con el collar, sin recibir nada a cambio.

—También parecen apreciar el oro —dijo, como para sí mismo, con cierto disgusto.

Al anoecer el Almirante llamó al literato.

—Tomad pergamino, pluma y tinta. Quiero que describas lo que has visto, las tierras, las playas, la gente. La impresión que te produce haber llegado a las Indias.

Creía que iban a ser más ricos, Almirante. Van desnudos y son como salvajes, aunque no sean negros.

—Ésta sólo es una isla. Puede que no sea Cipango. Cipango tiene que ser más grande, estar más lejos, o puede que lleguemos pronto al continente, al reino de Catay. Escribid: «Aquí en toda la isla es todo verde y las hierbas como en abril en Andalucía; el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se quería partir de aquí, y las manadas de papagayos que oscurecen el sol y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla...»

Placiale a Marín, a medida que escribía, y por su mente pasaban vividas las imágenes y los acontecimientos que habían tenido lugar aquella jornada que se le antojaba importante, aunque él no hubiese sido el protagonista. En su retina quedaba la belleza de aquella costa que jamás hubiera imaginado, la fragancia de sus árboles, la bondad de sus gentes, y un escalofrío de emoción recorrió su espalda. Se rindió a la belleza de aquel Nuevo Mundo, cuyas arenas vírgenes habían hollado con sus pies los castellanos.

—Marín, ¿me estáis escuchando?

Capítulo III

Poco se durmió aquella noche, y las que siguieron, marcadas por el canto de las horas del infatigable Pedro de Terreros. Y no por el calor, que era mucho y empapaba de sudor los cuerpos de pieles quemadas de los marineros, sino por la excitación de aquel Nuevo Mundo que habían descubierto e ignoraban qué había de depararles.

Siguieron llegando a las naves, ancladas en la bahía, gran número de indígenas en sus canoas, que surcaban con rapidez las aguas. Los indígenas eran buenos remeros, y disciplinados, delgados —no se vislumbraba en sus cuerpos los estragos de las grasas—, pero fibrosos, ninguno gordo.

—Admiro lo bien formados que están y la alegría que despliegan en el desarrollo de sus transacciones comerciales. No son prietos, no más que los canarios. Mas no tienen letras, ni moneda, ni bestias de carga. Ir desnudos, siendo de tierra caliente y falta de lino y lana, no es novedoso —decía el Almirante.

Extrañaban a los castellanos sus cabellos lacios, negros, sedosos, tan femeninos, sus frentes adornadas con flequillo hasta las cejas, la agilidad de sus movimientos y cómo manejaban sus cuerpos desnudos con tanta o más soltura que si fueran vestidos, y cómo los varones mostraban sin recato sus miembros viriles, algunos de los cuales lucían en su tronco historiados tatuajes.

—Es gente hermosa para andar tan asilvestrados, mas parecen Adán y Eva antes de cometer el pecado original. ¿Qué deben de comer estos mancebos? —Colón se lo preguntaba a Marín y a sí mismo.

—Quizá debamos ir a tierra a averiguarlo, Almirante.

—Claro, claro, por supuesto. Nos interesa saber de qué se alimentan, si cultivan especias, dónde tienen el preciado árbol de la canela, el jengibre, la pimienta, la nuez moscada, el clavo... Pero mirad esa embarcación que se aproxima. ¡Qué árbol más majestuoso tuvieron que sacrificar para hacerla!

Era la más grande que se había visto hasta el momento, capaz de albergar hasta 45 hombres. Todos iban acuclillados, contra el fondo, excepto los que iban a proa y a popa, que se mantenían en pie y parecían dirigir a los que manejaban con destreza y vigor remos parecidos a palas de horno de pan que hundían rítmicamente en el mar. Había estado soplando el viento con cierta intensidad, desde las primeras horas de la amanecida, y el agua de la bahía andaba rizada. Una ola, fuerte e imprevista, les dio de costado y la embarcación volcó y sus tripulantes cayeron al agua con gran griterío, pero en seguida volvieron a ella, a nado, se encaramaron todos a una sobre uno de los costados y consiguieron volverla a su posición inicial y vaciarla del agua que había quedado estancada dentro con las calabazas que llevaban atadas a la cintura.

—No son malos navegantes, aunque no conocen la vela, pero seguro que practican la navegación de costa.

Llegó hasta la *Santa María* la canoa, y lo hizo con tanto ímpetu que chocó contra el casco del barco y estuvo un rato tambaleándose mientras sus ocupantes trepaban y saltaban a cubierta. Estaban excitados, parloteaban en su idioma con una locuacidad intensa y despleaban una alegría contagiosa e infantil, intercambiando los elegantes pájaros de refulgentes plumas y enormes picos que traían sobre los hombros —que llamaban *guacamayos*— y guedejas de algodón hilado, por cuentas y demás baratijas que les ofrecían los castellanos de los arcones abiertos en cubierta.

—Un gran problema es no entender su lengua —dijo Colón a Luis de Torres—. Mas no parecen hablar la lengua del Gran Kan, quizás otra parecida. ¿Qué opináis?

Desde luego, su idioma no tiene la solemnidad del nuestro: estas gentes chillan, que no hablan, graznan como las vistosas aves que traen sobre sus hombros.

—Pero advierto cierta musicalidad en su entonación. Escuchadlos. ¿No es como si cantaran?

Todos parecían iguales, y daba la sensación de no haber jefe entre ellos, salvo uno que parecía tener más edad, aunque ésta era difícil de determinar como no fuera porque el cuerpo no era tan bizarro como el de los jóvenes remeros que lo acompañaban o que, al abrir la boca, cuando reía o hablaba alborozadamente en idioma incomprensible, mostrara la mella por la ausencia de un diente. Pero en él, precisamente, se fijó primero el Almirante y, a continuación, el santanderino Juan de la Cosa: una hermosa pieza de oro, plana y que recordaba ligeramente a una ave con las alas desplegadas, colgaba de su nariz y cegaba con su resplandor. El sol hería aquella lámina preciosa sin que su poseedor le diera la más mínima importancia.

—Hay oro en estas tierras —afirmó Colón, como en un susurro, mientras se acercaba al indígena, alargaba la mano e intentaba palpar tan preciada pieza.

El hombre enjuto y desnudo apartó el rostro de aquellos dedos que volaban hacia él, como en un gesto de temor, se replegó sobre sí mismo y retrocedió unos pasos sin apartar la vista del Almirante. Éste, azorado, intentó en vano tranquilizarlo y, ante su fracaso, recurrió a Marín.

—Preguntadle de dónde sacan el oro. Vamos. Quiero saberlo —dijo, sin poder ocultar su irritación.

Marín de Urtubia se aproximó al indígena con aspecto conciliador, esgrimió una amplia sonrisa bajo la barba rubia, lo miró directamente a los ojos rasgados, que sostuvieron su mirada sin parpadeos, señaló el adorno de oro e hizo un inútil gesto de interrogación con todo su cuerpo.

—¿De dónde lo sacáis? ¿Dónde está el oro? —repitió una y otra vez, aun sabiendo de la inutilidad de su pregunta.

Y la respuesta fue un vago gesto, señalar el horizonte, el mar, como si diera a entender de la presencia de otra isla, o tierra firme, en donde quizá ríos de oro surcasen sus valles.

—Señalan otra isla —advirtió el Almirante cuando el grupo de indígenas, tras realizar sus intercambios a bordo, saltaron a su canoa y remararon en dirección a la playa—. Quizá sea Cipango. Cipango —repitió, en una voz neutra, como para sí mismo.

Marín de Urtubia se reunió con los suyos a la hora de la comida. El vino era infecto, y la mojama, salada en exceso. Dos toneles de garbanzos habían sido arrojados hacía dos días por la borda tras descubrir el cocinero Juan de Vicuña una invasión de escarabajos que los devoraban con saña. Se habían reproducido tanto que abundaba más el negro metálico de sus caparazones en el interior del tonel que el terroso propio de la legumbre.

—Quizá sea hora de ir con esos salvajes para que nos den de comer decentemente. Creía que íbamos a ser recibidos por el Gran Kan, ser sus huéspedes y comer como reyes, y sin embargo seguimos con tan infame pitanza —ironizó Juan de la Plaza, mordiendo con furia un trozo de condumio—. En cuanto cierro los ojos no veo más que bellas odaliscas, trozos de grasiento jamón y tiernas hogazas de pan. ¿Qué nuevas tiene el Almirante, amigo Marín? —preguntó bajando la voz—. ¿Ha descubierto ya de dónde mana el oro?

—Ni los mismos nativos parecen saberlo —respondió el de Leizarán.

—Me extraña vuestra inocencia, literato. ¿Que no lo saben? Esos monos no son tan tontos como parecen, y quizá los tontos seamos nosotros por dar crédito a su ignorancia. Pero más me irrita la condescendencia con que se trata a esta gente. Yo os aseguro que con el filo de la espada consigo que me digan al momento la procedencia del oro que llevan atravesando sus narices.

—Ignoráis que sois su invitado, que ellos son nuestros anfitriones y nosotros, sus huéspedes.

—¿Invitado? ¡Zarandajas! —Juan de la Plaza casi se atragantó con su vino—. ¿Desde cuándo un salvaje está capacitado para invitar a un buen cristiano? Las leyes las impone la espada. Y éstos son gente inferior. ¿Qué clase de civilización son que ni conocen la vela, ni se visten, ni tienen armas de acero? El literato —dijo con forzada afectación, dirigiéndose a sus tocayos Juan de Medina y Domingo *el Negro* que, acuclillados en la cubierta de la nao, no perdían el curso de la conversación— parece haberse enamorado de esta gente simple al primer golpe de vista. ¿Qué

extraña simpatía os mueve, amigo?

—No difieren tanto de nosotros. Unos cuantos meses en esta selva, soportando el calor, y os aseguro que tiro por la borda jubón y armadura y correteo desnudo como ellos.

No recibieron ninguna visita más aquella tarde, ni los vieron por la cercana playa. Las naos se balanceaban suavemente en la ensenada mientras el sol, una enorme rueda de fuego, marchaba hacia su ocaso por encima de la floresta y parecía incendiarla.

Marín comenzaba a sentirse fascinado por las cosas que veía, por el paisaje, el color de las aguas, los abigarrados bosques formados por árboles que entrelazaban amorosamente sus ramas y fundían sus raíces, las montañas que se intuían a lo lejos, altas mas siempre verdes, sin visos de rocas en su cima, los colores de los campos que imaginaba detrás de aquellas selvas, de tierra roja como la sangre y una humedad feraz en la que todo podría crecer, la fragancia vegetal que flotaba en el ambiente, fruto de las grandes flores perfumadas, blancas o rojas, que colgaban de inmensos árboles y que la brisa tibia, que de la tierra iba al mar, le llevaba, y se sentía seducido por la novedad de todo lo que lo rodeaba, una excitación de todos sus sentidos, del olfato y de la vista principalmente, pero también del oído arrullado por la sinfonía de sonidos que le llegaban, una catarata de sensaciones que, sin embargo, se veía incapaz de plasmar con la pluma en el pergamino. *Guanahani*, acertó a escribir, imprimiendo un elegante trazo a la letra inicial, como de nota musical.

—Marín, el Almirante os llama.

Volvió en sí y miró al sirviente de Colón, poco más que un niño con los cabellos cortados a cuchillo sobre los hombros y pelusilla en las mejillas, mientras se incorporaba. Ya había caído la noche cuando siguió al joven Diego de Salcedo hacia la cámara de Colón, entre miríadas de gordos insectos que revoloteaban alrededor de las lámparas de aceite y chocaban con torpeza contra su rostro, intentando entrar en su boca, que mantenía cerrada. El Almirante, sentado en su silla, platicaba de forma distendida con el santanderino Juan de la Cosa cuando Marín cruzó el umbral de la puerta. Colón continuaba hablando, como si no hubiera advertido su presencia, y escanciaba vino de una jarra de metal en los cuencos de barro que había sobre la mesa.

—Amigo Juan, lo que os digo es que no debemos perder más tiempo y seguir navegando hasta la isla de Cipango, uno de los objetivos de nuestra empresa. En su libro, Marco Polo habla de las ciudades de Mangi, Quinsai y Zaitón; dice que sus gentes nadan en oro, que llevan cinturones de ese preciado metal y envuelven sus pies en babuchas con incrustaciones de plata. El mismo veneciano recibió de manos del Gran Kan un hermoso yelmo de oro.

—¿Tan distintos serán de estos salvajes desnudos, andando tan cerca? —dijo Juan de la Cosa, expresando en voz alta las dudas de todos.

—¿Vuesa merced me ha mandado llamar? —preguntó Marín, tras unos instantes de muda inmovilidad en la zona del umbral que hacía invisibles a las personas.

—Sí, tomad pergamino y pluma y narrad los acontecimientos del día.

—¿A qué os referís, señor Colón?

—Al abordaje de la gran *cano*. ¿Es *cano* su nombre?

—Sí, *cano* es la palabra con que designan ellos a nuestros bateles.

—Aunque sólo sirvan para costear, admiro la pericia en el mar de esta gente.

No le llevó mucho tiempo al literato describir lo que había sucedido, y luego marchó. La marinería jugaba a los dados, hipotecando en la suerte fantasiosas fortunas que esperaban encontrar, y Juan de la Plaza sacaba lustre a su espada acariciando el filo con un pedernal. Marín estuvo un rato mirando el cielo, ese espectáculo de estrellas que parpadeaban sobre la lona negra de la bóveda celestial, que aparecían y desaparecían caprichosamente, o trazaban un surco luminoso, como de pedrería, antes de precipitarse en el oscuro horizonte.

Estuvo acodado en la borda mucho rato, ajeno al bullicio tenía lugar a su espalda, y oyó cantar las horas dos veces sin moverse del sitio. Se taponó mentalmente los oídos hasta hacer nacer el

silencio, y entonces, en esa quietud imaginada, sintió la presencia fantasmal de alguien, un soplo en el cuello, el aliento de una ánima que su imaginación trató de reconstruir con los rasgos y las formas de su amada. Besó el aire, esa brisa cálida y suave, como quien besa unos húmedos labios, y soñó que estaba en Sevilla, en la alcoba de su dama, que dormía entre sus brazos, tras hacer el amor con ella, y que soñaba con aquella travesía, la isla adonde habían llegado.

Capítulo IV

A la mañana siguiente, entre la hora séptima y la octava, botaron las tres barcas de las carabelas y de la nao, e invirtieron la mayor parte del tiempo en explorar el litoral de la isla. A medida que avanzaban por las playas, eran recibidos por multitud de indígenas que les daban la bienvenida desde sus canoas o bien nadaban e intentaban encaramarse a sus barcas. Eran muchos, centenares, e iban todos desnudos y sin armas, en actitud amistosa. Les traían comida, un engrudo blancuzco elaborado, al parecer, con algún tipo de cereal, y bebida, un líquido dulzón y lechoso contenido en la cascara de un coco, y les preguntaban por señas si venían del cielo.

—Nos toman por dioses.

—Somos sus dioses.

Volvieron todos a los bateles y siguieron bogando por aguas claras y cristalinas, las más limpias que ojos humanos hayan visto, pobladas de gran número de peces.

—Deberíamos pescar algunos de estos ejemplares para que el cocinero Juan de Vicuña los ase y los condimente.

Tras doblar un promontorio rocoso, bajo el que las aguas se oscurecían repentinamente, denotando profundidad, se asolaron a una ensenada más resguardada y a una larga y hermosa playa. En seguida, en cuanto fueron vistos, los indígenas asomaron de entre la espesura y los castellanos contemplaron, por primera vez, las primeras mujeres mezcladas entre la muchedumbre.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Mujeres, y no fantasías.

—De carne y hueso.

—Y desnudas.

—Y apetecibles. ¿No creías muerto el deseo y agriado el esperma en los testículos después de tanto tiempo?

—¿Qué opináis, Marín?

—Quizá son dignas de un verso.

—Y de algo más. De un fuerte achuchón, de una gozosa cabalgada. Puede que no haya tanto oro como imaginamos, pero puede que el oro de estas tierras sean esas mujeres.

—Son la mejor muestra de la sabiduría de Dios.

—Y ¿son hermosas o nos lo parecen después de tanto tiempo sin ver fémina?

—Son mujeres y tienen todo lo que deben tener.

—Salvo vello. Rajas limpias. ¿No es extraño?

—Pues casi lo prefiero. En un burdel de Sevilla, una moza tetona tenía a gala depilarse para no dar cobijo a las ladillas.

Eran menudas, pero de cuerpos gráciles y bien proporcionados, pechos pequeños, apenas emergentes, redondeadas caderas y nalgas curvadas. Hollaban la arena con una indefinida elegancia, y hacían gala de su desnudez con la misma naturalidad que los animales. No tenían vello, ni siquiera en donde Venus puso su monte, y los cabellos, lacios, los más negros que habían visto los castellanos en sus tierras de Andalucía o en los reinos de la morería, caían hermosamente como cascadas sobre sus delicados hombros.

Los castellanos desembarcaron y se dejaron rodear por la turba. Las mujeres sonreían con inocencia, alargaban con temor sus manos delicadas para tocar sus barbas, esos pelos rizados, toscos, fuertes, como pinchos erizados en sus caras, que ocultaban sus facciones y que tanto les llamaba la atención.

—Son hermosas, una dulce tentación —reconoció el Almirante—. Pero que nadie caiga en ella —esta vez gritó bien fuerte, para que todos lo oyeran—. Os supongo enterados. No quiero ningún desmán con ninguna de estas mujeres, ni el más mínimo roce. Se castigará severamente a quien intente propasarse con ellas.

Juan de la Plaza se dejó tocar por una bella muchacha, ansiosa por comprobar la textura de su rostro velludo, y el antiguo capitán de tercios ofreció su rostro endurecido a las suaves yemas de la salvaje doncella. El dedo delgado de la mujer seguía el curso sinuoso de su nariz, con cierta sorpresa por la forma y el tamaño, descendía sobre el labio y exploraba el mentón, hundiéndose de forma aventurera por entre la maleza de la barba. Una risa iluminó su rostro y dos filas de dientes regulares y perfectos asomaron entre sus hermosos labios.

—Empiezo a temer que estas semanas de castidad forzada hayan matado al hombre que llevamos dentro. ¿No lo creéis así, Domingo? Me dejó sobar por una hermosa mona y he de controlar mi instinto de saltar sobre ella.

—¿No podemos hacer nosotros lo mismo con ellas? ¿Seguir el contorno de sus cuerpos con nuestros dedos?

—Parecen mujeres fáciles, de muchos hombres. Puede que se apareen como perras en celo.

Marín se separó del grupo de castellanos y exploró por su cuenta la playa, seguido de un grupo de chiquillos. Los muchachos, mucho más pequeños que los arrapiezos de Sevilla, eran más osados que los adultos, tiraban de sus ropas, golpeaban suavemente su coraza y se extrañaban de su resonancia metálica y su dureza, de que no se abollara con la presión de sus dedos ni se deformara lo más mínimo, o intentaban hacerse con su espada tratando sacarla de la vaina.

—Eso no —prohibía con determinación Marín, frunciendo el ceño y adoptando una actitud hostil mientras hacía emerger sus dientes por entre la poblada barba dorada y eso, la presencia de sus dientes, conseguía que salieran corriendo en tropel repentinamente.

Los cuatro arcabuceros rodearon a Colón y alejaron a empellones a los indígenas, que querían tocarlo a toda costa. Un instinto les decía que aquel hombre corpulento y huraño ejercía la mayor autoridad, que era el *cacique* de aquella extraña tropa divina que ocultaba sus cuerpos bajo tan extrañas vestiduras.

Es evidente que estas gentes tienen un mínimo de organización y que las noticias se transmiten y que ya saben, en cuanto nos ven, quiénes somos. ¿Quién gobierna estas tribus? ¿Qué organización del territorio deben de tener, si es que hay alguna? Lo que ahora más me preocupa es la dificultad para comunicarnos con ellos, el no saber nada de su lengua. ¿Serán capaces de aprender la nuestra, Luis de Torres?

Teníase al judío converso como hombre de una gran cultura y sabiduría innata, muy leído y versado en historia, y sus mesuradas palabras siempre eran consideradas por el Almirante.

—Todos los pueblos han terminado aceptando la voz de su conquistador. Todo el Imperio romano acabó hablando latín, Almirante. —Hizo una pausa mientras se mesaba su barba lacia y negra y posaba en el genovés la mirada de sus ojos glaucos—. No veo por qué estas gentes, pese a su primitivo aspecto, no acabarán por conocer nuestro idioma. Es cuestión de paciencia y tiempo.

—Primitivo aspecto. Marco Polo hablaba siempre de una civilización esplendorosa y milenaria, que ciertamente no casa con lo que vemos, salvo que esto no sea Cipango. El veneciano dejó escrito que el Gran Kan vestía ropas con incrustaciones de oro, sedas finísimas y pieles de cibelina. ¿Por qué éstos andan sin abrigo? —reflexionó Colón en voz alta—. Lo que es evidente es lo fácil que será para la corona dominar estos territorios, pues los indígenas no tienen armas, parecen cobardes y carecen de fortaleza física.

Volvieron a los bateles, no sin algunas dificultades, pues algunos hombres y mujeres intentaron subirse a ellos y acompañarlos en su exploración por la isla, por lo que hubieron de emplearse con contundencia para no dejarlos subir y apartar manos y brazos que asían las embarcaciones y tiraban de ellas hacia la orilla.

—¡Nos adoran! —exclamó Martín, fascinado, contemplando sus semblantes risueños—. Es como si nos hubieran estado esperando durante mucho tiempo.

Doblaron la punta de la isla, y al hacerlo, el mar se abrió y les dejó ver muchas más islas, no

muy distantes unas de otras.

—Tantas como las Canarias.

—Puede que una de ellas sea Cipango.

Al otro lado de la isla el mar se había embravecido por culpa de las rachas de fuerte viento que rizaban de espuma el horizonte. Remaron hasta que hallaron refugio en una pequeña cala, encallaron las barcas en la arena y desembarcaron. No tardaron en ser recibidos por un comité de recepción, no tan numeroso como en anteriores ocasiones, pero sí algo más solemne, sin niños ni mujeres. Destacaba un indígena alto y delgado que lucía un penacho de plumas rojas. A él se dirigió en primer lugar el Almirante y con él intentó, en vano, trabar conversación el judío converso Luis de Torres, que no sacó otra palabra de sus labios que «Guanahaní».

—¿No identificáis su lengua? ¿No os resulta familiar su fonética?

—En nada, Almirante.

—Puede que sean súbditos del Gran Kan. Sus ojos rasgados lo indican. Marco Polo hablaba de las facciones de los pueblos orientales, de la palidez de su piel y la negrura de su cabello. Pero estas gentes no son pálidas, sino casi cetrinas. Y, desde luego, no he visto seda por ninguna parte, sólo algodón.

Esta vez se adentraron en la selva precedidos por los nativos. Los seguían como podían, con sus andares pesados, tronchando las ramas que los árboles ponían en su camino, tropezando con las exuberantes raíces que emergían de la tierra y se retorcían en el aire caprichosamente, rezongando por el pegajoso calor que pegaba las sucias ropas de paño a los cuerpos y la pesadez de sus armaduras. Sus guías, mucho más rápidos, se detenían de vez en cuando para que consiguieran alcanzarlos y parecían reírse de su lentitud y torpeza. Marchaban en fila india por la selva lujuriosa, que olía a los más diversos perfumes, desde el límpido de la savia, que destilaban sus descomunales hojas, al hedor insoportable de algunas flores enormes, casi tan grandes como un ser humano, que al descomponerse expelían un olor sofocante parecido al de un cadáver putrefacto. Y por fin, tras poco más de un cuarto de jornada, llegaron a un calvero de la floresta, un espacio de tierra que habían desbrozado de árboles y matorrales. Para alzar en su lugar un poblado, las primeras construcciones de ese Nuevo Mundo que veían los castellanos.

—Así viven. Modestas casas de palma que el viento o la lluvia deben de llevarse sin mucha dificultad. Las enormes hojas de las palmas, ya secas, servían de techumbre a grandes construcciones comunales cuyas paredes estaban formadas por una infinidad de ramas entrelazadas con lianas. En cada uno de esos toscos habitáculos daba la sensación de que vivía más de una familia.

—¿Familia? —repitió Juan de la Cosa—. ¿Es lícito hablar de familia? Parecen compartirlo todo, mujeres y niños. Más bien habría que hablar de camadas.

La noticia de la llegada de los castellanos parecía haberse extendido por toda la isla, puesto que los recibieron sin extrañeza, triunfalmente, con chillidos agudos que parecían de alborozo. Habían muchos niños —tan delgados y menudos que parecían hambrientos, aunque la agilidad con que se movían y la rapidez de sus movimientos lo desmintiera— y mujeres, pero había muy pocos viejos.

—No hay ancianos. El hombre más mayor que he visto debía de tener mi edad. ¿Dónde están?

Luis de Torres hizo un gesto con la mano mientras daba como explicación que la mortandad debía de ser importante, y corta la esperanza de vida.

Todas las casas del poblado formaban círculos alrededor de la vivienda principal en donde residía su jefe, que ellos llamaban *cacique*, extraña palabra para denominar a la máxima autoridad. Y el cacique de aquel poblado era el indígena de las vistosas plumas rojas que había ido hasta la playa a recibirlos. Con un gesto invitó a Colón, a Juan de la Cosa y a Luis de Torres, a los que consideró más importantes, a entrar en su choza mientras el resto esperaba fuera y

confraternizaba con los demás habitantes del poblado.

—No veo mujeres —espetó Domingo *el Negro*, acariciándose el enrojecido muñón de su nariz y tomando asiento sobre una piedra.

—Han huido al verte. Llegas precedido por tu fama depredadora.

La mirada desafiante de Juan de la Plaza y sus palabras cortantes obtuvieron quizá lo que andaban buscando. Domingo *el Negro* hizo chirriar los dientes con ferocidad y los restos de su nariz adquirieron una amenazante tonalidad cárdena mientras oprimía con fuerza la empuñadura de su cuchillo.

—*Cacique, canoa, guacamayo, Guanahani*—repetía Marín con cierto asombro por las muchas palabras indígenas que ya sabían.

—*Camani*.

Levantó la vista del hormiguero que le había estado entreteniéndolo, en un aparte de sus tocayos, una sima oscura y abultada como un cono volcánico de la que emergían terribles insectos de cuerpo rojo y pinzas amenazadoras que trajinaban con las hojas secas de la selva e insectos muertos que centuplicaban su tamaño. Quien había pronunciado aquella nueva palabra estaba frente a él y le sonreía amistosamente. No era mal parecido y su cuerpo tenía incluso más robustez que el de sus vecinos, y algunas cicatrices en piernas y vientre de feo dibujo y trazo quebrado parecían decir de él que se trataba de un guerrero que había sobrevivido a combates.

—*Caníbal* —pronunció, tocándose con mal disimulado orgullo su colección de cicatrices.

Marín miró a los ojos al muchacho. Y el muchacho le sostuvo la mirada, aunque sin desafiarlo, y esbozó una sonrisa.

—¿Me estás enseñando tu idioma? ¿Qué es *Camani*?

Se golpeó el pecho con fuerza y repitió una y otra vez la palabra, orgulloso de ella, acentuando su sonoridad.

—Conque te llamas Camani. Ya te he entendido. No hace falta que partas tu pecho por mí. Yo, Marín —y el vasco se puso la mano en el corazón.

—Marín.

—Perfecto. Aprendes rápido. Eres un muchacho inteligente. ¿Y las heridas?

—*Caníbal*.

—¿No eran los *caribe* vuestros encarnizados enemigos?

—*Caníbal, caribe, avaporú*.

—¿Son lo mismo?

Colón estuvo hablando largo rato con el reyezuelo y le pidió hombres que le sirvieran de guías durante todo el viaje por las Indias. Luis de Torres hizo un alarde exhaustivo de lenguaje gestual para que la petición del Almirante fuera entendida, y finalmente el cacique aceptó a cambio de diversos regalos, cuentas de colores que los castellanos llevaban consigo en un saco, espejuelos, que lo divirtieron tras asustarlo reproduciendo su imagen, y bonetes de terciopelo rojo que hábilmente se colocó en la cabeza tras desembarazarse de las vistosas plumas de ave que lucía.

—En verdad que estoy hambriento —dijo Colón, transcurrido cierto tiempo—, y no creo que sea el único.

—Quedaron en los bateles las provisiones de galleta y bizcocho, Almirante.

El cacique hizo un gesto elocuente, pasándose una mano por el magro estómago mientras con la otra, juntando los dedos, abría su boca. ¿Captaba sus deseos?

—Parece habernos leído el pensamiento —corroboró Luis de Torres.

Salieron de la choza principal. Algunos indígenas trajeron unos extraños y feos animales, más grandes incluso que los lagartos de la isla del Hierro, escamosos y de aspecto diabólico, con dorso de perfil aserrado. Los tenían en muchas casas, atados, colgados de palos, indolentes,

mansos, pese a que su aspecto era terrible. Reunieron seis o siete ejemplares, los más grandes que encontraron, y los mataron ante ellos con golpes de piedra que les partieron el cráneo y que provocaron sus gritos horriblos mientras una baba verdusca, que mal podía ser llamada sangre, era escupida de su cuerpo repulsivo y los ojos se les salían de las órbitas.

—No pretenderán que comamos eso...

Unos avivaron un pequeño fuego, hasta que obtuvieron llama generosa, y a su calor chamuscaron las pieles de los pequeños monstruos, que sacaron como si de un guante se tratara, y otros, ensartando con una rama los cuerpos despellejados por el culo y la boca, los fueron asando, cuidando de no carbonizarlos.

—Pues no huelen mal.

Casi diría que su aroma es agradable. El hambre nos provoca alucinaciones.

—O tanto tiempo hace que no hemos comido carne que un trozo de este repulsivo lagarto nos hace segregar los jugos gástricos.

—De todas maneras, daría mi brazo por una buena olla en cualquier tabernucho de Sevilla.

Fueron desmembrados con habilidad aquellos animales, que los indígenas llamaban *iguanas*, que parecían dar nombre a la isla, pues su fonética era casi idéntica —Guanahaní—, vaciados de sus entrañas, manjar succulento que devoraron *in situ* los improvisados cocineros con delectación, y ofrecidos sobre enormes hojas a los invitados. Colón apremió a Luis de Torres a que —puesto que tenía cierta experiencia en viajes y en contactos con pueblos primitivos— hiciera honor a los presentes en primer lugar.

—Bueno, muy bueno —exclamó, tras hincarle el diente después de unos instantes de comprensivo reparo y olfatearlo mucho antes de degustarlo.

—No peor que el pollo —agregó Juan de la Cosa.

—En comparación con la seca mojama, esto me parece gloria.

Comieron de aquellos animales hasta hartarse, y sólo echaron en falta un buen trago de vino que llevarse al colete. Les dieron también extrañas raíces de árbol, frutas que nunca habían visto antes, de colores, formas y olores novedosos, grandes hojas cocidas con las que enrollaban la pasta resultante de una raíz llamada *yuca* que utilizaban como si fuera pan.

Cuando emprendieron el camino de regreso, atardecía y la selva adquiría un aire misterioso, se llenaba de pequeños rumores, de insólitos crujidos, la sinfonía fantástica de miles y miles de insectos colgados de las ramas de los árboles que, desaparecido el rigor del sol que los adormecía, amenazaban con dejarse caer encima de los intrusos profanadores de la virginal floresta.

No tardaron mucho en pisar la arena de la playa, y Marín, a la vista de los bateles que los esperaban ladeados en la orilla, Pastos a recibirlos, preguntó a Camani si quería acompañarlos, y el gesto fue fácil de entender: se señaló a él, señaló la barca y la Camani. Y el indígena asintió. Es el mismo gesto, advirtió Marín, el mismo movimiento de cabeza hacia atrás para luego casi tocarse con la mandíbula el pecho, algo más exagerado, pero idéntico significado.

—Sí.

Se quedó en blanco, mirándolo.

—Dices sí. Sí, sí.

—Sí.

La afirmación la había aprendido rápido y Camani practicaba con ella mientras Marín corría a parlamentar con Colón.

—Perdone vuesa merced, señor Colón, creo que he encontrado un intérprete que nos puede ser de mucha utilidad, un nativo inteligente que aprende con celeridad nuestra lengua y nos puede enseñar la suya.

—Magnífico —no dudó Colón sin dignarse siquiera mirar al indígena—. Que nos acompañe. Os haréis cargo de su custodia y de la enseñanza del idioma castellano para que, de aquí en

adelante, nos sirva como intérprete. ¡Quién mejor que vos para instruirlo!

No fue el único nativo que los acompañaba. Dos más subieron a bordo del batel de la *Pinta* y otros dos lo hicieron en el de la *Niña*. Regresaron a los barcos cuando ya anochecía, cansados, pero satisfechos, y Marín hubo de insistir mucho cuando, una vez avistada la mole redondeada de cetáceo varado que presentaba la nao *Santa María* en medio de la ensenada, Camani venciera el pavor que lo dominaba a ser engullido por tal portento de maderas y velas que se movían al ritmo de las brisas.

—No te va a devorar mi gran canoa —lo tranquilizó Marín, sonriéndole.

Capítulo V

Desplegaron las velas y abandonaron la isla de Guanahaní al tercer día, el 14 de octubre, una vez que la consideraron explorada de punta a punta, hubieron bautizado todas y cada una de sus playas, y Rodrigo de Escobedo hubo trazado un tosco mapa con su accidentado terreno como título de posesión que esgrimir cuando regresaran a Castilla. Colón acarició con su mano el reluciente vástago de bronce del gobernalle, que giró sobre sus ejes, y los indígenas acudieron a las playas en masa a despedirse de los castellanos y muchos de ellos los siguieron en sus canoas hasta mar adentro, dándoles escolta, tratando de intercambiar con los que marchaban los últimos pájaros, las últimas guedejas de algodón por las cuentas de colores a las que eran tan aficionados.

Tantos guacamayos iban en la nao y en las dos carabelas, que las tres embarcaciones más parecían el arca de Noé que otra cosa. Bien cierto era que las emplumadas aves tenían una apariencia vistosa, que se aposentaban, sin herir con sus garras, en hombros de marineros e hidalgos, pero el estruendo que producían, como el de ancianos cascarrabias en el fragor de una violenta discusión, resultaba molesto a los oídos. Muchas acabaron cocinadas, tras guardar sus bellas plumas como tesoros u ornar con ellas los cabellos de la marinería, en el fogón de proa, y otras, ante el peligro que se avecinaba, optaron por abandonar los desagradecidos hombros y volar torpemente hacia la cercana costa.

Al guanahaní Camani la vida en el barco se le hizo extraña y pronto dio muestras de no mostrarse muy conforme con permanecer encerrado en lo que debía de antojársele una gran cárcel: no podía bañarse en el mar, el barco siempre estaba en movimiento, ni podía hollar con sus pies descalzos las cálidas playas de las islas ni buscar, cuando arreciaba el calor, la sombra y el frescor que le deparaban la frondosidad de los árboles. Pero lo movía la curiosidad y una apetencia innata por aprender de los castellanos: observaba detenidamente, escuchaba las conversaciones, tratando de descifrar su significado y repitiendo en voz baja la fonética de las palabras.

Una de las cosas que más llamó su atención fue la ampolleta que volteaba periódicamente Pedro de Terreros. Camani se pasaba las horas muertas junto al grumete, observando, fascinado, el lento goteo de la fina arena, y se sobresaltaba cada vez que el castellano anunciaba la hora. Admiraba el mecanismo, cierto, pero no comprendía su utilidad. ¿Medir el tiempo? ¿No lo medían con rigor el dios sol y la diosa luna?

—¡Hora cuarta!

Tampoco acababa de acostumbrarse a las dimensiones de la nave, tan distinta de la mayor de las canoas que había visto —por ejemplo, las de los terribles *caribes* en sus periódicas incursiones—, ni entendía por qué había de ser ése su tamaño, ni por qué habían de ir embarcadas en ella tantas personas apelotonadas. Miró extrañado los mástiles, preguntándose por la utilidad de tan largos troncos desnudos de ramas y de superficie suave, descortezados, que pese a que habían echado raíces en la cubierta de la nao carecían de hojas, pero lo que más le impresionó fue cuando el viento hinchó las grandes velas desplegadas que de ellos colgaban, los más extraños frutos jamás vistos por sus ojos, y que esas nubes blancas y henchidas fueran capaces de impulsar a la nave hacia adelante: eso lo fascinó. Los castellanos robaban la fuerza del viento para su provecho.

Una gran curiosidad, una ansia de saber, parecía aguijonear su espíritu, y su mirada buscaba siempre la de Marín interrogándolo por todos y cada uno de los prodigios que descubriría. Si de algo parecía consciente era de que aquellos recién llegados, puede que dioses, eran infinitamente más poderosos que ellos, y su inteligencia le decía que su misión en esa enorme embarcación casi cilíndrica, como una monstruosa corteza de coco partida por la mitad, era sacar el máximo de enseñanzas de los hombres de cabellos oscuros, rubios, rojizos y rizados que cubrían sus cuerpos con tanto celo con tan incómodas ropas.

—Mástil —dijo Marín, cuando vio al indígena guanahaní sobar la lisa superficie del palo. Y Camani miró hacia la costa de su isla, que aún no había desaparecido de la vista, señaló la frondosa selva y pronunció una palabra cercana a la escuchada por el castellano.

—Astil.

—Mástil. Pero éstos no son mástiles, sino árboles. Un árbol cortado —y Marín hizo un gesto brusco y violento con la mano, como si decapitara a alguien— y colocado en el barco es un mástil. Un árbol cortado y vaciado es tu canoa.

Sonrió el indígena, aliviado al haber reconocido la palabra «canoa», aunque el vasco no la pronunciara como él lo hacía.

El indígena guanahaní se acodó en la borda del barco y contempló, con visible tristeza en la mirada, cómo los contornos de su isla se iban difuminando tras una bruma que salía de la superficie del mar y la ocultaba. Tuvo el presentimiento de que quizá ya no la vería más y una lágrima de nostalgia asomó a sus rasgados ojos, cruzó su mejilla y humedeció la comisura de su boca.

—Amigo Marín, deberías decir a tu esclavo que cubriera su desnudez. Sus bonitas nalgas sin vello puede que tienten a más de uno a usarlo como hembra —dijo Juan de la Plaza, envolviendo con su mirada el cuerpo desnudo y quieto de Camani.

—No es mi esclavo.

Harto esfuerzo le costó a Marín convencer al intérprete guanahaní de que debía cubrirse con tela y mantener oculta la virilidad de la que se sentía tan orgulloso. Otras tantas veces como el vasco intentó liar a su cintura un pequeño taparrabos textil de áspera arpillera, se lo quitó éste de encima, harto molesto, hasta que Marín le hizo comprender con gesto violento que no se lo volviera a quitar o sufriría las consecuencias de su ira. Y Camani se dejó hacer con mansedumbre, permitió que la tela ciñera sus nalgas y su vientre y que un cinto de lino la sujetara a sus caderas.

—Está verdaderamente guapo —dijo Domingo *el Negro* soltando una risotada—. Hasta me casaría con él.

Al mediodía, más cerca de la hora trece que de la hora doce, impulsadas por brisas favorables, las tres naves avistaron una nueva isla y procedieron a bordearla.

—Desde luego, no es Cipango —musitó Colón con ligera decepción—, aunque no tengo duda de que nos hallamos cerca. Tomad nota, amigo Rodrigo de Escobedo, que a siete millas marinas de la isla de San Salvador se encuentra... —dudó unos instantes antes de bautizarla— la isla de Santa María de la Concepción.

Fueron avistando más islas, pegadas unas a otras, y en todas fueron desembarcando los castellanos y recibieron los agasajos de sus habitantes. Los indígenas parecían ser de la misma raza, entre ellos se llamaban *tainos*, y hablaban similar lengua, por lo que Camani comenzó a servirles de intérprete con los aún escasos conocimientos que tenía del castellano. Mas no era muy visible el oro entre sus ornamentos, lo que causaba enojo en el Almirante, y cuando ordenaba a Camani que preguntara por posibles yacimientos la respuesta siempre era ambigua e indefectiblemente la misma: alargaban el brazo y señalaban otra isla.

Las tres naves pusieron rumbo a una isla mucho mayor que se vislumbraba en el horizonte y parecía muy llana y larga, a la que Colón bautizó como Fernandina, en honor a su majestad católica, mas no desembarcaron, pasaron de largo.

La obsesión por encontrar oro se extendió entre toda la tripulación, pese a que hasta el momento las cantidades encontradas no eran para hacerse muchas ilusiones sobre filones futuros. La mayoría de ellos se habían embarcado para hallar ese oro prometido por Colón, que les había dicho encontrarían en abundancia, y se llevaban una amarga decepción al comprobar que los tejados de oro con que el Almirante se llenaba la boca no eran sino pobres cubiertas de hoja de palma seca.

—Esto lo resolvía yo por mi cuenta de una forma drástica —arguyó Juan de la Plaza en conversación privada con sus antiguos compañeros de prisión—. Demos tormento a uno de estos desgraciados y juro por Dios que se dejarán de evasivas y ambigüedades y nos dirán exactamente dónde está el oro. No sé a qué espera el Almirante para actuar de otra forma con esa gente. Con modales remilgados, con preguntas, no vamos a resolver nada.

—Estoy contigo —ratificó Domingo *el Negro*, rascándose con furia su amputado apéndice nasal—. Pero no tenemos autoridad para actuar de esa forma. Perdisteis vuestra oportunidad, amigo.

A medida que transcurrían los días, Camani iba aprendiendo cosas nuevas de sus amos que le llenaban el pecho de inquietud y desasosiego y le hacían albergar dudas acerca de su carácter divino y su aparente bondad. Los castellanos ambicionaban con tanta ferocidad esas piezas doradas con que algunos de ellos adornaban sus cuellos como los *caribes* ansiaban devorar sus carnes. Con ávida curiosidad le preguntaba a Marín el nombre de las cosas que veía y las repetía a continuación con gran fortuna, y él, a su vez, enseñaba al vasco la traducción de sus palabras a su lenguaje taino.

—Ese esclavo vuestro no me gusta —espetó con brutalidad Juan de la Plaza a Marín.

—No es mi esclavo —le respondió el vasco mirándolo a los ojos, burlonamente.

—Pues peor aún. Vuestro amigo, ¿es eso quizá?

—Es posible.

—Cosas de literatos. Gente loca, tan locos como inútiles. —Y se tocó la cabeza—. Pues ese salvaje no me gusta nada cómo nos mira, parece entenderlo todo.

—Eso es un elogio para mí, porque significa que le sirvo como maestro.

—Y nos mira con superioridad, como si nos juzgara. Decidle que no me mire, que no clave sus ojos en mí, que no lo vuelva a hacer o se los arrancaré.

Se lo diré, pero calmaos, Juan de la Plaza. Me calmaré cuando deje de mirarme.

Marín advirtió como pudo a Camani de las suspicacias que su presencia levantaba entre los castellanos y le aconsejó que, de ahora en adelante, no levantara la mirada de la cubierta de la nao y si lo hacía, la fijara en el ancho mar.

Llegó la noche, húmeda y espesa, y la escasa brisa no fue capaz de alisar las arrugadas velas. No tenía sueño Marín, mas todos dormían. Decenas de cuerpos desnudos y sudorosos tendidos unos junto a otros, brazos sobre pechos, piernas sobre vientres, cabezas sobre hombros, pues no era el espacio suficiente como para impedir que no se tocaran. Reinaba el silencio más absoluto mientras la nave se bamboleaba y el mar susurraba en la quilla. Pudo entonces escuchar un jadeo, un sonido brutal de placer que se le antojó repugnante. Recordó las palabras de Juan de la Plaza e imaginó al efébrico Diego Bermúdez recibiendo el desahogo furtivo de un marinero. Vigiló y creyó ver a su ocasional amante, mas no distinguió su rostro ni se esforzó por ello. Una sombra que se deslizaba hacia babor, agachada, cubriéndose la cabeza en cuanto se sintió observado, que en seguida se confundió con otros cuerpos yacentes. Buscó sitio donde echarse el de Leizarán, y a duras penas lo halló junto a su servicial Camani, que abrió los ojos ante su presencia.

—Mas ¿no dormís?

—La *hamaca*, más blanda que el suelo, señor.

—¿*Hamaca*?—Y con esa nueva palabra en los labios, que no sabía qué designaba, repitiéndola, se quedó dormido.

Capítulo VI

La nao *Santa María* y las carabelas *Pinta* y *Niña* continuaron la navegación por el litoral de la isla de Fernandina tras una reunión de los capitanes que tuvo lugar en la cámara del Almirante. Nunca habían sido muy buenas las relaciones de Martín Alonso Pinzón —avezado marino y hombre temido por los portugueses para quien navegar al norte o a Canarias era algo familiar— y Vicente Yáñez Pinzón, su hermano gemelo, con Colón pese a que el Almirante debía agradecerles a ambos que se hubieran puesto de su lado cuando la tripulación estuvo a un paso de amotinarse. Los hermanos andaluces no se habían sumado a esa expedición de buen grado, sino obligados por el edicto de que tenían que servir durante doce meses con dos carabelas al reino. La desconfianza que ambos marineros sentían hacia su comandante, la sospecha de su impericia nacida cuando, de mala gana, se vieron forzados con sus naves a hacer causa común con el genovés —aumentada durante la interminable travesía oceánica— se disipó en cuanto avistaron las primeras islas, pero Colón no parecía dispuesto a olvidar afrentas pasadas, y la reunión que tuvo lugar a puerta cerrada en la camareta tuvo términos muy duros. Además había envidias sobre las condiciones que un extranjero había impuesto a sus majestades católicas en las famosas Capitulaciones de Santa Fe: «El título de almirante sobre todas las islas y tierras firmes que por su mano e industria se descubrieran o ganaran, vitalicio hereditario y perpetuamente; título de visorrey y gobernador general en dichas islas y tierras firmes con la facultad de poder proponer a los reyes personas destinadas al gobierno de tales tierras; el décimo de las riquezas o mercancías obtenidas dentro de los límites del almirantazgo».

—Mucho nos tememos, Almirante —Martín Alonso Pinzón pronunció el tratamiento mal disimulando la aversión que le producía el hacerlo mientras tomaba asiento en la incómoda silla y apoyaba ambas manos sobre la tabla de la mesa—, que hayamos errado el viaje y distemos mucho de Cipango. ¿No nos encontramos ante un continente distinto del Lejano Oriente buscado? ¿Dónde están las casas con tejado de oro que debíamos encontrar?

—El continente asiático y la isla de Cipango están a la vuelta —afirmó con rotundidad Cristóbal Colón sin poder disimular la irritación que la desconfianza del palense le producía—. También dudasteis que os llevara a alguna parte, y ya hemos descubierto islas, nuevos territorios para sus majestades católicas.

—Pero sin vestigios de oro —puntualizó Vicente Yáñez Pinzón, entrando en liza—. En el reino de Catay, del que Marco Polo habla, las playas están sembradas de oro, los ríos arrastran gigantescas pepitas y las cúpulas de los templos son de ese preciado metal. Hasta ahora, en estas pequeñas islas en donde hemos fondeado, no hemos descubierto más que pobres vestigios de tan preciado metal y ni rastro de las especias que andamos buscando.

—Almirante, los términos de esta expedición eran meramente comerciales, y no veo nada en que podamos comerciar como no sea esclavizando a estos pobres indígenas que ni aptos me parecen para el trabajo —remachó Martín Alonso.

Iba vestido el capitán de la *Niña*, que tenía por elegante y presuntuoso, con pelliza de piel curtida, calzón de paño y botas ligeras con suelas de corcho. Malas lenguas decían de él que era muy mujeriego y asiduo visitante de los burdeles de Sevilla, que la plata se le iba, en cuanto ponía pie en tierra, en esas desvergonzadas mujeres que se alzaban las faldas y abrían sus muslos para calmar el ardor viril de los marinos. Y ese dato era conocido por el Almirante, para quien los hombres que no podían dominar sus apetitos no eran dignos de su confianza.

Capitanes, quizá deba recordaros que yo mismo, de mi pecunio, con 250.000 maravedíes, que debí pedir prestados a amigos y protectores, he financiado en parte esta expedición. Garantizo que llegaremos a Cipango, y al continente asiático, y al reino de Catay, y que haré entrega de la carta que llevo de sus majestades católicas al Gran Kan. Llenaremos las bodegas de los barcos con toneladas de pimienta, azafrán, canela, clavo de olor, sándalo, benjuí, ruibarbo...

—Andan las tripulaciones soliviantadas, Almirante, por lo que vislumbran como fracaso de la

expedición. ¿Dónde está el oro?

—¿Fracaso de la expedición? —bramó, furioso—. ¿Quién os trajo aquí? ¿Gracias a quién pisasteis tierra cuando desesperabais?

—¿No os habréis equivocado de ruta?

—¡No equivoqué la ruta, insolentes! —Y dio la discusión por cerrada.

Costearon la isla y finalmente desembarcaron en su parte norte. Camani, Marín, Juan de la Plaza, Domingo *el negro* y Juan de Medina iban en el grupo, aparte del propio Almirante. Se abrieron paso por entre una floresta tupida de largos árboles desnudos con extrañas cuadrículas en sus troncos y hojas como palmas, parecidas a los palmerales de Elche o del norte de África, sólo que mucho más espigados y altos, de cuyas copas colgaban racimos de enormes frutos que los indígenas llamaban *cocos* y que, al parecer, contenían en su interior una especie de agua dulzona y muy nutritiva, y uno de estos frutos estuvo a punto de provocar una terrible desgracia.

Un zumbido, parecido al de una bala disparada por un cañón alertó a Camani, que propinó un fuerte empujón a Marín, que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio, más por la sorpresa que por la fuerza del guanahaní. Marín, irritado, se llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero detuvo el gesto cuando vio estrellarse a escasas pulgadas de sus pies uno de esos enormes frutos, cuya corteza se partió en dos y de cuyo interior surgió una blanca pulpa. El impacto contra el suelo fue tan terrible que levantó una nubécula de tierra y el jugo contenido en el fruto salpicó las piernas del vasco.

—Tu mancebo te ha salvado la vida, literato —le espetó Juan de la Plaza a un Marín aún transido por lo cerca que había estado de fenecer de una muerte estúpida—. Esos *cocos* son más feroces que las balas de cañón. Habrá que calarse el capacete.

Marín no supo cómo agradecerle a Camani su acto reflejo de salvarlo sino con una sonrisa, y el indígena la recibió extrañado porque su acto hubiera generado gratitud. Si no lo consideraba su enemigo, ¿de qué se extrañaba que procurase por su vida?

Tardaron un cuarto de jornada en llegar hasta una aldea y en ella fueron recibidos de forma entusiasta por sus habitantes, que los tocaron con sus manos y se apartaron luego, atemorizados por las texturas de sus pieles curtidas y duras, la reciedumbre de sus músculos y el hirsutismo de sus cuerpos.

Colón parlamentó con el cacique local, que les ofreció agua, y la carne de unas ratas grandes y peludas llamadas *hutías*, que tenían un sabor parecido al conejo, y toda clase de frutos, mientras sus hombres se dedicaron a confraternizar con los habitantes del poblado. Entre el gentío que los rodeaba, que se deshacía en murmullos de admiración y respeto, Juan de la Plaza reparó en una muchacha indígena que le sonreía abiertamente; la desnudez de sus hermosos senos cónicos coronados por abultados pezones negros y la raja profunda de su sexo, avistada en el triángulo de su vientre, avivaron su apetito carnal. Esa risa, provocadora y sensual, y la forma de mirarlo a los ojos, no eran los de una mujer decente, sino los de una hembra en celo presta a ser montada por un varón. Y quizá fuera así. ¿No se comportaban acaso aquellas gentes como los animales bajo las leyes de la Naturaleza?

—Confieso —le dijo a Domingo *el Negro*— que según pasan los días y veo más pieles desnudas se me hace más cuesta arriba no dar rienda suelta a mis deseos, y éstos son los de montar a toda hembra que se tercié. ¿Cuándo tendremos licencia para hacerlo? ¿O deberemos tomárnosla por nuestra cuenta?

—¿Y qué vamos a sacar nosotros de este viaje? —preguntó Domingo *el Negro*—. ¿Qué, si no hay oro?

—¿Qué otra cosa hay en estas tierras que no sean árboles y mujeres? —espetó Juan de Medina.

El Almirante no tolerará ningún desmán.

—¿Habláis por su boca, Marín? —le preguntó Jacomel Rico.

—Que seáis el escribano del Almirante no os autoriza a hablar en su nombre.

—¿O quizá vuestro fiel Camani puede decirnos dónde se halla el maldito oro que andamos buscando? Deberíais dejarme hablar con él —dijo Juan de la Plaza, con mirada torva.

Regresaron a las naves en los bateles y continuaron costeano a una velocidad mínima puesto que la brisa era muy débil y algunas de las bahías que surcaban estaban tan resguardadas del viento que éste ni entraba en ellas. Las playas, los promontorios, las selvas se sucedían a medida que las tres naves daban la vuelta a la isla.

—¡Nunca vieron ojos paisaje tan hermoso y tan parecido al Paraíso Terrenal! ¿Qué opináis, Luis de Torres? ¿Nos estamos acercando?

Era el judío converso escéptico y asaz descreído. Observaba los paisajes y sus pobladores con la curiosidad de un entomólogo, sin emocionarse. No contestó sino con otra pregunta, fijando sus ojos glaucos en el genovés.

—¿El Paraíso Terrenal no está entre el Tigris y el Éufrates?

Marín pasaba cada vez más tiempo solo, ajeno a los suyos, cada vez más extraño entre la tripulación de la *Santa María*, absorta en conquistar cuerpos y tesoros, pasiones que no compartía con su entusiasmo, y su nostalgia podía tener parangón con la que empezaba a experimentar Camani de su tierra, que hacía dos días había dejado de ver. El de Leizarán se había acostumbrado a admirar el vergel del paisaje que se abría ante sus ojos, atento a sus señales, a su inconfundible y penetrante perfume, aunque, de vez en cuando, como un ramalazo, visiones de lo que había dejado al otro lado del mar Tenebroso, en el otro extremo del mundo, del hermoso valle de Leizarán con sus hondonadas nevadas en invierno y cubiertas de flores en primavera, acudían su espíritu y lo llenaban de añoranza. Tenía visiones alegres de sus andanzas por las tabernas de Sevilla, recitando poemas, antes de ser prendido tras el fatídico duelo, y, sobre ninguna otra cosa, imperaban los recuerdos de su amada Leonor, la dama de su corazón. Percibía, a poco que cerrara los ojos, su piel suave, su boca húmeda, sus ojos profundos y misteriosos y su talle nimio, aspiraba el perfume de su cuerpo que se aprestaba a darse en aquella única y mágica noche en la que el deseo derribó todas las barreras. Con su mente, podía reproducir el imborrable recuerdo de ese abrazo intenso y largo, de esa dulce agonía en la que se perpetuaba la posesión del junco de carne tibia y, a poco que cerrara los ojos, oía el sollozo de su entrega, esa gozosa lucha entre su cuerpo, que se abría bajo sus caricias, y su alma cristiana, que se negaba a aceptar la rendición de la carne. ¡Qué placentero fue el pecado!

Abrió los párpados. Las nubes, como todas las tardes, se colocaban estratégicamente cerca de la línea del horizonte para embellecer el paisaje marino en las últimas horas de sol. Era un momento de mágica belleza que se repetía todos los días. Ni en su Vasconia natal, ni en la cálida Sevilla, las puestas de sol estaban dotadas de esa belleza sobrenatural. El día moría y la fragancia de la naturaleza madurada por las doce horas de sol se expandía con intensidad por el aire, añadiéndose al perfume del mar.

Un chapoteo rítmico en las aguas turbó la calma. Marín levantó la vista. Se acercaban nuevas canoas, y en algunas de ellas iban mujeres que se cubrían el vientre y la puerta de su sexo con tela de hilo de algodón, en un atisbo de pudor, por lo que Colón dedujo que los habitantes de esa isla podían ser más civilizados que los de Guanahaní. ¿Más civilizados por ser más vergonzosos?

—Creo que estos indígenas, que cubren sus vergüenzas con recato, son prueba de que no erramos camino y por fin nos aproximamos a la isla de Cipango —dijo Colón a Juan de la Cosa.

El grupo de indígenas estuvo mercadeando sobre las cubiertas de las naves hasta bien entrada la noche y entonces, cuando ya no quedó más cosa que intercambiar, se hicieron a la mar y volvieron a su aldea.

Capítulo VII

Amanecía con el gorjeo de los pájaros mientras la luz dotaba de vivos colores al agua, la arena y la floresta y los marineros de las naves se desperezaban lentamente, entre bostezos, se refrescaban nadando alrededor de los cascos de sus barcos y tomaban su primer bocado.

Con Camani como guía, botaron de nuevo el batel y fue a la playa un grupo encabezado por Marín con el encargo de traer agua de un río que desembocaba en las proximidades. El intérprete guanahaní, tras parlamentar con un grupo de indígenas que se les acercaron con curiosidad, hizo a los castellanos una seña para que lo siguieran.

—Agua dulce más adelante.

Se internaron portando los barriles vacíos sobre los hombros. Anduvieron un buen rato por selva cerrada de altos árboles que casi cubrían el paso del sol, hojas de gran tamaño y raíces de forma caprichosa que emergían del terreno y con las que tropezaban si no iban muy atentos. La fronda de aquellos árboles superaba la de los laureles y la de los castaños del norte de la Península y prendían de ellos multitud de flores rojas, como goterones de sangre o enormes rubíes en torno a los que aleteaban golosamente miríadas de insectos atraídos por su aroma era incienso salvaje. Marín, que todo lo observaba con la fascinada de un niño, creyó vislumbrar, saltando de rama en rama, seres muy diminutos pero muy ágiles que parecen humanos.

—*Macacos*-dijo Camani.

—Monos —aclaró Marín, interpretando que los diminutos arborícolas eran parientes cercanos de los que habitaban las costas del norte de África.

Guiados por los indígenas, llegaron hasta la ribera de un río caudaloso y en él se aprestaron a llenar de agua los barriles que llevaban. Poco más arriba de donde habían aguado, en donde el curso de agua se remansaba para luego precipitarse en una pequeña cascada, había una especie de estanque de aguas plácidas y profundas.

—Voy a darme un baño —anunció Marín.

—¿Un baño? —repitió con incredulidad Domingo *el Negro*—. ¿Os hace falta un baño?

—Y a vos, dos. No creo que el tono negro de vuestra tez se deba a especial pigmentación, sino a roña centenaria. La higiene no anda reñida con la virilidad.

Marín se desnudó lentamente ante la atenta mirada de los indígenas que esperaban expectantes que toda la ropa cayera para ver si el hombre blanco, el que había llegado de lejos, posiblemente del cielo, o de no se sabía bien dónde, estaba hecho de la misma materia que ellos, o bien era diferente en todo. Cuando quedó en cueros, tal como su madre lo trajo al mundo, un coro de risas estuvo saludándolo hasta que su cuerpo desapareció entre las aguas y empezó a nadar. El agua de aquel río, particularmente fresca y cristalina, tonificó sus adormecidos músculos y limpió su piel del pegajoso sudor que había almacenado durante la travesía por la selva. Buceó una y otra vez en aquella improvisada laguna del edén, y salió, sacudiéndose el agua de su cuerpo y tendiéndose al sol, sobre una roca, a secarse bajo su agradable caricia. Pronto se vio rodeado de los indígenas que los habían guiado hasta aquel lugar, y oyó sus cuchicheos, las risas ahogadas, y observó sus caras de asombro.

—¿Cuál es el motivo de tanta diversión? —preguntó Marín a Camani mientras hacía desaparecer su torso en el jubón, se ajustaba la armadura y prendía su espada al cinto.

—Vuestro pelo. Nosotros pelo sólo en cabeza. Marín pelo en piernas, en pecho, en brazos. Sólo los animales de la selva tienen pelo.

¿Permitís que se rían de vuestro aspecto? —le preguntó Domingo *el Negro*, quizás el menos indicado para hacer la pregunta—. ¿No os hiere su insolencia?

—Su risa podría ser espasmódica si os vieran a vos desnudo. Ése debe de ser el motivo de que no os bañéis nunca: vuestra propia hilaridad al no poder contemplar vuestros pies y sí, en

cambio, vuestra panza. Buena pieza estáis hecho, amigo Domingo, para los *caníbal de Caribe*. Regresaron a la *Santa María* con el cargamento de agua que los indígenas les ayudaron a transportar hasta la playa y Colón, en bebiendo un sorbo, les preguntó la procedencia de agua tan buena, fresca y cristalina, casi tan pura como la que destilaban las cumbres nevadas del Mulhacén, y luego dio orden de hacerse a la mar.

Como cada noche, Marín de Urtubia acudió a la cámara y encontró al Almirante enfrascado en conversación con el contramaestre don Diego de Arana, un cordobés tímido y de pocas palabras que se movía por el barco como una sombra.

—¿Qué hay que señalar hoy, mi buen escribano, aparte de la deliciosa agua que nos habéis traído?

—Poco más. Tomé un baño en un estanque del interior de la isla y los nativos se escandalizaron por la palidez de mi piel y el vello que cubre mi cuerpo.

Tomó asiento Marín, mientras Diego de Arana se retiraba, y esgrimió pluma empapada en tinta alisando sobre la mesa el pergamino en donde debía escribir. Colón, levantándose y recorriendo su cámara con breves pasos, deteniéndose de vez en cuando a hacer una pausa, dictó a viva voz los acontecimientos que le importaban.

—¿Tomasteis fidedigna nota de todo?

—La tomé, señor Colón.

—Pues bien, idos a dormir, que tenéis cara de cansado.

Y se retiró a dormir en cubierta, en un rincón, junto a la borda, cuando Pedro de Terreros señalaba la hora novena. No ardo en notar la devota presencia de Camani acurrucado a sus pies.

Al día siguiente Colón ordenó continuar bordeando la isla y, en su trayectoria, tropezaron con una canoa tripulada por un solo hombre que les hizo gestos de querer subir. El indígena dijo llamarse Chasej e indicó, mediante señas, su deseo de quedarse en el barco con los castellanos. El Almirante aceptó de buena gana, aduciendo que sería mejor llevar dos guías que uno solo, pues decía no fiarse totalmente de Camani, como le confesó a Marín, porque el guanahaní ya entendía casi todo lo que ellos decían, y a veces tenía la sensación de que llevaban un espía en el barco.

—Tanto le habéis enseñado, y él tan pronto ha aprendido, que parecería de los nuestros si se cortara los cabellos y se cubriera el pecho con camisa.

Y de poco sirvieron las protestas de Marín en defensa del nativo para convencerlo de su fidelidad. ¿A quién estaba dando pábulo el Almirante que tan rápidamente había cambiado de opinión con respecto al fiel indígena? Marín empezó a comprender que no sólo Juan de la Plaza y su círculo de poco recomendables amigos se habían convertido en enemigos encarnizados de su protegido, sino que buena parte de la tripulación, y quizá gentes importantes como Juan de la Cosa, Diego de Arana, o Rodrigo de Escobedo, no vieran con buenos ojos el proceso de civilización del indígena, la demostración fehaciente de que aquellos a los que de forma despectiva se les llamaba salvajes no lo eran tanto a juzgar por la rapidez con que asumían los conocimientos de la civilización.

Mientras barloventeaban, el Almirante mandó llamar al segoviano Rodrigo de Escobedo, y le dio la orden de insertar algunas variaciones en los documentos ya confeccionados de los descubrimientos, modificaciones que debería tener en cuenta para un futuro.

—Creo que ha llegado el momento de dejar de llamarlos nativos, gente e isleños, que son términos muy generales e indeterminados que no indican nada especial en sí mismos, y puesto que no hay duda de que estamos en las Indias, acuerdo que, de ahora en adelante, todos utilicemos la palabra indio para hablar de ellos, lo que debemos hacer extensivo a cuantos documentos oficiales utilicemos.

En medio de la travesía hízoles la carabela *Pinta* una seña de que su capitán Martín Alonso

Pinzón tenía algo que decir al Almirante, y se aproximó tanto a la nave capitana que a punto estuvo de abordarla, para que mediante cabos y aprovechando que la mar era llana, el mayor de los hermanos Pinzón saltara a la cubierta de la *Santa María*. Visiblemente excitado se condujo el andaluz hasta la cámara de Cristóbal Colón y mucho cuidado puso en cerrar la puerta para que su conversación no fuera oída por extraños.

—Uno de los guías nativos embarcados en mi carabela, Almirante... —empezó diciendo.

Y el Almirante lo interrumpió:

—Indios, a partir de este momento, puesto que así deben llamarse todos los habitantes de las Indias.

—Bien, pues uno de los indios cree saber en qué isla está el oro, una que se llama Samaet.

—¿Samaet? ¿Y en qué dirección está? ¿A cuántas millas?

—No entienden estos salvajes de distancias, mas me vino a decir que dos jornadas navegando en dirección sur-suroeste y arribaremos a sus playas, en donde reluce el oro.

—¿Estáis seguro?

—Eso es lo que por gestos me dio a entender.

Reinaba cierto alboroto en la *Santa María* mientras la *Pinta*, prudentemente, se había apartado ahondando la distancia que mediaba entre ambos cascos y se puso a navegar en paralelo hasta que su capitán regresara de nuevo a bordo. Había desembarcado en la cubierta de la nave capitana, acompañando a Martín Alonso Pinzón, el marino Juan Rodríguez Bermejo, llamado Rodrigo de Triana, quien primero voceara el descubrimiento del Nuevo Mundo. Juan de la Plaza se aproximó a él, tras ofrecerle un cuenco de vino rancio, y lo arrastró hacia el rincón en donde solía reunirse con sus compinches el desnarigado Domingo *el Negro* y el desorejado Juan de Medina.

—¿Qué es lo que con tanta urgencia vuestro capitán quería dirimir con el Almirante?

Decíase, no sin razón, que el llamado Rodrigo de Triana se había resentido con Colón, y con toda la expedición en general por negarle el mérito y la posterior regalía que le correspondía, al haber avistado por primera vez tierra, y ésa fue la razón por la que no tuvo inconveniente en narrar lo que en secreto su capitán estaba vertiendo en esos momentos al jefe de la flota.

—El oro, al parecer, se encuentra en una isla llamada Samaet. Eso es lo que nos ha dicho uno de los salvajes que llevamos a bordo. Mi capitán irá a inspeccionar la isla a pesar de lo que diga Colón.

—¡El maldito oro! —rugió con furia Juan de la Plaza—. Empiezo a sospechar que es una argucia de estos salvajes para tenernos engañados. Si tanto oro hubiera, como se nos está haciendo creer, lo habríamos visto en las gentes que hemos conocido, en los poblados que hemos visitado. Si yo mandara esta expedición, las cosas iban a hacerse de otra manera. Me forjé combatiendo con los tercios del Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, amigos, y bajo sus órdenes guerreé en Nápoles —la voz de Juan de la Plaza se hacía siniestra y amenazadora a medida que pasaban por su cabeza antiguas proezas—, y os juro que entonces nadie se atrevía a engañarnos o a darnos largas, que íbamos derechos hacia los botines sin más dilación, acuchillando a mujeres ante sus maridos, a hijos ante sus madres, a quien se terciara, para descubrir el escondite exacto de los tesoros.

Martín Alonso Pinzón y Rodrigo de Triana pasaron a su nave, y los tres barcos fondearon en una inmensa bahía, tan grande que en su interior podía refugiarse toda una flota. Botaron una vez más los bateles y pusiéronse al frente de ellos los respectivos capitanes. Bogaron hasta la playa y desembarcaron una vez más, pero esta vez no hubo comité de recepción, como si la isla estuviera desierta.

Marín y dos hombres más de la nao, Rodrigo Muñoz y Diego Bermúdez, el bizarro marinero del que se decía que se daba como mujer, recorrieron de punta a punta la solitaria playa, de monte a monte que la cerraban en sus extremos, sin hallar la menor huella humana.

—No parece haber nadie, Almirante —informó Marín a Colón, que dictaba el documento de posesión y descubierta al notario Rodrigo de Escobedo, mientras Juan Moguer aporreaba el tambor y los arcabuceros hincaban en la arena los dos estandartes, el de Castilla y León y la bandera verde y las iniciales F e I en sus extremos.

Gloriosa y aburrida campaña ésta, que las furcias de Sevilla podrían llevar a cabo con igual éxito —murmuró Juan de la Plaza—. ¿Para qué sirven nuestras espadas, la pólvora de las espingardas y tanto estandarte si nadie presenta batalla? ¿O es que estos salvajes son tan taimados y cobardes que les da igual perder lo suyo?

Exploraron el interior de la isla mientras dejaron a la guarda de los bateles de la playa a media docena de remeros. Avanzaron por la selva en silencio, en tres grupos de veinte hombres cada uno de ellos, uno por cada navío, con las espadas desenvainadas y los arcabuces a punto. El sol se retiró con brusquedad, cubierto por alguna inoportuna nube, y la oscuridad en el interior del laberinto natural, entre árboles que apenas permitían el paso de un humano y raíces que sobresalían del terreno y parecían querer abrazar los pies de los exploradores, se hizo casi total, lóbrega como la noche. Avanzaron en silencio, sin hablar entre ellos, atentos a cualquier señal de peligro, y se sobresaltaban hasta del crujido de sus pasos tronchando ramas caídas. Por las miradas de desconfianza y por el modo con que asían con fuerza las empuñaduras de sus espadas desnudas, daba la sensación de que los espiaban entre los árboles, pero no veían nada. El calor era sofocante y el sudor se agolpaba bajo sus camisas como el barro en sus piernas. Había llovido hacía poco, o puede que la lluvia dejada puntualmente cada noche para perpetuar el verdor de la selva no llegara a evaporarse nunca porque el sol no llegaba hasta allí abajo.

—¡Quieto, Marín! —gritó Juan de la Plaza.

Marín se volvió bruscamente justo para ver cómo el excapitán de los tercios se le venía encima con la espada alzada, pero no trató de defenderse, se quedó inmóvil y pensó que, de querer matarlo, él ya era hombre muerto. El filo de la espada de Juan de la Plaza se estrelló con fuerza contra el suelo, a muy pocos pasos de los pies de Marín, y un líquido viscoso y frío salpicó sus piernas y se unió al lodo que las barnizaba mientras se oía un terrible silbido.

Una serpiente de grandes dimensiones, tan ancha como su muslo, agonizaba y se agitaba como un látigo furioso entre el cieno, mientras la cabeza separada abría la boca, expelía una larga lengua bífida y proyectaba, con tanta iracundia como inutilidad, sus colmillos. Un postrer golpe de espada partió la cabeza en dos y desparramó el cerebro del ofidio por encima de la raíz de un árbol.

—Me habéis salvado la vida —exclamó Marín, emocionado, abrazándolo.

—Ha sido un placer hacerlo —ironizó el extremeño, mientras los miembros del grupo volvían sobre sus pasos para contemplar, asombrados, el tamaño del monstruo decapitado, cuya cola continuaba agitándose espasmódicamente—. Un poco de ejercicio me venía bien.

—Estoy en deuda con vos.

El propio Colón volvió también sobre sus pasos, con Juan de la Cosa y Diego de Arana, y tocó con el pie el tronco todavía vivo de la serpiente mientras contemplaba con disgusto su cabeza seccionada y abierta por la mitad, admirándose del tamaño del reptil.

—Deberíamos capturar un ejemplar vivo, o al menos entero, de estas bestias y llevarlo a Sevilla. Es el primer ser monstruoso que hemos visto.

Pero Camani les confirmó que no eran tan extraños en esas tierras ofidios de ese tamaño, o incluso mayores, que habitaban en ríos y lagos y tenían fauces capaces de tragarse hombres enteros.

La selva moría en un claro. La mano del hombre había desbrozado el terreno para dar cabida a un poblado, y en él quince viviendas de hojas de palma, vacías, tras inspeccionarlas una por una, de las que parecían haber huido poco antes de que llegaran.

—¡No hay nadie aquí! Y aquí tampoco.

—¡Sólo restos de comida! Entraron en las casas y se sorprendieron de lo limpias que estaban, pero sobre todo de unas extrañas camas de algodón trenzado que colgaban suspendidas en el aire, sujetas en sus extremos a troncos de cierta altura clavados en el suelo de las viviendas. En una de ellas se acomodó Domingo *el Negro* y comprobó que, pese a su aspecto endeble, sustentaban sin dificultad el peso de su cuerpo.

—*Hamaca*-dijo Camani a Marín.

—Se llaman *hamacas* —voceó Marín a los suyos.

Las hamacas, lechos aéreos de algodón, salvaban a los hombres de la dureza del suelo, de sus impurezas y parásitos.

—Te puedes balancear —dijo Domingo *el Negro*, impulsándose con movimientos de su cuerpo—, y son cómodas para echar un sueñecito.

Los indios aparecieron en el poblado de improviso y lo hicieron tan sigilosamente que no dieron tiempo a reaccionar ni a agruparse a los castellanos. Eran un centenar, entre hombres, mujeres y niños, y no parecían muy satisfechos de ver a aquellos extraños seres ocupando sus casas y utilizando sus hamacas. Algunos, los más jóvenes, portaban largas lanzas en cuyas puntas habían insertado piedras afiladas o dientes de animales. Los castellanos se replegaron, salieron de las cabañas, en silencio, y se reagruparon en el medio del pueblo mientras sus habitantes avanzaban hacia ellos. Alzaron las espadas y los soldados apuntaron con los arcabuces el pecho de los que iban en cabeza, pero los indios siguieron avanzando, ajenos al peligro que se cernía sobre ellos. Habló Colón entonces, para suavizar los ánimos.

—Deponed las armas —ordenó con voz firme a los suyos Mientras avanzaba hacia quien parecía ser su cacique, haciéndose acompañar por Camani. Intercambiaron unos instantes sus parlamentos, y Colón lo hizo a través del intérprete taino.

—Traed las cuentas y un bonete.

Cristóbal Caro, el orfebre, que iba en el grupo, se aprestó a cumplir la orden y el Almirante entregó en mano al indio un montón de cuentas de vivos colores y coronó su cabeza con un bonete de terciopelo rojo. Cuando el cacique se volvió hacia los miembros de su tribu con aquel aspecto, una risotada lo saludó, lo que fue bien interpretado.

Colón le preguntó, a través del intérprete, dónde había oro, y el cacique le indicó con un gesto que en otra isla. Colón preguntó si se trataba de Samaet y el cacique asintió con la cabeza mientras repetía el nombre.

Antes de marchar, los indios les obsequiaron con extrañas y grandes frutas, carnosas y jugosas, que se abrían por un extremo y eran como odres que contenían una singular bebida. Marín bebió su néctar dulzón y experimentó cierta euforia no bien lo hizo.

—La misma sensación del vino —exclamó, en cuanto vació la cascara del fruto y vio cómo el mundo a su alrededor se tambaleaba.

—Lleva alcohol. También se emborrachan estos salvajes —dijo Juan de la Plaza.

Cargaron con algunos de aquellos frutos esféricos y pesados, que tanta euforia les daban al beber, infinitamente más agradables que el vino rancio y con poso que almacenaban en la sentina, y regresaron a las naves.

—Esperaremos a que amanezca para zarpar.

Aquella noche, entre las horas octava y novena, uno de los indios de la *Pinta* se arrojó al mar y regresó a nado a la isla y no pudieron darle caza pues era muy oscuro, sin luna ni estrellas, cubierta la bóveda celeste por un manto de nubes del que, al poco tiempo, empezó a manar abundante agua y a relampaguear y tronar. Colón, furioso, dio la orden de que se encadenaran a los otros para evitar su fuga.

—Vuesa merced señor Colón.

—Creo que no os he llamado.

El rumor continuo de la lluvia que azotaba la toldilla ahogaba las palabras. Colón levantó la vista

de la carta que estaba escribiendo y vio que Marín estaba empapado.

—Pero pasad, no os quedéis ahí afuera mientras llueve. ¿Qué os trae? Esta noche os he relevado de vuestro pesado deber de escribano y me he puesto yo a ello. Me siento singularmente inspirado —dijo mientras garabateaba con la pluma de ganso en el pergamino del diario—. Puede que sea por ese dulce licor que nos han ofrecido esos indios.

—Vengo a interceder por Camani. No es justo que permanezca encadenado.

—No quiero que se fugue. Es demasiado valioso como para perderlo. Estos salvajes son desagradecidos y volubles, tan pronto se muestran sumisos y agradecidos como desaparecen. Uno huyó esta noche.

—Camani no es así, Almirante. En todos estos días ha mostrado una lealtad absoluta, nos ha sido de gran utilidad, y si hubiera querido huir, ocasiones no le habrían faltado.

—Admiro vuestro buen corazón. Nadie se preocuparía de un indio, y vos lo hacéis. Aunque tener buen corazón ignoro si es virtud o bien defecto. Está bien, está bien —condescendió—. Podéis liberarlo de sus grilletes si me garantizáis que no va a huir, pero me gustaría que me explicaras a qué responde el afecto que sentís por el intérprete, cuando es tan distinto de vos, pertenece a otra cultura, habla otro idioma. ¿En qué puede sustentarse ese afecto, que no censura, por supuesto?

Marín calló un momento antes de contestar. Lo hizo después de que estalló a sus espaldas un enorme trueno que hizo que la nave retumbase.

—Quizá me esté dando cuenta de que no somos tan distintos, Almirante, ni tan superiores a ellos, salvo en que nos vestimos, en que reprimimos nuestros deseos, o en nuestra pasión por cosas terrenas, como el oro, al que ellos conceden nula importancia.

El comentario no le gustó a Colón, pero se mordió la lengua antes de contestarle.

—Liberad a vuestro indio y volved; creo que finalmente voy a dictaros, puesto que mi inspiración se ha esfumado tras las brumas de mi cerebro.

Bajó Marín a la bodega y buscó en la oscuridad a Camani, ayudado por una lámpara. El guanahaní presentaba mal aspecto tenía el rostro ennegrecido, seguramente por la suciedad que poblaba el suelo de su encierro sobre el que se había echado intentar dormir, y arañazos y algún mordisco por el cuerpo.

—Las ratas, ¡Dios mío! Las hay a cientos —exclamó Marín.

Abrió sus grilletes y Camani, en cuanto tuvo libres las manos, tocó reverencialmente el rostro de su liberador y dos lagrimones brotaron de sus ojos.

—¿Y él?

El guanahaní señaló a Chasej, su compañero de encierro, pero Marín negó toda gracia para él con su cabeza.

—Él se queda. La orden de libertad es sólo para ti. Lo siento.

Cuando Marín volvió a la cámara de Colón, el Almirante se hallaba ciertamente achispado por haber añadido vino a los efectos que el extraño licor frutal de los indios había provocado. Comenzó a dictarle con voz temblorosa, sin levantarse de la silla por si perdía el equilibrio al hacerlo y, a mitad del dictado, se interrumpió para preguntarle.

—¿Creéis que he viajado a las Indias para encontrar oro y por ambición personal? Decid, contestad sin miedo, quiero conocer vuestra sincera opinión. ¿Soy un pirata en busca de un botín fácil?

Marín meditó la respuesta mientras suspendía la pluma entintada sobre el pergamino.

—Creo que estamos haciendo un servicio a la corona —dijo finalmente.

—Me gusta vuestra respuesta, aunque no sé si la dicta la diplomacia. Ni vos ni yo sabemos, ni imaginamos, de la trascendencia de este descubrimiento. Estamos hollando islas jamás pisadas con anterioridad por cristianos, estamos ensanchando horizontes, fundamentando lo que posiblemente sean nuevas rutas de navegación, abriendo la puerta de una nueva era —hablaba

de forma atropellada, insertando expresiones genovesas en su flamígero discurso, digno de un visionario que tiene fe ciega en su papel ante el mundo y la historia.

Hubo otro momento de silencio. Fue el que medió entre un lejano trueno, del que tuvieron el lejano reflejo de su resplandor, y el cese de la lluvia.

—Cuando regresemos intercederé por vos, para que la prisión os sea leve, y haré todo lo posible para libraros de ella.

—No es mi deseo volver, sino demorar al máximo mi regreso, Almirante, y mayor sería mi gozo si el viaje resultara eterno. Una vez en tierra española temo ser encarcelado y hasta colgado. Puede que ésa sea una de las razones por las que me guste tanto esto, por lo que ame la sensación de absoluta libertad que desprenden estas tierras. Asocio Castilla con las rejas de la prisión y la humedad de los calabozos.

Colón cogió la jarra de vino, se llenó su cuenco y llenó otro para Marín.

—Acompañadme, buen amigo —le dijo, después de vaciar de un trago el contenido del cuenco, con voz temblorosa—. Y os confieso una cosa. ¿Sabéis que yo pienso casi lo mismo que vos? Que amo la libertad que se respira en esta parte del mundo, que estoy harto de lo que he dejado atrás, salvo de mi mujer y mis dos hijos, que, por supuesto, pienso traerme aquí. Voy a ser gobernador de todo lo que se descubra, gobernador del mar Océano, y ser aquí, en este Nuevo Mundo que podemos moldear con la arcilla de nuestros ideales, el gentilhomme que no me han dejado ser nunca la corte de mediocres que se acuestan en sus castillos con sus rancios títulos como mantas, una cohorte de infanzones, hidalgos y donceles. Sería feliz, absolutamente feliz, si no fuera por la lejanía de mi amada esposa y mis hijos. Ellos me atan al otro lado de este mar. ¿Y vos? ¿Sois libre?

—Creo que sí. Hasta hace poco sentía la presencia de mi amada Leonor, cerraba los ojos y la veía con nitidez. Ya no. Últimamente su imagen se difumina. Debe de haberme olvidado. Puede que crea que estoy muerto. Lo estaré para casi todo el mundo.

Hubo otro intervalo de silencio mientras la luz de la lámpara de aceite flojeaba y amenazaba apagarse por falta de combustible.

—Almirante, ¿puedo haceros una pregunta?

—Hummm.

—¿Realmente creéis que estamos en las Indias?

No hubo respuesta. No supo Marín que Colón se había dormido hasta que oyó un ronquido y vio su cabeza rubia abatida sobre la mesa y una frase, que sonaba a obsesión, saliendo involuntariamente de sus labios semiabiertos.

—Tejas de oro...

Se levantó y salió de la cámara en silencio y paseó por el suelo mojado y resbaladizo de cubierta. Buscó lugar para dormir, sorteando los cuerpos con sus pies, y pudo oír con claridad un alarido de espanto que provenía de una esquina. Se acercó despacio y vio un bulto que se removía de forma tan brusca que parecía librar fiero combate con enemigo imaginario. Una pesadilla, y brutal según se veía, agitaba el sueño del marino Rodrigo Muñoz. Optó por despertarlo, zarandeándolo con firmeza por los hombros, y el durmiente clavó en su cara una mirada desvariada al mismo tiempo que intentaba golpearle y morderle.

—¡Quieto, Rodrigo! —le gritó Marín, a la vez que lo golpeaba con fuerza en el pecho y hurtaba con rapidez la mano de aquella boca canina que quería hincarle los dientes—. ¡Despertad de la pesadilla!

Volvió en sí el marino, miró a Marín abochornado y tartajeando intentó explicar su sueño.

—Soñaba que una jauría de perros me perseguían por la selva, que, al darme caza, ya no eran perros sino humanos con cabeza de perros, que me llevaban a su poblado y me daban martirio, mas no me mataban —relataba, aterrorizado—. Me devoraban estando vivo, me arrancaban las carnes, me despedazaban los miembros, me amputaban la natura, me sacaban los ojos con

sus dedos, me abrían las entrañas y se tiznaban sus hocicos peludos con mi sangre.
—Ha sido un sueño sin fundamento, Rodrigo. Descansad, que estáis muy alterado.

Capítulo VIII

Zarparon con el sol bajo, a ras de agua, y el cielo estaba tan limpio de nubes que hacía presagiar un día caluroso. Colón, no bien se levantó de su catre y se aireó en cubierta, ordenó a Andrés de Yruenes que liberara al indio encadenado en la sentina y le dijo que le diera miel, para reconstituirlo. Abrió las cadenas el marino, que era de natural brusco, un vasco poco dado a los remilgos, y alzó al indio Chasej con un brazo, pues era menudo, enteco y pequeño de estatura, mientras hundía un cazo en la tinaja de la miel y lo acercaba a su boca.

—Cumpló orden de darte bocado tan exquisito, que Dios sabe que no te mereces, mono desnudo.

Gran enojo le produjeron al natural de Bermeo las muecas de repugnancia del salvaje ante tan goloso alimento y fue inútil hacer pasar la cuchara por su boca, por lo que el marino desistió de su empeño, la guió entonces a la propia y expresó en voz alta su filosofía.

—No está hecha la miel para la boca del asno.

Dejaron atrás los tres navíos la filiforme isla Fernandina y pusieron rumbo a la isla de Samaet, de la que tanto habían oído hablar a los nativos, con la esperanza de encontrar oro en ella. Avanzaron veinte millas en dirección sur-suroeste por un mar tan calmo y con tan fuerte sol que lo espejeaba como una gran superficie de plata. A medida que se acercaban a la isla, comprobaron que era mucho más hermosa que las que anteriormente habían visitado, más frondosa, de playas más amplias y blancas, con rincones en donde el agua, encalmada, tenía el color del lapislázuli.

—Rodrigo de Escobedo, llamaremos a esta isla Isabela, en honor a su majestad católica —dijo Colón, y el notario anotó obediente el nombre en su libro de registros con apurada caligrafía.

A medida que se acercaban a la isla fueron descubriendo la topografía salvaje de la misma, lo caprichoso de sus costas, los altos perfiles de sus montes que dominaban playas, como si de majestuosas atalayas se trataran. Antes de llegar a ella, había dos pequeños islotes pétreos que apuntaban al cielo con sus cimas puntiagudas, como pechos rebanados de alguna deidad pagana, que parecían estar sólo poblados por colonias de pájaros marinos cuyo griterío dispar se fundía en un único rugido potente de un ser monstruoso, y estaban tan próximos a la costa que sólo un estrecho canal de escasa media milla los separaba de ella. Colón, que iba en cubierta, como un mascarón de proa, aspirando todos los vientos, decidió bautizarla como Cabo Hermoso, y no erró en su nombre ni fue un topónimo caprichoso, pues el paraje, batido por extrañas olas que golpeaban con saña ambos promontorios y creaban un canal de agua inestable entre ellas y la cercana playa, estaba dotado de la violenta belleza de las tempestades.

Desde el mar la isla parecía más alta que ninguna otra, con montañas sobresaliendo por encima de la selva, más altas que el mismo Teide, más frondosa de vegetación y más variada que ninguna de las descubiertas hasta entonces, por lo que Colón decidió desembarcar en ella con la esperanza de encontrar oro.

No resultaba prudente aproximarse a la isla, porque el escaso fondo embarrancaría las naves, y la continuaron costeano a la búsqueda de una bahía resguardada que permitiera fondear. Mientras esto hacían, una bandada de peces voladores cayó inopinadamente sobre cubierta sorprendiendo alegremente a los castellanos, que los capturaron con facilidad y gran alegría y los dieron a guisar a Juan de Vicuña, el cocinero natural de Getaria, que celebró la presencia de materia prima tan fresca después de tantos días de guisar podredumbres. Siguieron bordeando la isla, sin encontrar ninguna ensenada en donde los barcos pudieran fondear, mientras saboreaban aquel pescado que Dios había puesto en sus bocas con tanta generosidad.

Marín, chupándose los dedos pringosos por el condumio, se reunió con Juan de la Plaza.

—¿Qué pensáis hacer cuando el Almirante ordene la vuelta?

Juan de la Plaza meditó un momento mientras separaba los últimos trozos de carne de la

espina del pescado y lanzaba luego los restos por la borda.

—Me quedo. No vuelvo.

—¿Desertaréis?

—Me esconderé en cualquiera de estas islas, en lo más profundo de sus selvas, me procuraré unas cuantas mancebas para solaz y que me busquen si pueden. ¿Me vais a denunciar?

—Bien sabéis que no. Estoy en deuda con vos.

—Yo tampoco pienso regresar —dijo Domingo *el Negro*—. Hemos huido de la miseria y no vamos a volver a ella.

—Lo mismo he decidido yo —apuntó Juan de Medina.

—Nada nos ata a aquello.

—Bueno, quizás el buen jamón y el buen vino, el buen queso y la hogaza de pan —ironizó Juan de la Plaza—. Y alguna meretriz tetona de amplia nalga para la cabalgada.

Cayó sobre las embarcaciones una calma chicha a medida que el sol se alzaba sobre el cielo, y la ausencia de viento hizo que el calor fuera tan insoportable que todos, de común acuerdo, se desprendieron de sus camisas aun a riesgo de quemarse hombros y espaldas y Colón buscara refugio en su cámara. Pedro de Terreros, el jovencísimo grumete, recorrió la cubierta tambaleándose, como si estuviera borracho, y se derrumbó en el suelo una vez que se le doblaron las piernas. Hizo el ruido sordo de un fardo al caer y un corro de curiosos lo rodeó tratando de averiguar las causas del desmayo.

—Cayó como una damisela.

—Al menos así dejará de cantarnos las horas.

El galeno Juan Sánchez se hizo cargo de él tras abrirse paso entre la marinería que se había congregado a su alrededor, aguijoneada por la curiosidad, y ordenó que el corro se abriera que circulara el aire. Era el tal Sánchez un hombre de ciencias que había estudiado en la Universidad de Salamanca, en donde recibió la experiencia de Jacobo Birueles, judío converso y prestigioso cirujano que servíase de cadáveres de reos recién ajusticiados para efectuar sus clases prácticas, y había ejercido su profesión en Valladolid y en Simancas, en donde tuvo un contratiempo con una doncella, suceso que lo animó a sumarse a la aventura colombina. Desabrochó la camisola del muchacho, se arrodilló y aplicó la oreja sobre la tetilla para escuchar su corazón. Cuando se levantó tenía el ceño fruncido.

—Tiene fiebre alta y precisa de una sangría. Quizá se trate de escorbuto. No me gusta el color grisáceo de su piel.

Camani se había acercado al grupo movido por la curiosidad y miró el rostro del muchacho caído. No le vio mal aspecto y se extrañó del gran revuelo que se había armado por tan poca cosa. Si lo incorporaran, pensó, lo pusieran al aire y le golpearan repetidamente la cara, el hombre despertaría. Pero el guanahaní se paralizó, horrorizado, cuando vio cómo el galeno, un hombre, bajo sus ojos, de aspecto terrible, piel oscura y más oscura barba que blanqueaba por el mentón, esgrimía un objeto cortante y refulgente, réplica pequeña de las espadas que llevaban todos colgando del costado, e hizo un corte profundo en el brazo del caído, del que comenzó a salir la sangre a borbotones.

No entendía nada, pero menos entendía la impunidad con que ese hombre había cortado el brazo del muchacho caído, su cobarde agresión sin posibilidad de respuesta, y el silencio cómplice de todos sus compañeros. Buscó a Marín, angustiado, entre la tripulación, se escurrió, pequeño como era, entre los recios hombres del mar, y cuando dio con su protector lo apremió cogiéndolo del brazo y diciéndole, muy excitado:

—Están matando gente.

Marín hizo gesto de no creerlo y, ante la insistencia del guanahaní, lo siguió hasta donde estaba tendido, sobre su propia sangre, el grumete. Y entonces rió, pero no rió de burla o de mofa, sino de alegría, lo que todavía desconcertó más a Camani. Lo sangran. Le sacan sangre para

curarlo, para que le bajen las fiebres. No lo están matando.

Camani, definitivamente, no entendía cómo se podía curara alguien desangrándolo, hiriéndolo e infiriéndole mal. ¿Mal con más mal se cura?

—Mala medicina —se atrevió a criticar, por primera vez—. Nosotros mejor medicina.

Y le habló, como pudo, de la medicina que utilizaban los suyos, de los emplastos de barros, la ingestión de ciertas hojas milagrosas, la masticación de insectos sagrados convertidos en polvo, para combatir enfermedades, mordeduras de serpientes y estados de melancolía.

No pasó una hora que el grumete ya se puso en pie, aunque visiblemente mareado y pálido, y el galeno taponó la herida con una venda, para que no manara de ella la sangre, y el joven tomó asiento sobre un arcón.

Juan de la Plaza, que lo miró, burlón, confesó a media voz, para que lo oyera él también:

—Es bello, el grumete, como un doncel, que yo, sin ser bujarrón, porque nunca lo he sido, ni en el forzado encierro, he de confesaros que después de tanta larga castidad me tienta el usar al muchacho como doncella.

—No bromees con el acto nefando —le advirtió Marín, repentinamente serio.

Y el grumete, que lo oyó, se ruborizó mientras alargaba el brazo, cogía su camisola y se la ponía encima, aunque la manchara de sangre.

—¡Hora sexta! —cantó el marinero Juan Martínez de Acoque, que se hizo cargo momentáneamente de la ampolleta de arena.

La noche fue larga y especialmente calurosa, y al calor que empapaba los cuerpos yacientes de los marineros, Eros se fundía perversamente con Morfeo haciendo insoportables los sueños.

En una de sus pesadillas el joven marino Juan Ruiz de la Peña era asediado por tan hambrientas como hermosas amazonas que, tras copular con él hasta la extenuación, pretendían degollarlo cuando ya no pudo satisfacerlas. Ya sentía sus dagas afiladas serrando su cuello, ya la sangre brotaba borbotante de su garganta, cuando abrió los ojos jadeando. Despertó sudando copiosamente, en un estado de ansiedad terrible, y se puso en pie cuidando de no despertar a los que a su alrededor dormían. El barco se balanceaba fantasmal en la oscuridad y a lo lejos bailaban también los fanales de las dos carabelas en un mar de silencio truncado por los ronquidos y el pesado moscardeo de los insectos. Recorrió la cubierta, silencioso pero determinado. El bello Bartolomé dormitaba con cierta despreocupación cuando lo abordó y el sudor que le cubría la espalda le otorgaba un aspecto aceitoso propenso a la lubricidad, el barniz del oro que andaban buscando. El sodomita abrió los ojos y se topó con su mirada turbia de deseo, y consintió de buen grado a ser tomado. En nalgas masculinas desahogó Juan Ruiz de la Peña lo que hubiera deseado verter en femenino vientre.

Capítulo IX

Fue de mañana, tras una noche calurosa y estrellada, que consiguieron anclar en lugar seguro los tres navíos y desembarcar en los bateles sobre una playa desierta, pero esta vez nadie salió a su encuentro y eso inquietó a los castellanos, acostumbrados como estaban a recibimientos multitudinarios. Recorrieron el largo y hermoso arenal, por donde correteaban rojos cangrejos, gordos como puños y de muy largas pinzas que acabaron, muchos, en los zurrones de los marinos, que los reservaron para condimentar una buena sopa. Chapotearon los castellanos en sus aguas cristalinas para refrescarse y asearse, desnudándose de camisolas y jubones, cortaron algunas ramas de árboles de los más próximos a la arena, de especies no vistas hasta el momento que destilaban savia espesa y blanca de sus cortes. Probaron, los más osados, algunas frutas silvestres de gran tamaño y piel dorada, cuya carne era harinosa y muy nutritiva, y finalmente se internaron por el interior de la isla, abriéndose paso entre la maleza, que les barraba el camino, a golpes de espada.

Iban en fila india, precedidos por el Almirante y los dos hermanos Pinzón, seguidos a corta distancia por Diego de Arana, el contra maestre cordobés de la *Santa María*, que sudaba de forma copiosa y desacostumbrada y de vez en cuando se detenía para boquear, como si le faltara el aire, y Luis de Torres en plática con el notario Rodrigo de Escobedo. Tras ellos iban los arcabuceros y el resto de los marinos, hasta una tropa de veinte hombres, bien armados todos con espadas y puñales, atentos al suelo que pisaban y a la floresta que los engullía y de la que salían todo tipo de ruidos salvajes, gorjeos de aves, gritos de monos, extraños rugidos como de jabalís y un infernal zumbido de insectos.

La isla era muy frondosa y húmeda, más que cualquier otra, y era tanta la humedad que la bruma flotaba entre la arboleda naciendo del mismo suelo. Poco a poco el terreno se fue llenando de agua, convirtiéndose en un lodazal, y los castellanos chapotearon con furia en aquel suelo traidor mientras se sujetaban a las ramas cortas de los árboles que en aquel paraje fantasmal y diabólico crecían a la altura de los ojos y estaban repletas de espinos.

—No me extraña que no viva nadie en esta maldita isla —rezongó Juan de la Plaza, haciendo un alto en el camino para sacarse una púa, dura como la punta de la lanza, que se le había hincado en el brazo y amenazaba con hundirse y perderse en su carne.

—Es el infierno —testimonió Juan de Medina, secándose con la mano ennegrecida el sudor de la frente.

Cruzaban un paraje pantanoso que no parecía tener fin y era como una trampa. Para no perderse, pues la niebla se hacía cada vez más densa, Colón y los que iban en cabeza voceaban de vez en cuando y los que lo seguían respondían, y así sucesivamente hasta alcanzar a los últimos de la comitiva. El suelo cada vez se enfangaba más, y las piernas de los exploradores se hundían hasta media caña en un lodazal pastoso repleto de sanguijuelas que se adherían a la piel y chupaban su sangre.

—Deberíamos regresar —musitó Marín de Urtubia, apoyándose en un árbol mientras veía cómo los fantasmas de sus compañeros eran engullidos por la niebla.

—Ya casi no vemos dónde ponemos el pie.

Camani iba al lado de Marín, callado y preocupado, y hasta él, acostumbrado a esas selvas, tenía dificultades para progresar por el infame lodazal.

Un grito los sobresaltó a todos; primero fue como una maldición sorda, una blasfemia, pero luego la ira inicial se convirtió en angustia, en desesperación y llanto.

—¡A mí! ¡Me hundo!

Todos reconocieron la voz de Domingo *el Negro*. Marín se guió, casi a ciegas, por el espantoso sonido de su voz, y Juan de la Plaza volvió cuidadoso sobre sus pasos mientras advertía:

—¡Maldición! ¡Hay ciénagas! Tengamos cuidado. En un calvero libre de vegetación lo descubrieron. Ya medio cuerpo del hombre había sido chupado por el negro barrizal, y el

expresidario consumía sus energías agitando los brazos, tan violenta como inútilmente, pues no hacía otra cosa que hundirse más en su tumba cada vez que se movía.

—¡Sacadme de aquí! —suplicaba, lloroso, alargando los brazos, con el cieno hasta el pecho—. ¡Que me hundo! Dios mío, Dios mío, piedad.

Estaba pálido, él que era tan moreno, gris como la propia muerte, los ojos desencajados y los labios amoratados, hasta se habría dicho que sus cabellos en tan poco tiempo habían encanecido como si hubiera pasado una centena de años. Se sabía condenado y sus compañeros se agitaban nerviosos y excitados a su alrededor sin saber qué hacer.

—No podemos dejarlo morir. Al menos, yo no puedo —dijo Marín y, volviéndose al guanahaní, que contemplaba la escena sin perturbarse, le pidió ayuda—. Vamos a salvar a ese hombre.

Pero Camani no respondió, permaneció quieto, plegado sobre sí mismo, observando cómo aquel hombre grande, barbudo, que se creía dios, temía más a la muerte que él mismo. Fue en ese momento que pensó que el que se hundía, los que le imploraban ayuda, quien mandaba a ese grupo de pieles pálidas, gentes narigudas, estrafalarios cuerpos vestidos con toscos ropajes y barba hirsuta de todos los colores, negra, blanca, rubia, no habían caído del cielo, sino que venían de la tierra, y a la tierra volverían, a lo más hondo de ella, tragados por la ciénaga. Quizás aquellos hombres barbados fueran todos impostores y no fueran como el rey Blanco que, con la Vara Insignia de los chamanes, habitaba en el interior de las selvas con su cohorte de guacamayos. Nunca lo había visto, es cierto, pero se lo habían explicado.

Un momento más de dudas y ya sería tarde. Ya los brazos de domingo apenas podían emerger del negro cenagal y el barro le llegaba por los hombros y el hombre ni gritaba, permanecía, la boca cerrada para impedir que le entrara el barro. Camani, finalmente, se ató con fuerza una liana que colgaba de un árbol a la cintura y luego se la hizo pasar por entre ambos brazos y la espalda, y le dijo a Marín que sujetara con fuerza el extremo. Cautelosamente se aproximó a donde permanecía hundido el hombre, orillando la ciénaga con sus pies descalzos, se acuclilló y le tendió el brazo. Domingo *el Negro* tomó esa mano salvadora con tanta fuerza que a punto estuvo de arrastrarlo con él, y el guanahaní, tras hacerle entender que se tranquilizase y se pasara la liana por debajo de los hombros, pidió a Marín, a Juan de la Plaza y a Juan de Medina, que habían llegado para sumarse a las tareas de rescate, que tiraran con fuerza del extremo, y así lo hicieron, todos a una, consiguiendo remover primero a Domingo y arrastrarlo poco a poco de ese fango chupador hasta dejarlo sobre tierra firme.

Quedó Domingo *el Negro* más negro que de costumbre, cubierto del pegajoso lodo prieto de pies a cabeza, que formó una costra sobre su jubón, por lo que hubo de desnudarse por entero, ante la mofa de Juan de la Plaza, que comparaba su cuerpo con el de un cetáceo por su adiposidad, y se sacó de encima con las uñas centenares de blancas sanguijuelas que se alimentaban a sus expensas y ya estaban negras de tanta sangre.

—Creo que deberías agradecer a Camani que te haya salvado la vida —le dijo Marín.

Y Domingo *el Negro*, a regañadientes, jadeando, tembloroso de miedo, humillado por deberle la vida a un salvaje, alargó su brazo y lo cruzó con el del guanahaní en señal de reconocimiento. Supo Colón más tarde de la heroicidad del indio y lo buscó para felicitarlo personalmente.

—Admiro tu valor, indio guanahaní, por haber puesto en peligro tu vida para salvar la de uno de los nuestros —le dijo el Almirante—. Recibirás tu recompensa en oro.

Camani, en un aparte con Marín, le confesó su extrañeza ante la recompensa que le había prometido el Almirante de darle el oro que es suyo, puesto que los castellanos no lo tenían y a alguien debían arrebatarlo.

—Creo que no sois dioses —le dijo tras un momento de reflexión—. Los dioses no mueren y, por lo tanto, no tienen miedo a la muerte. Esa gente —en referencia a Domingo *el Negro*— sí tiene miedo.

Continuaron adentrándose en la selva espesa, tras dejar definitivamente atrás los pantanos,

hasta desembocar en un claro del bosque en el que hallaron una choza solitaria, pero no había nadie en ella, pues parecía que sus habitantes hacía poco se habían marchado ya que humeaban cenizas junto a su puerta y un animal doméstico, parecido a una gruesa gallina, pero de plumaje negro, sin cresta y monstruosa papada roja, merodeaba por los alrededores. Le dio caza a tan estrambótica ave —que no volaba sino que correteaba, poco y con torpeza— Jacomel Rico, que le retorció el pescuezo, haciendo caso omiso a sus protestas, y lo metió en su zurrón.

—Para el caldo de la noche.

Continuaron la exploración hasta llegar a una laguna grande, hermosa y de aguas verdes y tan quietas que parecían musgo.

—¡Mirad allí, en aquel recodo!

Domingo de Lequeito había descubierto una enorme serpiente de agua en la orilla, de la que sólo emergían sus ojos abultados y el morro diabólico. El animal nadaba veloz al sentirse descubierto y describía, en su huida por el agua, una enorme ese. Lequeito, Juan de la Plaza y Rodrigo Muñoz, con espadas y picas, se internaron en la laguna, que no era muy profunda, con ánimo de capturarlo, y fue este último quien tuvo la fortuna de ensartar al animal, alzarlo con fuerza fuera del agua y llevarlo hasta la orilla, esquivando los golpes de su cola y el mordisco de sus afilados colmillos. Lo clavó contra el suelo y aún estuvo un buen rato el monstruo agitándose, furioso, mientras los hombres formaban un corro de curiosos a su alrededor. Todos quedaron sorprendidos por las dimensiones del monstruo, cuya longitud era la de dos hombres y cuya anchura, la de un muslo, y dio la orden Colón, fascinado por el portento, que lo transportaran hasta el barco para que Juan Sánchez, el médico lo conservara, pues quería mostrarlo, de vuelta a Castilla, como trofeo. Y la llevaron consigo, después de enroscarla y atarla con lianas a una rama resistente que transportaban entre dos personas, tras golpearle el cráneo con piedras y asegurarse de que estaba muerta.

Bordearon el lago, internándose en la isla, y sortearon un nuevo pantano en donde esta vez fueron víctimas del calor y de las picaduras de los insectos que lo sobrevolaban a miles. Algunos castellanos, enloquecidos por el insoportable bochorno reinante, hicieron amago de aligerarse del peso de las armaduras y además de abandonarlas, pero Colón se revolvió, furioso, y los amenazó con duros castigos si osaban desembarazarse de ellas. Y los hombres de pieles pálidas y largas narices empezaron a envidiar en aquellos momentos la desnudez de los indios.

Tropezaron con otro poblado, pero las casas estaban vacías y había un fuego que ardía en su plaza central, alrededor de la cual estaban dispuestas las viviendas, lo que indicaba que los habitantes habían huido precipitadamente a la selva al oírlos llegar. Era el más grande que habían visto hasta entonces, con las cabañas dispuestas en círculo, alrededor de una plaza.

—Esto es una pesadilla —rezongó Juan de la Plaza, enfurecido, empezando a descargar su espada contra una de las chozas, y destrozando en un instante paredes, techumbre y la hamaca que colgaba en su interior.

A medida que su espada cortaba los vegetales secos con que estaba construida la choza, crecía la furia de Juan de la Plaza, y el modesto habitáculo acabó desplomándose bajo los golpes.

—¿Os habéis vuelto loco?

Tan enfurecido estaba en su afán destructivo, segando las débiles ramas que agrupadas formaban las paredes, que no vio al Almirante y se quedó quieto, con el arma en vilo al oírlo, primero, y verlo, después.

—No toleraré estos desmanes ni una sola vez —le dijo amenazadoramente don Cristóbal Colón—. Fuera inmediatamente. ¡Fuera! —le gritó.

Era Colón hombre corpulento y de vivo genio que cuando se enfadaba impresionaba, y en aquel momento lo estaba de verdad, que a punto estuvo de esgrimir su espada y castigar en el acto la gratuita destrucción de la que estaba siendo testigo. Y Juan de la Plaza, arrogante, mordiéndose

la lengua, envainó la suya y bajó la mirada, humillado como cuando un perro recibe la amonestación de su amo, mientras in mente veía ensartado al Almirante en su espada, o andando unos pasos descabezado.

Un indígena entró en el poblado, seguido al poco rato de otros, y así hasta un centenar. Miraban aterrorizados a los castellanos, pero parecían estar furiosos por verlos pisotear impunemente su poblado y uno prorrumpió en gritos lastimeros al ver su choza destrozada.

A través de Camani, Colón les explicó que no los temieran, que sólo querían agua, y señaló los barriles vacíos que transportaban, y los indios prometieron llenarlos en un manantial cercano y llevarlos a la playa.

Los castellanos regresaron a las naves, pero lo hicieron por otro camino, evitando pasar por los pantanos. Cuando alcanzaron la playa, los indios ya los esperaban con los barriles repletos de agua y todos se preguntaban cómo habían podido ir tan rápidos y qué camino habían escogido que no los habían visto. En agradecimiento, Colón les colmó de cuentas y collares y, antes de que partieran hacia su poblado, le indicó a Camani que les preguntara por la isla donde había oro, y ellos contestaron, señalando hacia el mar y nombrando un lugar llamado Colba y otro llamado Bohío, en donde había oro en abundancia.

—Colba y Bohío —repitió Colón, y rogó a Rodrigo de Escobedo que memorizara ambos nombres para anotarlos en el libro de registros.

Regresaron a los barcos, rendidos por las peripecias del día, y llegaron a cubierta que ya era la hora séptima. Llamó Colón a Marín y le dictó documentos en donde hacía hincapié en describir el inhóspito paisaje que habían cruzado, las dimensiones de la serpiente de agua que habían capturado y la habitual amabilidad de las gentes. Le dijo que hiciera mención expresa del heroico comportamiento del indio Camani, lo que era, y subrayó lo dicho, una muestra de los buenos sentimientos y el espíritu Pacífico de esas gentes.

—Estoy convencido —espetó Colón, tras bostezar de cansancio— de que lo que los indios llaman Colba no es otra cosa que Cipango. Llevo una carta de los reyes dirigida al Gran Kan que le entregaré en cuanto llegue a la ciudad de Quisay, en tierra firme. Y presumo que será muy pronto.

—No veo sedas, ni especias, ni grandes ciudades.

—Los verás, Marín. Verás tantas riquezas que tus ojos quedarán desbordados por ellas.

Marín se retiró a cubierta, pero no pudo dormir. Observó cómo dormía toda la tripulación de la nave, escuchó sus ronquidos y distinguió las luces de la *Pinta* y la *Niña* a poca distancia, balanceándose en la bahía.

—Hora nona —cantó el grumete, volteando el reloj de arena.

—¿Ya os encontráis curado? —le preguntó.

—Mejoré con la sangría.

Marín se reunió con Camani, que dormía en el suelo, hecho un ovillo, en un rincón, y lo sacudió suavemente por los hombros hasta despertarlo. El indio lo miró con cara de susto, pero éste en seguida lo tranquilizó.

—No ocurre nada.

Le estuvo preguntando por Cipango, por el Gran Kan, por la ciudad de Quisay, pronunciando todos aquellos nombres muy despacio, para saber si los había oído alguna vez, pero Camani se encogió de hombros y no dio muestras de conocerlos. Nunca había oído hablar de esos lugares, era evidente.

—Está bien. Duerme.

Marín empezó, en aquel momento, a sospechar de que el Almirante andaba errado, que quizás esa tierra que estaban pisando no fueran las Indias, que equivocaron el rumbo y que esas gentes eran tan pobres y tenían tanto oro como los pastores extremeños. Pero ¿dónde estaban si no?

Capítulo X

Permanecieron anclados durante todo el día en la ensenada, después de una noche de tormenta durante la que los relámpagos iluminaron la isla, los truenos retumbaron solemnemente y el viento, el *huracán*, agitó las jarcias, las maromas que pendían de los cabrestantes e hizo mugir los mástiles como si tuvieran vida. Fue tan brusco el nacimiento de la tormenta tropical como su desenlace, y no alteró el sueño de la marinería cansada que se concentró, como hacía casi siempre que bramaban las tempestades, al amparo de los castillos de popa y proa.

Cuando Marín abrió los ojos, Camani ya andaba despierto. Estaba apoyado sobre la borda del barco, mirando la cercana costa y la bruma que la envolvía y se deshacía en jirones con los primeros calores del sol.

—Madrugas —le dijo, poniéndole amistosamente el brazo sobre el hombro y, como hiciera cara de no entenderlo, prosiguió—: Te levantas con el sol.

—Así debe ser —dijo el guanahaní, perplejo por la extrañeza que mostraba el español ante un hábito tan natural—. Hay que respetar a los dioses.

—¿Dioses? ¿Tenéis más de un dios?

No habían hablado nunca de religión, porque la ocasión no se había presentado, y ahora Marín deseaba conocer pormenores de las costumbres de los indígenas.

—Yucahuguamá es el señor de todos los dioses —y Camani, al pronunciar su nombre, mostró respeto—. El reina sobre *bagua*.

—¿*Bagua*?

—Lo que vosotros llamáis mar. Dentro del mar hay otro dios, Atabey, que gobierna en sus profundidades y es la madre de todas las aguas, las dulces y saladas. Guabancex es el señor de los *huracanes*. Boinayel decide cuándo debe llover. Guataona es el señor de los truenos.

—Nosotros sólo tenemos un dios, y es poderosísimo.

—No entiendo cómo sólo tenéis un dios. ¿Y el día, y la noche, y el mar?

—Todo lo gobierna y controla Él.

—Y vosotros sois dioses. —Se detuvo un momento, guardó silencio, quizá buscando un desmentido por parte del vasco que no llegó—. Yucahuguamá nos habló de la llegada de hombres blancos, con pelo en el rostro, con vestiduras de hierro y con armas que escupen fuego, que vendrían del cielo.

—Nosotros venimos del mar, de tu *bagua*.

No quiso explicarle más pormenores, ni le habló de que su Dios era uno y trino, concepto que entrañaba dificultad hasta para él, ni menos de la existencia de un Hijo que descendió a la tierra y fue crucificado.

Marín empezó a escribir en el pergamino con pluma y tinta, ante la extrañeza de Camani, que miraba los ininteligibles dibujos de las letras que el vasco imprimía al pergamino.

—¿Qué haces?

—Escribo. Pongo en pergamino mis sentimientos, intento trasladar aquí —y golpeó la punta de la pluma contra el pergamino— lo que late aquí —y se tocó el corazón—. Poesía. Es como una canción, una loa. Y mi loa va dedicada a esta tierra mágica, a este mar tan límpido, a estas selvas tan tupidas y al fragor que sale de ellas. Este pergamino lo paso a otra persona y, si está bien escrito, ese otro disfruta con su lectura.

No entendía Camani el hecho de la escritura. En su poblado, en todos los poblados de las islas del Nuevo Mundo, las tradiciones pasaban oralmente de padres a hijos, y de éstos a los suyos, así sucesivamente. Esas historias —*areitos* era el nombre que les daban— las repetían durante las festividades. Pero ellos no hacían esos extraños dibujos, a lo sumo signos mágicos sobre piedras o maderas representando a sus dioses, algo que no todos podían hacer, sólo los sabios

del poblado, los más ancianos o los *behequios* o chamanes. Eso explicó Camani a Marín y éste comprendió la mitad.

Quien también madrugó fue el Almirante. Era la hora sexta de la mañana y ya andaba despierto. Reparó en Marín y le hizo un gesto para que se acercara.

—Llevo días preguntándome —le dijo, mirándolo a los ojos— cómo sobrelleva la tripulación el asunto de las... —Se detuvo un momento, algo confuso—... Mujeres.

¿Por qué aquella extraña pregunta? ¿Era que el deseo también se le manifestaba al Almirante con similar intensidad que la que experimentaba toda la tripulación de las tres embarcaciones? Onán había suplido, hasta el momento, la ausencia de sexos proclives a recibir la simiente ardiente de los castellanos. ¿Conocía el genovés la torpe promiscuidad de Diego Bermúdez?

—Creo que mal —respondió Marín—. Y no sé cuánto tiempo podremos esperar. Llevamos más de cuarenta y cinco días sin catar mujer, Almirante. Y en estas islas hay muy bellas hembras.

—Comprendo vuestros deseos humanos, pero no podemos enemistarnos con los nativos. Martín Alonso Pinzón tuvo que poner grilletes ayer a uno de sus hombres al que descubrieron forzando a una india. No deseo entre los míos ningún tipo de indisciplina. La virilidad también se demuestra en la contención, quizá más ahí. Un hombre que es capaz de controlar sus instintos es más hombre que quien no los domina y da rienda suelta a ellos.

—Resulta difícil, Almirante, no sentir deseos cuando tantas mujeres desnudas se pasean ante nuestros ojos. Reconoced que la tentación es grande. Hay marineros que andan como locos, hay otros que riñen entre sí sin el más mínimo motivo.

Un incidente violento le vino a dar la razón. Tres marineros se enzarzaron en violenta discusión tras bromear sobre mujeres. Dos de ellos ponían en duda la virilidad del tercero y sugerían que apagaba el fuego con un puto que iba en el barco. Lo que inicialmente era una broma subió de tono, y los tres hombres comenzaron a pelearse en la cubierta de la *Santa María*. Emplearon los puños y los pies para golpearse, pero cuando un certero puntapié rompió la nariz de uno de ellos y la sangre comenzó a hervir en su cara, el lastimado esgrimió su cuchillo. El corro que se había formado alrededor se abrió, ante el temor de que alguno, ajeno a la pelea, sufriera daño. Los azuzaban a gritos, como fieras salvajes, a matarse, hasta que Colón, alertado por el ruido, ordenó a Diego de Arana que parara la trifulca. Mas no era el contramaestre hombre especialmente valiente ni fuerte, por lo que delegó en Marín de Urtubia. El vasco se interpuso entre los contendientes, golpeando a uno en la cara con certeza, que lo tiró al suelo, y deteniendo el puño del otro en su mano y quebrando con fuerza su brazo, mas no pudo evitar que la mano armada con cuchillo del tercero le rasgara la ropa y le abriera tan leve como escandaloso surco en el hombro. No hubo más cuchilladas. El brazo de Juan de la Plaza se estrelló con fuerza contra el cuello del agresor y éste cayó al suelo de bruces y sin respiración, en donde recibió fuertes patadas que le reventaron los labios y quebraron sus dientes.

—¡Basta ya! —reclamó Diego de Arana.

Mas no acabó la pelea hasta que Juan de la Plaza sintió la punta de su pie dormida y la bota reblandecida de sangre.

—¿Y esta violencia? —preguntó Colón al galeno mientras dudaba en castigar a alguien, aunque los culpables, por lo que veía desde el castillo de popa, ya habían recibido con creces su merecido.

—Por los humores que no vierten, Almirante. La simiente agria tuerce el cerebro. Sólo las putas los doblegarían.

Después de la hora décima, se acercaron algunas canoas y grupos de indios desembarcaron sobre las cubiertas de las tres naves para hacer trueques de las aves y las guedejas de algodón que llevaban consigo por las cuentas y los espejos de los arcones de los castellanos que tanto les gustaban. Algunos hombres llevaban pulseras de oro, brazaletes del mismo precioso metal, pendientes y delgados filamentos que les atravesaban la nariz, pero no hubo manera humana

de que aceptaran cambiarlos por las baratijas, se resistían encarnizadamente a desprenderse de ellos, lo que era una prueba evidente de que lo valoraban, aunque quizá no tanto como los castellanos.

—¿Y es de buena calidad tanto oro del que hacen ostentación? Cristóbal Caro, el orfebre que iba embarcado en la nao, asintió a la pregunta del Almirante tras observar detenidamente los collares, abrazaderas, pendientes y aros que colgaban de los rostros y extremidades de los nativos, pues mucho era su resplandor.

—Si me lo permite vuesa merced, no he visto oro tan herboso, ni tan puro en los muchos años que llevo de oficio.

Estuvo paseando Colón por la cubierta de la *Santa María* en compañía del santanderino Juan de la Cosa y, en voz baja, mientras a sus espaldas se desarrollaba a voz en grito toda clase de trueques, como si la cubierta de la embarcación se hubiera convertido en la plaza de un mercado público, le hizo partícipe de sus preocupaciones.

—Lo que es evidente, querido Juan, es que no hemos hallado oro en las cantidades que había imaginado. O estos indios mienten muy bien y me lo ocultan, o todavía no hemos arribado a las islas en donde resplandece el oro por doquier.

—Quizás el oro esté en el continente, don Cristóbal.

—Quizás. Y observo que en esta isla abunda más el oro que en otras. Sería una gran alegría para sus majestades católicas hallar un yacimiento del precioso mineral y llevarles muestras de las riquezas de estas tierras.

—Sería.

—Y hay otro asunto que me preocupa hondamente, y son algunos brotes de indisciplina que he comenzado a advertir en la tripulación, fruto de su forzada y larga temporada de abstinencia carnal. Martín Alonso ha tenido que recluir a uno de sus hombres por abusar carnalmente de una nativa. Esta tarde cinco hombres de la nao se liaron a golpes y casi se matan.

—La marinería anda muy soliviantada con tanta hembra desnuda. De acuerdo que sean disciplinados, pero las tentaciones son demasiadas para que consigamos tenerlos encadenados. Son hombres, a fin de cuentas, y tampoco es bueno tanta continencia.

—Y son realmente hermosas las indias, que nunca me las hubiera imaginado así, que si las vistieras decentemente podrían pasar algunas de ellas por gentiles damas en Sevilla, pues su piel no es más morena, ni sus andares son menos femeninos.

—Y tengo la sospecha —dijo Juan de la Cosa— de que en el fornicio deben de dar tanto placer como las ramerías.

Envolvió Colón al santanderino en una mirada de censura y tomó distancia de él por sus últimas palabras, minimizando las tentaciones de aquel paraíso.

—Creo que debemos ser nosotros los que demos ejemplo a nuestros hombres, no demostrar las debilidades que como humanos tengamos, hacer gala de discreción y entereza y, desde luego, castigar con severidad, como ya lo ha hecho Martín Alonso, a quien intente violentar a una de esas mujeres. Son gentes pacíficas, pero a nadie agrada que se fuerce a sus mujeres, ni me parece cristiano el hacerlo, ni, hasta os diría, con consentimiento de ellas, pues somos nosotros superiores en inteligencia, cultura y civilización, y fácilmente abusaríamos de su condición para nuestro deleite.

Entre el grupo de indígenas que todavía mercadeaban en el barco había un par de muchachas de recias piernas, bocas anchas y ojos rasgados, que pretendían hacer trueque de los collares de conchas marinas que sobre sus pechos llevaban, por el cinto plateado que ceñía el jubón de Juan de la Plaza. Hacían gestos ambas, al parecer excitadas por los grabados que llevaba dicho cinto en su hebilla de plata, de que se lo diera mientras una de ellas colocaba alrededor del cuello del exmilitar el collar que a toda costa quería cambiar. Bromeó Juan de la Plaza con Juan de Medina, que estaba próximo a él.

—El cinto les daría por holgar un buen rato en el tesoro que tienen entre las piernas, que hasta la nariz me llega su perfume de hembra en celo, y con el cinto les daría hasta encender sus culos. Pequeñas son, pero buenas y redondeadas nalgas tienen para cabalgarlas.

—Ardo en deseos de probarlas —dijo Juan de Medina—. Y el agua inunda mi boca de sólo imaginarlo, aunque ignoro si la prisión y tan larga abstinencia han terminado por castrarlos.

—Puedo decirte que no, así lo siento, entre las piernas, viva y coleando, ansiosa de hacer de nuevo su trabajo.

Una de las indias trató de arrebatarse el cinto a Juan de la Plaza, pero éste la detuvo, cogiéndola con fuerza por la muñeca con una mano mientras apoyaba la otra contra su monte de Venus, cubierto de vello suave y ralo.

—Ni se inmuta —estalló, con desprecio, empujándola.

A media tarde Martín Alonso Pinzón, desde la *Pinta*, solicitó permiso al Almirante para desembarcar y éste se lo concedió. El batel de la *Pinta* bogó hacia la playa mientras Domingo *el Negro*, Juan de la Plaza, Juan de Medina, Marín de Urtubia y Jacomel Rico empezaron a jugar a los dados sobre cubierta una vez que la turbamulta de indígenas, efectuados todos los trueques posibles, descendieron sobre sus canoas y se alejaron en dirección a la playa dejando a bordo un verdadero ejército de elegantes y ruidosos guacamayos y pequeñas cotorras de verde plumaje. Jugaban los marinos con gruesos cubos de madera en cuyas caras, con la punta de un cuchillo, habían grabado los números, y los arrojaban con fuerza contra la baranda. Se jugaban alegremente tierras, reinados, oro y amantes que no tenían, con tanta pasión y dedicación como si los tuvieran. Echaron varias partidas y en todas ellas Domingo *el Negro* obtuvo la peor puntuación, sacaba dos unos, o, como mucho, un dos y un tres, mientras sus compañeros, cincos y seises. A medida que pasaba el tiempo y su suerte no cambiaba, su semblante iba tornándose más hosco.

—Me pregunto —decía Juan de la Plaza, mostrándose especialmente hiriente con el perdedor mientras metía el dedo en el pico abierto de un guacamayo posado sobre su hombro, que asistía sin moverse a la partida, con mirada de entenderlo todo— si no hubiera sido mejor dejarlo que se ahogara en la ciénaga, vista la mala suerte que tiene jugando a los dados. ¿Qué oculta virtud tiene nuestro amigo Domingo?

—Es que tiene una deuda pendiente con un salvaje y no sabe cómo pagarla —espetó Juan de Medina—. Deber la vida a un pagano debe de ser muy humillante. ¿No es cierto?

—¡Dadle el culo! Seguro que estas bestias son todas sodomitas.

—Habláis todos más de la cuenta, habláis más que esos malpajarracos que lleváis en los hombros —tronó, furioso—, entre cortaros la lengua o rebanaros el pescuezo.

—¡Haya paz! —exclamó Marín—. Pues nadie juega en serio y no hay pérdidas reales.

—Hace bien el literato en desearnos paz, pues él debe de tenerla —dijo Juan de la Plaza cogiendo los dados, agitándolos en el interior de sus manos cerradas y lanzándolos con fuerza—. ¡Doble seis! —cantó, eufórico—. Él debe de tranquilizarse a gusto con ese indio que lo sigue a todas horas y que, visto por detrás, se diría que es hembra.

Rieron Jacomel Rico, Juan de Medina y Domingo *el Negro*, y hasta rieron, por extensión, los pajarracos que llevaban en sus hombros, duchos en imitar los sonidos de sus amos.

—¿Qué estáis insinuando? —Marín se plantó ante Juan de la Plaza, exigiéndole una explicación.

—Es evidente, literato, de vuestra grande y profunda amistad con ese buen salvaje que os adora. Cada cual se alivia como puede. Hay quien busca cristiano, hay quien lo hace con pagano.

—¿Insinuáis que soy bujarrón? —A duras penas dominaba Marín su cólera y sus deseos de golpearlo.

—Os veo fuera de vos, literato, lo que es una novedad. Empezaba a dudar, hasta hora, de vuestras pasiones, aunque os vi emplear con gracia los puños. Me gusta veros rechinar los

dientes, agarrar con fuerza la empuñadura de vuestra espada, ver que, en vuestro fondo, hay una bestia, como en todo fondo de hombre.

—De no deberos la vida, os la quitaría ahora mismo, mezquino mercenario y asesino.

—Cuidad vuestra lengua, amigo. —Juan de la Plaza adoptó una postura amenazadora mientras se acercaba tanto a la cara del literato que le echaba el aliento al rostro—. Si queréis una satisfacción, estoy pronto en complaceros. ¿Será un combate a pluma?

Juan de Medina y Domingo *el Negro* estallaron en risotadas.

—A espada. Y no bromeo.

—Me dais miedo —se burló Juan de la Plaza, simulando un repentino temblor—. Aunque si sois tan ducho con la espada como con la pluma, puedo irme a dormir tranquilo. No os hace el papel de bravucón, no es creíble, literato, máxime si sabéis que no podemos batirnos en el barco. Batíos en vuestros papeles, escribid un combate de fantasía allí y hasta os dejo que me matéis, literato.

—Esta noche, en la playa —le dijo, señalándola con el brazo—. Vos y yo. Nadie nos verá. Vais a tragáros la sarta de insultos y risitas, vais a ahogáros con vuestra propia sangre.

—Está bien, mequetrefe. Esta noche y en la playa. Os enterraré en la arena cuando haya acabado con vos.

Llegó el batel de Pinzón cuando el grumete cantaba la hora cuarta de la tarde y el sol barría la cubierta, ulceraba pieles y hacía sudar las musculaturas de la marinería ociosa. Habían cazado una serpiente, mayor que la del día anterior, y la mostraron al Almirante con orgullo antes de ir a su barco. Colón ordenó que la subieran a bordo, al cocinero Juan de Vicuña que la despellejara y la cocinara, que colgara luego su piel al sol, para que se secara. Y no fue su carne peor que la del pollo.

Se hizo más largo el día que de costumbre, que parecía que nunca iba a anochecer, que la arena tardaba el doble de tiempo en pasar del vaso de arriba al de abajo de la ampolleta. Marín permaneció acodado un buen rato a la borda, mirando cómo la luz se difuminaba sobre la isla y teñía la selva con tonos rosáceos, cogió luego pergamino y pluma, se sentó en un banco y escribió unos versos. Ya no iban dirigidos a su amada, sino a esa tierra feraz y exuberante cuyo colorido, sonido y aroma lo fascinaban cada vez más. Su tierra de Leizarán olía a hierba fresca en verano y el viento traía el aroma resinoso de los abetos de sus bosques; Sevilla olía a taberna, a pobre, a callejón de vino, a ramera perfumada, a ajo de figones. Y esta tierra olía al Paraíso, a naturaleza virgen todavía no preñada por el hombre. Se sorprendió con su propia tranquilidad, su falta de miedo frente a una más que posible muerte, pese a saber que Juan de la Plaza era un contrincante peligroso y experto ante el que todos creían que no duraría ni el tiempo de un suspiro.

—Deberías pedirle disculpas y olvidar este asunto —le contó Juan de Medina, una vez que se acercó a él—. Te va a matar. Está deseando matar a alguien. Es hombre de acción. —¿Qué diréis cuando sólo vuelva uno?

¿Cómo puede importaros eso si ya no estaréis entre los vivos? Que caíste al agua.

—Y ¿por qué no él?

Juan de la Plaza estuvo afilando su espada todo el rato. Sentado, con el arma sobre las rodillas, acariciaba los filos con el pedernal con ruido rítmico, incansable, como la Muerte sacando lustre a su guadaña.

Cerró la noche, y fue sin estrellas. Esperaron a que todos durmieran, tras la frugal pitanza de garbanzos agusanados y unos pescados llenos de espinas, magros de carnes.

—Hora décima —cantó Pedro de Terreros, volteando a tientas el reloj de arena.

Se deslizaron sigilosamente por la borda del barco, descolgándose con cabos hasta rozar el agua. Y luego, una vez la tocaron, se sumergieron y bogaron en silencio, sin apenas bracear.

—El literato enloqueció —dijo Juan de Medina al verlos partir y pronto desaparecer en medio

de esa agua negra e inmóvil.

Nadaron un buen rato, casi a ciegas, pues era tal la oscuridad que ni se veía la playa ni la floresta que la cubría. Fue Marín quien primero pisó la arena, se echó los cabellos hacia atrás y observó la playa con inquietud. No había nadie, ni un testigo, ni animal ni humano. Esperó a que Juan de la Plaza llegara, paseando por el borde de la playa, en donde el mar rompía con suave cadencia y mojaba sus pies descalzos. Pero no llegaba. Oyó, entonces, un lamento sordo, cercano.

—A mí. ¡Maldición! Tengo una pierna dormida. ¿Me oís, Marín?

Entró de nuevo en el mar Marín y nadó en dirección hacia donde sonaba la voz. Encontró a su rival en precaria situación, tumbado en el agua, haciendo el muerto con esfuerzo, pues el peso de su espada lo llevaba hasta el fondo, y le dijo que permaneciera quieto, sin moverse ni intentar cogerlo, si quería salvar la vida y llegar a la playa. Obedeció Juan de la Plaza mientras Marín le pasaba el brazo por el cuello y lo arrastraba fatigosamente. Fue interminable el camino, pese a que era poca la distancia que los separaba de la orilla, y cuando llegaron se desplomaron ambos, jadeando sobre la arena, y así estuvieron un buen rato hasta que recuperaron el aliento.

—Sois afortunado por haberme salvado la vida —le dijo Juan de la Plaza—. No os la puedo quitar ahora, amigo.

—Olvidemos el percance. No sucedió. Habéis llegado con vuestro propio pie. En guardia.

Marín se apartó unos pasos y desenvainó la espada. La luna se había abierto paso, entre los jirones de una nube, e iluminaba el trozo de playa sobre el que se disponían a combatir. Entrechocaron los aceros con estruendo. De los primeros cruces de espadas surgieron chispas que cayeron sobre la arena. Tras intercambiar una serie de golpes, de reconocimiento, se lanzaron el uno contra el otro, encarnizadamente. Los tajos de Juan de la Plaza eran más contundentes, manejaba la espada con destreza militar, buscando a toda costa cortar la carne de su adversario o hundirla desprevenidamente en un hueco que le dejara, golpeaba tantas y tantas veces que quedó sin resuello, y no pudo ocultar su irritación, vestida de falsa adulación, al comprobar la destreza defensiva de su adversario, que paró todas sus acometidas y apenas si retrocedió unos pasos.

—No creía que fuerais a durar tanto —confesó Juan de la Plaza en lo que era un cumplido a su adversario—. Si os sirve de epitafio, sois el rival que más me estáis durando.

—La boca os pierde, De la Plaza.

Contraatacó Marín, y lo hizo bravamente, hasta el punto de que el mercenario hubo de retroceder hasta la misma orilla del mar. Chapotearon con el agua a media pierna mientras no cesaban de repartirse golpes de espada. Y entonces, en un descuido, el filo del arma manejada por Juan de la Plaza cortó camisa y carne del brazo de Marín a la altura del hombro y éste, contra su voluntad, prorrumpió en un alarido.

—Podemos dejarlo si queréis. Estáis tocado. Habéis sido valiente y estoy dispuesto a retirar que seáis un bujarrón.

Le dolía el brazo y sentía hervir la sangre que salía a borbotones de la herida y empapaba la camisa, y fue el mismo dolor el que le proporcionó la rabia y arrojó necesarios como para caer sobre su adversario como una tromba. Juan de la Plaza vio cómo Marín se le echaba encima, furibundo, moviendo su espada en Molinete. Paró como pudo sus primeros golpes, retrocedió y finalmente cayó al suelo tras tropezar con una roca. La punta del acero de Marín le rozó el cuello mientras él soltaba el suyo, humillado. El literato jadeaba de furia, mientras perdía sangre por la herida, y el extremo de la espada presionaba la garganta del caído, impidiéndole respirar. Juan de la Plaza estaba en sus manos, pero éste ni sintió miedo ni suplicó. Docenas de hombres habían estado en su situación antes de que hubieran pasado a mejor vida tras hacer oídos sordos a sus peticiones de clemencia. Él no iba a hacerlo.

—No voy a matarte. Ahora estamos en paz. La próxima vez no tendré piedad. No creo que haya mayor castigo para vuestra bravuconería que esto. —Y retiró la espada de su cuello y la guardó en su vaina.

Regresaron a la nave. Juan de la Plaza hubo de ayudar, esta vez, a Marín, que apenas podía usar su brazo, y lo ayudó a izarse en silencio por el costado de la nave. Los recogieron en cubierta Juan de Medina y Domingo *el Negro*.

—Perdéis mucha sangre.

—No es nada. Un rasguño.

Todos dormitaban en la *Santa María*, salvo Pedro de Terreros, que seguía contando las horas. Vio cómo dos hombres empapados y uno herido de consideración se arrastraban por la cubierta y se tendían para dormir, y actuó como si no hubiera visto nada.

—¡Hora nona!

Camani, desde la altura de una roca en la playa, había sido testigo mudo e invisible del duelo. No había entendido por qué ambos hombres habían trabado combate, ni se había enterado de que él había sido precisamente la causa de tan absurda lid. Lo que había visto le reafirmó que no eran dioses. Los dioses no tienen sangre, ni sienten el dolor, ni se pelean entre sí, con excepción de la pelea entre el sol y la luna que, tras teñir de sangre el cielo, se inclina siempre por esta última. Los dioses están por encima de todas esas cosas. Entró de nuevo en el agua, bogó en silencio y trepó por el casco de la nave, tan sigilosamente como se había descolgado, y se echó al lado del taino Chasej, que ya dormía.

Capítulo XI

—Feo aspecto tiene este corte. ¿Quién os lo hizo?

Juan Sánchez, el galeno, cauterizaba la herida vertiendo sobre ella un cazo de agua hirviendo y aplicando luego una costra de sal. Marín, pese a que el dolor era mucho, se limitó a morderse los labios, para que de ellos no saliera gemido, y a cerrar con fuerza el puño del brazo herido.

—Trajinando en cubierta.

—Pues trajinando con espadas, debió de ser. Mira, muchacho, llevo muchos años curando enfermos, suturando heridas, y por Dios que ésta que os adorna os la ha hecho una espada a conciencia. ¡Buen tajo, sí, señor! —dijo, mientras ocultaba el corte bajo la venda y envolvía con ella el brazo de Marín—. Rezad para que no se os gangrene y tenga que convertirnos en manco. Aunque con una mano podréis seguir escribiendo, a no ser que seáis zurdo.

Pese a que lo intentó, no pudo ocultar el brazo vendado Marín al Almirante que, como cada mañana, salió a dar su paseo matutino por cubierta.

—¿Qué os ha sucedido, Marín? ¿Quién os lastimó? —le preguntó poniendo la mano sobre su hombro.

—Maniobrando con las jarcias, Almirante.

—¿Desde cuándo las jarcias tienen filos como los cuchillos? Bien está que tratéis de encubrir a quien os hizo esa herida, cosa que no os recrimino, pero no me hagáis pasar por tonto. —Y entonces cambió el tono de voz y lo hizo amenazador, al mismo tiempo que le apuntaba con el índice a la frente, riñéndolo—: No voy a tolerar más peleas entre los míos, ni en la nao ni en tierra, áspero que os haya quedado claro. Se cubrió de repente el cielo de nubes, como negros presagios, y descargó sin aviso una violenta tormenta que llenó el espacio de luz y ruido. Todos corrieron a refugiarse bajo el cobijo de la toldilla, mientras el agua caía a cántaros, y ordenó el Almirante que fuera recogido todo el trapo y guardado en lugar seguro. A la lluvia, sin que cesara su violento repique sobre la cubierta y sobre la cada vez más agitada superficie del mar, siguió el viento, que comenzó a levantar un oleaje en la bahía que anduvo zarandeando los barcos, haciendo crujir sus aparejos y temer que finalmente, en uno de los estiramientos, se rompieran las amarras y las naves quedasen a la deriva.

Camani, visiblemente asustado, miraba al cielo mientras no dejaba de repetir una palabra que expresaba todo lo que estaba sucediendo:

—¡Huracán!

—¿Qué dice tu salvaje? ¿Qué es eso de *huracán*? —preguntó De la Plaza al oírlo.

—La más violenta de las tormentas. Un castigo de los dioses cuando se enfadan con los humanos —explicó Marín.

Tan rápidamente como se desencadenó la tormenta, ésta desapareció y volvió la calma, las nubes se deshicieron en jirones y lució un sol espléndido que secó todo el agua que había caído sobre las naves. Tanta agua vertida, y con tanta violencia, no sirvió para refrescar el ambiente, más bien lo caldeó o lo hizo más irrespirable por la humedad que flotaba.

Planeaba Colón, no bien cesara la tormenta, hacerse a la mar, pero la ausencia de viento frustraba una vez más sus deseos de partir.

—Poco les duró el enfado a los dioses de vuestro esclavo —le comentó Juan de la Plaza a Marín—. ¿Cómo anda vuestra herida?

—Duele, pero espero que cure pronto.

—Buen tajo os dio en el brazo De la Plaza —espetó Domingo *el Negro*, en tono burlón—. Lo vuestro es la pluma, no la espada.

Contra todo pronóstico, Juan de la Plaza tuvo palabras generosas hacia su adversario y humilló a quien, por procedimientos rastreros, trataba de ganárselo.

—Dios os guarde del acero de mi amigo. Marín de Urtubia, con un brazo atado a la espalda y una venda en los ojos, sería capaz de descabezaros en un santiamén, lo que sería un favor a

esta nao y creo que a la humanidad.

Volvió la lluvia, inoportunamente, aunque esta vez lo hizo de forma suave, algo parecido al chirimiri que riega los campos del norte de Castilla, con el que buena parte de la tripulación de la *Santa María* estaba muy familiarizada. Concentrados en la toldilla, ociosos, los marineros mataban el tiempo imaginando que descubrirían enormes pepitas de oro, yacimientos de esmeraldas, gozaban de ilimitados harenes y hacían caer poderosos reinos paseando.

—No es justo que el capitán de la *Niña* tenga mancebas en su cámara —dijo Domingo *el Negro*, bajando la voz.

—¿Quién os lo ha dicho? —preguntó Jacomel Rico.

—Es *voxpopuli* —confirmó Juan de la Plaza—. Martín Alonso Pinzón tiene, al parecer, bula para fornicar.

—¿Acaso rigen leyes distintas en una nave que en una carabela?

—Pues si son distintas, a ella voy a enrolarme.

—No voy a ser tan tonto de dejar pasar la ocasión —espetó Domingo *el Negro*—. Necio habría de ser si lo hiciera. La próxima vez que baje a tierra os juro que no subiré a cubierta sin haber cabalgado al menos a un par de esas indias. ¿No os preguntáis cómo debe de ser hacerlo con ellas? ¿No será cómo hacerlo con monas?

—Creo que ellas están ansiosas por hacerlo con nosotros.

—¿No echáis en falta los burdeles de Sevilla? —Juan de la Plaza se mesó la enmarañada barba que crecía en sus mejillas y que nacía casi de sus ojos—. Cuando yo corría por la ciudad había una meretriz italiana de sonoro nombre y espléndido nalgatorio. Flojea mi memoria con tanta castidad. ¿Cómo se llamaba, Marín?

—La Mascarpone.

—¡Exacto! La Mascarpone. Veo que la poesía no está reñida con los placeres de lo venal. Tenía buenas tetas, la Mascarpone, siempre huidizas y prestas a salir del escote, duros frutos que daba a mamar mientras la cabalgabas. Se hizo tan famosa que se formaban colas para retozar con ella, y el resto de las pupilas de la La Lagarta estaban brazo sobre brazo o, mejor, pierna sobre pierna, mientras la italiana sacaba jugo de su tesoro.

—¿La frecuentabais?

—Más que vos, sin duda. Daba el dinero por bien empleado, y quedaba mi lancero bien satisfecho. ¿De quién decían que era amante?

—De un pintor italiano, un discípulo de Andrea Mantegna llamado Ardonzani *el Joven*. La trajo de Roma, como modelo, la estuvo pintando hasta que se echó otra querida y ella, por desplante, fue la amante de todos los hombres.

—Y dicen que no lo hacía por dinero sino por placer.

—Yo frecuentaba el Compás de la Laguna —dijo Juan de Medina—. No eran muy limpias las meretrices, solían endilgarte una tribu de ladillas, por lo menos, mientras duraba el fornicio. Iban tan rápidas que ni se desnudaban, te recibían levantándose la falda y mostrando su gruta. Las había portuguesas, italianas y hasta moras escapadas de algún serrallo.

—Vuestras historias me han abierto el apetito del bajo vientre —dijo Domingo *el Negro*.

—Pues ayunad, o el Almirante os colgará del palo más alto de la nao.

—¿Siempre habláis por su boca, Marín? ¿Sois su espía o algo así?

—Podría contaros la primera vez que estuve con una hembra —dijo Juan de la Plaza.

—Contadlo —apremió Juan de Medina—. Somos todo oídos.

Juan de la Plaza se mesó la barba y suspiró.

—Era muy joven, casi un niño, y ella no era una hembra normal. De la edad de mi madre, debía de ser. Recia, guapa, morena, con buena grupa y pecho donde agarrarse. Vivía apartada del pueblo, proscrita, pese a su guapura, y recibía, sobre todo, a arrapiezos que descubrían con ella los placeres de la carne y las delicias del pecado. Pequé muchas veces con ella, toqué el infierno

entre sus piernas, ardí dentro de ella y me fundí.

—¿Qué fue de ella?

—Mujeres envidiosas de su belleza y de su éxito en la cama la denunciaron al Santo Oficio. Fue prendida y sometida a tormento durante una semana. Cuando al cabo de ese tiempo la vimos era una sombra de lo que habíamos conocido: calva, delgada, sin formas, cojeaba de una pierna y tenía el rostro destrozado a golpes. Era una bruja. Fue conducida al quemadero y se despidió de este mundo en medio de horrendos chillidos y blasfemias mientras las llamas la devoraban. Así acabó la mujer que me aleccionó en las artes de la coyunda.

—Una historia horrible —sentenció Marín.

—Quizá tuvieran razón y fuera una bruja. ¿No quemáis brujas por el norte?

—Una docena, que fueron sorprendidas en un aquelarre fornicando con un macho cabrío. Mas eran viejas y feas.

La lluvia caía dulcemente, y puede que esa forma de llover, tan familiar a los del norte que iban en la nao, les hiciera añorar sus caseríos, las campos en donde pastaban sus vacas, la bruma que bañaba sus valles. Comenzó a cantar Andrés de Yruenes una vieja nana con la que las amas dormían a los niños en su Vasconia natal, una canción triste y dulce que debía de remontarse a los albores de la humanidad y había pasado de padres a hijos inalterable, como un tesoro. Entró Domingo de Lequeito a la segunda estrofa, formando dúo con él, suavizando el tono ronco de Andrés. Domingo Vizcaíno lo hizo después, sumando su voz aguardentosa, como correspondía a su profesión de tonelero. Y por último se incorporaron al grupo de cantores Pedro Yzquierdo y Marín de Urtubia.

—Vascos, vascos —protestó Juan de la Plaza—. ¿Y los extremeños? ¿Qué podemos cantar los extremeños para alegrar un poco este ambiente de cementerio que nos han dejado estos chicos del norte?

La lluvia no cesó en todo el día. Colón, que de vez en cuando asomaba la cabeza de su cámara, ordenó a Pedro de Terreros que hiciera las señales para que los hermanos Pinzón acudieran a la nave a reunirse con él. Al poco rato llegaron a bordo del mismo batel, subieron a cubierta y entraron en la cámara donde Colón los esperaba en compañía de Juan de la Cosa. Entró, antes de que empezaran a platicar, Domingo Vizcaíno, el tonelero, con una jarra de vino y cuatro cuencos de barro que llenó hasta los bordes.

Impostó la voz Colón y disimuló su decepción tras una capa de euforia.

—Capitanes —dijo, en tono de arenga—, creo poder afirmar que nos encontramos en una encrucijada crucial de nuestro viaje. Si las informaciones que tengo son exactas, y eso me lo han corroborado diversos indígenas, nuestro próximo destino será la isla de Colba, que sospecho sea la isla de Cipango.

—Me permito ponerlo en duda, Almirante —dijo Martín Alonso Pinzón, desafiante—. ¿Qué indicios tenemos de que eso sea así? Los indígenas no son de color amarillo, como corresponden a los de Cipango o Catay, sino aceitunados. No van armados, sino desnudos, no tienen más que pobres arcos y delgadas lanzas, no conocen el hierro, a duras penas el fuego, no tienen más casas que modestos hogares de paja. ¿Son éstos los súbditos de uno de los imperios más poderosos de la tierra? Estas gentes no coinciden con las descripciones de Marco Polo. ¿Qué reino es éste?

—Llegaremos al continente, pronto, muy pronto, y en el continente nos será dado ver esos prodigios de los que habláis: ejércitos de elefantes, ciudades de oro, soldados bien pertrechados. No dudéis, Martín, de que esto es Asia, mas una parte pobre del continente, es cierto, que dará paso a otra rica. Levaremos anclas no bien sople el viento.

Pero el viento no sopló, y las velas, que hizo izar el Almirante, colgaban desmayadas de los palos, plegadas en mil arrugas, abrazando los mástiles.

Al anochecer Colón llamó a Marín y lo hizo sentar a su mesa mientras paseaba por la cámara.

—¿Podréis escribir?

—Es el brazo izquierdo, Almirante.

—¿Y os duele?

—No, creo que cura rápido —mintió.

—Seguís sin decirme quién os hirió.

—No saldrá su nombre de mis labios.

—¿Ni siquiera si ordeno que os encadenen hasta que me lo hayáis dicho?

—Ni así.

—¿Ni siquiera si doy la orden de que arrojen al fondo del océano a vuestro servicial indio con las manos atadas a la espalda y una piedra al cuello?

—Ni así.

—Bien. Confieso que os admiro porque sois un hombre de honor y ejemplo de que el arte de la literatura no anda reñido con el ejercicio de la espada. Coged pluma y pergamino y aprestaos a escribir lo que os dicte.

Paseó arriba y abajo, alrededor de Marín y la lámpara de aceite a cuya luz se había congregado una bandada de insectos.

—He tenido una reunión con los hermanos Pinzón. No, no lo escribáis. Y esos andaluces me han decepcionado, una vez más. Debería haber partido con tres tripulaciones del norte, gallegos, vascos, cántabros, gente seria. Estos hermanos ponen en tela de juicio mi descubrimiento, cuestionan que nos hallemos en Asia. ¿Dónde si no? Imagino que no se convencerán hasta que no llegemos a la desembocadura del Ganges. ¿Qué opináis, Marín?

—Creo que el Almirante tiene razón, pero quizá la actitud de los hermanos Pinzón sea comprensible al no haber descubierto, todavía, grandes tesoros ni grandes ciudades.

—No debe guiarnos la ambición, sino nuestra vocación de servicio a sus majestades católicas y la certeza de estar abriendo una nueva ruta de las especias. Bien, y ahora tomad nota de lo que os dicte.

Una vez que acabó el dictado de los acontecimientos del día, ya era la hora décima, díjole el señor Colón a su escribano visitara al día siguiente, y cuantos fuera menester, al galeno Para que le curara la herida del brazo, y que quedaba eximido de realizar tareas que implicaran esfuerzo físico hasta que éste no sanara.

—No quiero tener un escribano manco a mi servicio.

Colón recorrió varias veces la nave durante la noche en toda su eslora, desde el codaste a la roda. Sin conciliar el sueño, como siempre, y en uno de sus paseos, tropezó con Rodrigo Muñoz que, dormido, pues su andar tambaleante y sus ojos cerrados lo denotaban, se desplazaba por la cubierta como un fantasma. El Almirante lo sacudió con vehemencia hasta despertarlo, y lo sostuvo entre sus brazos para que, una vez en sí, no cayera al suelo. Espantóse de su mirada perdida, de una baba espesa que brotaba de su boca abierta que era tan incapaz de cerrar como de articular palabra. Miró Colón sus pupilas dilatadas y le horrorizó lo que vio: selvas incendiadas, niños despedazados, mujeres violadas y cinocéfalos hambrientos de carne humana.

Capítulo XII

Levaron anclas muy de mañana, una vez que cesó la lluvia, salieron las tres naves majestuosamente de la bahía con todo el trapo desplegado y se dirigieron a mar abierto, hacía donde les habían dicho que se hallaba la isla de Cuba o Colba, que Colón insistía en identificar con Cipango. El cielo estaba azul y quieto, la calma se había asentado y sólo soplaban un viento del oeste que coincidía con la derrota, por lo que sobre el mástil de mesana colocaron una cangreja de dos lienzos para aprovechar cualquier soplo de aire. Tardaron media jornada en bordear la isla de la Isabela y con el viento flojo y marcha lenta pusieron rumbo hacia donde les habían indicado los indígenas. Al atardecer divisaron una leve sombra en el horizonte, emergiendo de un mar tan calmo que semejaba laguna.

—¿Es la isla? —preguntó Colón.

—Pues si es la isla, deberíamos llegar con el sol en mediodía —dijo el santanderino Juan de la Cosa.

No había islas. No las habría en cuatro largas y cálidas jornadas. El mar, las nubes y la luz les jugaban malas pasadas y les hacían ver islas fantasmales en donde no había sino bancos de arena alargados, cubiertos de vegetación y poblados por extrañas aves.

Marín había sufrido dolores en el brazo durante toda la noche, acompañados de temblores y un sudor frío, que lo hizo estar en vela, oyendo la monótona voz del grumete Pedro de Terreros anunciando las horas cada vez que volteaba la ampollita. Se acercó tambaleándose, de mañana, al galeno Juan Sandez que, cuando lo vio, hizo un gesto de preocupación.

—Siéntate, hijo.

Juan Sánchez era un cirujano experto, que había pasado el medio siglo, con lo que se convertía en la persona con más experiencia de la nave. Le faltaba casi todo el pelo de la cabeza, por lo que, coquetamente, llevaba un bonete negro incrustado en el cráneo, y era de mirada desapareja, cada ojo iba a su aire, lo que solía poner muy nerviosos a sus interlocutores. Fijó el ojo derecho en la cara sudorosa de Marín, en su mirada apagada, en los pómulos marcados y la piel agrisada; el izquierdo se entretuvo en inspeccionar la herida mientras sus manos temblorosas desanudaban las vendas de su brazo.

—No tiene muy buen aspecto este corte —dijo, acercando mucho uno de sus ojos a la raja en carne viva de la que supuraba una agüilla transparente y espesa pus—. Es una herida viva, todavía, y va trabajando el brazo por dentro, como hace la carcoma con la madera.

Marín estaba sentado en una banqueta y notaba que la cabeza le iba dando vueltas mientras le hablaban. Apenas esbozó una frase de interrogación:

—¿No cicatriza la herida? —preguntó, desalentado.

—Le cuesta lo suyo. La culpa debe de tenerla el clima. No hay aquí el tiempo seco de la meseta castellana, tan bueno para toda clase de heridas supurantes y llagas, sino que reina una humedad que acrecienta todo tipo de enfermedades. Dios sabe los miasmas que debe de haber, en este momento, flotando en el ambiente que respiramos. A la herida le pasa lo que a nosotros, que le cuesta habituarse a este nuevo mundo, y lo que allí curaría en un santiamén puede tardar aquí una eternidad. Esto te va a doler, hijo, pero te la cerrará de golpe.

Le dio a morder un trozo de estaca y Marín clavó los dientes en ella, mirando hacia el otro extremo de la nave, hacia el mar azul y el cielo que se confundía con él, mientras la hoja de un cuchillo al rojo vivo recorría los contornos de esa grieta de su carne. Olió, durante una eternidad, a vello chamuscado, a su propia carne quemándose, y ese olor que, en otros momentos, con hambre, se le hubiera antojado agradable, al saberlo suyo le produjo náusea. Era el mismo hedor que había aspirado cuando en la plaza de San Francisco de Sevilla tenía lugar un auto de fe y la Inquisición quemaba a un pobre infeliz, la misma náusea le venía a la memoria y le golpeaba el estómago teniendo la visión de los cuerpos atormentados que se retorcían entre las llamas y convertían su último suspiro en un alarido que helaba la sangre. La

hoja plana del cuchillo incandescente estuvo una eternidad sobre los bordes de la herida, fundiéndolos, y fue tal el dolor, de tal intensidad que, llegado a un punto, ya no sintió nada, como si le hubieran amputado el brazo. Se cubrió su rostro y su cuerpo de sudor espeso, sintió una sequedad áspera en su boca, le tembló la cabeza sobre sus hombros y el sol, entre las jarcias, lo deslumbró.

—Ya está, ya está.

Y aunque el galeno apartó la hoja incandescente de su brazo, siguió sintiéndola como si aquel acero mortífero que le hacía heñir la sangre en las venas ya formara parte de su cuerpo.

Camani no entendió los procesos curativos de aquellas extrañas gentes, una vez más. Sentado a una prudente distancia de donde tenían lugar los hechos, contemplaba horrorizado cómo del brazo de Marín emergía el humo que provocaba la tortura, y trató de encontrar alguna explicación secreta a tamaña barbaridad. Desde su punto de vista, aquel cirujano, que era un pésimo chamán, intentaba curar daño infligiendo mucho más daño a la víctima enferma, como si lo que tratara de hacer fuera mitigar dolor con más dolor. ¿Qué burda medicina era esa que quemaba los brazos heridos y desangraba a los pacientes enfebrecidos? ¿Qué dioses eran que desconocían los poderes curativos de las hierbas, del barro, del humo del tabaco?

—Mejor será que mantengas el brazo quieto, y al sol —le aconsejó el galeno, ultimando el vendaje de la herida.

Se retiró Marín, sin hacer caso a Juan Sánchez, a la parte más sombría del barco, apoyó la espalda contra las paredes del castillo de popa y se dejó caer suavemente hacia el suelo, en donde permaneció ajeno al bullicio que tenía lugar a su alrededor, a los marinos que trepaban por los mástiles y tensaban las velas en un intento desesperado de aprovechar las brisas magras, a las blasfemias que acompañaban las partidas de dados. Se acercó Camani a Marín y tomó asiento a su lado. Lo miró con preocupación mientras movía la cabeza y observaba las pupilas de sus ojos dilatadas y el iris blanco.

—No curas. Estás enfermo, muy enfermo.

Ya hacía más de una semana que el guanahaní estaba en el barco y su fidelidad hacia Marín y los castellanos estaba fuera de toda sospecha. Se había acostumbrado a su comida, entendía y era capaz de repetir cada vez más palabras y ya no le molestaba, aunque lo encontraba inútil, ese trozo de tela que rodeaba sus caderas como la venda el brazo de Marín. ¿Se avergonzaba esa gente del pene del que ellos se sentían tan orgullosos? El vasco miró a Camani y le susurró, mientras forzaba una sonrisa:

—No te preocupes. Soy fuerte. Sobreviviré.

—¿Quieres comer algo?

—Gracias. No tengo hambre.

El indio apoyó la mano sobre el hombro de Marín y el literato agradeció su gesto con la mirada. Un nuevo paciente tuvo a primeras horas de la tarde el galeno Juan Sánchez. Se trataba de Rodrigo Muñoz. El marino de las pesadillas desvariaba despierto, como si sus sueños se prolongaran a la luz del día y no supiera discernir lo producido por su mente enferma de la realidad. Con ojos enloquecidos, las pupilas dilatadas, y las venas marcándose con determinación en cuello y frente, tomó sin más un cuchillo de grandes dimensiones y con él atacó a todos los que lo rodeaban.

—¡No me vais a devorar, perros hambrientos! He de mataros antes de que me clavéis vuestros colmillos.

Lo tomaron a broma, en un principio, mas el primer corte en la mano de un marino que intentó desarmarlo hizo alertarlos a todos del peligro. Rodrigo agitaba su cuchillo, rabioso y vociferando, mientras propinaba tajos a diestro y siniestro a enemigos imaginarios.

—¡Ha enloquecido! —gritaban los marineros, poniéndose fuera de su alcance.

Fue Domingo *el Negro* quien, cogiendo la pala de un remo, se la partió sin contemplaciones

sobre la cabeza y el demente cayó de bruces y sin sentido al suelo. Lo tomaron entre muchos y lo llevaron al galeno, que no pudo sino certificar locura transitoria tras examinar el extraño aspecto de sus pupilas, y aconsejó encadenarlo en la sentina hasta ver la evolución de su enfermedad. Juan Sánchez habló de ello con el Almirante y a éste le pareció correcta la medida tomada.

—¿A qué se debe su locura, galeno?

Rascóse la barba Juan Sánchez mientras trataba de recordar algún caso parecido que hubiera tratado en el pasado.

—Puede ser por el calor. Por envenenamiento, al beber agua salada del mar. O puede ser más grave que todo eso, Almirante, y tratarse de posesión.

A media tarde avistaron tierra en el horizonte, lo que parecía un grupo de ocho islas que, a medida que se acercaban, no eran más que pequeños bancos de arena que apenas sobresalían del agua. Extrañó a los marineros y al mismo Colón que superficies tan pequeñas de tierra, que un hombre podía recorrer de punta a punta en menos de una hora, se hallaran cubiertas de frondosa vegetación y que el mar que lamía sus playas no las engullera en época de tormentas. Pasaron de largo, tras bordearlas cuidadosamente, vigilando mucho los fondos para evitar embarrancar, tras comprobar que ninguna de ellas estaba habitada.

—Cuatro brazas —cantaba Gonzalo Franco, con medio cuerpo fuera de proa, suspendido sobre el mar, hundiendo la sonda ante la quilla—. Tres brazas, dos brazas y media, dos brazas.

Dejaron los islotes a su espalda y se adentraron en una zona cubierta por las nubes que descargaron su agua de forma generosa en cuanto alcanzaron sus límites.

Marín dormitaba, bajo la vigilancia de Camani, y barruntaba algo ininteligible mientras se removía sobre el suelo empapado de la cubierta. La fiebre le hacía tener pesadillas. Estaba otra vez encadenado, en las mazmorras de la prisión de Sevilla, y a través de las rejas de su celda podía oír cómo los obreros claveteaban el cadalso de donde debía pender la horca que acabaría con su vida. Iba a ser colgado, como un vulgar delincuente, y su cuerpo permanecería días suspendido para público escarnio mientras los cuervos se cebarían de su carne, arañarían su cara a picotazos, extraerían las tripas de su vientre tumefacto. Despertó con un gemido y buscó a tientas el calor de un ser humano. Camani le dio su brazo.

—He tenido una pesadilla.

Volvió a dormirse y esta vez su pesadilla fue más horrible. Vagaba por la selva, desnudo, sin armas, y lo perseguían a corta distancia una jauría de cinocéfalos, monstruos salidos del cruce de perro y hombre. Ya lo habían derribado al suelo, a zarpazos, y se disponían a devorarlo cuando su propio grito lo despertó.

Colón salió de su cámara y vio a Marín tendido y con tan mal aspecto que dio orden de que lo trasladaran a su cámara, lo pusieran por lo menos bajo techado, y le dieran una manta para tenderse en el suelo. Parlamentó el genovés con Camani y también con Chasej, el otro indio taino que los acompañaba.

—¿Cuba o Colba es Cipango? —les preguntó una y otra vez.

—Cuba —decían ambos, sin aclararle nada.

—¿Hay grandes ciudades? ¿Grandes poblados?

Camani se encogió de hombros y finalmente movió la cabeza.

—Creo que no.

Chasej dio una respuesta bien diferente, aunque el genovés no la entendió.

—¿Qué demonios dice ese hombre? —preguntó, irritado, el Almirante al guanahaní.

—Que hay grandes ciudades en Cuba, mucho oro, piedras preciosas y poderosos caciques.

Eso satisfizo a Colón, que volvió a su cámara. Camani se encaró con Chasej.

—¿Por qué has mentado? —le preguntó en su lengua.

—Para que sean felices. A ellos les hacen felices las mentiras, los sueños. Yo digo que sí a lo que

ellos me preguntan.

—Pero se irritarán cuando vean que les has engañado.

—Ya no estaré aquí —contestó el taino.

Se echó la noche encima sin que avistaran Cuba, por lo que Colón temió que hubieran pasado de largo. Ordenó, aunque la ausencia de viento lo hizo inútil, que arriaran todas las velas y no las izaran hasta que amaneciera de nuevo, pues no quería perder la isla que estaba convencido de que sería Cipango, y dispuso que se repartiera la cena. Comió en compañía de Juan de la Cosa, en su cámara, servido por su joven sirviente Diego Salcedo, un magro y espinoso pescado que habían capturado sus hombres cuando pasaban por los bancos de arena, y garbanzos cocidos tras ser expurgados de sus gorgojos.

—¿Y él? —preguntó el de Santoña señalando a Marín, que dormitaba en el suelo.

—Dejémoslo. Le hará más bien dormir que comer.

Le mostró después Colón al de Santoña antiguas cartas que tenía guardadas bajo llave en una arqueta, como un tesoro, y las extendió por encima de la mesa una vez que Diego Salcedo retiró platos y cuencos.

—Acercad el candil, pero mucho cuidado con quemarlas.

En aquellas cartas se hallaban registrados los archipiélagos de las anteíslas, o Antillas, que viene a ser lo mismo.

—Más de dieciocho mil islas, según contó Marco Polo —dijo Colón con vehemencia, visiblemente excitado, mientras con el dedo tomaba posesión de todas ellas con mental ambición—. Por aquí —y señaló una zona del mapa acribillada de pequeños puntos— se encuentra el archipiélago de las Once Mil Vírgenes.

El santanderino miró confuso al Almirante, sin comprender mucho el sentido de las confidencias náuticas que le estaba haciendo. Estaba confirmando, quizá por la fuerza del vino trasegado, que algún anónimo naufrago le había hecho semejante revelación y le había entregado esas cartas de las que se ufana de forma insensata.

—Y no muy lejos la isla de las Mujeres, creo que se llama Matitino o un nombre parecido, poblado exclusivamente por hembras lujuriosas.

—Quizás estemos en el Paraíso, Almirante —aventuró Juan de la Cosa, a quien se le había encendido repentinamente la mirada.

No durmió esa noche tampoco el Almirante, y no porque no tuviera sueño. La pasó en vela escuchando las pesadillas de Marín, que se revolvió inquieto hasta el alba. Se arrepintió de haberlo alojado en su cámara, pero también mostró cierta preocupación por el feo aspecto que presentaba el vasco. Empezó a temer el genovés que el galeno que iba a bordo no fuera tan competente como se lo pintaron al reclutarlo, que si un galeno iba a las Indias quizá fuera por huir de los muchos males que había hecho en enfermos. Acordó llamarlo a su presencia a la mañana siguiente, para que reconociera al herido.

—Mi buen Marín —le dijo—, no he de perderte. Tu pulcra letra hará que se entiendan mis diarios. —Y lo cubrió con la manta, pese a que hacía un calor sofocante, al percatarse de que temblaba en extremo.

Capítulo XIII

Avistaron una nueva isla, que por sus dimensiones sería Cuba o Colba, y en ella un río muy ancho y con fondo suficiente como para permitir la entrada de las tres naves. La nao capitana y las dos carabelas enfilaron las proas por la desembocadura y subieron por ella un tramo hasta que la poca profundidad que había desaconsejó seguir. Fondearon entonces las naves y botaron los tres bateles y embarcaron en ellos un total de treinta hombres. Iba en el primero de ellos, comandando, el propio Colón en compañía de Juan de la Cosa, Alonso Chocero, Bartolomé Biues, Juan de la Plaza y Juan de Medina, y quedóse a bordo de la *Santa María* Marín, que amaneció preso de una fuerte fiebre y a duras penas se tenía sobre las piernas.

El río, que discurría entre vegetación virgen y espesa, cada vez se estrechaba más y, según avanzaban, la algarabía de los miles de pájaros aumentaba, pero no se veía a nadie.

—Allí, señor Colón —señaló Alonso Chocero, extremeño como Juan de la Plaza, de la ciudad de Guareña, cuidador de puercos hundido en la miseria, y de la miseria la sarna que como un gigantesco sarpullido cubría su cuerpo y alejaba de él a todos sus compañeros.

El extremeño señalaba con mano purulenta la orilla lejana que había aparecido tras uno de los recodos del río serpenteante, en la que aparecía un grupo de cabañas. Las barcas atracaron en una pequeña playa y sus tripulantes descendieron, tras encallarlas, espada en mano, silenciosos.

No era un gran poblado, no había más que una docena de viviendas, si viviendas podían denominarse con propiedad las modestas casas de hoja de palma por paredes y hoja de palma por techumbre. Parecía pueblo de pescadores, puesto que había redes y arpones dentro de ellas, pero allí no había nadie, salvo un curioso perro pequeño que no les ladró, ni huyó ante su presencia, circunstancia que extrañó a todos. Era feo el can, delgado y diminuto, que apenas levantaba un palmo de tierra, de piel gris y morro negro, de orejas rectas y puntiagudas, rabo corto y pequeños dientes.

—No vi perro más feo y tonto que éste —señaló Juan de la Plaza, acercando al cánido la punta de la espada, apuntando a sus ojos, pasándola luego por el morro, sin que el animal demostrara miedo ni ganas de huir, sino todo lo contrario. En cuanto envainó la hoja, al animal le dio por seguirle en su recorrido por el poblado, dócilmente, como si lo conociera o simplemente buscara su protección.

—Por fin tenéis un amigo, Juan de la Plaza —espetó Juan de Medina al ver con cuánta devoción seguía el animal al hombre.

—Habrà que buscar un nombre para este esqueleto con patas.

—*Pan*, puesto que parece pasar hambre.

Colón advirtió también el hecho y mostró una sonrisa ante el prodigio, algo que no era muy habitual en él, sino todo lo contrario, excepcional.

—Pronto la nao *Santa María* parecerá el arca de Noé, con tantas bestias sueltas por ella.

—Más prácticos serían gatos —comentó Juan de la Cosa— para acabar con la plaga de ratas de la sentina.

Volviéron a los bateles los hombres y el perro que los seguía, tras comprobar el despoblamiento de la aldea y de sus alrededores, y continuaron río arriba en donde las aguas se hacían negras por el fango del fondo del río y se espesaban tanto que parecían cieno. Los remeros chapoteaban sus palas en ese líquido infecto y detenido, en el que crecían musgos y otras plantas desconocidas, y salpicaban de barro oscuro sus caras. Vieron serpientes enormes surcar las aguas, emerger y cabecear en el lodazal del río, pero no consiguieron cazarlas, quizá porque no estaban muy animados a ello. Y según avanzaban el río se iba haciendo más y más estrecho, como un embudo, y la selva se cerraba sobre sus cabezas, no dejando pasar la luz del sol, oscureciéndolo todo como si avanzar por aquel río fuera avanzar hacia la noche.

—Quizá lo más prudente sería volver —comentó en voz baja Juan de la Cosa al Almirante—. No

me gusta el cariz que está tomando esto.

El calor era agobiante, puesto que el entramado vegetal, el túnel de vegetación por cuyo interior avanzaban, impedía que corriera el aire, y éste faltaba en demasía. Nubes de insectos, grandes y pequeños, silenciosos o ruidosos, picoteaban caras, brazos, párpados, narices y hasta labios de los tripulantes, sin que de nada sirvieran los constantes manotazos propinados a diestro y siniestro.

Juan de la Plaza rezongó, tras capturar una enorme moscarda y aplastarla, furioso, entre sus dedos, haciéndole vomitar la sangre que le había robado unos instantes antes.

—No me imagino el infierno así. ¡Maldición! ¿Y si regresamos?

¿Por qué subía Colón por aquel río de muerte? ¿Qué esperaba encontrar en sus fuentes? ¿Quizás un yacimiento de oro con pepitas tan grandes como los frutos de las palmeras, que caían de vez en cuando con estruendo al suelo y se partían liberando su líquido dulzón?

En uno de los recodos del río divisaron una canoa con una docena de indios. Los castellanos dejaron de remar, y ellos también lo hicieron. Se observaron en silencio, sin respirar, separados por corta distancia. Iban pintarrajeados, con plumas en la cabeza, portaban arcos y flechas, cuyas conteras y ranuras estaban ornadas con plumas de papagayos, y algunas lanzas con puntas de espina de pez. El Almirante ordenó avanzar hacia ellos, suavemente, mientras le decía a Camani, que iba en el batel, que intentara parlamentar con ellos. Pero los indios huyeron despavoridos río arriba, tras dar bruscamente la vuelta en redondo a su canoa y, en poco tiempo, como por ensalmo, desaparecieron de su vista.

—Hacen bien en temernos. Pero no entiendo que lo hagan sin conocer nuestro poderío mortífero.

—Nos ven superiores, Almirante —afirmó Juan de la Cosa.

—Les extrañamos tanto como ellos nos extrañan a nosotros.

Colón dio orden de dar media vuelta y regresar a las naves cuando ya el río se hacía infranqueable por la poca profundidad, que para dar la vuelta a los bateles tuvieron que hundirse en esa agua cenagosa e infecta los remeros hasta media pierna para conseguir poner las proas de las barcas en dirección a la desembocadura del río. De regreso, alcanzaron las naves más pronto de lo que pensaban, dejándose llevar por la corriente, y Colón, no bien subió a la *Santa María*, mando llamar a Marín a su presencia.

—¿Cómo os encontráis?

—Mejor —mintió el vasco, delatando con su tembleque la falsedad de lo que decía.

Mas Colón mientras se rascaba, hasta hacerse sangre, la muñeca en la que un inmenso insecto había hincado su aguijón e inoculado su veneno, se dio cuenta de su estado y lo eximió de dictarle.

Bordearon la costa de Cuba a no más de un centenar de metros de sus playas y descubrieron otro hermoso río de aguas plateadas, quizá por la forma con que los rayos del sol incidían en ellas, al que Colón bautizó como río de la Luna tras ver a ésta asomarse al cielo sin que el sol se hubiera ido.

—Es esta isla de muchos ríos, lo que indica la fertilidad de sus tierras —comentó Colón a Juan de la Cosa, acodándose en la baranda del puente de mando—. Y quizá la presencia de oro.

Cerca de la hora sexta, en la que aún había luz y de muy hermoso color, dorada, como una premonición de lo que en esa isla de Cuba, o Cipango, como creía Colón que realmente se llamaba, iban a descubrir, distinguieron otro río vertiendo al mar, éste más grande que todos ellos, de amplísima desembocadura, que formaba un triángulo y tanta agua traía consigo que se adentraba en el mar con otro color distinto del azul de éste, y tanta agua llevaba, más piedras y barro, que al entrar en contacto con el mar formaba oleaje y rugía como una bestia.

—Y a este río tan ancho lo llamaremos de Mares, pues eso parece —gritó, eufórico, Colón, ducho ya en bautizar cuanto accidente geográfico avistara.

Desde donde se encontraban se distinguían las casas de un poblado en la desembocadura del río Mares. Colón envió a Juan de la Plaza, Juan de Medina, Domingo *el Negro*, Camani, Chasej y varios hombres armados a inspeccionar. Bogaron en el batel los remeros con ahínco, pues la corriente era tan fuerte que no los dejaba aproximarse a tierra firme, y vieron, mientras se acercaban, cómo un numeroso grupo de hombres, mujeres y niños los observaban desde la orilla y huían despavoridos en cuanto pusieron pie en tierra a pesar de que tanto Camani como Chasej gritaban en su idioma que no tuvieran miedo. Corrieron tras ellos, espada en mano, pero no consiguieron darles caza, pues los indios eran escurridizos como las serpientes y la selva tan frondosa que les servía con facilidad de escondrijo, algo que sin duda estaban acostumbrados a hacer a raíz de las incursiones de los *caribes* en esas tierras.

—¡Malditos indios del demonio! —rugió Juan de la Plaza, clavando su espada en la arena y observando cómo la cruz de acero se balanceaba hasta quedar quieta.

—Son más difíciles de apresar que los animales —se quejó Juan de Medina.

—Y las mujeres corren más que nadie —protestó Domingo *el Negro*, resoplando.

Juan de la Plaza estaba iracundo y, furioso, se dirigió a sus hombres, sobre los que ejercía una autoridad natural que ya nadie discutía.

—En cuanto podamos apesaremos a una de esa indias que corren como monas y la haremos nuestra manceba —les dijo con una sonrisa sinuosa—, pues el hambre que tengo de ellas es ya casi una enfermedad.

—Podéis contar conmigo. No hago otra cosa que pensar en ellas. Cierro los ojos y veo vientres desnudos que me reclaman —contestó Juan de Medina.

—Y conmigo. No ha de costar mucho montarlas, puesto que andan en cueros. Las casas del poblado, ahora vacías, eran más grandes y mejores que las que habían visto hasta entonces, también construidas con hojas de palma, y arregladas y limpias por dentro. Encontraron esculturas de madera que representaban toscamente a mujeres fecundas de vientres abombados y grandes pechos, y otras de cabezas de hombre. Se preguntaron si las tenían como simples adornos o bien las adoraban como si fueran dioses. Las tomaron. También hallaron gran cantidad de canes que, como el que tenían en la nao, no ladraban, pero éstos huían a su paso. El perro de Juan de la Plaza, a quien habían bautizado con el nombre de *Pan*, no se despegaba de sus piernas, corría entre ellas. En una fogata que los indios habían dejado encendida descubrieron unos restos de carne y varias cabezas de perro cortadas.

—No parecen tratar a los perros con la misma simpatía que nosotros lo hacemos.

—Ni les importa que sea el mejor amigo del hombre.

—Una comida repugnante y de bárbaros.

—Quizá no sea tan asquerosa, puesto que no la hemos probado.

—¿Comeríais un perro? ¿A vuestro *Pan*? —le preguntó Juan de Medina.

—No, porque podría atragantarme con sus huesos.

Llegaron a la conclusión de que los indios cuidaban de aquellos perros porque se alimentaban de ellos, como en Castilla cuidaban de cerdos, ovejas o terneros. Y *Pan* no pareció hacer ascos de los restos desperdigados de sus congéneres, pues se relamía con ellos y mordisqueaba la escasa carne que había prendida a sus huesos. Juan de la Plaza lo ahuyentó de allí de una patada, mientras siguieron inspeccionando el poblado.

—¡Antropófago descastado!

También hallaron unas extrañas aves generosas de carnes y de plumaje oscuro, domésticas como las gallinas y los pollos lo eran en Castilla, que no volaban y emitían un extraño sonido por su feo pico del que colgaba un cartílago rojo, que no se sabía qué era más, si repugnante o ridículo. *Guajolotes*, les dijo Camani que se llamaban. Cogieron a tres de ellos, que no consiguieron escapar, pues eran torpes y su carrera era corta, y los llevaron, de cabeza hacia abajo, apresados por sus pezuñas, hacia los bateles. También encontraron redes y otros

utensilios de pesca que les confirmaron que debía de tratarse de un pueblo de pescadores.

—¿Y esto?

Unos cráneos grandes y descarnados, de grandes órbitas, aparecían a las puertas de algunas de las cabañas, como señalando a los prohombres importantes del poblado.

—Diría que son de vaca.

—Mas no tienen cuernos.

Se disponían a abandonar la aldea cuando Domingo *el Negro* hizo un tétrico descubrimiento.

Fue hacia sus compañeros, cubriéndose la nariz con la mano.

—Seguidme, amigos, que veréis algo que seguro os agrada.

En las afueras, clavado en el suelo, había una afilada caña, dura y reluciente como una lanza, y sobre ella, empalado, un hombre que había encontrado la muerte deslizándose por el puntiagudo tormento cuya sangrante punta le emergía por la boca. El indígena debía de llevar días muerto, puesto que sus carnes ya se desprendían de sus huesos y las cuencas de sus ojos estaban vacías, y debía de ser hombre joven y bien parecido. Los castellanos cruzaron entre sí miradas de inquietud y disgusto mientras interrogaban a Camani.

—¿Qué hizo el miserable para incurrir en tan brutal castigo?

—Robar —respondió con tranquilidad el intérprete—. Los ladrones merecen la muerte.

Aquella piltrafa de carne ennegrecida y huesos blanqueados que emergían por entre los músculos rotos lucía una gargantilla dorada que aún brillaba de forma siniestra sobre el cadáver. Era oro, sin duda, pero estaba tan incrustada en la carne descompuesta que ya casi formaba parte de ella. Los castellanos se miraron en silencio entre sí, dudando de profanar el muerto, mas desistieron de ello, no por respeto sino por repugnancia y miedo.

Informaron al Almirante, no bien subieron al barco, del macabro hallazgo, que no pareció impresionar lo más mínimo al genovés.

—No será yo quien se meta en sus asuntos de justicia. Ellos sabrán por qué condenan a muerte a los ladrones.

Encontraron en tal estado de postración a Marín que Juan de la Plaza tomó la decisión de regalarle su perro.

—Toma —y el extremeño puso entre sus brazos al escuálido cánido, que en seguida buscó refugio y reconoció a su nuevo amo.

Capítulo XIV

Dejaron atrás el río de Mares, haciendo hincapié el Almirante en lo útil que sería establecer allí el puerto principal de la isla, señalando su ubicación en el mapa que estaba confeccionando, bajo su supervisión, Rodrigo de Escobedo. Avanzaron, en fila, las tres naves, siguiendo cada una la estela que dejaba la que la precedía. Avistaron entonces un cabo profusamente cubierto de palmeras, tantas como las había en Elche, y Colón lo bautizó como cabo Las Palmas sin estrujarse mucho el cerebro. Apuntó en el mapa el accidente geográfico Rodrigo de Escobedo, puesto que Marín se encontraba indispuerto, a la sombra de la toldilla, no ya pálido sino gris. El Almirante preguntó por él al galeno y éste meneó la cabeza apesadumbrado.

—No acaba de curar el brazo. Para mí que son estos calores y el aire cargado de miasmas.

Martín Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta*, les hizo señas con las banderas de querer parlamentar, y su barco alcanzó a la *Santa María*, lanzóle cabos y a través de ellos, aprovechando que la mar estaba calma, pasó el andaluz a la nave capitana sin riesgo de caer al agua, caminando por la cuerda inferior mientras se sujetaba con fuerza con los brazos a la superior de los dos cabos paralelos con que se improvisaban las pasarelas. El mayor de los Pinzón pasó a la cámara en donde se habían refugiado Colón y Juan de la Cosa, huyendo del sol que caía perpendicular sobre la cubierta, y tomó asiento en un banco, se descubrió la cabeza y se mesó barba y cabello antes de hablar.

—Los indios que van embarcados en mi carabela, Almirante, —(se le hacía cuesta arriba aplicarle un título que, a su parecer, le iba grande), pero a ello se había ido acostumbrando—, me dicen que detrás de ese cabo hay un gran río y que luego se llega a Cuba en cuatro jornadas. También me han dicho que el rey de esa tierra de Cuba está en guerra con otro rey llamado Camy.

—¿Pero acaso no es Cuba el nombre de esta isla? —inquirió Colón, desconcertado.

—Me dan a entender que Cuba es también el nombre de una gran ciudad, puede que su capital.

—Sin duda se trata del Gran Kan. Camy no puede ser otro que él. Una enfermedad del lenguaje que hace que estas gentes trastoquen nombres propios, o quizá sea su particular forma de pronunciarlos. Doy por seguro que ese rey poderoso es el monarca de Catay y detrás de esa isla de Cuba que nombráis debe de encontrarse el continente, la tierra firme que andamos buscando en donde hallaremos oro y especias de todas clases que servirán para sufragar la conquista del Santo Sepulcro de Jerusalén.

A Colón se le escapó el gesto de incredulidad y burla que compuso el rostro del palense. ¿A quién pretendía engañar el Almirante?, se preguntaba el Pinzón. ¡Con qué desfachatez ponía al servicio de una Novena Cruzada tesoros que sin duda ambicionaba para sí mismo!

—¿Y seremos bien recibidos por ese poderoso monarca?

—Llevo credenciales de sus majestades católicas expresamente escritas para él. No vamos en son de guerra, sino de paz. No venimos a apropiarnos de nada, sino a abrir una ruta comercial que será beneficiosa para ambas orillas del mar Tenebroso.

Lo que de visionario tenía Colón era en el mayor de los Pinzón realismo. Disimuló, como pudo, su incredulidad ante las palabras del genovés y en su interior comenzaba a preguntarse por la naturaleza del delirio que debía de haber mordido su cerebro. ¿Cómo podía hablar de ciudades lujosas y reyes con poderosos ejércitos si hasta el momento sólo habían avistado miserables poblados y asustado a salvajes desnudos de trajes y armas? Lo único cierto era que en aquellas tierras había oro, pero no tanto como para justificar el infernal viaje.

Y, a propósito, aprovechando que estáis aquí, ante mi presencia, os quería hacer una precisión...

—¿Quiere que me marche, Almirante? —dijo Juan de la Cosa, vaticinando lo que se avecinaba y emprendiendo el cómodo camino de la huida.

—No, amigo De la Cosa, quedaos y cerrad la puerta. No quiero que oídos ajenos presten atención a lo que vaya a decir al capitán Martín Alonso.

Aguardó impaciente el andaluz mientras el patrón de la *Santa María* obedecía a Colón y cerraba la puerta de la cámara.

—A mis oídos han llegado desagradables rumores que han comenzado a soliviantar a mi tripulación, capitán —empezó el Almirante, sin dar mucho rodeo, brutalmente decidido a ir al fondo del asunto—. En resumiendo, que lleváis en vuestro barco a dos indias, que dichas indias pernoctan en vuestro camarote y que son usadas como mancebas por vos.

Quedóse mudo un momento el capitán de la *Pinta* y calóse el gorro sobre la cabeza que había descubierto.

—Subieron a la carabela junto con los guías indios.

—Y os guían, a través de la carne, a la perdición —dijo, apesadumbrado, Colón—. Me hago cargo de las dificultades de resistir a tanta carne desnuda y bien dispuesta que parece poblar este paraíso terrenal, pero si la marinería se desboca, siguiendo el torpe ejemplo que estáis dando vos, la indisciplina cundirá, la anarquía hará peligrar la expedición y todos perderemos la noción de civilizados cristianos y no estaremos más arriba de las bestezuelas que fornican con toda hembra que se les cruza por delante. Bueno sería que en la primera playa esas mancebas fueran desembarcadas y se olvidara este enojoso asunto.

—Don Cristóbal Colón, olvida que yo traje las naves a esta empresa y recluté la tripulación, y conocía tan bien como vos el camino a las Indias —dijo Martín Alonso, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta, con estudiada jactancia—, y que en mi nave mando yo y que lo que suceda dentro de mi cámara sólo a mí intimidad pertenece. Lo que haga o deje de hacer con esas salvajes a nadie más le incumbe que a mí. Id con Dios, Almirante.

Y salió dejando a Cristóbal Colón enrojecido y colérico, cebando el puño sobre la mesa mientras deseaba con toda vehemencia que al pasar de un barco a otro el andaluz tropezara y cayera a las profundidades del mar y no volviera a salir a la superficie. Más le dolía, aun, la presencia de Juan de la Cosa como testigo de palabras tan poco respetuosas dichas en su presencia contra su persona. Más le hubiera valido haberlo dejado salir, como era su deseo, y así la afrenta hubiera sido privada.

—No me fío de ese tunante de Martín Alonso Pinzón ni de sus hermanos. Ni me place el hedor que lo acompaña, fruto de su enfermedad y de los repugnantes bubones. ¿Os fijasteis en lo cárdeno que estaba? Nunca me gustaron los gemelos, que nunca se sabe quién de ellos lleva la voz cantante. Se cree ese maldito andaluz el patrón de la expedición. Demasiados intereses familiares: tres Pinzón, siete Niños en la *Niña*, para más *inri* —dijo el genovés, buscando el asentimiento del de Santoña—. No me fío de ninguno de los andaluces que van en esta expedición a bordo de las dos carabelas, que vinieron todos a regañadientes de Palos, obligados por los reyes, pues *motu proprio* no se hubieran embarcado en mi empresa, y creo que fue un error obligarlos, pues esta sola nave, con la honrada, seria y disciplinada gente del norte, habría alcanzado sus objetivos. —Y olvidaba, sin duda, el capitán general de lo útil y persuasivo que había sido el ahora odiado Pinzón, por su incontinencia genital, cuando el motín estuvo a punto de frustrar la expedición y su propia vida.

Navegaron muy cerca de la costa, pero no pudieron atracar porque no encontraron ninguna bahía resguardada, todas eran abiertas, y las batían las olas que se habían levantado con fuerza en las últimas horas. Fue entonces cuando pasó cerca de las naves un pez monstruoso y gordo con forma de nutria, con una longitud de veinticinco pies, con cabeza de buey, ojos pequeños y piel dura que nadaba torpemente con cuatro patas que parecían de elefante. No pudieron darle caza, pues se sumergió y debió de pasar por debajo de las quillas de las naves, y dejó perplejos a todos los que lo vieron.

Anochece y Pedro de Terreros volteaba la ampolleta, y la fina arena pasaba de un vaso al otro,

como polvo de oro. Estuvieron un buen rato en proa Juan de la Plaza y los suyos, hasta que los venció el sueño, hablando sobre la calidad de las indias, que aliviaban de la dureza del viaje al capitán Martín Alonso, y del oro inexistente, que no hallaban por no buscarlo donde debían.

—Cortemos primero la mano a uno de esos paganos, luego el brazo, los dos si sigue sin hablar, pies y piernas; hagamos lo mismo con alguno de sus infantes o violemos a sus hijas ante su presencia y, si hay oro, habrán de decírnoslo.

—El genovés nunca os permitirá que hagáis eso —le señaló Jacomel Rico a Juan de la Plaza.

—Ése es un loco que Dios sabe lo que persigue. Me vence el sueño, amigos. Buenas noches y cuidaos de las bestias que vuelan.

Durmieron tan profundamente que no oyeron los sordos lamentos procedentes de la sentina, continuos y tan molestos como los de un perro abandonado. Sólo Colón, insomne, empapado en sudor pese a que permanecía desnudo en su cámara, oyó la desagradable letanía de Rodrigo Muñoz y se extrañó al no distinguir en ella ninguna palabra, sólo gruñidos, como si el desventurado marino hubiera descendido un peldaño más en su carrera hacia la animalidad.

Capítulo XV

Marín debía de tener fiebre, pues siendo noche cerrada comenzó a delirar y a revolverse violentamente como si ahuyentara a alguien. Estaba huyendo. ¿De qué huía? Del lazo que el verdugo intentaba poner alrededor de su cuello. Camani, que estaba echado a sus pies, velándolo como perro fiel, asustado por sus movimientos y palabras, lo despertó y puso la mano en su frente, que chorreaba sudor. Marín se asustó al ver la expresión aterrorizada del indio mientras éste retiraba la mano de su piel, como si fuera a quemarse si la mantenía durante más tiempo.

—Despierta al galeno —sollozó, casi sin voz.

Fue el guanahaní a despertar a Juan Sánchez y a punto estuvo éste de golpearlo y arrojarlo por la borda porque le había interrumpido un sueño en el que se veía rodeado de bellas huríes.

—¿Qué demonios te pasa, indio del demonio? ¿Qué cara es ésta? ¿Acaso has visto a Satán?

—Marín, muy mal; Marín, muy mal —apenas atinó a balbucear.

—Y a lo mejor crees que puedo hacer yo algo contra los designios del Señor. ¡Maldito ignorante! ¿Qué puede hacer un simple hombre cuando Dios ya toma una decisión? ¿Amputar?

—hablaba en voz alta, para sí mismo, mientras lo seguía a tientas por cubierta, evitando pisar a los hombres que, tendidos en ella, roncaban ruidosamente, y a tientas llegó hasta donde estaba echado Marín.

—Ardes, muchacho, como si ya estuvieras en el infierno —le dijo, tras imponerle las manos en la frente—. Habrá que sangrarte para bajar esta fiebre que te devora.

Le hizo un corte en ambos brazos con una cánula y lo dejó desangrarse durante un buen rato sobre dos palanganas. La sanare surgía negra y espesa, discurría por sus brazos hasta el codo y desde él goteaba generosamente, llenando la loza blanca ante la mirada horrorizada de Camani, que se arrepentía de haber despertado al galeno.

Colón, que casi nunca dormía por las noches a causa de una pesadilla que le venía a la mente no bien cerraba los ojos y lo sumía en un estado de terrible ansiedad, se vino hacia donde estaban ellos y se interesó por la salud de su escribano.

—Llevo tres días sin anotar nada en los diarios, las hojas blancas, pues no me fío de la fidelidad de Rodrigo de Escobedo. ¿Para cuánto tiempo tiene Marín, galeno?

—Si no mejora, Almirante, si su brazo no cura y empieza a gangrenarse, que yo creo que la fiebre alta que tiene le viene de eso, habrá que amputarlo si queremos salvarle la vida.

—Claro que le salvaremos la vida. No he perdido ni un solo hombre durante la travesía. Ni lo he perdido en estas islas ni lo perderé en el tornaviaje. Dios está con esta empresa y nos protege a todos. Conque aprestaros a hacer lo que sea por su vida y por conservar su brazo, aunque se trate de su brazo izquierdo.

—Haré lo que esté en mis manos, Almirante.

Y Colón suspiró, aliviado, mientras se retiraba de nuevo a su cámara.

Volvió a dormirse el galeno, tras cortar la hemorragia con sendas vendas apretadas muy fuertes a las heridas que había abierto, y arrojó la sangre de las palanganas a las aguas, que de cierto convocarían a cuanto tiburón se hallara cerca.

Marín se echó sobre la cubierta, entre el cuerpo robusto como un tonel de Domingo *el Negro* y el de Juan de la Plaza, que habían seguido durmiendo, ajenos a lo sucedido, y buscó un rincón, junto a su cabeza, Camani, aunque para ello no pudiera tenderse por falta de espacio y debiera permanecer sentado, la espalda contra la cubierta y la cabeza del vasco sobre sus piernas desnudas. Le tocó con suavidad los rizos rubios de su ya larga cabellera, no tan larga como la suya, y bajó la mano por la frente. Marín no pudo por menos que, pese a su estado, agradecer su muestra de afecto.

—Agradezco tus desvelos, buen indio, amigo.

—Sólo mi medicina te podrá curar. Sólo los chamanes salvarán tu brazo.

—¿Son más listos tus chamanes que nuestros cirujanos? —Marín esbozó una sonrisa mientras todo su cuerpo temblaba—. Porque son tan buenos que nadie de vosotros supera los treinta años.

Juan de la Plaza se despertó, porque tenía intensas ganas de orinar, se encaramó a la borda, sonámbulo, se aferró a un cabo vecino con una mano mientras con la otra dirigía la parábola de la micción al mar, y al volver a ocupar su lugar, más despierto, reparó en Camani y Marín, cuya cabeza reposaba entre sus piernas.

—Tierna imagen —dijo, burlón—. Y hermosa pareja que hacen. ¿Eres bujarrón, Camani, como me parece? —le preguntó, tomando posesión del hueco que había dejado.

No le contestó el taino guanahaní, puesto que no entendía ni sospechaba el significado de la palabra que le había dirigido el extremeño.

—Brazo de Marín enfermo, muy enfermo.

—Dile que si le amputan el brazo, yo me haré amputar el mío. Dile que siento causarle tantas desdichas y dolor. Dile que deseo que sane. Dile que cuenta con mi amistad. Si es que sabes decir tantas cosas en lenguaje de cristiano.

Anduvo aullando, sin que nadie lo oyera, el perro *Pan*, pese a que no ladraba, presintiendo el mal de su amo adoptivo. La arena pasó de un vaso de la ampolleta al otro sin que el grumete cantara las horas, pues se había dormido por el gran calor reinante, y la arena, como puesta de acuerdo, había hecho lo mismo, pues un grano más gordo o dispuesto en extraña posición impedía que pasara del vaso superior al inferior. Los barcos se balanceaban, sujetos al fondo por las anclas, mientras un hondo sopor se extendía entre toda la tripulación. Quien no dormía era el Almirante, que combatía con pellizcos las tentaciones de la carne que le sobrevenían a la mente cada vez que entrecerraba los ojos. Se veía cubriendo con su corpachón a cuanta indígena desnuda tropezaba por la playa, amando carne anónima con el mismo placer que había obtenido en su juventud en determinados lupanares de Génova y siendo objeto de pullas por los dos hermanos Pinzón, que lo reñían por su debilidad por el sexo contrario. Luego veíase cabalgando una grupa sudorosa de espléndidas nalgas satinadas, glúteos de una redondez insultante cuyo contorno le recordaba la esfericidad de la Tierra y cuyo movimiento rítmico endurecía el mástil de su embarcación hasta los límites del sufrimiento. Y cuando esa muchacha volvía su cabeza, para instarlo a que la tomara sin más dilaciones y la cabalgara hasta el fin, se dio cuenta de que su rostro era la síntesis de todas las amantes que había tenido, de la jovencísima y virginal Simonetta Lualdi, que no consiguió poseer más que en tórridos sueños adolescentes, de doña Felipa Muñiz, la madre de su hijo Diego, de su muy amada Beatriz Enríquez de Arana, la bella amante que había dejado en Sevilla, y de aquella otra Beatriz, la de Amorós de Bobadilla, que había sido suya esporádicamente en sus idas y venidas por la Gomera.

Se despertó con la desagradable sensación de que ese brioso culo, que reconocía como el de su sevillana amante —en él no había síntesis, sino clara singularidad—, estaba siendo asaeteado en su ausencia por algún anónimo jinete del que no sabría nunca nada. Eran los riesgos de hacer la expedición, de dejar a una hermosa dama tanto tiempo sola. Bramó mientras cerraba de nuevo los ojos para pecar de pensamiento.

Capítulo XVI

Colón mandó llamar al galeno mientras se desayunaba frugalmente con frutas desconocidas que se alineaban en su mesa y que servían para limpiarlo por dentro. Esperó Juan Sánchez a que el Almirante terminara a mordiscos la pieza de fruta que tenía entre las manos y sorbiera los jugos que corrían por sus manos.

—¿Me mandó llamar el Almirante?

—Os mandé llamar, cierto, pues quiero hacer os una consulta.

Guardó durante unos instantes silencio antes de que Colón se decidiera a hablar.

—¿Tienen alguna ponzoña especial estas tierras?

—No os entiendo.

—¿Flota alguna esencia mágica en el ambiente, galeno, que inexorablemente nos alimenta el deseo carnal hasta límites insoportables? Apenas concilio el sueño, víctima de una enfermedad de la cabeza, y eso me permite pasear por cubierta cuando la tripulación duerme, más no lo hace, no descansa, que los veo a todos febriles, enloquecidos, soñando en voz alta, barruntando sórdidos jadeos que bien a las claras hablan de la naturaleza de sus pesadillas. Y sé que ese deseo contenido los hace fácilmente irascibles, licúa sus cerebros, atrofia su inteligencia.

—No es bueno para el hombre tanta continencia, casi tan malo como la desordenada incontinencia. Pero sinceramente, Almirante, creo que de nuevo la tripulación está a un paso de saltar. Las desnudeces de las indias, lo bien dispuestas que parecen los sacan de sí. O se aparean como sodomitas u holgan con ellas. Es como pedirle a un oso que no hunda su hocico en la colmena.

—¡Al infierno los sodomitas! Colgaré al que se deje sodomizar y al sodomizador. Repugnante torpeza y desvarío de la carne la del somético paciente. ¿Qué hacer? —se preguntó Colón, visiblemente preocupado.

Tras un silencio, el galeno hizo finalmente su sugerencia, con su prudencia habitual.

—Quizá fuera bueno que se tomaran alguna licencia.

—¿Alguna licencia, alguna licencia? —fue repitiendo Colón cuando Juan Sánchez abandonó su cámara.

Antes del mediodía, el Almirante convocó en sus aposentos a los dos hermanos Pinzón, a Luis de Torres, Juan de la Cosa, Diego de Arana, Rodrigo de Escobedo y Pedro de Segovia. Estaba su cámara, que no era muy grande, atestada, y no todos pudieron sentarse alrededor de la mesa. Fueron los capitanes de Palos los que prefirieron permanecer de pie mientras se morían de ansiedad por conocer el motivo por el que habían sido convocados.

—Tras mucho meditarlo, señores —dijo Colón, que optó por ponerse en pie y pasear, pues no soportaba que los capitanes de las carabelas tuvieran los ojos más altos que él—, creo que ha llegado el momento de dar cierta licencia —las palabras del galeno, sin duda, se le habían quedado grabadas— a nuestros hombres, pues advierto en ellos cierta violencia e irascibilidad, que nada bueno tienen y quizá deba liberarse de otra forma.

Intervino, escandalizado, el notario Pedro de Segovia.

—Perdonad, Almirante, pero no he acabado de entenderos. ¿Qué queréis decir exactamente con cierta licencia?

—Que al menos, por un día, nuestros hombres merodeen libremente por estas tierras, que se desahoguen con quien quieran o con quien puedan.

—¿Estáis proponiendo que los noventa hombres de la expedición holguen con las indias? —En las palabras de Rodrigo de había tanta incredulidad como irritación mientras a Luis de Torres, buscando su apoyo científico.

—El Almirante está proponiendo, con buen juicio, dar al tipo de satisfacción a nuestros hombres, que no han cobrado su soldada ni han tocado el ansiado oro —salió Martín Alonso

Pinzón decididamente en defensa del genovés, aunque en su fuero interno no se explicaba tan radical cambio cuando el día anterior le había afeado su conducta. ¿Una prueba más a su favor del desvarío que presentía se apoderaba de la cabeza del Almirante?—. El que ejerzan, por una vez, como varones después de tantos días de forzada abstinencia no les hará ningún mal.

—Y vos, Luis de Torres, ¿qué decís?

El judío converso se acarició la barba mientras fijaba sus ojos glaucos en la llama titilante de la lámpara de aceite, a cuyo resplandor se daban cita toda clase de insectos.

—No sé qué es peor, si reprimir los instintos o dar rienda suelta a ellos. Qué duda cabe que la abstinencia carnal debe de estarles resultando doblemente dolorosa a los que con nos van en las naves, más viendo cómo a su alcance tienen jóvenes y hermosas muchachas que sin pudor les muestran sus naturas. No hay burdeles en estas las Indias que hemos descubierto, mas por fuerza habrá de haberlos, pues de ellos necesita el hombre desde tiempos inmemoriales. Pero me da miedo también que el deseo desatado sea imparible, que al primer desayuno quieran añadir un almuerzo y luego una cena, que la gula de hembra, que por necesidad tienen, no la calmen ni cien mil vírgenes.

—Un día y una noche —dijo Colón con determinación—. Vamos a darles un día y una noche a los noventa hombres, con la condición de que todos deben regresar antes de que salga de nuevo el sol y, si no es así, terrible será su castigo.

Fueron dadas las órdenes pertinentes en cada una de las naves y escuchadas con oídos incrédulos. Se les dijo que el Almirante, como gracia por su buen comportamiento durante la travesía y todo el viaje por las Indias, les daba permiso para descender a tierra y hacer lo que les pluguiese con la única condición de regresar todos a los barcos antes de que saliera el sol.

—Si mis oídos no me traicionan —dijo Juan de la Plaza a los suyos después de oír las palabras del contramaestre Diego de Arana, subido al puente—, se nos concede derecho de pernada hasta el amanecer.

—Hogar hasta morir —farfulló Domingo *el Negro*, con mirada vidriosa.

—Sacar de paseo a nuestro feroz animal —dijo gráficamente Juan de Medina, llevándose la mano a las partes.

—Mas, ¿habrá suficientes hembras?

—Marín, ¿venís con nos? Os aseguro que no sentiréis el dolor de vuestro brazo mientras vuestra lanza esté en activo.

El literato negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme. No tiene mi cuerpo la energía suficiente para lides de cama.

Los tres bateles de las naves desembarcaron, en sucesivas oleadas, a las tripulaciones en aquellas playas bajo la atenta mirada de Colón. El Almirante vio cómo los hermanos de Palos se añadían a la expedición de rapiña, cómo hasta Juan de la Cosa le pedía permiso para bajar a la barca e ir a gozar del placer de las indias y hasta el pusilánime Diego de Arana hacía lo propio.

—Sólo temo que, una vez desatada la furia, no seamos capaces de pararla —comentó Luis de Torres, viendo cómo a lo lejos la turbamulta de castellanos se internaba alegremente en la selva en grupos de hasta quince hombres—. O que algunas mujeres se les resistan.

—No lo harán —dijo Colón—. Y si lo hacen, las forzarán.

—¿Y no vais a castigarlos?

—No, hoy no. ¿No bajáis vos?

—¿Con mis años? —el judío converso sonrió bajo la barba blanquecina—. Sólo una meretriz experta podría trabajarme. Ésa es carne para aplacar el deseo de juventud.

—Pues quizá yo aún sea joven —dijo el Almirante, con ironía.

La *Santa María* estaba vacía. La cubierta despejada, el aire limpio, el silencio absoluto puesto que el guardián de las horas, el joven grumete Pedro de Terreros, había bajado a tierra. Encontró Colón a Marín, postrado junto al indio Camani.

—¿No habéis bajado? ¿Os estáis perdiendo, literato, una licencia extraordinaria que no creo conceda en otra ocasión?

Sonrió el de Leizarán.

—No dudo de la dulzura y del placer que me pierdo, ¿mas cómo poder dominar con un solo brazo a una hembra si no es del todo solícita?

Cayó Marín en un sopor parecido a la borrachera del que no despertó hasta el atardecer. La nave se balanceaba y el aire era cálido, como fuego, detenido sobre el barco, mientras el silencio era absoluto. Se despertó, mareado, se incorporó como pudo y, enfebrecido, se acercó a la borda. Camani estaba acodado en ella, de espaldas, mirando la selva frondosa, la blanca playa besada por el mar. Se volvió el taino de la Guanahaní al vasco, en cuanto lo presintió, y le soltó con cierta amargura en la voz:

—¿No te apetecen nuestras mujeres? ¿No eres como el resto de los castellanos?

Marín lo miró a los ojos mientras le decía:

—Claro que me apetecen. Sería de necios o de eunucos o de sodomitas hacerles ascos. Llévame. —Y ante la mirada de duda del taino—: Coge los remos del batel de proa y llévame hasta la playa.

El indio bogó lentamente por el mar calmo y oleoso, navegaron por encima de onduladas olas, se alejaron de los barcos fondeados y encallaron en la playa de marmórea arena.

—No me acompañes. Espérame.

Con paso tambaleante, Marín cruzó la playa y se perdió en la espesura. Reinaba un extraño silencio. Los monos, los guacamayos, los alcatraces, las serpientes habían enmudecido. Anduvo por la selva, tropezando con las retorcidas raíces de los árboles, sosteniéndose contra los troncos cuando le faltaba el aliento por el dolor del brazo y la ponzoña que la fiebre había inoculado en su sangre. La selva le daba vueltas a su alrededor, las ramas giraban sobre su cabeza, el calor lo sofocaba y su mente deliraba por encontrar antes un río de fresca agua en que sumergir la cabeza que una bella muchacha taina. Encontró el manantial. Miríadas de insectos revoloteaban por su superficie, pero era agua que corría, que gorgoteaba, y echóse de bruces en él, sumergió su cabeza, besó su corriente. El frescor en el rostro lo hizo resucitar y deseó ahogarse y fundirse en su fresco lecho. El calor de la fiebre, el sofoco de la selva, desaparecían bajo la líquida caricia. Fue cuando sació la sed, cuando se alzó tambaleante sacudiéndose el agua que empapaba su barba y su larga pelambreira, que descubrió en el lecho del río dos cuerpos y a punto estuvo de vomitar el agua que había tomado. No debía de hacer mucho rato que los habían muerto a ambos, pues tenían el aspecto de vivos si no fuera por los profundos tajos que segaban sus cuellos, por donde debía de haber escapado toda la sangre de sus cuerpos, ahora grises. Mantenían los ojos abiertos y miraban al cielo que se oscurecía. Se alejó chapoteando Marín de tan macabro hallazgo, vagó por la selva y entonces sí, oyó ruidos, mas no eran de ninguna otra bestia sino humana: gritos de hombres, gritos de mujeres, sollozos, llantos. ¡Con qué pasión tomábanse los castellanos su licencia!

Había troncos tronchados, hierba pisada, sangre apelmazada en lo que parecía un camino que conducía a una aldea. Lo siguió, guiado por los llantos y los alaridos. Al poco aparecieron las cabañas y, sembrados en el suelo, acuchillados, degollados, descabezados, clavados a tierra, ensartados en las picas, tainos desnudos, pequeños, indefensos, sorprendidos por la turbamulta borracha, sin distinción de edad, mas ninguna mujer. Un castellano salió de una de las cabañas y se cruzó con el fantasmal Marín. Llevaba el jubón y la camisa destrozados, como si hubiera estado lidiando con fiera salvaje, y el rostro cruzado por feroces arañazos, mas no parecía dolerle nada, y reía como una hiena mientras se relamía los labios. Era un marinero de la *Pinta*, o al menos eso creyó el de Leizarán. De otra cabaña salían jadeos salvajes, incesantes, gritos, entre los que creyó reconocer los de Juan de la Plaza, Domingo *el Negro* y Juan de Medina, mas no entró, pasó de largo. En la plaza del poblado la carnicería había adquirido

proporciones apocalípticas: un cacique, a juzgar por el plumaje que ornaba sus cabellos, había sido alanceado sin piedad y de la sangre que aún brotaba de sus muchas heridas en el pecho mamaban los perros pequeños, negros y mudos del pueblo; un niño, o un adolescente no más, yacía de espaldas, desnudo, con síntomas de haber sido sodomizado antes de estrangulado; y una hermosa mujer, con los pechos mordidos por una turba de chacales, perdía sobre la tierra el néctar que sus violadores habían inyectado en su vientre. Marín se apoyó en un tronco a respirar con fuerza, mientras se pellizcaba una y otra vez la cara para despertar de la pesadilla. Aquélla sobrepasaba, con mucho, la de los cinocéfalos caníbales, la del misterioso ahogado del mar de los Sargazos. ¿Era real o era la fiebre la que le estaba jugando una mala pasada a su cabeza?

—Quedan tres hembras, literato, para poderos desahogar.

Se volvió despacio. Juan de la Plaza estaba tras él, con el pecho desnudo surcado por mil arañazos, los brazos acribillados de mordiscos, moratones de golpes en la cara, sangre en la punta del cuchillo que pendía de su cinto.

—¿Son un botín de guerra? ¿Era necesario esto? ¿Hay que matar para sentir placer?

—Se resistían, amigo Marín —dijo, con una sonrisa—. Pero os confieso que su ferocidad en las artes del amor encendía aún más el deseo, que a cada golpe, a cada mordisco, a cada arañazo, nos hundíamos con más furia en ellas.

—¿Y ésta?

Marín señaló el cadáver de la infortunada taina que yacía a pocos pasos de ellos.

—Fueron gentes de los Pinzón. Yo no mato a las damas, y los indios que han caído han sido en defensa propia.

Volvió sobre sus pasos. Ya anochecía. El rumor de la matanza se fue difuminando a medida que avanzaba hacia el mar. Se sentía cansado, agotado y confuso. Se detuvo, sentándose sobre un árbol caído, y aspiró jadeante el aire tibio del atardecer. Fue entonces cuando vio, entre las ramas, unos ojos brillantes que lo espiaban, quietos, inmóviles, y de un salto, con el cuchillo en la diestra, abrió el ramaje que lo emboscaba y cogió por la muñeca al propietario de esos ojos, o habría que decir propietaria. Era una muchacha bella y pequeña, que empezó a temblar y a llorar cuando el vasco la arrastró con fuerza; era una de las pocas que habían conseguido huir de la furia de los castellanos.

—No voy a hacerte daño —le dijo Marín, tocándola suavemente con la mano tras devolver el cuchillo a su funda—. No voy a devorarte ni a comerte, pero voy a gozar de tu cuerpo si no te opones a ello, pues me mata el deseo. Él también, cegado por el perfume espeso de la carne, por el brillo dorado de sus pieles. El paraíso de oro y de mujeres. Y tendióla en el suelo, sobre la hierba aplastada, y sacóse, como pudo, el jubón y los calzones, y tuvo placer intenso uniendo su gran cuerpo desnudo al de ella, aplastando su vientre contra el suyo, venciendo la resistencia de sus muslos cerrados, tomando sus pechos con su mano sana y besando sus oscuros pezones con boca ávida y húmeda. Ella no se movió en todo el rato, que parecía muerta de miedo y temblaba de espanto mientras el castellano vertía entre sus muslos, tras larga cabalgada, el semen que le quemaba las entrañas entre los brutales bramidos del deseo colmado, y estuvo un rato, jadeante y sudoroso, encima de ella, abrazado a sus caderas, temblando todavía de placer mientras besaba su cuello, aspiraba el aroma de sus cabellos y sentía sobre su pecho hirsuto el sordo latido de su corazón.

—Huye, niña, vete —la apremió, golpeando con su mano la nalga y viéndola perderse en lo más intrincado de la floresta.

Camani lo esperaba junto al batel. No le comentó nada y el indio nada le preguntó. El vasco estaba todavía borracho de deseo y lamentábase haber dejado huir a la muchacha, no haberla poseído más veces. Bogó el intérprete indio en silencio hacia la mole oscura de la *Santa María*. Y, tras él, llegaron a la nao, en sucesivos viajes, los castellanos, ahitos de sexo y sangre, mas

nadie habló de ello al Almirante ni éste, pese a que vio huellas de violencia en caras y cuerpos, preguntó. El silencio y la ceguera se convirtieron en la mejor arma, en un extraño pacto. Ni que decir tiene que ese día Cristóbal Colón lo borró de su diario de a bordo; ese día no existió. Pero faltaba un hombre.

—Almirante, falta un hombre.

Cristóbal Colón alzó los ojos y los fijó con hastío en Diego de Arana mientras se levantaba de su lecho en el que, de todas maceras, no había conseguido conciliar el sueño.

—¿Quién?

—Juan Ruiz de la Peña.

—No sé quién es.

—Un joven de sangre caliente.

Colón se levantó, se remojó cara y barba con una jofaina de agua, peinó sus cabellos con los dedos, se ajustó el jubón, pasó por su lado y salió al exterior. No le gustó lo que vio: los rostros bestiales de quienes habían saciado sus más oscuros apetitos con su permiso el día anterior que esquivaban su mirada.

—Seis hombres conmigo. Iré yo mismo a buscarlo. Y juro colgarlo si doy con él —espetó con furia, tomando su espada.

Colón se hizo a la mar en el batel con Alonso Clavijo, Antonio de Cuéllar, Diego Bermúdez, Gonzalo Franco y Jacomel Rico. A bordo de éste también iba un doliente Marín de Urtubia, sacudido por las fiebres, y armados con espadas y arcabuces, bogaron por la bahía hasta llegar a la playa.

Reinaba un silencio denso, extraño, como si de las ramas de los árboles hubieran sido exterminados monos y aves, y ni por la playa, mientras avanzaban, hundiéndose en la arena blanca, se veían cangrejos ni cormoranes. Caminaba en tensión el Almirante, tragando saliva, la espada en la mano, con gesto adusto, pero más en tensión iban sus acompañantes, que ya sabían lo que iban a encontrar.

El primer cadáver lo hallaron en una senda. El calor aceleraba la putrefacción y el cuerpo era ya un nido de insectos y un saco de hedor. Tumbado de espaldas, desnudo, su cara no se veía. Pasó por su lado Colón, cubriéndose la nariz, mas no dijo nada. Vieron más cadáveres, con signos evidentes de tajos de espadas en sus cuerpos, hombres, pero también niños, y a éstos sí se les veía la cara de horror y dolor, que los insectos depredadores se encargaban de desdibujar. Prosiguió Colón su deambular enloquecido por aquella selva de sangre mientras comenzaba a ser consciente de la magnitud de la matanza. ¿A cuántos indios indefensos habían asesinado sus hombres interpretando laxamente su licencia? ¿Por qué se había desatado su violencia al mismo tiempo que su lubricidad?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —exclamó, dirigiéndose a Marín de Urtubia, como si lo acusara de la matanza.

El Almirante andaba rápido, con la vista baja, pisoteando la hierba y con ella la sangre, el semblante hosco, apretando con fuerza la espada. Ese maldito desertor, ese joven desconocido de sangre caliente, sin rostro, iba a cargar con toda su ira, iba a ser castigado por todos ellos, pendería de lo más alto de una de esas palmeras para escarmiento público o del palo mayor de su nao tras ser atormentado a latigazos.

El calor hervía la selva y el efluvio del hedor a muerte que flotaba era demasiado fuerte. El efébrico Diego Bermúdez, que no se había sumado a la expedición de licencia, hubo de apoyarse en el hombro de Jacomel Rico para no desmayarse ante un nuevo cuadro de muerte y destrucción: cuerpos descabezados, sin brazos, en medio del mar de sangre en que habían convertido una charca ahora infecta por su putrefacción.

—¡Dios mío! —gimió el Almirante, con pesar, contemplando el espectáculo horrorizado, volviendo luego sus ojos llameantes de furia hacia sus hombres, tratando de averiguar si alguno

de ellos, por el temblor de sus manos, por la mirada huidiza en cuanto escrutara sus rostros, había sido actor de la masacre.

Lo encontraron finalmente, cuando ya desistían de ello, en un calvero de la selva, rodeado de altas palmeras, un escenario que parecía preparado para su presencia. Estaba completamente desnudo, como los tainos, los muslos y los brazos abiertos surcados por los arañazos de hembras reacias a someterse, una espesa capa de hojas cubriendo la cabeza y hurtando a los presentes la mueca de espanto y sorpresa de su rostro. No cabía duda de que había encontrado la muerte holgando, que quizá la muerte había sido el último escalón de su placer insensato. Entre sus piernas no había sino un gran boquete sangriento que lamían los insectos en donde antes había una dura virilidad ahíta de gozar en cuerpos de tainas sin consentimiento. La gula de sexo había sido su perdición y ellas habían tomado cumplida venganza en él de todas las violencias y sevicias cometidas por los castellanos amputándole a mordiscos lo que tanto placer le proporcionaba. Rodearon su cuerpo, silenciosos, sin atreverse a tocarlo, mas no sintieron en el acto deseos de venganza, dando la muerte de aquel insensato como compensación por tanta barbarie.

—Dadle cristiana sepultura, Marín —dijo Colón, volviendo la cara y alejándose a respirar, buscando una bocanada de aire fresco, libre del olor de muerte, que no encontró. ¿Por qué la tomaba con él el Almirante?, se preguntaba el vasco mientras se arrodillaba con prevención junto al mutilado cadáver. Estuvo absorto durante un rato, en cuclillas; luego miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba solo. En silencio, el Almirante y sus compañeros habían huido de aquel horrible lugar, y allí no había más ser vivo que los animales que pudieran estar espiándolo desde los frondosos árboles cercanos, testigos mudos de la barbarie. Quitó con cuidado y con mano temblorosa las hojas que velaban el rostro del cadáver y lo hacían anónimo, y se quedó sin habla: los ojos azules, el pelo largo, la barba rubia, algo rojiza en el mentón, la boca decidida... su propio rostro. Un vahído lo sacudió con extrema violencia, mientras se hundía en un cenagal y el sudor de la fiebre lo cubría de repente. Quiso gritar, pero el sonido se ahogó en su garganta. Cuando al fin lo consiguió, alguien lo sacudió con violencia por el cuello.

—¿Qué os ocurre, vasco del demonio? —le gritó Juan de la Plaza—. ¡Controlad vuestras pesadillas!

Capítulo XVII

Partieron de aquella playa, dejando a sus espaldas la belleza violada de sus arenas y florestas, y navegaron hacia nuevos horizontes. Durante la mañana anduvo el Almirante huraño, evitando mirar a sus hombres, y éstos, como si se avergonzaran de algo, estuvieron singularmente callados y quietos, como la calma que precede a las tempestades. Navegaron, bordeando la costa de la isla, hasta que dejaron muy atrás aquella playa de pesadilla.

A la mañana siguiente solicitaron permiso al Almirante Juan de la Plaza, Domingo el Negro y Juan de Medina para ir a la costa a recolectar frutos e intentar pescar. No estaban muy sobrados de provisiones, casi todos los garbanzos habían sido arrojados por la borda al mar, aunque en honor de la verdad habría que decir que había más gorgojos que garbanzos propiamente dichos, y el último pedazo de mojava se lo había comido el Almirante hacía casi una semana.

Colón no estaba de muy buen humor y, en cuanto vio ante la puerta de su cámara a Juan de la Plaza, a quien aborrecía en secreto, su rostro huraño se ensombreció aún más.

—¿Comida? —repitió—. Me parece bien que vayáis a buscarla para toda la tripulación de la nao... —se detuvo un momento y lo miró directamente a los ojos, simulando no acordarse de su nombre, o quizá fuera realmente que lo había olvidado.

—Juan de la Plaza, Almirante.

—Ah, sí, De la Plaza. Estuvisteis en los tercios, ¿no es así?

—Diez años en el ejercicio de las armas —corroboró con orgullo.

—Para estar luego a los pies del cadalso.

—En éstas estoy pagando mi deuda con la justicia.

—¿Dónde dejasteis el dedo que os falta?

—En la cuchilla del verdugo.

—¿Tuvisteis algo que ver con la herida purulenta que aqueja a mi buen escribano Marín de Urtubia?

Calló Juan de la Plaza.

—Sólo deseo que sane mi buen amigo —dijo finalmente.

El Almirante les dio permiso para botar un batel. Con Camani, Chasej y cuatro hombres más, que hicieron de remeros, se dirigieron hacia una costa que se veía cercana mientras los barcos fondeaban. El día estaba limpio, flotaba en el ambiente una fresca fragancia y el sol, más perezoso que de costumbre, aún no se había abierto paso entre la bruma. Juan de la Plaza, situado en la proa del bote, inspeccionaba el fondo marino transparente y se asombraba de la cantidad y del grosor de los peces que se acercaban sin miedo a la quilla. Un extraño ejemplar de forma cuadrada, con larga cola filiforme emergiendo de uno de sus ángulos, se acercó tanto a la superficie que el extremeño alargó el brazo y lo hundió en el agua para cogerlo, pero una terrible sacudida, que estremeció su cuerpo de pies a cabeza, lo obligó a soltarlo.

—¿Qué os ha ocurrido? —inquirió Domingo *el Negro* al ver su cara alterada por el dolor que aún persistía en su cuerpo.

—Un extraño monstruo marino. Es como si me hubiera caído un rayo encima. ¿Lo viste, Camani?

El indio taino asintió.

—Es el pez relámpago.

Divisaron gente en la playa, un grupo de curiosos, niños y algunas mujeres, que huyeron apresuradamente en cuanto la barca encalló y sus ocupantes saltaron al agua, chapotearon un instante y hollaron la arena con sus botas. De nada sirvió que Camani les gritara en su idioma que venían en son de paz. Recorrieron la larga y hermosa playa y recogieron de tierra muchos frutos caídos de los árboles, los llamados cocos, que contenían en su interior una pulpa dulce y mucho líquido con que calmar la sed. Cargaron gran cantidad de ellos en la barca y luego,

arremangándose los jubones y con las espadas desenvainadas, recorrieron el litoral con el agua a media pierna en busca de pescado. Apresaron de esa guisa, ensartándolos en las puntas de sus cuchillos, cuatro peces parecidos a las platijas, cuyo brillo argentino los delataba fácilmente, y otros peces de arrecife, de cara monstruosa y cuerpos plagados de espinas pero que tenían aspecto de que harían buena sopa.

—Es fácil vivir en estas islas —espetó Juan de Medina, el desorejado, tras ensartar en su espada el tercer pez y ver cómo agonizaba inerte en su punta, atravesado por el acero, boqueando agónico fuera del agua y haciéndose más grande la herida que lo desangraba, a medida que arreciaba en sus movimientos de cola.

—Sí, una vida de ocio nos espera. Los frutos son tantos que caen de los árboles, y los peces tan abundantes en la playa que los pisan. Pero echo de menos un buen trozo de carne, un lechoncillo en su grasa, las buenas morcillas y, sobre todo, las hogazas de pan.

—Tendríamos harenes de mujeres —soñó Domingo *el Negro*, relamiéndose los labios—. Tantas que todas las noches podríamos gozar de una nueva y cambiarlas por otras más jóvenes una vez usadas, sin pagar nada a cambio.

—Se os ha abierto el hambre después de catarlas.

—¿Y a vos no?

—Claro, amigo.

—Y, ¿por qué no vamos en su busca?

—Lo haremos a su debido tiempo.

Volvieron al batel, que estaba guardado por los cuatro remeros, y descargaron en su interior todo el pescado que habían capturado junto a los cocos. Reparó entonces Juan de la Plaza en la ausencia de Camani y preguntó por el guanahaní a Chasej.

—¿Dónde está?

El taino se encogió de hombros y el extremeño descargó su furia contra Domingo *el Negro* al comprobar que Camani había desaparecido.

—Yo no vigilaba —se excusó—. ¿Cómo iba a imaginar que huiría?

—Quizá vuelva —tranquilizó Juan de Medina al ver al excapitán tan excitado.

—¡Maldito mono! —aulló, fuera de sí, con la espada desenfundada, recorriendo la playa y gritando. Y lo llamó a gritos hasta quedar afónico, y no le respondió más que el eco de su propia voz, el rumor del viento agitando las grandes hojas de las palmeras, el atronador ruido que hacían los cocos cuando caían de sus alturas a tierra, y el burlón parloteo de los guacamayos.

Esperaron junto al batel a que volviera Camani. El sol les quemó la piel, la sed les hizo cortar con la espada un coco por la mitad y beber su agua, y luego el astro rey derivó hacia poniente sin que el guanahaní regresara.

Juan de Medina observaba, la espalda contra una roca, las tres naves fondeadas que casi no se movían de lo tranquilo que estaba el mar, que viraba del azul turquesa de la mañana al verde claro del atardecer.

—No creo que se alegre el Almirante.

—No le tengo miedo —gritó Juan de la Plaza, levantándose y acercándose a él—. ¿Creéis que lo temo? Pues os equivocáis.

Cuando el sol caminaba hacia su ocaso se convencieron de que Camani no volvería. Se había internado por la floresta y su búsqueda era imposible. Subieron al batel y remararon en silencio hacia la *Santa María*. Desde la nao los ayudaron a descargar la barca y luego subieron. Diego de Arana reparó en la ausencia de Camani.

—Huyó —dijo Juan de la Plaza, tras un momento de silencio.

—¡Y el intérprete indio! —era la voz atronadora de Cristóbal Colón la que sonaba a su espalda. Juan de la Plaza se dio la vuelta lentamente. El Almirante se encaró, vehemente, al extremeño.

—Huyó, Almirante.

—¡Cómo lo habéis dejado huir! ¡Inútil! Era un intérprete valioso, nos servía para entendernos con todas las tribus de estas islas.

—Está Chasej, señor.

—Chasej, Chasej. Ese taino no le llega a las plantas de los pies al guanahaní. Debería arrojaros por la borda, por vuestra falta de competencia y vuestro descuido, Juan de la Plaza. No debí confiar nunca en vos. —Se acercó aún más y le puso el dedo en el pecho, con fuerza, como si se tratara de la punta de su daga—. Si mañana al mediodía Camani no regresa a la nave, si no pisa esta cubierta, daros por preso y encadenado en la sentina. ¿Me oís?

El grito final aún resonaba en el oído de Juan de la Plaza, pero peor que el grito era la pública ignominia. Nadie había humillado de esa forma al pendenciero extremeño, nadie que hubiera vivido un segundo para contarlo, y aquel gigante barbado y loco, ese saco de irascibilidad, ese visionario, le había atronado los oídos con sus voces, lo había vejado en presencia de los demás. Hubo de contenerse Juan de la Plaza, reprimir su instinto de respuesta cuando el dedo del Almirante, duro, afilado como una uña, se clavó en medio de su pecho. Le hubiera cortado ese dedo insolente con un tajo de su daga y así su mano se igualaría a la suya, le hubiera atravesado la garganta luego, cuando se le acercó al oído a gritar sus amenazas, para enmudecerla para siempre, y en vez de eso hubo de reprimirse, hacer ver que no veía las miradas de burla que Juan de Medina y Domingo *el Negro* le dirigían y volver a su rincón del navío con el rabo entre las piernas. ¿No era más cruel acaso la humillación que las cadenas?

Aquella noche el estado de Marín empeoró, la fiebre le consumió y los delirios se multiplicaron. Tan pronto llamaba a doña Leonor como renegaba de ella, tan pronto hablaba de la pesadilla del mar de los Sargazos —que durante tanto tiempo tuvo presos a los barcos—, como quedaba en tránsito, con los ojos en blanco y la boca abierta de la que supuraba baba espesa, rememorando escenas vividas con anterioridad.

—¡Haced que se calle! ¡Maldita sea! ¿No podéis ponerle una mordaza a ese infeliz? —quien así hablaba era el carpintero Antonio de Cuéllar, un gigante de la meseta castellana que se había rapado los largos cabellos y la rala barba con el cuchillo y ofrecía un aspecto delirante si se hubiera mirado en uno de los espejuelos que regalaban a los indios.

—Sí, que se calle. Queremos dormir.

—Arrojadlo por la borda, puesto que se está muriendo. Juan de la Plaza fue hacia ellos, tras levantarse y salir de su rincón, cogió por sorpresa, en la oscuridad, al tal Cuéllar por la parte posterior de su cabeza y apoyó la punta de su daga en medio del cuello. El carpintero tragó saliva mientras enmudecía y los ojos se le salían de las órbitas.

—No quiero oír vuestra maldita voz ni oler vuestro apestoso aliento, maldito patán. Una sola palabra más contra mi amigo y el que saltará por la borda, con el gahate cortado, seréis vos.

—Y para demostrar que no sólo eran palabras, hundió ligeramente la punta del puñal en la piel de su víctima hasta hacer brotar un hilillo de sangre.

Andaba Colón insomne en su cámara, pues en cuanto cerraba los ojos la misma pesadilla brutal acudía de forma obsesiva a dinamitar todos sus sueños y de forma tan real que tenía el convencimiento de que le había sucedido. No durmió apenas durante el viaje y no dormía ahora cuando costeaban las islas que descubrían. La luz de la bujía parpadeaba por el ventanuco de cubierta, advirtiéndole de su vigilia. El galeno Juan Sánchez se acercó a su puerta y golpeó suavemente la madera con los nudillos.

—Adelante —le respondió la voz del Almirante.

—¿Os he despertado?

—No me habéis despertado. Estaba escribiendo el diario de a bordo. ¿Qué nuevas os traen por aquí?

El Almirante seguía escribiendo, deslizando por el pergamino su pluma de ganso y humedeciéndola de vez en cuando en el tarro de tinta negra.

—Y ¿bien? —dijo, impaciente, levantando la vista, ante el silencio.

—Es sobre el escribano Marín de Urtubia, Almirante. Está peor. Creo que ya no hay nada que hacer con su brazo. Mi cura fue certera —tartamudeó con el bonete en las manos, girándolo—, pero es el clima de estos parajes y los miles de miasmas e insectos que flotan en estos aires enrarecidos los que han provocado su agravamiento.

—Mirad, galeno. Esta tarde me han comunicado que hemos perdido a nuestro preciado guía e intérprete indio, al único que ya sabía hablar con nosotros y comunicarse debidamente con todas las nuevas tribus de salvajes que hallemos, y ahora vos, a estas horas de la noche, me informáis de que quizá vaya a quedarme sin escribano. No habéis tenido mucho trabajo durante la travesía, aparte de curar pieles ulceradas por los rayos del sol y alguna mala borrachera. No se ha herido nadie, ni ha enfermado, y vuestra única receta ha sido encadenar a un marino enloquecido en la sentina, por lo que hasta este momento no hemos puesto a prueba vuestros doctos conocimientos que, según mis informaciones, os insufló en la Universidad de Salamanca el sabio doctor Jacobo Birueles. No voy a permitir un fracaso; nadie fracasa en mi empresa. No voy a prescindir de un escribano que pase al pergamino mis palabras, ni vamos a perder a un, sin duda, brillante literato y poeta. Más bien perderíamos a un cirujano en alguna de estas playas si algo malo le ocurriera a Marín de Urtubia. Id con Dios. Marín cayó en un profundo sopor mientras el galeno tomaba posiciones cerca de él. No se durmió el salmantino Juan Sánchez hasta no comprobar, poniendo su oreja sobre el pecho del herido, que respiraba con normalidad. Ya no se revolvió más en pesadillas el rubio vasco, sino que descansó plácidamente el resto de la noche, con la placidez que precede a todas las muertes mientras el perro *Pan*, dándose cuenta de su estado, arribaba su fea y larguirucha figura al doliente dormido y le lamía la cara sin conseguir despertarlo.

Como casi todas las noches, el Almirante esperó a que el sueño durmiera a toda la tripulación para dar su paseo por cubierta. El cielo estaba despejado y la Estrella Polar, la que lo había guiado hasta esa parte del mundo, lucía con brillo propio en un cielo limpio entre miles de luces. Se asomó a la borda, saltando por encima de los cuerpos durmientes, y contempló el mar quieto, oleoso, que mecía la nao, y aspiró el silencio perfecto de la noche. Pensó en lo fácil que sería para los tainos, si fueran guerreros, tomar por asalto las naves y matarlos. Luego caminó silencioso, tratando de no pisar cabezas, piernas y brazos y reparó en el cuerpo desnudo de Diego Bermúdez, en la descarada carnalidad de su espalda y sus nalgas. Todos dormían, aunque no en silencio, pues muchos roncaban con las bocas abiertas, y de la sentina le llegaba el incesante lamento de Rodrigo Muñoz, al que las cadenas no servían de cura. Los guacamayos, casi tantos como tripulantes, posados sobre mástiles y jarcias, abrían los ojos a medida que el Almirante recorría la cubierta, ladeaban la cabeza, lo miraban sorprendidos, erizaban sus plumas y chapurreaban algunas de las palabras, soeces todas, que les había enseñado la marinería.

—Loco, loco, loco.

Buscó luego a tientas, entre tantos cuerpos caídos y quemados por el sol, entre tantos pechos desnudos barnizados de sudor por el calor sofocante de la noche, el de Marín, y lo encontró en compañía del galeno y junto al perro *Pan*, que fue el único que se despertó al olerlo y movió el rabo en señal de amistad. Se acuclilló Colón y miró la cara del enfermo, colocó su dedo muy cerca de su nariz y, tranquilizado al ver que respiraba, se levantó y continuó su inspección nocturna de cubierta. Tropezó con Juan de la Plaza, con tan mala fortuna que le pisó la mano y a punto estuvo de poner su otro pie sobre su cara. El extremeño se incorporó, sobresaltado, pero suavizó de golpe su expresión de ira al ver el rostro de Colón.

—¿No ha regresado Camani, Almirante?

—Dormid, que aún no ha amanecido.

—Mañana por la mañana iré con un grupo armado a capturarlo.

—Mañana por la mañana, Dios dirá.

En popa descubrió a alguien que hacía guardia y eso lo tranquilizó. Se acercó a él, porque no le veía el rostro.

—¿Quién sois? ¿No os conozco?

—Pedro Yzquierdo me llamo, Almirante.

Hizo memoria Colón, acariciando su barba, mientras el marino permanecía firme.

—¿El que capturó un cangrejo de río en aquel mar de hierba?

—Él mismo, Almirante.

El Almirante reparó en un surco sangrante, un brutal zarpazo, en las proximidades de su ojo, mas hizo ver que no lo había visto y se limitó a decir:

—Buena guardia, Pedro Yzquierdo.

Capítulo XVIII

Pedro Yzquierdo dio la voz de alarma desde la popa de la *Santa María*. Entre las primeras nieblas de la mañana, que acariciaban las quietas aguas del mar, surgió un batel indígena, una de esas barcas fuertes y resistentes que ellos llamaban canoas. La veintena de indios que iban en ella remaban vigorosamente, abriéndose paso por las aguas, derechos a la carabela.

—¡Barca a babor!

Se desprecizaron los que dormían y se asomó a la borda el contraмаestre Diego de Arana. Colón salió de su cámara, con los ojos medio entornados y las legañas cerrándole los párpados, y también lo hicieron Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo. Escudriñaron a los ocupantes de la embarcación que, con gran celeridad, acortaban la distancia para saber si venían en son amistoso o, por el contrario, belicoso. Y entonces distinguieron, entre la tripulación desnuda y empenachada de plumas, a Camani.

—Esa rata de la selva me ahorra el ir a buscarle —rugió Juan de la Plaza, rechinando los dientes. El indio saltó a cubierta mientras el resto permanecían en la canoa, pegada a la proa de la *Santa María*. El Almirante se encaró, furioso, con él mientras Juan de la Plaza se situaba a su espalda y acariciaba la empuñadura de su espada.

—No permitiremos más traiciones de tu parte. Una nueva huida será considerada sedición.

El guanahaní no entendía el significado de muchas de las palabras que, con evidente enojo, caían sobre su espalda, ni entendía los rostros rabiosos de los castellanos, salvo que durante todo ese tiempo que voluntariamente había permanecido con ellos lo hubiesen considerado su prisionero, como parecían quererle dar a entender. Pidió retirarse, lo hizo sin esperar el permiso para hacerlo, recorrió la cubierta sintiendo sobre sí miradas que eran como puñales y llegó hasta donde reposaba Marín de Urtubia. El vasco entreabrió los ojos al presentir su presencia. Tenía las pupilas amarillentas y de los vendajes infectos del brazo herido supuraba un líquido espeso y maloliente de color blancuzco como el de la leche.

—Mi buen amigo Camani —dijo Marín, hablando con dificultad e intentando incorporarse, aunque sin conseguirlo—. Creo que el mal se ha adueñado definitivamente de mí.

Camani pidió hablar con el Almirante, pero lo detuvo Diego de Arana en la puerta de la cámara. Estaba el indígena alarmado y excitado mientras trataba de explicar, con más gestos que palabras, que en la tribu en donde había permanecido durante el día de su ausencia había un importante behíque que podría curar el mal del vasco. El contraмаestre no le dio ningún crédito, y llamó a voces al galeno. Juan Sánchez venía de visitar al malherido Marín y en su rostro se advertía el pesimismo de su diagnóstico.

—Este indio pretende llevarse a Marín a un poblado en donde un galeno dice curarlo —le dijo Diego de Arana.

—Habrá que amputarle el brazo.

Al oír las últimas palabras, Colón salió de la cámara.

—¿Qué es tanto escándalo?

—El guanahaní pretende llevarse al escribano para curarlo en la isla.

Camani imploró al Almirante que le permitiera intentarlo, y tanta fue su insistencia, tanta su vehemencia, con tal ardor defendió la posibilidad de su completa curación, y tan escéptico se mostró, por otra parte, el galeno, que no cesaba de repetir que para él la única solución estribaba en la amputación del brazo, que el Almirante tomó una decisión que sorprendió a todos.

—Veo que lo aprecias. Puede que la medicina de tus gentes consiga lo que no puede conseguir la nuestra. Llévalo contigo, mas no prometo escolta y si algo malo le ocurriera, estando bajo vuestros cuidados, juro pasar a todos los responsables de su infortunio a cuchillo e incendiar estas selvas. Cinco jornadas permaneceremos aquí, esperando, hasta que se resuelva su curación, y al finalizar la quinta quiero ver sobre cubierta a mi escribano y literato empuñando

con soltura pluma y espada.

Transportaron con cuidado a Marín hasta la canoa indígena, lo dejaron tumbado en su fondo y lo condujeron, raudos, hasta la playa. Juan de la Cosa, que los vio partir, se mostró escéptico con Colón sobre las posibilidades de que el vasco sobreviviera entre aquellas gentes.

—Efectivamente, la medicina de estas gentes es una incógnita —razonó el Almirante, colocándose el bonete sobre la cabeza—. Pero la de nuestro galeno Juan Sánchez es una mala certeza. ¿Qué puede haber peor que la amputación de un brazo? ¿La muerte? Tiene escrito Marco Polo y habla con admiración de la eficacia de hierbas, pócimas y ungüentos que utilizan con sabiduría los galenos locales de estas tierras orientales.

Cuando la canoa tocó tierra, un grupo de indios esperaba con una parihuela al vasco. Lo tendieron en ella y se internaron con él hacia el interior de la selva. Corrían los cuatro varones que lo transportaban por un terreno irregular e infecto, se hundían hasta media pierna en barrizales, debían tronchar la maleza para abrirse camino, precedidos, seguidos, escoltados por el grueso del grupo, y corría siempre al costado del malherido el indio Camani, atento a su estado, tomándolo de la mano.

—¿Dónde estoy? —llegaba a preguntarse.

Era aquel movimiento peor que el de la plena tormenta en alta mar, se movía tanto como cuando tomaba una diligencia por los pedregosos caminos reales de Andalucía o cabalgaba a lomos de un jumento por el valle de su amado Leizarán. Abría los ojos y veía, sobre su cabeza, el techado vegetal de la selva, el trenzado de tantas ramas de tantos árboles que hacían sombra y a duras penas permitían el paso de algunas hilachas de sol. Ya no le dolía el brazo, ya realmente no lo sentía, como si no fuera de él, como si ya su cuerpo se preparara a rechazarlo. ¿Dónde estaba? Y miraba a su derecha y veía el cuerpo sudoroso y desnudo de Camani, con sus tatuajes rituales en pecho y caderas, su brazalete vegetal en torno a sus brazos, sus piernas en movimiento cubiertas de barro, y sentía las voces ininteligibles que entre sí cruzaban los indios que lo transportaban, cruzándose con los chillidos burlones de los guacamayos. Intentó dormir, o morir quizá, porque el camino se le hacía eterno. Algo saltaba, a unas cuantas decenas de metros por encima de él, de copa en copa de los árboles, que ahora se abrían y dejaban vislumbrar trozos de cielo. Seres pequeños, de largas colas prensiles y luengos brazos que literalmente volaban de la rama extrema de un árbol a la rama próxima del siguiente. Tenía sed, una sed abrasadora, y calor, como si se fundiera, como si hundiéndose en esa selva verde infinita se estuviera sumergiendo en el infierno.

Cuando despertó, lo rodeaba la oscuridad más absoluta. Abrió y cerró los ojos muchas veces, con la esperanza de que la luz los iluminara y pudiera ver algo. Se sintió, que no se vio, desnudo. Mientras estaba postrado por el profundo sopor, alguien le había desprendido del jubón y las calzas, y ahora estaba tan en cueros como lo estaban los nativos de aquellas islas de las Indias. Al menos estaba quieto, nada se movía, no se le agitaba el estómago hasta el vómito, ni pasaba por encima de su cabeza, vertiginosa, la endiablada vegetación de la selva. Había llegado a su destino. Intentó captar el ambiente de donde se encontraba. Olía a tierra, pero también a palma seca, y por eso no le costó mucho esfuerzo deducir que debía encontrarse en el interior de una de las cabañas del poblado indígena, y que era de noche, puesto que no había luz. Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda al recordar el día que no existió. Las noticias, en la selva, se propagaban con facilidad, sin que se utilizaran correos. Hasta entonces los castellanos habían ido siempre juntos, armados, habían inspirado temor reverencial a los nativos que, ni por lo más remoto, habían osado levantar su mano contra ellos. Ahora él, en sus condiciones de debilidad, inerme, moribundo, era una presa fácil para ellos, la demostración del *carácter* humano de la naturaleza de aquellos semidioses llegados del cielo que tenían que recurrir a la medicina local para salvar a uno de los suyos. Podían matarlo con impunidad, podían comprobar, cortándolo a pedazos, que el color de la sangre, que la textura de sus

músculos, era la misma que la de ellos, que, aunque más pálidos de piel y velludos, la vida se les escapaba también por las heridas de sus cuerpos. Quizá, después de todo, pensó, el Almirante no debería haberlo dejado partir. ¿O es que había dejado partir a un muerto?

De repente todo se iluminó y pudo ver las dimensiones de la choza en la que lo habían instalado. El techo era muy alto y el suelo estaba cubierto de esterillas de cáñamo. Quien portaba la luz, una antorcha, se acercó a donde yacía y lo observó. La luz parpadeante del fuego distorsionaba sus rasgos y los hacía parecer más feroces seguramente de lo que realmente eran. Sin duda se trataba de un notable de la tribu. Una cicatriz cruzaba su mejilla, maquillada por pinturas rojas y negras, lo que lo hacía sobreviviente de alguna incursión enemiga, y un collar de oro refulgente colgaba de su cuello. Había más gente detrás de él, quizá su fiel Camani. Se sintió incómodo, desnudo, observado por ojos desconocidos, y rezó para sus adentros para que el guanahaní se encontrara entre ellos y no lo hubiera abandonado a su suerte. El que parecía el jefe o cacique habló con otro miembro de la tribu al que no podía ver, palabras rápidas, excitadas, y su interlocutor contestó a cada una de esas frases disparadas con monosílabos que Marín interpretó como de asentimiento. Otro hombre sostuvo la antorcha mientras un indígena delgado, un verdadero esqueleto con escasa carne pegada al hueso, embadurnado todo él en pintura negra, describió una extraña danza a su alrededor mientras el resto de los indios invisibles que lo rodeaban entonaban un canto monótono. ¿Qué le estaban haciendo? ¿Un extraño sortilegio? ¿Una sesión de brujería? ¿A quién estaban invocando? ¿A su diablo? ¿No era eso más que suficiente para que interviniera el Santo Oficio y los condenara a todos a las llamas?

El chamán se arrodilló junto a su cabeza. Ahora lo veía bien, con detalle, hasta podía contar el número de huesos que se marcaba con nitidez contra su fina piel que parecía a punto de romperse, entretenerse con los complicados dibujos negros, sobre fondo rojo, que lo cubrían de pies a cabeza y sentir el apestoso aliento que exhalaba de sus labios ennegrecidos por Dios sabe qué extraña hierba. Se estremeció al pensar que ese ser deforme, monstruoso, repugnante, mitad serpiente y mitad humano, era el destinado a curarlo, y rogó, tras cerrar los ojos, que al abrirlos se encontrara a bordo de la nao *Santa María*. Pero Dios no lo escuchó.

Le quitó la venda, se la arrancó con malos modos, y dejó caer sobre la herida una espesa baba verdusca que brotaba de entre sus labios. La notó sólida sobre la herida y le escoció como si le estuvieran derramando alcohol sobre la misma. Y luego, con las manos, aquel extraño hombre, el chamán, el hombre sabio, el hombre docto, el curandero, extendió un emplasto de barro negro sobre toda la superficie dañada de su brazo y lo cubrió con hojas verdes grandes y largas que anudó a su brazo, como si fueran vendas vegetales.

Arreciaron los monótonos cánticos y todos danzaron a su alrededor. Veía sombras recortadas contra la oscuridad de la cabaña, fantasmas que se cimbreaban, alzaban los brazos, apoyaban con fuerza en tierra una de sus piernas, todos a una, y lo envolvían en su círculo.

—Salvar.

Se volvió jurando que era la voz de Camani quien le había susurrado esa palabra de esperanza, pero no lo vio. Los danzantes siguieron su inacabable círculo, agitaron sus manos hacia el cielo, cimbrearon sus caderas, gritaron, lloraron y, por último, el chamán cogió unas cuantas hojas secas que había en el suelo, las enrolló como pudo, se las llevó a la boca y prendió su punta con el fuego de la antorcha. Marín miró, aterrorizado, cómo el enclenque hombre venía hacia él con el fuego en la boca, envuelto en humo, mientras un aroma extraño, sedante, se extendía por la cabaña.

—*Tabaco, tabaco, tabaco* —decía mientras escupía el humo por la nariz y por la boca, lo envolvía en él, lo sumergía literalmente en su nube.

Y le puso esas hojas secas e incandescentes en la boca, y con gestos vehementes le indicó que inhalara con todas sus fuerzas. Marín estaba tan asustado que obedeció y aspiró con

vehemencia ese humo espeso y aromático que le llenó la boca y se expandió por sus pulmones. Tosió con fuerza, hasta casi ahogarse, pero luego se sintió mejor, adormecido, como flotando, y el chamán chupó las hojas ardientes y se las volvió a pasar de nuevo. Y así, trasegando aquel humo extraño y tranquilizante, el vasco fue perdiendo lentamente la conciencia de las cosas, se fue apagando lentamente, hasta dejar de oír, de ver, de sentir. ¿He muerto por fin?, se preguntó antes de precipitarse en el pozo de la inconsciencia.

Capítulo XIX

Perdió la conciencia, la visión de las cosas, el discurrir del tiempo. ¿Noche y día? ¿En qué se diferenciaban? Abría los ojos y tenía visiones rojas, infernales, de extraños seres danzantes a su alrededor, bocas que se le aproximaban, vómitos negruzcos que le caían sobre el rostro y, cuando intentaba incorporarse para protegerse de la horda de ícubos y súcubos, se daba cuenta de que no tenía piernas, de que carecía de brazos, un solo tronco inerme con una cabeza que más le valiera se la cortaran también. Humo. El humo lo llenaba todo. Alguien encendía hogueras cerca de él y en esas hogueras quemaban hierbas, alguien se aproximaba a su rostro y le escupía el aromático humo de esas hojas secas que llamaban «tabaco» a la cara, alguien abría sus labios y pasaba el humo de su boca a la suya en un áspero beso y él se ahogaba: la misma violenta sensación de sumergirse con la boca abierta tragando borbotones de agua en el mar embravecido.

Estuvo temblando toda una jornada, aunque le parecieron diez, temblando de frío y sudando, lo que resultaba contradictorio, y mientras, su cabeza parecía que fuera a partirse. Tenía la sensación de que su cerebro crecía dentro de su cráneo, de que se aplastaba contra los huesos que lo oprimían, los sobrepasaba y de que se le iba a salir por todos los orificios del cuerpo, por las orejas, por la nariz, por la boca y hasta por los ojos. Era su estado de premuerto. ¿O realmente estaba muerto, puesto que no tenía necesidades de ningún tipo, ni su estómago le aguijoneaba con el hambre, ni sus labios se agrietaban y reseocaban por la sed, ni orina ni heces expelía? Debió de permanecer así muchos días, pero ¿cómo medir el tiempo sin reloj de arena y en la más absoluta oscuridad? Si se prolongaba el silencio por más tiempo, era que había muerto. Se dio cuenta de que vivía cuando oyó una voz conocida a su lado, un susurro que, viajando por su oído, llegó hasta su cerebro al cabo de mucho tiempo y le hizo abrir los ojos, volverlos y fijarlos en el autor de aquel sonido amistoso. No podía asegurarlo, porque no podía asegurar nada en su estado, pero creyó ver a Camani en aquel hombre sentado a su lado, en cuclillas, que tomó su mano.

—¿No he muerto?

—No puedes morir, puesto que eres un dios.

Era un dios. Eran unos dioses. Dioses barbados, vestidos, con aceros que cortaban, descendidos del cielo como jinetes del Apocalipsis. Llegaron en buena hora, para hacer que se cumplieran las profecías contenidas en los areitos que cantaban las tribus. Y como dioses crueles ya habían devorado a algunos de sus siervos.

—Amigo —pronunció débilmente, apretando con la poca fuerza que le quedaba la mano suave del indio.

—¿Amigo?

No estaba en disposición de teorizar sobre la amistad, de explicar la etimología de la palabra, de hablar de amor, de la que procede amigo, amistad, todas palabras hermosas. Un amigo de otra raza, de otra lengua, de otra religión, de otro mundo, más amigo que los suyos.

—Duerme.

Durmió. Lo hizo esta vez plácidamente. Descendió hasta el silencio, a la oscuridad más absoluta. Ya nadie entraba en la choza. Ya comenzaba a sentir sus miembros, sus piernas, sus brazos, incluso el que creía perdido. Es mi Dios, dice, el que me salva, es mi Dios el que escucha mis oraciones.

Despertó al sentir una boca húmeda en el brazo. Abrió los ojos, con celeridad, giró la cabeza y vio al chamán, arrodillado, pintarrajeado, deshaciendo el emplasto que había colocado y moviendo la cabeza satisfactoriamente, una y otra vez, mientras besaba esa herida, sorbía sus jugos purulentos, los escupía lejos con fuerza y pronunciaba extrañas palabras rituales. Aquel hombre trataba de vaciarlo de malos humores como el cirujano trataba de vaciar las venas de su cuerpo cuando le subía la temperatura. Casi era más lógico.

—*Tabaco*.

Ya no le hizo ascos a las extrañas hojas secas que ardían, ahora que sabía de su efecto mágico. No tenía miedo del fuego que brillaba en la punta cada vez que aspiraba el humo por su otro extremo. El chamán acercó a sus labios el canuto de hojas baboseado y lo apremió para que lo chupara, y él obedeció sin desgana, más bien con placer, se sintió sedado una vez que adquirió la pericia de tragar el humo, hacerlo pasar suavemente al interior de sus pulmones y expulsarlo de nuevo por la boca o por la nariz.

—*Tabaco* —le pidió.

Y el chamán le pasó de nuevo las hojas incandescentes bajo cuyos efectos se sintió extrañamente tranquilo.

Fue de noche cuando abrió los ojos, de noche porque el silencio era mayor, porque la débil luz del sol que se filtraba por la parte más alta de la choza había desaparecido y la penumbra era casi total. Olió como a mar pero sin serlo, ese olor intenso que fascina o repele, un perfume penetrante y animal que lo envolvió y lo puso como en celo, y sintió una agradable humedad en su erecto miembro viril. Soñaba con una mujer desnuda y el deseo ponía en marcha todo su engranaje. No se movió, ni se atrevió a respirar, mientras el placer aumentaba y más se endurecía su virilidad. Sobre su vientre, con toda su sensualidad y misterio, la caricia de lo que no podía ser otra cosa que unas nalgas redondas de una suavidad de terciopelo, y en sus caderas, la presión de cálidas rodillas. Quien sobre él tomaba asiento, con los muslos abiertos, hacía suya su excitada virilidad y la sumergía en su agradable y cálido nido. Aquel ser invisible, mudo, etéreo si no fuera por el roce carnal de su redondo culo y la humedad fecunda de su vulva, se movió como la más experta hetaira, aunque sin ruido, hurtando su placer tras plácidos y rítmicos movimientos. No se movió Marín, ni respiró, ni, por supuesto, hizo el más mínimo ademán de alargar los brazos y tocar aquel cuerpo que se disponía a liberar el deseo reprimido durante tantos días de navegación, no fuera una ensoñación y desapareciera dejando su obra inconclusa, y decidió que aquel sueño agradable, pecaminoso, siguiera su curso, que era mejor seguir durmiendo —si éstas iban a ser las pesadillas— que despertar. Aquel silencioso y clandestino ayuntamiento duró una eternidad. La furtiva amante suspiró de placer, aun sin quererlo, cuando robó la simiente del hombre por primera vez, y siguió cabalgándolo muchas más veces, pues la verga estaba inhiesta y no se daba por vencida. Marín se sintió desfallecer muchas veces entre sus suaves muslos y otras tantas renació de sus cenizas, incombustible como fiera hambrienta difícil de hartar. Se desquitaba así de tantas semanas de continencia, se daba a los más oscuros placeres de la carne con un cuerpo que no veía y podía modelar, por tanto, con todas las virtudes físicas a partir de esas nalgas que caían una y otra vez sobre su sudoroso y tenso vientre, amaba con la conciencia de pecar, pues suponía que no muy sensato debía de ser hacerlo con no cristiana y desconocida, y a ciegas, sin verle la cara ni el cuerpo. Gimió, también sin poder remediarlo, cada vez que su voluntad fue vencida por el deseo incontenible, y los gemidos y el roce de las carnes fue el único sonido en la noche, la única comunicación que cruzaron aquellos dos seres extraños tan íntimamente unidos. Al alba, el sueño húmedo finalizó. Con las primeras luces filtrándose por la entrada de la cabaña, con los primeros gorjeos de pájaros y guacamayos, la desconocida ladrona de su cuerpo lo descabalgó y se fue hacia la entrada sin hacer ruido, los pies desnudos sobre la esterilla de cáñamo del suelo moviéndose y el cuerpo liberando el olor penetrante del intercambio sexual. No vio su cara, sólo su silueta, un cuerpo pequeño, grácil, de caderas redondeadas y pelo muy largo que casi le llegaba a las nalgas.

Era de día. Estaba despierto y Camani, a su lado, lo observaba. Podía moverse, hasta incorporarse con cierto esfuerzo e intentar sentarse. Se miró el brazo. No le dolía. Se miró la herida. Parecía sanada. Un milagro. ¿Un sueño?

—¿Curado?

—Bastante mejor.

Dos muchachas entraron en la cabaña. Eran casi niñas. Marín trató de ocultar sus vergüenzas, pero no supo cómo hacerlo. No se sentía cómodo desnudo y no entendía cómo ellos, los indígenas, sí se sentían yendo como Dios los echó al mundo. Las muchachas sonrieron al ver su azoramiento mientras dejaban en el suelo, a su alcance, una hoja grande y verde, como un plato, y sobre ella diversos manjares: una torta como de harina pero que no era de trigo, que crujía cuando la mordía; el *mamey*, una fruta grande, carnosa, de pulpa rosada, que se licuaba en cuanto le hundía el diente y el jugo llenaba su garganta, refrescándola; y un cuenco con un líquido blanco y dulzón semejante a leche azucarada. Las muchachas esperaron en silencio, sentadas, alguna orden. Las miró mientras devoraba con apetito. Las encontraba singularmente hermosas en su inocencia. Llevaban los cabellos muy largos, y negros, más negros que los de las andaluzas, más que los de las moras, y el pelo, por delante, se detenía en donde les nacían los pechos, que remataban oscuros pezones rigurosamente labrados; no eran más grandes que hermosas manzanas del árbol del Bien y del Mal del Paraíso Terrenal, en donde no dudaba encontrarse. En esas tierras primitivas la noción pecaminosa de la carne no existía, el placer era bueno, el dolor, malo, simplificando las cosas. Miró sus sexos pequeños, sus caderas, sus muslos, sus piernas, y las encontró hermosas, apetecibles en su desnudez, y el deseo hizo que su cuerpo lo traicionara y que las muchachas, al verlo, rieran, se pusieran en pie, salieran corriendo de la choza y lo dejaran a solas de nuevo con Camani.

—Has recuperado tus fuerzas —le dijo el amigo taino.

Y él se cubrió, como pudo, con la hoja, con las manos, la virilidad reacia a doblegarse.

Esperó la noche con ansiedad, y no durmió, sino que permaneció echado, desnudo, con un ojo abierto, vigilando la entrada de la choza una vez que Camani se hubo retirado. Vio entrar a una mujer, porque Camani había dejado el rescoldo de una hoguera en uno de los extremos de la cabaña, y el pequeño fuego la iluminaba. Era distinta de la de la noche anterior, la que lo había poseído en sueños, y tampoco se trataba de las muchachas que le habían servido las viandas por la mañana. Ésta era más corpulenta. Tenía pechos como los de las castellanas, gruesas tetas ligeramente caídas por su peso, cintura estrecha y amplias caderas, y sus redondeces parecían acrecentarse debido a su escasa estatura. La deseó mientras se acercaba sin reparar en su rostro, en si era bella o desdichada. Esperó a que tomara asiento sobre su vientre y a que se hiciera con su virilidad para incorporarse y abrazarla. Estuvo a punto de huir la mujer, de gritar, espantada al sentir los brazos del castellano ciñendo su cintura, pero Marín la tranquilizó mientras dibujaba con los dedos el contorno de sus labios y entraba más en ella.

—Tienes bonita boca, buenos pechos, suaves muslos —susurró, pegando su boca a su oreja, sin importarle que no lo entendiera.

La cabalgó varias veces durante la noche, la hizo suya de muchas maneras diferentes, comprobó lo rápido que había sanado su brazo, la sensibilidad que volvía a los dedos de su mano tomando con ellos pechos y nalgas mientras se fundía de placer con ella. Intentó besarla en la boca, que la tenía hermosa, oscura, de labios anchos y grandes, pero ella se zafó, riendo. Las indígenas no hociquean, lo encuentran extraño, desagradable, se dijo a sí mismo. Se conformó con llenar de besos sus pechos, lamer su cuello y sus hombros, su nariz y sus ojos, besar el contorno de sus labios mientras la notaba temblar bajo su vientre, gemir como animal en celo.

Gozó de ella muchas veces hasta que al alba aflojó el abrazo, por cansancio, y la dejó marchar, colmada con su simiente. Y durmió plácidamente, de un tirón, pues quería descansar para una próxima entrega.

¿Cuántos días han pasado? Lo ignoraba. Su papel de zángano en aquella deliciosa colmena lo seducía más que la compañía de los rudos y velludos marineros de la *Santa María*. El oro de esas gentes no estaba en sus abalorios, pulseras, esclavas, sortijas, sino en sus bellas y

promiscuas mujeres. Camani estaba a su lado cuando despertó. Marín se encontraba bastante mejor, tenía ganas de hablar y se incorporó.

—He gozado de dos hermosas mujeres. He holgado con ellas muchas veces en estas dos noches pasadas. Sin forzarlas, más bien fueron ellas las que lo hicieron, y ¡por Dios!, que ha sido buena medicina, tan buena como el *tabaco*.

Camani sonrió.

—Tú eres el dios del pelo dorado y ojos azules y las mujeres del poblado ansían tu simiente para engendrar niños robustos que se te parezcan.

—¿Y sus maridos? —Marín recordó que su última amante nocturna tenía grandes pechos, que al lamerlos brotaba leche tibia de sus pezones.

—Sus mujeres aman a un dios, y eso es un gran honor para todos ellos.

—Pues estoy dispuesto a regalar una buena porción de mi divinidad a cada una de las mujeres de la tribu.

Aquella noche fueron dos las mujeres que compartieron sus abrazos. La fantasía que Marín nunca pudo satisfacer en los burdeles de Sevilla, a la que no se atrevían las meretrices por considerarlo un vicio pecaminoso y demasiado grave, tenía lugar en las Indias, a más de treinta días de las costas del mundo civilizado, entre hermosas huríes de suaves pieles cobrizas y húmedos sexos que se ofrecían, anhelantes. Amó a las dos al mismo tiempo, se fundió con ellas en múltiples abrazos, hizo que se abrazaran y gozaran también entre ellas, besó sus cuerpos tibios, bebió de su sudor con boca anhelante, tomó entre sus manos sus formas gráciles, frutos de una madurez salvaje que destilaban cálidos humores entre las yemas de sus dedos, y besó las bocas de ambas mientras su sexo enloquecido jugueteaba con sus cuerpos. Ya no era él el que se dejaba montar, sino quien las montaba y cabalgaba sin tregua, farfullando obscenidades, hasta el agotamiento, hasta que el corazón se le saltaba por la boca y el coro de gemidos abruptos hizo que acudieran algunos varones a la cabaña sospechando que se estaba cometiendo algún acto de canibalismo.

Los testigos rieron con ganas al ver a las muchachas empaladas por la virilidad del dios rubio de largas guedejas y luenga barba. Le gustan nuestras mujeres: es un honor.

—¿Cuántas lunas han pasado? —le preguntó a Camani, al día siguiente.

—Cuatro lunas, Marín.

Recordó lo que Colón les había dicho: Cinco días, y, si no estaba para entonces en la *Santa María*, quemaría la selva, pasaría a cuchillo a todos los indígenas.

—Mañana por la mañana, al salir el sol, deberemos regresar —dijo con sentimiento.

La nueva amante, la última, se anticipó: llegó a la cabaña antes de que anocheciera. Era quizá la más hermosa de todas ellas, la más alta y esbelta, su piel tenía una tonalidad dorada y llevaba los cabellos cortados sobre la frente por delante y muy largos por detrás, sobre sus nalgas. Las caderas sensuales y el sexo oferente en el vértice de un vientre liso que no ha conocido parto. Podría ser la musa que inspirara un cuadro renacentista de Sandro Botticelli, dada su exquisita belleza, si tiñéramos sus cabellos de oro y blanqueáramos su piel. Marín se levantó y ciñó sus caderas en medio de la cabaña, la tomó luego en brazos, la cubrió de besos y de caricias, antes de tenderla en el suelo, y la hizo suya sin quitar la vista de su bella cara. En la mirada de sus hermosos ojos rasgados había sentimientos de temor y placer que se alternaban. Gimió entre sus brazos en la primera entrega, en la segunda, en la tercera y la abandonó, exhausto, tras culminar la cuarta. Precisaba descansar. La tenía a su lado y le pasaba el brazo por la cintura mientras respiraba con fuerza y aspiraba el húmedo calor que flotaba en la cabaña, que la lid de sus cuerpos había multiplicado por mil. La dulce embriaguez del amor, la borrachera de los sentidos.

—¿Qué haces?

No lo entendió hasta luego. Una pasta rojiza, como un engrudo, cubría la mano de la muchacha,

y ese engrudo lo aplicó vigorosamente sobre su pene vencido. La volvió a desear con hambre desmedida, como si no la hubiera catado ya. La cubrió de nuevo, jadeante, la amó una y otra vez hasta la extenuación, hasta el dolor, hasta quedarse seco y verter entre sus muslos la última simiente, y durmió encajado entre sus piernas, aspirando el aroma de su cuello, corazón contra corazón.

No estaba cuando despertó. Con el alba se levantó, se vistió con las calzas y el jubón y salió calzado de la cabaña. Después de tantas jornadas a oscuras, el sol se le hizo extraño. Todos los indios andaban despiertos, y estaba con ellos Camani. Estaban también todas las mujeres del poblado y lo miraban entre risas chillonas mientras lo rodeaban, alargaban sus brazos y le tocaban el rostro y el cuerpo. Marín trató de averiguar con cuáles de ellas había gozado durante aquellas noches como sultán en harén de Berbería, y sólo halló a dos de ellas, de las que estuvo seguro de haber conocido carnalmente. Agradeció a Macuagani —pues ése era el nombre del cacique— las atenciones recibidas, y estrechó el brazo del chamán y luego marchó, no sin gran pesar, dejando tras sí ese Paraíso que había fecundado con gran placer, corriendo por la selva en pos de Camani y un séquito de escolta.

La *Santa María* se balanceaba en la ensenada y botó un batel al verlos aparecer en la playa. Comandaba la barca de remos Juan de la Plaza, que iba a popa, y saltó al agua antes de que la quilla encallara en la playa.

—¿Sois vos o una aparición? No creíamos que volveríamos a veros, la verdad. Saliste cadáver y volvéis lozano. ¿Qué medicina os han aplicado estos salvajes?

Marín no contestó y subió a la embarcación y, tras él, Camani. No tuvo ningún placer el vasco en volver a la *Santa María*, ni alegría en reencontrar a los suyos. Ni siquiera se conmovió cuando el Almirante le dio la bienvenida efusivamente, palmeando su espalda con su fuerte mano, al subir a bordo.

—Durante estos cinco días hemos bordeado la isla y hemos avistado unas extrañísimas criaturas marinas de cuerpos lechosos y abundantes carnes, con pechos como los de las mujeres, que de lejos parecían sirenas y llaman *manatíes*. Pero, decidme, ¿cómo habéis curado tan milagrosamente?

—Por la sabiduría del chamán o médico de la tribu —espetó Marín— y por una sustancia medicinal que se quema y aspira, hojas secas que arden y se llevan a la boca, y que ellos llaman *tabaco*.

—¿*Tabaco*? ¿Y es bueno el *tabaco*? ¿Decís que es como ponerse fuego en la boca?

—Ponerse fuego en la boca y aspirar el humo que produce.

—¿Y sana? —preguntó con incredulidad el galeno, que observaba el brazo curado de Marín sin dar crédito a sus ojos.

—Ayuda a no tener dolor.

Juan Sánchez miraba la herida limpia y cicatrizada del brazo de Marín, tratando de encontrar algún tipo de explicación a lo sucedido. El brazo a punto de gangrenarse y ser cortado ofrecía un magnífico aspecto tras los cinco días transcurridos. Ni rastro de pus, la herida seca y cerrada, la carne soldada, la costra de sangre bien formada que, cuando cayera, no dejaría sino un hermoso surco de guerra en el antebrazo.

—Puede que tengan hierbas y medicinas que no conozcamos en nuestras tierras.

—Una riqueza más a añadir al oro y a las especias —determinó el Almirante, que dio orden de zarpar de inmediato.

Cuando el sol enrojecía el firmamento, la playa desapareció, pero en el pensamiento de Marín perduraron todavía los placenteros abrazos que habían tenido lugar. Había traicionado a Leonor en cuerpos paganos y desconocidos que no se movían por otra cosa que por instintos animales y se sentía feliz y liberado de empezar a comportarse bajo esos designios de la naturaleza que el hombre trataba, siempre a toda costa de domeñar. En los vientres de

aquellas indígenas, que le habían suministrado un placer incondicional, había comenzado a liberarse del amor que lo ataba a la tierra que había dejado al otro lado del mar Tenebroso.

Capítulo XX

Siguieron costeano la isla de Cuba con escaso viento, que parecía que en aquellos parajes no soplara sino cuando lo hacía con violencia. Marín iba tendido en cubierta, expuesta su herida al sol, teóricamente en fase de recuperación, ante la mirada asombrada del galeno, que seguía con incredulidad el proceso curativo de un brazo que él ya daba por amputado.

—Es posible que estos salvajes, sin saberlo, hayan sido recompensados por el Señor con frutos medicinales que frenen su mortalidad —decía, como para sí mismo—. ¿Qué diantre os pusieron?

—Emplastos, saliva y humo de tabaco.

Lo que más desconcertaba a los castellanos era ese hábito de fumar de los indígenas, el rito de tragarse el humo de las hojas secas por la boca y expulsarlo por la nariz. ¿Qué extraño placer obtenían del hecho absurdo de aspirar humo?

—Puede tratarse de un rito demoníaco. —El galeno salmantino había tenido tratos con la Inquisición en Valladolid y parecía saber del asunto. Alguna vez había hablado de cómo aplicaba sus conocimientos científicos sobre la piel y el músculo del reo para recuperar para el sufrimiento, condenados que habían agotado su capacidad para el dolor—. ¡Tragarse el humo!

—repitió, asombrado—. Nadie, sino es el mismísimo diablo, puede hacerlo.

Desembarcó al mediodía un grupo armado capitaneado por Colón y Juan de la Cosa; iban en él Juan de la Plaza, Domingo *el Negro*, Jacomel Rico, otra gente diversa, y Chasej y Camani. Y lo mismo hicieron los hermanos Pinzón a bordo de sus bateles. Quiso acompañarlos Marín, pero fue el propio Almirante el que le ordenó que cumpliera reposo sobre la cubierta del barco.

Martín Alonso Pinzón no ofrecía muy buen aspecto: tenía la piel amarillenta y el aliento acre. El contraste con su hermano gemelo era evidente. Mirando a Vicente, podía verse a Martín Alonso sano. Corrían rumores de que los excesos carnales del mayor de los hermanos Pinzón estaban detrás de su aspecto enfermizo y débil, que muy hermosas y fogosas eran las dos nativas embarcadas en su cámara con las que no cesaba de holgar, y la salud se le iba por el miembro viril con la misma rapidez que la simiente.

—No creo que sea muy sano ayuntarse con esas criaturas y deberíamos advertirlo a todos —había dicho Juan Sánchez, a requerimientos de Colón, cuando advirtió extrañas y repugnantes dolencias en algunos de los miembros de la tripulación que se habían dado al fornicio en el día de licencia—. Así como nosotros no estamos acostumbrados a las inmundicias que comen y si las comiéramos con mayor frecuencia seguramente enfermaríamos, algo malo puede pasar si existe contacto íntimo frecuente con personas de otras razas, que es como si fueran animales distintos del humano. Y no es el mío un discurso moral, allá cada cual con su conciencia, allá cada cual con su pecado, sino médico.

—¡Y me lo decís vos! ¡Y ahora! Buen remendador de cuerpos sois que a punto estuvisteis de serrar el brazo de mi escribano. Andar la mujer desnuda convida e incita a los hombres presto, pero mucho usar ellas de tan aborrecible pecado las hace malas como bestias.

Se internaron por la selva, una vez que dejaron varados los bateles en la playa, y la treintena de hombres caminaron en hilera, dado lo accidentado del terreno y la espesura de la vegetación. El sol estaba en su cénit y hacía tanto calor que hasta algunos árboles sudaban. Reparó en ese extraño fenómeno Juan de la Cosa y lo comunicó a Colón a voces. El Almirante acudió a donde gritaba el propietario y patrón de la *Santa María* y puso la mano donde éste le indicaba. De un tronco abierto parecía manar como una extraña leche pegajosa, del mismo modo que los pinos de Soria lloraban resina. El Almirante se llevó la mano pringada a la nariz y la olfateó durante un buen rato, lo rozó con la lengua y escupió violentamente.

—¡Es repugnante! Espeso como la goma.

Tropezaron, en su caminata, con un extrañísimo animal que a punto estuvieron de lancear. Andrés de Yruenes arrojó su pica, pero el monstruo, rápido de reflejos, desapareció de un salto

en la espesura y el mango del arma tembló unos instantes, hincado en tierra. Aquel ser monstruoso era del tamaño de una liebre, tenía hechura de raposo, pies de conejo, cabeza de hurón, cola de zorro y pelo alto. Cuando le preguntaron a Camani por su nombre, éste contestó:

—*Gaubiniquinaj*, bueno para carne.

Llegaron hasta un torrente. Los hermanos Pinzón platicaban entre ellos al borde del agua. Juan de la Plaza la emprendía a estocadas contra las ramas de los árboles mientras Juan de Medina, sudando copiosamente, se derrumbaba sobre la maleza y entregaba brazos y piernas a las nubes de insectos que revoloteaban. El curso de agua parecía manso y poco profundo. El río transparente, que dejaba ver bien su fondo de pequeñas piedras, parecía nacer de una montaña lejana cuya cumbre se ocultaba tras un mar de nubes. Colón llegó a la avanzadilla de su pequeña tropa resoplando y con la mano todavía pegajosa por aquella extraña resina que había tocado. Se reunió con los Pinzón y observó con curiosidad el fondo de pequeñas piedras. El sol estaba justamente en la perpendicular del agua, por lo que todo brillaba de una forma inusitada, como si tuviera luz propia. También brillaban los pequeños cantos del lecho fluvial y Colón ordenó que todos se metieran en el río y tomaran de aquellas pequeñas rocas por si entre ellas había el preciado oro. Todo un espectáculo para los guacamayos que observaban, prendidos de las ramas de los árboles colindantes, a aquellos enloquecidos barbudos chapoteando con el agua hasta la cintura y tomando puñados de piedras y tierra que depositaban en la orilla. Nada. Ni un solo grano de oro, ni una triste pepita, puede que hierro, cuarzo, granito, pero nada que valiera la pena.

—Está bien. Dejémoslo. Decidieron ir subiendo por el torrente, puesto que su agua era escasa e iba menguando en profundidad a medida que lo ascendían. Atravesaron una zona muy boscosa, con árboles muy altos y espigados que servían de refugio a múltiples aves de muy diversos tamaños y monos que chillaban y saltaban de rama en rama al verlos, siguiendo desde lo alto esa extraña procesión de hombres vestidos, pese al calor, y con los rostros quemados por el sol.

Vieron una enorme ave de plumaje rosáceo que se balanceaba en una rama demasiado pequeña para sostenerla. El ave miró a los recién llegados y aleteó pesadamente para levantar el vuelo. El jugador Jacomel Rico lanzó con fuerza y destreza la pica y su punta de acero hizo blanco en la inmaculada pechuga del animal. El emplumado graznó de forma horrisona antes de caer al agua, y estuvo flotando, ensartado en la lanza, hasta que fue rescatado por su cazador. Una salva de vítores y aplausos saludó la hazaña.

—Resérvame los muslos, Jacomel —le gritó Juan de la Plaza.

—La pechuga, nada como la pechuga —dijo Domingo *el Negro*.

La hazaña de Jacomel inauguró la temporada cinegética. Todos intentaron cobrarse su pieza entre las abundantes aves que, descubierto el peligro, huyeron despavoridas. Unas fueron ensartadas en las picas, otras decapitadas brutalmente por el tajo de las espadas, las más asaeteadas en pleno vuelo, y todo ello bajo la infernal algarabía de los monos que parecían alentar la carnicería desde lo alto de los árboles.

Con las piezas cobradas colgando del cinto, manchando camisas y jubones, y una corte de moscas, moscones, avispa e insectos, alentados por el hedor de la sangre y de la carne muerta, los castellanos siguieron chapoteando en las aguas bajas de aquel río y pasaron ante árboles cuyas fragancias les recordaban a los de las preciadas especias.

—¿Pimienta?

—¿No es canela?

—¿Qué tendrá que ver pimienta y canela?

—Más bien huelo a mierda.

—Eso es que os estáis oliendo vos mismo.

Llegaron a un poblado que se alzaba en una de las márgenes del río, no más de diez pequeñas chozas de cáñamo desperdigadas entre las que correteaban perros famélicos y los negros *guajolotes* de espantosa cabeza, que huyeron con movimientos torpes al verlos. Era la hora en que el calor apretaba con más fuerza y puede que esta vez el sopor, lo profundamente que dormían, fuera lo que había impedido a los indios advertir su llegada. Silenciosamente, como zorros en gallinero, los castellanos entraron en las cabañas con las espadas desenfundadas. Los indios y las indias, y sus pequeños retoños, dormían balanceándose encima de sus hamacas tal como vinieron al mundo, y el trenzado de esas camas aéreas que fascinaban a los barbudos imprimían su dibujo en sus carnes. Domingo *el Negro*, que entró en una de las chozas seguido de Juan de la Plaza y Jacomel Rico, ensangrentado éste por el cuerpo sin vida de la enorme ave que había capturado, puso su mano áspera sobre el cuerpo de una de las muchachas yacentes que se balanceaba indolentemente suspendida en el aire. Palpó sus pechos y la torpe caricia hizo abrir los ojos a la muchacha, que no gritó, sino que quedó muda, aterrorizada, a punto de perder el sentido ante la mirada bestial y lujuriosa del español desnarigado y la barba cerrada y negra que convertía su rostro en una careta de espanto. Abrieron también los ojos los varones indígenas y quedaron inmóviles mientras las espadas de los castellanos les señalaban directamente el pecho. Debieron de pensar que, como los caníbales *caribes*, aquellos intrusos venían a devorarlos. Y eso es lo que intentaron. Domingo *el Negro* tomó entre sus brazos a la muchacha que, entonces sí chilló, pataleó y se revolvió, y la llevó contra el suelo mientras su manaza cubría su boca, ajena a la lluvia de mordiscos rabiosos que le propinaba la india. El condenado se bajó el calzón y a punto estaba de consumir su deseo y gozar de la brutalidad de su ayuntamiento cuando la voz encolerizada del Almirante zanjó todo apetito carnal. Con aturdimiento, se alzó y de malas maneras cubrió y domeñó el miembro depredador mientras, ahora sí, reparaba en las mordeduras de su mano, peores que las de un perro rabioso, de las que manaba la sangre en abundancia y le dolían todo lo que no le habían dolido antes.

—¿Qué sucede? No voy a consentir comportamientos bestiales de ninguno de nosotros, ni indisciplina.

Juan de la Plaza y Jacomel Rico enfundaron las espadas mientras Juan de la Cosa y los hermanos Pinzón entraban también en la cabaña. Domingo *el Negro* jadeaba, pero ya no de placer ni de excitación, sino de terror. Su piel oscura, que le daba el apelativo, se había tornado de un gris ceniza, y hasta su descomunal estatura parecía haber mermado a causa del miedo.

—Se hace difícil para el hombre dominar los impulsos de la carne con semejantes mujeres desnudas —intercedió Martín Alonso Pinzón ante el Almirante—. No seáis muy duro con él, que no tiene la culpa de que vayan desvestidas como bestezuelas, provocando la lubricidad. Imaginad lo que ocurriría en la muy civilizada Sevilla si un día, puestas de acuerdo todas las mujeres, dejaran sus trajes colgados en sus casas y salieran en puros cueros a las calles. ¿Qué estarían buscando si no ser montadas?

—Os veo hartos comprensivos con este tipo de desmanes —le respondió Colón—. Será castigado, pero no con el rigor que se merece. Permanecerá dos días encadenado en la sentina a pan y agua, a ver si así merma su apetito de carne. Y ahora, que vengan Camani y Chasej y pregunten a estas gentes si hay oro por la comarca.

No había oro. Y los indígenas de ese poblado estaban tan espantados que ni indicaron otra isla o más al interior, como solían hacer con picardía cuantos indios avistaban. Regresaron por donde habían venido, murmurando, pues no entendían cómo días atrás les había dado licencia el Almirante y ahora se mostraba tan inflexible con sus debilidades humanas. Llegaron hasta la playa, subieron a los bateles y bogaron hasta las naves para dejar a recaudo del cocinero las piezas que habían cazado.

—Parece garza esta bestia —dijo Juan Vicuña, disponiéndose a desplumar el ave que le había entregado Jacomel Rico. Hará buen caldo esta noche.

—¿Caldo, con el calor que hace? Loco estás, cocinero.

Juan de la Plaza condujo a la sentina a Domingo *el Negro* y lo encadenó al suelo junto a unas argollas metálicas. Rodrigo Muñoz, el loco, saludó con gritos de alegría su compañía y se removió haciendo ruido con sus cadenas. Gritó, mas sus palabras eran ininteligibles, como si hubiera perdido el don del habla. Reinaba en aquel infierno del barco un hedor insoportable multiplicado por el calor y la falta de ventilación.

—Sois un traidor —le escupió el violador al excapitán de los tercios.

—Cumpló las órdenes del capitán general de la flota.

—Todos ibais a hacer lo mismo detrás de mí. ¿Por qué cargo yo con las culpas?

—Por estúpido y poca cabeza. El sexo os come el seso. Ya holgaremos, Domingo, holgaremos tanto con ellas que las acabaremos aborreciendo. Pero a su debido tiempo, cuando nadie nos mire, ni nos vigile, ni nos pueda descubrir. Pensad en esa fierecilla que pudo ser vuestra si hubiera tardado un poco más el Almirante en descubrirlos. Imaginad que sí lo fue y así se os pasarán más rápidamente los dos días de encierro. Que no os devoren las ratas, amigo, que no os contagie su demencia esa cosa que tenéis al lado.

—Dejad una antorcha encendida —suplicó.

—No puedo. Podéis quemar el barco.

Martín Alonso Pinzón se trasladó a la hora cuarta a la *Santa María* para intercambiar novedades con Colón. Pidió permiso para entrar en su cámara. El Almirante estaba medio desnudo, sin camisa, con el torso al aire, fuerte como un tonel, su misma forma, cubierto de matas de pelo de un rubio oscuro.

—Un portugués que va en mi navío ha jurado ver a un indio que transportaba corteza que cree de canela.

—¿No distingue por el olor ese portugués el aromático árbol de la canela?

—Es un portugués indisciplinado, Almirante. Navegó y naufragó a las órdenes del rey Juan II de Portugal. Desembarcó por su cuenta y riesgo ahora en la playa y exploró por la zona norte de la ensenada. Hay un poblado muy cercano y en él nuestro hombre vio a ese indio con la corteza del árbol de la canela.

—Lo que indicaría, de ser cierto, que estamos en las Indias.

—Creía que estabais convencido de ello.

—Y lo estoy —dijo, poniéndose la camisa a toda prisa—. Sois vos quien dudáis constantemente. Desembarcaron de nuevo Colón y Pinzón con un grupo de hombres, entre los que se encontraba el portugués, que los guió hasta la aldea. Llevaban granos de pimienta y ramitas de canela como muestra y Camani, que iba con ellos, preguntó a los indios dónde se encontraban esas sustancias. Dieron muestras de conocerlas, se las llevaron a la boca y a la nariz, y luego extendieron el brazo y señalaron hacia el interior de la isla, hacia la montaña que un manto de nubes cubría perpetuamente.

—Pregúntales por el oro —le ordenó Colón, irritado, destrozando entre sus dedos una barrita de canela hasta hacerla diminutas astillas.

—*Bohío* —dijo el más anciano de la tribu, un indio al que le faltaban casi todos los dientes de arriba.

—¿Qué dice?

—Que en Bohío, hacia allá —y Camani señaló mar abierto—, hay gentes que llevan oro en orejas, piernas y cuello.

El anciano siguió hablando, muy excitado, mientras hacía grandes aspavientos con los brazos y pateaba el suelo. Relataba un suceso terrible y lo escenificaba como el mejor actor de comedias.

—¿Qué está explicando?

—Por ahí hay una isla en donde hay hombres con un solo ojo y aspecto de perro que devoran

carne humana, que cortan las cabezas y los sexos de los hombres, beben su sangre y asan su carne. *Caribes*.

Los castellanos, que oyeron a Camani, no pudieron evitar el horror ante lo que oían, y Colón trató de quitarle importancia y lo achacó todo a la fantasía de esa gente ignorante.

—Empiezo a dudar de la existencia de esos *caribes*. No los devoran. Los apresan para utilizarlos como esclavos, lo que, sin duda, debe de ser bastante fácil. No he visto pueblo más débil, asustadizo y sumiso como el que habita estas islas, entre los que los guerreros del Gran Kan deben de hacer sus razzias.

Descubrieron, en los alrededores de la aldea, tierras cultivadas con unas plantas que se parecían a las zanahorias y a las habas.

—No sólo viven de la caza y de la pesca, puesto que conocen los secretos de los campos —dijo el Almirante al mayor de los Pinzón, antes de regresar a las naves.

Pedro de Terreros cantaba la hora nona, volteando la ampolleta, cuando se extendieron por la nao *Santa María* los efluvios tentadores del caldo que había cocinado Juan Vicuña con la garza, grulla o lo que fuera. La tripulación se peleaba por una taza de caldo, aunque les hiciera sudar, y por una ristra de carne algo más dura que la de pollo. Asaron también los otros pajaritos, comieron hasta los huesos, que eran blandos y cartilagosos y después de la cena mandó llamar Colón, a través de su fiel sirviente Diego de Salcedo, a Marín de Urtubia.

—Buen aspecto hacéis, amigo Marín —le dijo, saludándolo al entrar.

—Podría combatir de nuevo con el brazo.

—Limitaos a escribir con el otro.

Relató, mientras paseaba, lo sucedido durante el día, omitiendo, expresamente, el incidente en el que se vio envuelto Domingo *el Negro* y su posterior castigo. Marín lo sabía, pero calló con discreción, y se aplicó, bajo la luz del candil, a transcribir el verbo nervioso, la jerga ininteligible que utilizaba Colón, propia del Mediterráneo, en la que se mezclaban sin orden ni concierto palabras italianas, castellanas, portuguesas y catalanas. Le hizo leer a viva voz, para comprobar que no traicionaba lo dicho, y lo mandó a dormir.

—¿Vuesa merced no duerme?

Se decía, porque nunca se apagaba el candil de la cámara, que el Almirante no dormía. Que su forzada vigilia se debía a una pesadilla recurrente que lo hacía estallar en alaridos y en convulsiones cuando perdía de vista el mundo y se hundía en las profundidades del sueño. A Juan de la Cosa le había contado que, en un naufragio, sus huesos fueron a dar a una playa de África en donde fue esclavizado. Juan de la Cosa contó a Rodrigo de Escobedo, el notario de Segovia, que Colón le había dicho que fue prisionero de caníbales negros y contempló cómo esos salvajes devoraban, tras despellejarlos, a sus congéneres sin molestarse antes en matarlos. Rodrigo de Escobedo, a mitad de la travesía, algo achispado por el vino rancio de la bodega, contó ante un grupo de marineros cómo Colón llegó a devorar carne humana cuando se hallaba prisionero de un grupo de antropófagos africanos. La historia crecía y se adornaba con nuevos y horriblos detalles a medida que pasaba de una boca a otra. Lo cierto es que el Almirante había dejado de dormir desde que se produjo el conato de motín a bordo y desde entonces siempre vigilaba, pues seguía sintiéndose extranjero y no se fiaba de los que lo rodeaban.

—Hoy han vuelto a hablar de los carniceros caníbales —dijo Colón—. El reyezuelo de una de las tribus ha explicado un cuento de horror seguramente para que no vayamos a la isla de *Caniba* o *Caribe*, que con ambos nombres la designan. Dudo que las atrocidades que explican sean ciertas; es pueblo mentiroso, aparte de débil.

—Yo he visto las cicatrices que han dejado esos salvajes antropófagos en las carnes de los tainos. Camani luce una.

—Ser comedor de carne humana es lo más abyecto a lo que puede llegar una persona. Si es así, son bestias despreciables que deberíamos exterminar.

—Nosotros no nos comemos a nuestros congéneres, nos limitamos a quemarlos vivos en las plazas públicas. Buenas noches, Almirante.

—Buenos sueños, Marín. Que Dios os acompañe.

—¡Hora décima! —cantó el de Terreros.

Y gritó, en la sentina, Domingo *el Negro*, en lucha con alguna rata en la más completa oscuridad. Maldijo hasta quedar ronco sin que consiguiera despertar de la modorra a ninguno de los que dormían sobre las tablas de la cubierta, blasfemó y gritó contra De la Plaza y el propio Almirante, e hizo coro con los lastimeros gruñidos de Rodrigo Muñoz.

Capítulo XXI

Bartolomé García, el contraamaestre de la *Niña*, pisó la cubierta de la *Santa María* muy excitado para comunicar a Colón que había hallado un bosque de almáciga. El natural de Palos traía el rostro tan quemado por el sol que la piel literalmente se le caía de la cara, pues era rubio y su tez, por tanto, más delicada. El Almirante envió de inmediato a tierra —pues por fin se cumplían sus predicciones de hallazgos de especias y resinas preciosas— a Rodrigo Sánchez y al contraamaestre, el cordobés Diego de Arana, con un grupo de hombres para, que le trajeran alguna resina, y no tardaron en regresar con un cuenco lleno de ella y con un tronco que habían cortado como muestra del hallazgo.

—Hacia el nordeste de la isla, detrás de una vaguada, tras pasar un riachuelo de agua escasa, se halla un bosque frondoso de almáciga. Árboles altísimos, Almirante, de más de treinta pies de altura, muy juntos y de color como el del cobre.

Colón observó con detenimiento el cuenco repleto de la preciosa resina. Era clara, translúcida, de color similar al del oro puro y, al acercar la nariz, el aroma era fuerte, penetrante.

—Se diría que no desmerece del de algunos bosques de las islas Jónicas.

Se dirigió el Almirante a Diego de Arana, que se mostraba escéptico ante el descubrimiento y no compartía el entusiasmo de Colón.

—¿No os alegráis? No es oro, pero como si lo fuera —barbotó Colón, excitado—. Del almacigo se aprovecha todo. De su fruto comen los cerdos, de sus hojas, las ovejas, y no hay mejor remedio contra toses y resfriados que su resina. Juan de la Cosa, el de Santoña, se mostró más entusiasta ante el descubrimiento vegetal. Encaróse con Bartolomé García.

—¿De cuántas hectáreas estaríamos hablando?

El contraamaestre de la *Niña* no supo precisarlo, pero habló de todo un valle cubierto por esa variedad de lentisco tan valioso.

—Almirante, se podría establecer una factoría que generaría una gran riqueza de la extracción de la resina —dijo el propietario de la *Santa María*.

Colón estaba de buen humor, aunque su rostro acusara el cansancio del viaje, pero su espíritu estaba alegre dentro de su cuerpo, como si la excitación que le deparaba el avistamiento de nuevas tierras, de tantas islas y de diversos tesoros y riquezas en cada una de ellas paliara el deterioro físico que la renuencia al sueño le causaba, así que cuando Marín de Urtubia, respetuosamente, se dirigió a él para interceder por Domingo *el Negro*, que seguía preso en la sentina, aceptó ponerlo en libertad, veinticuatro horas antes de que expirase el plazo del castigo que le había impuesto.

—No acabo de entender, escribano, qué extraño lazo os une a esa chusma. Id y liberad a ese violador frustrado, a esa fea y despreciable alimaña. Hoy me siento generoso.

Marín y Juan de Medina encontraron a su compadre colérico y revolviéndose al presentirlos, que no verlos, pues era mucha la oscuridad, y resonó por toda la sentina el ruido que las cadenas hicieron mientras huían las ratas que reinaban en ese espacio de la nao.

—Quedaos quieto o no podremos abrir estos grilletes.

—Podéis estar contento, ya que el Almirante, en un alarde de generosidad, ha decidido conmutaros a la mitad la pena que os impuso.

—Y daos un chapuzón en el agua, vuestro hedor a mierda es insufrible.

—¿Y éste?

La luz de la antorcha iluminó la cara de Rodrigo Muñoz. Causaba espanto mirarlo. Sus desmadejados cabellos se habían vuelto grises y la piel de su rostro se hallaba cubierta de costras purulentas. Fijó sus ojos en los recién llegados, sin llegar a verlos, movió los labios, mas no salió de ellos palabra inteligible, sino un gruñido animal.

—Más valiera matarlo que tenerlo encerrado como una bestia —dijo Marín.

Domingo *el Negro* subió a cubierta y, ante su hedionda presencia, toda la marinería se apartó,

haciendo expresivos gestos de asco, puesto que se había ensuciado en las ropas durante su estancia en la sentina. Se desembarazó de ellas con celeridad y se quedó en puros cueros, las tiró por la borda y luego hizo él lo mismo con su cuerpo ante el júbilo general.

—¡Feo sirénido!

—¡Horrible ballena!

—¡Mierda remojada!

Mojado, y algo más limpio, el desnarigado subió a cubierta y cubrió sus desnudeces con un sayo de vasta tela que le ofreció el cocinero de la nao y luego fue en busca de los suyos.

Andaba Juan de la Plaza en actitud amistosa con Marín de Urtubia, intrigado por la rapidez con que la herida por él inferida se había curado cuando Domingo *el Negro* se sentó a su lado.

—Es para mí un misterio cómo unos salvajes ignorantes pueden haberos salvado el brazo.

—Quizá no sean tan ignorantes como suponemos. En algunas cosas pueden sacarnos ventaja.

—En sus mujeres, sin duda. Confesad, bribón, a cuántas conocisteis.

—¿Se ofrecían ellas o las tomabas? —inquirió Juan de Medina.

Estaban los tres hombres sentados a su alrededor, con mirada desorbitada, mientras el indio Camani, que los contemplaba desde una determinada distancia, no entendía la obsesión que los dioses blancos y barbados sentían hacia sus mujeres ni la excitación que experimentaban al verlas desnudas. ¿No era ése el estado natural en que se venía al mundo? Pues, ¿de qué se extrañaban?

El Almirante estaba convencido de que la isla guardaba más secretos escondidos en sus feraces tierras, y prueba de ello era el bosque de almáciga que habían hallado, y no dejaba de observar un monte lejano y alto que se divisaba, sobresaliendo entre los bosques, intuyendo que quizá, cerca de él, se encontrara algún yacimiento aurífero. Precisaba voluntarios para explorar el interior de la isla y Juan de la Plaza, que lo oyó comentarlo con Diego de Arana, se ofreció presto para encabezar la expedición.

—Está bien —dijo Colón, convenciéndose, pues el extremeño tanto lo fascinaba por sus dotes militares de mando, como lo repelía por lo que conocía de su vida como forajido—. Tomad cuatro hombres, pertrechadlos de armas y subid a ese monte, desde el que tendréis buena vista de la isla. Nosotros bordearemos la costa y nos encontraremos de aquí a dos días en este mismo punto.

Juan de la Plaza tomó como acompañantes a Domingo *el Negro*, Juan de Medina, Domingo de Lequeito y Jacomel Rico, pero no consiguió que se apuntara a la expedición Marín de Urtubia, que alegó sentirse cansado, excusa que emboscaba su aversión a verse mandado por alguien en quien no reconocía autoridad. Cogieron espadas, picas y un arcabuz, se pertrecharon con sus pesadas armaduras y cascos y vituallas, y descendieron al batel. A golpe de remo la barca se desprendió de la nao *Santa María* y bogó hacia la costa.

Se internaron en la selva y anduvieron por ella durante toda la jornada, bajo un calor asfixiante, teniendo como referencia el monte que a veces perdían de vista por la alzada de los árboles. De vez en cuando la selva era tan cerrada que, para abrirse paso, debían desenvainar las espadas y cortar las ramas que se lo cerraban.

—Descansemos un rato —imploró el desnarigado Domingo *el Negro*, al límite de sus fuerzas, tomando asiento sobre un tronco podrido mientras bebía su propio sudor.

Juan de la Plaza aceptó hacer un alto. Unos apoyaron la espalda en los troncos de los árboles, otros se sentaron en cuclillas, aunque todos estaban alerta porque los insectos, inclementes y hambrientos, trepaban por sus velludas piernas y los picaban sin compasión. Había hormigas gigantes, tan grandes y tan feroces que, aun seccionando sus cuerpos, no aflojaban sus mandíbulas de la carne que habían mordido, y enormes arañas peludas gigantescas como manos, que si hubieran estado en la costa habrían tomado por cangrejos.

Juan de la Plaza había desenvainado el cuchillo que llevaba colgando del cinto y afilaba, para

distraerse, una rama cortada.

—Amigos —dijo, con cierta solemnidad—, yo no voy a regresar a Castilla. Ésta es una decisión que he tomado en firme. No quiero más grilletes o que me cuelguen, ni quiero la miseria y el aburrimiento de lo que nos espera en nuestra patria. Esta tierra es fértil, y los salvajes que la habitan, dóciles, y sus mujeres hermosas. No veo que se trabaje mucho, ni que existan más peligros que las picaduras de los insectos.

—Yo estoy contigo, Juan de la Plaza —apoyó Jacomel Rico—. Renuncio a los dados por asentarme aquí.

—Y yo —aseguró Juan de Medina.

—El almirante no dejará que nos quedemos —objetó Domingo *el Negro*.

—Que nos busque —desafió Juan de la Plaza—. Que intente encontrarnos ahora, si es capaz.

—No desafiéis al Almirante.

—¿Le tenéis miedo, Domingo? Creía que lo odiabais. ¿O es que estáis agradecido al haberos conmutado a la mitad la pena impuesta?

—No soy ningún cobarde —rugió el gigante, rechinando los dientes.

—Pues a eso oláis cuando os sacaron de la sentina.

—Yo sólo deseo regresar a mi Vasconia —dijo, de repente, para sorpresa de todos, Domingo de Lequeito.

—¿Echáis de menos aquello? Tengo entendido que apenas luce el sol, que hace frío en invierno y que sus mujeres no son tan dulces como las de aquí.

—No consiento que faltéis —dijo el de Lequeito, levantándose y avanzando hacia el que le había injuriado—. Me espera mi mujer, tengo una familia, cosa que no tenéis ninguno de los que aquí estáis, y ansío reunirme con ella.

—Me conmueve vuestra estupidez —rió Juan de la Plaza—Aquí tendríais todas las mujeres que quisierais, toda la isla sería vuestra, todo el oro que encontraseis, porque cada uno de nosotros es un rey aquí. ¿No os habéis dado cuenta? ¿Qué leyes existen en estas tierras, dejadas de la mano de Dios, que no sean las que nosotros queramos imponer? Y tendríamos súbditos, cientos de ellos, que nos construirían palacios a orillas del mar. ¿A todo eso renunciáis por una mujer que en unos años será vieja y reacia al débito conyugal? Dura cabeza tiene este vasco.

Continuaron el camino, tras el descanso, con nuevos ímpetus hasta que avistaron una aldea en el fondo de un valle. Descendieron la colina y se aproximaron a ella con las espadas desenvainadas. Había una especie de senda, de la que habían arrancado árboles y matas, que conducía directamente al poblado. Los indios —medio centenar— no huyeron al verlos, lo que parecía confirmar que la noticia de que los hombres llegados del cielo andaban por aquellas islas corría de boca en boca. Salió a recibirlos un comité de bienvenida integrado por los que parecían notables de la aldea, su cacique, que lucía abalorios de oro alrededor del cuello, el chamán, con pinturas rituales en la cara y el pecho, y diez jóvenes bien proporcionados que portaban rudimentarias lanzas acabadas con puntas de alguna especie vegetal. Hablaron en una jerga incomprensible y Juan de la Plaza les respondió en castellano y, sin embargo, se entendieron, más por el tono de las palabras que denotaba recibimiento amistoso y bienvenida, que por otra cosa. Algunos, los más osados, se acercaron a tocar sus armaduras, sus caras y hundir los dedos por entre las espesas y luengas barbas que les llegaban a mitad del pecho. Tomaron sus espadas por el filo, se cortaron los dedos y lanzaron exclamaciones de dolor mientras chupaban la sangre que de ellos manaba. Los indios miraron con recelo las picas de los castellanos, altas y terribles, acabadas en puntas de acero capaces de atravesar de parte a parte a un hombre. También había muchachas, tan desnudas como fueron echadas al mundo, de bellos cuerpos y suaves y largos cabellos que emboscaban la desnudez de sus pechos. Ellas rieron al verlos y se hicieron a un lado, aunque alguna, más osada, alargó su mano para palpar aquellos extraordinarios adornos capilares que ocultaban los rostros de los castellanos.

—Podríamos llevarnos en prenda a unas cuantas de estas salvajes —murmuró Domingo *el Negro*, reparando en tanto cuerpo desnudo que se arremolinaba a su alrededor.

—Controlad vuestros instintos, Domingo —le advirtió Juan de la Plaza, pellizcando con fuerza el brazo del desnarigado—. No conviene enojarlos, puesto que estamos en minoría. Limitémonos a esperar de su hospitalidad.

Había, también, otra clase de mujeres que no andaban tan desnudas como las más jóvenes, sino que se cubrían los sexos con redecillas de algodón, pues serían casadas. Ésas eran más discretas y eran vigiladas de cerca por indígenas que debían de ser sus maridos.

Quien parecía su cacique, que dijo llamarse Guaicán, los condujo a su choza y les ofreció, tras invitarlos con un gesto a que tomaran asiento en un suelo cubierto con hojas de palma seca, carne de aquel lagarto llamado *iguana*, una bebida blancuzca y alcohólica en cuencos que parecía cerveza y que, en cuanto bebieron, estuvieron a punto de escupir, pues les quemaba los labios el *ají que* llevaba, especia picante que usaban los indios y que provocaba la risa contagiosa de los anfitriones, y luego un fruto redondo y blando, cubierto con una fina piel rojiza, que se deshacía entre los dientes.

Juan de la Plaza preguntó, por gestos, el nombre de ese extraño vegetal de pulpa blancuzca que saciaba mucho el hambre al comerlo.

—*Patata*-respondió el cacique.

—*Patata* —repiteieron los castellanos, divertidos por su nombre, mientras lo saboreaban.

—No tiene mucho sabor —advirtió Domingo de Lequeito, con la boca llena de él.

—Pero es harinoso —repuso Juan de Medina.

—Como el pan.

Y como él lo tomaron, acompañándolo con los trozos de *iguana* asada que les ofrecieron los indios.

Empezaron a danzar, ante ellos, un grupo de diez hombres desnudos, con plumas cogidas con cintas de *bejuque* en la nuca. Una danza lenta, rítmica, triste, mientras miraban con ojos desorbitados a los extranjeros. Y mientras se movían, haciendo campanillear los cascabeles que ceñían sus tobillos, entonaban una canción que parecía un rezo: el *areito*. Hablaban de que vendrían a la isla unos seres extraordinarios de largas barbas y con el cuerpo vestido, que podían cortar por la mitad a un hombre con las espadas que traerían ceñidas, que despreciarían a sus dioses, reprobarían sus ritos, verterían la sangre de sus hijos y cautivos los llevarían. Y aquellos hombres ya habían llegado, estaban allí sentados, entre ellos, y deberían complacerlos para que no se enojasen y blandiesen aquellos brillantes aceros que colgaban, amenazantes, de sus costados. No imaginaban, ni por asomo, el terrible destino que los esperaba: unos morirían de hambre, otros de trabajo forzado, los más de viruela. Ellos mismos se darían muerte con zumo de yuca y con malas hierbas, otros se ahorcarían de los árboles tras colgar antes a sus mujeres, y ellas matarían a sus propios hijos en sus entrañas, negándose a parir esclavos que sirviesen a los extranjeros.

Después de comer, se les acercó el chamán y les ofreció aquellas hojas secas y enrolladas que, prendidas, exhalaban un humo sedante. Les pasó algunos de esos canutos y los instó a chuparlos con fuerza. Tosieron al principio, atragantándose por el humo, mas luego pronto se habituaron y hallaron gran placer en ello, pues los efectos del tabaco les producían en la cabeza una alegría y una euforia muy similares a las de una borrachera de vino, y comenzaron a sentirse como si hubieran perdido los pies, no tocaran tierra y flotaran.

En ese estado de ebriedad estaban, relajados y riendo, aunque ni unos ni otros entendieran de qué hablaban, cuando el cacique Guaicán salió de la cabaña y volvió al poco rato con una bellísima muchacha cogida de la mano. Los castellanos la miraron con ojos cargados de deseo, repasaron su cuerpo delicado y proporcionado de pies a cabeza, fijaron sus ojos en pechos, caderas y en la línea fina y desprovista de vello del sexo que se abría en el vértice de su vientre

como una delicada muesca, e imaginaron entrando en ella y vertiendo el deseo reprimido.

—Quizquea —dijo Guaicán, y no sabían si se trataba de su esposa o bien era su hija la ofrenda. Cogió el cacique la mano de su bello presente y la colocó sobre la dura y velluda de Juan de la Plaza. Se la entregaba. Era su regalo de jefe a jefe.

—Dejadme a solas —ordenó el extremeño a los suyos, conminándolos a abandonar la cabaña. Lo hicieron a desgana, irritados, devorando con la mirada a la muchacha desnuda de la que se disponía a gozar Juan de la Plaza.

—No es justo —gruñó Domingo *el Negro*—. ¿Y nosotros?

Juan de la Plaza contuvo su deseo mientras se desembarazaba de armadura, jubón y calzón, se ponía en pie, desnudo cruzaba la choza y tomaba entre sus brazos el cuerpo exquisito que se le ofrecía sin tapujos.

—Eres demasiado bella para un rufián como yo, princesa.

La muchacha sonrió débilmente mientras el extremeño la abrazaba y la oprimía contra su cuerpo excitado y la boca ardiente del hombre recorría sus hombros y lamía sus pechos, sus manos retozaban con sus nalgas.

Juan de la Plaza tendió el cuerpo de la bella india sobre el cáñamo que cubría el suelo de la choza, como una alfombra, y entró en su suave cuerpo una y otra vez tras abrir sus muslos. La poseyó muchas veces, incansable, anhelante primero, desbocado después, sin reparar en su propio goce que brotaba sin control de su endurecido sexo. La saboreó luego, con la calma, se mostró más suave, saciado el ardor primigenio, y lamió con lengua áspera los contornos de aquel cuerpo tan dulce y manso, los breves senos de oscuros pezones, el ombligo toscamente cincelado en su vientre plano, recipiente de su sudor, mientras la cabalgaba sin pausa, rugiendo como fiera herida cada vez que el placer lo vencía. El placer intenso que obtenía de ella no podía compararse con el brutal conseguido con cuatro o cinco salvajes, apresuradamente, en el día de licencia.

No midió el tiempo, pero el sol ya estaba alto cuando se decidió a liberarla del abrazo de su deseo. Vistióse mientras la india reparaba en el ámbar brillante que el castellano había dejado en sus muslos. Y Juan de la Plaza salió de la choza, tras acariciar levemente el rostro inocente de su amante.

—Habéis holgado a conciencia —el bramido de Domingo *el Negro* denotaba gran enojo.

—Privilegios del mando. Marchémonos.

Abandonaron la aldea tras intercambiar un amistoso saludo Guaicán y el antiguo capitán de los tercios. Quizquea, la bella muchacha india, sobresalió entre la multitud y buscó ansiosa su mirada. Juan de la Plaza, confuso, desvió los ojos, hizo ver que no la veía.

—Vuestra putita quiere más guerra —señaló Domingo *el Negro*, y luego, para sus adentros, mientras aferraba con fuerza la empuñadura de su espada—: No es justo, no, señor, no es justo...

Capítulo XXII

Abandonaron la aldea con gran pesar y hubo resistencia a hacerlo por parte de Domingo *el Negro*, que se iba irritando a medida que rememoraba las desnudeces de la muchacha india e imaginaba a Juan de la Plaza abrazado placenteramente a su cuerpo.

—¡Volvamos! Quiero mi pitanza. ¿Por qué hemos de pasar hambre, mientras os saciáis vos? ¡Quedémonos aquí! —gritó a Juan de la Plaza, que daba la orden de partida—. ¿No desafiabais al Almirante a que nos busque?

—No es el momento.

—¿Por qué no? Somos los dioses de estas bestias, nos permiten, sin pestañear, retozar con sus mujeres. Quedaos con vuestra princesa, o compartidla, o ya nos buscaremos otras nosotros.

—No me hagáis gastar saliva, Domingo, y proceded a seguirnos.

Dos indios se unieron a la comitiva, como guías, para acompañarlos hasta lo alto del monte al que, finalmente, parecían dar alcance. Ascendieron por una dura ladera de afilada cresta, a través de una vegetación que menguaba en altura y se multiplicaba en espesor y laceraba de continuo sus pieles con terribles púas. Maldecían y pateaban cada vez que esas pequeñas puntas de flecha vegetales se hundían en sus carnes y más les enfurecía el comprobar que los dos tainos que los acompañaban parecían inmunes a sus heridas, como si las puntas de las dolorosas púas resbalaran por sus cuerpos aceitosos.

—¿Por qué tenemos que subir hasta arriba? ¿Qué buscamos en la cumbre? —rezongó Domingo *el Negro*, malhumorado, arrastrando su cuerpo grasiento por la ladera.

—Desde la cima divisaremos la isla en toda su extensión, y quizá las islas más próximas.

—¿De qué vais, Juan de la Plaza? ¿De descubridor? Ya tenemos un Almirante, y nos sobra —rió.

La marcha se hacía cada vez más fatigosa y el camino, infinito, no alcanzaba nunca la cumbre: cuando casi parecían tocarla todo resultaba una ensoñación óptica y la distancia, burlándose de ellos, se acrecentaba. El bosque enano se hacía espeso, tupido, apenas permitía el paso de gente entre sus aceradas ramas, que propinaban un mortífero castigo a los profanadores del virginal paisaje. Regueros de sangre corrían por sus piernas, como si hubieran sido arañadas con coronas de espinas o desolladas con duro pedernal, y ante el succulento y espeso manjar se dieron cita los insectos que posaron sus sucias patas en las pequeñas heridas, chuparon la sangre, descargaron sus heces y larvas. Ya no sentían los brazos, adormecidos por tantas picaduras, y las piernas, tambaleantes, los condujeron monte arriba bajo un calor sofocante que evaporaba todo vestigio de humedad y creaba dispersa bruma.

Domingo *el Negro* se sentó en una de las rocas que sobresalían entre la maleza, agotado.

—Yo no sigo —gritó, iracundo—. Bajemos todos —y se dirigió a sus desfallecidos compañeros de ascensión y a los dos tainos, que no daban muestras de cansancio—, y más vale rodear el monte y alcanzar ya la playa por el otro lado de la isla.

A punto estuvo la llamada del desnarigado de surtir efecto entre sus compañeros. Jacomel Rico se acercó a la roca, para hacerle compañía, y Juan de Medina se detuvo, a coger aire y sacudirse los ríos de sudor que caían por su frente y cegaban sus ojos, y Domingo de Lequeito intentó comunicarse, aunque sin éxito, con los mudos tainos, que se extrañaban del cansancio de los castellanos.

Domingo *el Negro* se sacó la pesada armadura, dejó su capacete en el suelo, se abrió la camisa y rugió, furioso, mientras daba manotazos en el aire, ahuyentando los insectos.

—Se acabó. Ya no doy un paso más arriba. Subid vos, Juan de la Plaza, y nos relatáis el hermoso espectáculo y luego se lo contáis al Almirante. ¡Ja! Y chupáis su culo, si os place. El calor hervía el cerebro de las gentes, el incesante cri-cri de los insectos invisibles era la música de la locura. Nunca Domingo *el Negro* se hubiera atrevido a hablar de ese modo a Juan de la Plaza si no estuviera al límite de su resistencia, de su paciencia, y le diera, en las actuales circunstancias, todo igual.

—¡Están cansadas estas mujerzuelas! —gritó Juan de la Plaza, colgándose el puñal del cinto y envainando la espada con la que la había emprendido contra los matorrales espinosos—. ¡Maldito calor! ¡Putos insectos! —exclamó, aplastando de una palmada un abejorro que le picaba en el muslo.

Juan de Medina fue el primero en verla. Se emboscaba entre la maleza, pero o no lo hacía a conciencia o buscaba ser descubierta. La bella Quizquea sobresalía entre los matorrales y los dos guías tainos se dirigían a ella con ánimo de persuadirla para que se alejara.

—Vuestra yegua, Juan de la Plaza, al parecer no ha quedado saciada, o busca otras monturas —dijo Juan de Medina, levantándose y yendo hacia ella.

—El Señor hace justicia —barbotó Domingo *el Negro*, poniéndose en pie también.

La tomó el castellano por el brazo, tras apartar de ella a los dos guías tainos, y la condujo ante la presencia de Juan de la Plaza. La muchacha alzó los ojos, miró al extremeño y sonrió dulcemente mientras alargaba la mano e intentaba asir su muñeca, pero el excapitán de los tercios apartó bruscamente su brazo.

—La palomita anda preñada de vos. Permitid que nos conozca a todos y juzgue por sí misma.

Juan de la Plaza asintió con la cabeza, con disgusto, y se dio la vuelta. La escena le recordaba cuando entraba en las ciudades sitiadas y las mujeres se le ofrecían para evitar ser violadas por la soldadesca, confiando en vano que, tras saciar con ellas su deseo, las defendería de la rapiña. Nunca lo hizo. Y tampoco lo haría ahora. Se alejó, impasible, sin volver la cabeza, para no ver ni oír.

Primero la tomó en sus brazos Juan de Medina, sin encontrar resistencia: la muchacha estaba demasiado asustada para negarse a sus lúbricos requerimientos, le atenazaba todo el cuerpo el deseo furioso que descubría en la mirada que brillaba bajo el ceño del hombre barbado. El castellano se bajó el calzón y la hizo suya sin prolegómenos, de pie, sujetándola por las nalgas, para que no huyera. Y a Quizquea el miembro de aquel dios brutal le dolió en las entrañas, como un lanzazo, mientras vaciaba en su cuerpo su deseo ardiente tras las primeras embestidas y le hería rostro y pechos con las duras púas de su barba. Pasó luego mansamente a brazos de Jacomel Rico, que la tumbó en el suelo, de espaldas, y cabalgó furioso su lomo húmedo y arqueado mientras la agarraba por las tetas. Uno tras otro, los hombres barbados de cuerpos hirsutos y grandes narices retozaron con su cuerpo y se desahogaron en él. Y entre abrazo y abrazo de aquellos machos cargados de brutal deseo, Quizquea buscó la mirada de Juan de la Plaza, pero no la halló. Y Quizquea gimió, de tristeza y dolor, aunque quien la cabalgaba pensaba que era de placer.

—La yegua habla, no es muda. Goza, putilla.

El extremeño se había apartado del grupo, huraño, haciendo oídos sordos a los lamentos, mientras los suyos se desfogaban y los guías tainos asistían impasibles a cómo los dioses blancos de largas barbas apagaban su deseo en el cáliz de la muchacha. Flotaban todos en el Paraíso, abrazados a sus caderas, y sus primeros ayuntamientos, frenéticos, frutos del hambre atrasada, dieron paso a posteriores más reposados que saborearon el placer que les proporcionaba el cuerpo que tan dócilmente se ofrecía y devoraban sin respiro.

—Vuestro turno, vasco. Está tan húmeda y suave que se derrite.

Duda Domingo de Lequeito de yacer con ella, en el último instante, pese a que la desnudez de la india, echada en el suelo, y la humedad de su piel lo turban y excitan, y el hecho de contemplar cómo antes que él han holgado los otros ha enervado su deseo, pero opta, finalmente, por bajarse el calzón. La muchacha tiene los pechos enrojecidos por las caricias y la vulva hinchada por los ayuntamientos, cubre su piel fina y aceitunada una patina de sudor y semen que la convierten en la brillante escultura de oro del deseo, y en ello repara el de Lequeito, pasando por alto las magulladuras de su rostro, las heridas de su boca, el horror de su mirada.

—No penséis en vuestra santa esposa, que no os ve —le dice riendo Juan de Medina, que se ha desnudado del todo para gozarla de nuevo, palmeándole la espalda—. Entre sus sedosos muslos, los más suaves que haya catado nunca, no anida el pecado sino la gloria. No es traición a vuestra esposa yacer con esta princesa, sería de necios dejar pasar la oportunidad de hacerlo, testarudo vasco. Pecad con ella a placer, y luego arrepentíos. Entrad en el Paraíso.

Así lo hizo el de Lequeito, mas no duró mucho, pues era tan grande el deseo que sentía y tan bella la muchacha, que forzosamente duró un instante. Repitió con ella Juan de Medina, echándose desnudo sobre su cuerpo y venciendo la débil resistencia de sus muslos cerrados, y luego lo hizo Domingo *el Negro*, aplastándola más que cubriéndola, y hociqueó y mordió con saña hombros, pechos y labios, provocando entonces en la india los primeros movimientos de su cuerpo, no de placer sino de asco y dolor, mientras el bruto barbotaba obscenidades sobre ella, la aplastaba con su cuerpo, la ahogaba con su boca.

—Acabad ya, Negro —lo instó Juan de la Plaza, sin poder ocultar en el tono de voz la irritación que le causaba ver a semejante energúmeno gozar en cuerpo tan delicado—. Ya habéis tenido bastante.

No respondió sino con mugidos y sus compañeros vieron su culo estremecerse mientras se vaciaba de su deseo en tan hermoso recipiente.

—¡Acabad ya! ¡Dejadla partir!

El energúmeno volvía a empezar mientras la muchacha gritaba, pataleaba y lo mordía con saña en las manos. Quizquea se retorció de dolor bajo un abrazo que la ahogaba. Movía la cabeza, desesperada, buscando la ayuda del extremeño y daba tales gritos que podían ser oídos en la aldea.

—¡Calla, perra!

Cubrió con su mano grande y sucia la boca de la muchacha mientras culminaba su postrer violación. La tuvo inmóvil bajo su corpachón durante toda una eternidad mientras entraba una y otra vez en su cuerpo quieto y luego se alzó, victorioso, como el león que abandona su presa a los chacales tras haberse saciado.

—¡La habéis ahogado, energúmeno! —murmuró Juan de Medina, reparando en la inmovilidad del cuerpo de la india y en sus ojos abiertos, perdidos en el vacío.

—Bueno —dijo, jadeante, con una sonrisa de bruto—... pero ya la hemos gozado todos.

—¡Maldita bestia! —rugió Juan de la Plaza.

De dos zancadas, sin avisar, el extremeño se plantó ante el gigante desnarigado y con todas sus fuerzas estrelló su puño contra su cara. El agredido se tambaleó, sorprendido, al tiempo que la sangre brotaba con profusión de lo que quedaba de nariz y el cortado cartílago se le movía fuera de lugar. El gusto acre de la sangre lo despertó de golpe, lo levantó y lo hizo abrazarse a su agresor. Rodaron, monte abajo, deteniéndose por la barrera de las ramas flecheras, se tomaron por el cuello con fuerza, hundiendo los dedos, clavando las uñas, se patearon el vientre, los testículos, hincaron el diente en carrillos y brazos, y como fieras rabiosas se llenaron la boca de sangre ajena.

Domingo de Lequeito intentó separarlos, pero un golpe de uno de ellos, o quizá fueron los dos, que lo lanzó contra el suelo, lo hizo desistir de nuevas intervenciones pacificadoras. Los tainos contemplaron la terrible pelea sin moverse, inquietos por ver a los que ellos creían dioses en semejante estado de nerviosismo y agresividad. Aquella escena que contemplaban no estaba en los areitos que cantaban, pero la incorporarían.

—Deteneos, cristianos —les gritó Jacomel, previendo un fatal desenlace.

—¡Acabad con él! —gritó, inopinadamente, Juan de Medina.

¿Con quién? ¿A quién de los dos apoyaba? Daba igual. Demasiada agresividad, demasiada tensión acumulada durante tantos días, demasiadas horas viendo las mismas caras, oliendo los mismo vientos, viendo los mismos mares y las mismas espesas florestas, soportando el mismo

hedor del encierro, comiendo del mismo plato, hasta gozando a la misma mujer. Por todas las veces que se les pasó por la cabeza echar al Almirante por la borda.

Un acero brilló bajo el sol y luego lo hizo el otro. Se lanzaron terribles cuchilladas que hendieron el aire mientras gritaban como perros rabiosos y la sangre empapaba sus cuerpos brotando de nuevos tajos. Se abrazaron con las puntas de los cuchillos pendiendo sobre las gargantas y rodaron ladera abajo sujetando cada cual el brazo contrario que amenazaba con quitarle la vida. Una roca, la del destino, se clavó en los riñones de Domingo *el Negro*, y el desnarigado hizo una mueca de dolor al mismo tiempo que flojeaba la mano que empuñaba el cuchillo. Fatal indecisión. El acero de Juan de la Plaza se hundió hasta la empuñadura en el pecho, le cortó el aire, entró y salió en la misma herida, agrandándola, en otra que hizo al lado, gemela, movido por una furia irracional, cada vez con más ímpetu la hoja ensangrentada violaba la carne convulsa de la que se escapaba la vida con la misma velocidad que la piedra cae al abismo.

—¡Piedad! —barbotó, escupiendo sangre por la boca, todo él empapado, con los ojos en blanco.

Piedad era el grito al que nunca hizo caso, ni en los tercios, cuando pasaban a cuchillo a poblaciones enteras y se emborrachaba con el hedor espeso de la sangre y la música infernal de los alaridos de las víctimas, ni cuando dirigía la partida y el que le entregaba tembloroso la bolsa pedía por su vida.

—¡Muere, perro!

Y la hoja, precisa, cortó el gaznate, de lado a lado, segando cuello y voz, provocando una catarata de sangre, que literalmente hervía, del letal manantial mientras un sonido ininteligible, abortado por el aire que entraba por la laringe seccionada, se expandía terrible y se extinguía. Tembló bajo la hoja de su cuchillo mientras soltaba definitivamente el suyo.

—Confesión.

—*Ego te absolvo*-pronunció, blasfemo.

Juan de la Plaza abandonó a su víctima, jadeante, que todavía permaneció un rato temblando, prisionera de los estertores de la muerte, mientras vaciaba toda su sangre sobre aquella vegetación tan verde y densa, y limpió la hoja manchada de bermellón en su propia pierna mientras se reunía con Jacomel Rico, Juan de Medina y Domingo de Lequeito.

—Se perdió en la selva —dijo, recobrando su frialdad, devolviendo el cuchillo a su vaina.

Domingo *el Negro*, ya estaba quieto con los ojos abiertos, y los tainos habían desaparecido como fantasmas en la selva, horrorizados por lo que habían visto.

—¿No deberíamos darle cristiana sepultura? —propuso Domingo de Lequeito, que estaba pálido y se tambaleaba.

—Las alimañas lo sepultarán en sus estómagos. Vamos. Ocultaremos a la india.

Tomaron su cuerpo yerto en sus brazos y buscaron un sitio recóndito y algo apartado de aquel lugar, y lo cubrieron luego con piedras y matojos mientras Domingo de Lequeito, con los ojos húmedos, no dejaba de musitar:

—Dios nos castigará, Dios nos castigará.

—Yo os castigaré como no enmudezcáis. —Y el cuchillo de Juan de la Plaza, con la sangre de Domingo *el Negro* aún húmeda en su filo, acarició su gaznate.

Y descendieron, en vez de continuar la subida, como Domingo *el Negro* había sugerido; le hicieron caso una vez lo hubieron matado, y bajaron la colina corriendo, tropezando, pasando por encima de los muros de espinos, ya sin sentir nada, perseguidos por un aliento que imaginaban pegado a sus nuca y los hacía correr en desbandada.

—Que nadie hable del asunto. Yo informaré al Almirante. El Negro se perdió y la búsqueda resultó infructuosa. —Y mientras hablaba a sus jadeantes compañeros, escudriñaba en el interior de sus cuencas por si descubría en ellos el temblor de una posible traición.

No encontraron ningún poblado en el rápido descenso, ni en la llanura que atravesaron,

despoblada de árboles, ni después de un bosque húmedo con suelo de barro en el que se hundieron hasta la rodilla y avanzaron con mucha lentitud. Se hizo de noche y a duras penas lograron salir del lodazal y caminar hacia una zona desarbolada, como una calva en la montaña, que les sirvió para pernoctar. Se echaron todos al suelo, pero no durmieron. Se estuvieron acechando en silencio, en la distancia, manteniendo las pupilas abiertas y venciendo al sueño con el miedo.

La noche era clara y brillaba una luna grande y sangrienta, de tonos premonitoriamente rojizos. Juan de la Plaza creyó oír un lamento y se alzó en pie. Observó a sus compañeros. Jacomel Rico hacía ver que dormía, pero lo espiaba a través de sus entreabiertos párpados. Domingo de Lequeito temblaba, no sabía si de terror o de enfermedad: creía que todo había sido castigo a la lubricidad desatada, al pecado que habían cometido gozando el cuerpo de la bella indígena, que arrostraba una maldición por ello, que el pecado exigía un castigo y el primero en rendir cuentas había sido Domingo *el Negro*. Juan de Medina acarició la empuñadura de su espada, lista a desenfundarla, pero rezó para que no tuviera que hacerlo, pues sabía que no duraría un instante enfrentado al extremeño.

Se oyó algo parecido a un lamento humano y Juan de la Plaza desenvainó mientras sus ojos exploraban la floresta que los circundaba. Nada se movía, nada se oía, salvo el rumor del viento pasando a través de las ramas de los árboles. Acudió a su cabeza la imagen de Domingo *el Negro* desangrándose, la fea estampa de su cara, más monstruosa todavía, distorsionada por el dolor y el horror. Creyó ver su fantasma cruzar la llanura, una sombra oscura y ululante, como un perro negro con el pelo erizado y los ojos brillantes que, tras detenerse y afrontar un instante su mirada, volvía a la espesura de la selva y enmudecía. La mano de Juan de la Plaza temblaba contra la empuñadura de su espada y el sudor se espesaba en su nuca. Sudaba, como si estuviera bajo los más tórridos rayos de sol, aunque era de noche.

Capítulo XXIII

Amaneció, pero no hubo más luz. Una densa nube, como panza de burro, se había posado sobre sus cabezas y se extendía hasta donde la mirada llegaba. Levantaron sus cuerpos entumecidos y hambrientos y continuaron la marcha a ciegas, sin más guía que el descenso, aunque no sabían bien hacia dónde.

—Por Dios, que nos hemos perdido —se lamentaba, de vez en cuando, Juan de Medina, lo que enojaba al extremeño.

—Me cansa más el oírlos que el transitar por esta odiosa floresta.

Odiosa floresta. En eso se había convertido, de pronto, el idílico paraíso de leche y miel. Juan de la Plaza volvió la cabeza hacia atrás, mientras cruzaban un llano despoblado, y no pudo evitar una carcajada de euforia cuando señaló a sus espaldas el monte que les había servido de referencia.

—Estamos en buen camino, cristianos.

Quien no abría boca era Domingo de Lequeito. El semblante, ya de por sí hosco, del marino vasco, habíase tornado pétreo y, como estatua, mudo, con la mirada perdida y enloquecida que vagaba por todos los sitios menos por donde sus pies pisaban. De tarde en tarde, sobrecogido, miraba hacia atrás y le parecía ver, entre la maleza, rostros pintarrajeados que los observaban en silencio.

—Llevamos compañía —le dijo a Juan de la Plaza el jugador de fortuna Jacomel Rico, acercándose al exmilitar.

Juan de la Plaza se detuvo. Cruzaban un bosque espeso y ordenó a todos detenerse y reagruparse. Miraron a su alrededor, hurgaron con sus ocho ojos por entre los troncos, filtraron por entre las ramas, bajo las grandes hojas de los árboles, espionaron la hierba larga que crecía por si advertían algún movimiento: nada. Pero los seguían. Lo presentían sin verlos, invisibles, espíritus.

El extremeño desenvainó la espada, gritó, hizo terribles muecas, lanzó alocados tajos a su alrededor quebrando ramas de árboles, sajando hierbas con la misma destreza que el campesino corta la maleza con su guadaña, y nada, ni una respuesta, ni el más mínimo chillido de un mono, de un *papagayo*.

—Sigamos. Son nuestras cabezas calenturientas las que nos hacen ver fantasmas.

Siguieron hasta que un fragoroso río les cerró el paso. Borearon su curso, tratando de descubrir algún punto para vadearlo, pero el río se mostraba feroz y bravo en todos sus puntos, bramaba amenazadoramente como fiera dispuesta a engullirlos.

—¡Maldición! —exclamó Juan de la Plaza, observando las aguas bravas y marronas que se precipitaban valle abajo encajonadas entre roquedales—. Parece hondo y traicionero. Pero hay que cruzarlo. —Y como miró a sus compañeros y no vio decisión en ninguno de ellos, mas al contrario, pavor, decidió ofrecerse voluntario para afrontar la fiereza del curso de agua.

Arrojó la espada con fuerza, al otro lado, a la orilla, y el acero, describiendo una parábola alta sobre el curso impetuoso, cayó de pie, se hincó en tierra firme, se balanceó llamándolo. El extremeño entró en el agua turbia y traicionera, nadó con brío, se dejó llevar por ella una vez que comprobó que el resistirse era inútil y la corriente lo condujo hasta unas rocas del centro desde donde ya le fue fácil alcanzar la orilla.

—¡Se puede cruzar! —gritó, enarbolando la espada recuperada, haciéndose oír por encima del fragor del agua.

Lo siguió Juan de Medina lanzándose al agua, luchó bravamente contra la corriente, se dejó arrastrar luego por ella hasta conseguir asirse a la misma roca en que lo había hecho su compañero y desde allí llegó sano y salvo a la otra orilla, aunque con las piernas llenas de babosas sanguijuelas, no transparentes, sino negras, ciegas de chupar su sangre, de las que hubo de desprenderse con gran dolor utilizando la punta de su cuchillo. Jacomel Rico fue el

tercero en vadear el río y lo hizo siguiendo los mismos pasos que sus predecesores.

—¡Adelante, Domingo! Sin miedo.

Le ardían los oídos por los silbidos de flechas imaginarias y sentía susurros como de ultratumba del desnarigado. Miró hacia atrás, hacia la selva silenciosa que enmudecía ante la brutalidad del curso de agua, y no miró hacia adelante, a esa orilla, a pocos metros de donde se encontraba, en la que secaban sus ropas sus compañeros y lo alentaban a que cruzase el río. Caminó por encima de las lajas fangosas del fondo, resbaló, cayó, nadó con brío entre borbotones de agua turbia, peleó con ella mientras la espada se le enredaba entre las piernas. Se dejó llevar, como los otros, y finalmente vio las piedras que le servirían de soporte para dar el salto definitivo a la otra orilla, ya estaban a su alcance, con sólo alargar el brazo podría salir e incorporarse, coger fuerzas y cruzar el delgado brazo de agua que lo separaba de los suyos. Pero desfalleció, no consiguió acercarse a la roca, sus brazos perdieron toda su fuerza, sus manos resbalaban sobre los cantos curvos y mojados de la piedra, su boca se abría aterrorizada y entraba en su garganta barro, sanguijuelas, insectos, ramas arrastradas por la corriente mientras su mirada turbia veía la roca alejarse, el río acelerarse y él, perdiendo ya la noción de todo, sepultándose bajo las aguas. Tuvo una última visión, mientras se hundía: la del cuerpo del hinchado ahogado que primero soñó y luego vio durante la travesía, y en el que se convertiría finalmente.

Quedaron mudos los tres castellanos mientras vieron, sin poder hacer nada, cómo el vasco desaparecía tragado por las aguas terrosas del río y ya no volvía a aparecer más en la superficie. Permanecieron un buen rato inmóviles, sin decir nada, esperando ver en algún momento, chorreando agua, el espantajo de Domingo de Lequeito. Pero no salió del agua.

—Se cumple la maldición. Soñó que se ahogaba y se ha ahogado, aunque en un río. ¿Recordáis al ahogado? —dijo Jacomel Rico.

—¡Callad! —gritó, malhumorado, Juan de la Plaza—. No hay ninguna maldición, sólo hay un torpe vasco que se ahogó porque no sabía nadar.

—Nunca debimos hacer esta expedición —sentenció finalmente Juan de Medina—. Está maldita. Como el viaje. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué es este maldito mundo de pesadilla? No hay oro, no hay maldito oro por mucho que escarbemos la tierra, y sí miseria y muerte.

Juan de la Plaza maldijo la perra suerte que los acompañaba y ordenó proseguir la marcha.

—Ha muerto en pecado —reflexionó Jacomel en voz alta.

—¿Desde cuándo os preocupa tanto la religión?

—Pecó con aquella infiel. No deberíamos haber ayuntado con ella. Todo es como una venganza. El extremeño sacudió, colérico, al jugador asiéndolo por la camisa y le escupió a la cara un alud de advertencias.

—Calla la boca. Silencio. Llevo todo este viaje escuchando vuestras baladronadas y estoy harto de ellas. Domingo *el Negro* encontró lo que estaba buscando y ese pobre desgraciado vasco no estaba hecho para este viaje.

Continuaron el descenso hacia la hipotética playa. Ansiaban, después de tantos días, oír el rumor balsámico del mar y sentir en los pies la suave caricia de la arena, casi con el mismo ardor que habían ansiado bajar a tierra firme después de tantos días embarcados.

Cruzaron una aldea, cuyos habitantes huyeron despavoridos al verlos llegar y dejaron a medio comer parte de las viandas que cocinaban en un escaso fuego. Tomaron con voracidad de lobo las piltrafas de carne medio carbonizadas con las manos, sin importarles quemarse, e hincaron el diente en músculos astillosos y resacos que les atragantaban.

—¿De qué animal es esta infecta carne? —preguntó Juan de Medina, cuya hambre le hacía chupar el hueso.

Unas cabezas cortadas de perros les dieron la respuesta. Ya era tarde para escupirla.

—¡Mirad qué he cogido!

Jacmel Rico arrastró con el brazo a su presa, un esmirriado indígena al que le faltaban buena parte de los dientes y temblaba azorado, bajo la manaza fuerte del español, alguien cuya debilidad le había impedido huir del pueblo cuando llegaron los castellanos y había sido descubierto escondido en el interior de su cabaña. Juan de la Plaza desenvainó su espada y la acercó al pecho del indio aterrorizado, y lo miró fijamente a los ojos mientras la punta del acero abría una pequeña herida en la piel del indígena y la sangre brotaba sobre su tetilla derecha.

—Llévanos a la playa, al mar, fantoche.

Y el indio, tembloroso, hizo ademán de entenderlo, movió muchas veces la cabeza, sonrió y empezó a andar. Los llevó por una senda abierta entre la maleza por muchos pies antes de los suyos y, al poco tiempo, antes de que se hiciera de noche, olieron y sintieron el mar, el agradable olor a salitre, la limpia brisa marina, la música de albatros y gaviotas. La selva se aclaraba a pasos agigantados y la arena cubría ya los últimos metros y sepultaba la tierra rojiza. La bahía apareció ante ellos, con una hermosura deslumbrante, y un grito ronco de alegría estalló en sus gargantas al mismo tiempo que el indígena, tropezando con sus propias piernas, escapaba.

—¿Qué hacemos con él?

—Déjalo. Ha cumplido con su palabra.

La *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* estaban fondeadas en la ensenada, tal como habían estipulado, y los tres supervivientes hicieron señales desde la playa. La nave capitana botó un batel para recogerlos. Cuando subió a bordo, Juan de la Plaza explicó, desolado, al Almirante la pérdida de Domingo *el Negro* en la espesura de la selva y que Domingo de Lequeito se ahogó al cruzar un río. Y los testigos hablaron dando aún más veracidad a la versión de Juan de la Plaza.

La luz en la cámara menguaba y el Almirante, sentado, lo observaba en silencio amenazador mientras Juan de la Plaza se deshacía en excusas contra su pesar, tragándose su orgullo.

—En cuatro días —desgranó lentamente el genovés— habéis perdido a dos hombres. En cuatro días habéis causado dos bajas por vuestra imprudencia, falta de mando y locura. Loco he sido yo al encomendaros esta misión. ¿Y el monte?

—Subimos a su cima. Almirante —mintió—. La isla es enorme, que no se ve el mar por la otra parte. Hay más islas hacia el este —aventuró—. Y grandes ríos en la isla, como el que arrastró a Domingo de Lequeito.

—Voy a castigar vuestra imprudencia, Juan de la Plaza —dijo, solemne, Cristóbal Colón—. Voy a hacer que día a día, cuando reflexionéis sobre vuestra conducta, os acordéis del escarmiento que voy a daros.

Colón mandó llamar a Diego de Arana y le dio orden de desarmar al extremeño y conducirlo a la cubierta. Fue atado al palo mayor de la nao mientras el tambor convocaba a toda la tripulación a la luz de las antorchas. El Almirante ordenó, desde el puente de mando, el castigo.

—¡Treinta latigazos!

Mas a nadie hallaron para que hiciera efectivo el castigo, temían la venganza del extremeño. Finalmente fue el propio contraestre Diego de Arana el encargado de tan desagradable tarea. Rasgó la camisa del reo con violencia, blandió el látigo y aplicó la pena mientras mentalmente el Almirante contaba los golpes sin perturbarse. Todos asistían en silencio y en posición de firmes al tormento, sin inmutarse, oían el silbido del látigo, el ruido restallante que hacía al acariciar la espalda, veían la piel desprenderse a tiras, la carne enrojecerse, hervir y sangrar con profusión cuando los golpes superaron la docena. Juan de la Plaza se mordió el labio y no gritó en todo el tiempo que duró su tormento. Se anestesió con su venganza. Imaginó al Almirante muerto, comido por los cangrejos, tras ser arrojado por la borda, lo que no se atrevieron a hacer cuando lo tuvieron a mano, y al contraestre Diego de Arana colgado de un árbol, con las tripas fuera, del látigo que empuñaba. Le flojearon las piernas, cuando se

superaba la mitad del castigo, y quedó suspendido de sus ataduras, con la soga mordiéndole la carne de las muñecas. Ya el látigo no restallaba sino que se pegaba a su espalda reblandecida y llagada y una gran mancha de sangre formaba una charca bajo sus pies desnudos.

—¡Treinta!

Entonces fue encadenado y conducido a rastras a la sentina. Juan de la Plaza no se resistió a tamaña humillación, pues ya no le quedaban fuerzas en el cuerpo, pero con tanto odio miró al contraamaestre mientras le cerraba las argollas de las cadenas sobre las muñecas que éste no pudo por menos que estremecerse.

—No te prendo ni castigo yo, sino el Almirante.

—Pero vuestra ha sido la mano que ha empuñado el látigo.

Marchó el contraamaestre y con él la luz. Comenzó a sentir entonces el dolor de su espalda en carne viva y a lamentarse quedamente y Rodrigo Muñoz, el loco, invisible a unos pasos de él, hizo coro de sus quejas.

—¿Aún no habéis muerto? ¡Qué desgracia la mía!

Ya de noche, cuando al recluso le llegaba el aroma del pescado que se asaba en la pequeña cocina de cubierta, sintió la sombra y el aliento de un ser humano que se le aproximaba.

—¿Quién diablos sois? —aulló, furioso, debatiéndose entre las cadenas.

—Marín de Urtubia.

—Adelante, amigo. ¿No tenéis fuego para alumbraros?

—Ya sabéis que no se permite hacer fuego en la sentina.

—¡Quitadme las argollas!

—Os encontrarían y os colgarían.

—¿Qué os parece cómo trata ese zafio extranjero a los que por él se comprometen?

—No estuvo bien perder a dos hombres.

—¿También vos? El de Lequeito no sabía nadar.

—¿Y el Negro?

—¿Alguien echa de menos a ese miserable?

—Eran dos brazos más que podían habernos hecho falta.

—Me humilla estar de nuevo en esta situación. Había perdido la costumbre de los grilletes. Siempre han de recordarnos de dónde venimos.

—Debe de doleros muchísimo la espalda.

—No tanto como la humillación. ¡Cuánto me arrepiento de no haber matado al genovés cuando lo tuve al alcance de mi espada!

Marín le deseó las buenas noches y prometió interceder por él cuando los ánimos del Almirante se calmaran. En cubierta la gente ya dormía, todos menos Colón, cuya bujía titilando en su cámara indicaba su vigilia, y Camani, una sombra acodada en la borda, mirando fijamente la costa.

—¿No tienes sueño?

—Echo de menos la comodidad de la hamaca.

—Y a tu gente. ¿Te gustaría volver conmigo a Castilla?

—¿De donde tú eres?

—De donde yo soy.

—¿A qué distancia?

—Treinta jornadas. Las gentes van todas vestidas, las mujeres que no son recatadas son consideradas como ramerías, hay hermosos castillos y palacios, hay ciudades de piedra con calles y plazas, se bebe vino para alegrarse, se corteja a las damas durante meses y años para conseguir de ellas una mirada, no hay estas selvas, sino páramos, y hace tanto frío en invierno que se hiela la orina.

—No me gusta tu Castilla.

—A mí tampoco.

—Ni tampoco vuestro cacique.

Marín se revolvió, intrigado.

—¿Colón? ¿Por qué?

—Se puede matar a alguien, pero nunca humillarlo. Es peor castigo la humillación que la muerte. Ésa dura toda la vida, la muerte sólo es un instante.

Capítulo XXIV

Amaneció con pálidos tonos dorados y la brisa fresca palió el bochorno de la noche. El nuevo día sorprendió al Almirante en cubierta, expectante, ojo avizor, rastreando la playa cercana, montado imaginariamente sobre los lomos del suave oleaje que lamía sus contornos. Lo de fuera, el exterior, la belleza del cuadro de esas Indias que lo maravillaban con la feracidad de sus selvas y el azul turquesa de sus aguas, contrastaba con la cubierta del barco. Campaba por ésta la anarquía de una jauría de hombres medio desnudos, quemados por el sol, de pechos hirsutos y virilidades encendidas, a cuyo lado los salvajes que en el barco iban parecían seres civilizados. Todos hedían a mil demonios, a carne macerada en la lobreguez de alguna mazmorra, a sudor y otros fluidos, y a aquel almizcle insoportable que, como una nube, flotaba sobre la nao se añadía el de los numerosos guacamayos que habían recibido como presentes de los indios, que dormían agarrados a sus perchas sobre una de sus patas, la cabeza oculta entre las alas rojas, verdes, azules, de todos los colores del arco iris, y el hedor particularmente insufrible del perro *Pan*, siempre flaco, en puros huesos, aunque Marín se encargara de alimentarlo a sus expensas.

—Buenos días, don Cristóbal. Siempre en vela. No sé cómo podéis aguantar tan larga vigilia. No dormía por la pesadilla recurrente, pero también porque le parecía sacrílego hurtar de su vista o de cualquiera de sus sentidos tan paradisíaco territorio que Dios tuvo a bien poner en su camino. Ya tendría tiempo de dormir en su vejez, se decía, que de insensatos era hacerlo ahora, perder el precioso tiempo en sueños que no estaban, ni con mucho, a la altura de la realidad. Torció la cabeza para ver cómo Juan de la Cosa se aposentaba a su lado, tras restregarse las legañas que el sueño había pegado a sus ojos y exhalar varios bostezos contagiosos que le hicieron abrir también la boca. El Almirante se sentía a gusto con el de Santoña, pues siendo marino no cuestionaba nunca ninguna de sus órdenes, por muy disparatadas que parecieran.

—Estoy reflexionando sobre el regreso, amigo Juan, y creo que deberíamos llevar a sus majestades católicas diversos presentes que den idea de la grandeza de nuestro descubrimiento. En el arcón de mi cámara hay guardados collares, aretes, arracadas, bezotes, esclavas y narigueras de oro, telas de algodón. También llevaremos estas espectaculares aves de encendidos plumajes, si es que resisten la travesía, las pieles de las sierpes disecadas, y algunos ejemplares de indios e indias, para que vean lo hermosa que es la raza de estos sus súbditos.

Pedro de Terreros cantaba la hora séptima volteando la ampolleta cuando Colón mandó formar un nutrido grupo de desembarco a cuyo mando puso a Marín, completamente recuperado y en cuyo brazo desnudo sólo un surco, que incluso lo embellecía, pues parecía un dibujo sinuoso, recordaba su terrible e infecta herida. Fueron reclutados una docena de hombres, fuertemente armados con espadas y arcabuces, pertrechados con capacetes y corazas, con la orden de ir hacia la aldea más próxima, dos leguas siguiendo el curso de un río cristalino que desembocaba en el mismo centro de la bahía, a hacerse con un botín muy particular. Colón habló a los expedicionarios, en presencia de Diego de Arana, el veedor Rodrigo Sánchez y Escobedo, el notario de Segovia.

—Tomad cinco mujeres, de las más hermosas que veáis, y traedlas enteras a bordo —y subrayó lo de *enteras* por si a alguno se le había pasado por la cabeza holgar antes con ellas—, pues es mi deseo mostrarlas a sus majestades católicas en el tornaviaje.

—¿Y si encontramos resistencia?

—Procurad que nadie lleve mal en ello —fueron las ambiguas palabras del Almirante.

Marín aprovechó la ocasión para acercarse —mientras los hombres tomaban posiciones en el batel que se balanceaba al costado de la nao— a Colón e interceder por Juan de la Plaza. El Almirante se mostró molesto por la intromisión, simuló no saber de qué hablaba y, ante la insistencia del literato, fue tajante:

—No es ése De la Plaza una amistad que os convenga. Un hombre pendenciero e indisciplinado nunca debería haber estado en el ejército. No voy a modificar mi decisión ni aliviar el castigo impuesto. Que permanezca sentado sobre sus heces un par de días más, que ayune, que bien le hará, que reflexione en soledad, que su cerebro se lo agradecerá, y entonces interceded por él, que ya diré.

Desembarcaron en la playa cuando el sol aún no había alcanzado su cénit. Pisaron algunos cangrejos, cogieron algunas conchas enormes entre cuyas valvas se ocultaban gigantescas ostras que devoraron con los granos de arena que escondían en sus acuosos cuerpos marinos, y Andrés de Yruenes lanceó a una enorme iguana, y durante unos instantes se regodearon todos de la lenta agonía del bicho de aspecto demoníaco ensartado en la punta de acero que vomitaba una bilis verde por su boca.

—Mi cena —exclamó, con euforia, tocando la cresta afilada del monstruo con los dedos e inmovilizando su cola.

Ascendieron, bordeando el río, hasta la aldea que no distaba ni una hora de la playa. Actuaban con ventaja. El día anterior un grupo de la *Pinta* había visitado el poblado e intercambiado cuentas y espejuelos por pequeñas joyas de oro, sayos por guacamayos, garbanzos podridos por agua, y así, cuando los vieron llegar, los indios no huyeron, sino que les dieron cálido recibimiento.

Ardua y delicada misión le había encomendado el Almirante, se dijo a sí mismo Marín de Urtubia, mirando a su alrededor, buscando bellas doncellas entre la masa de indígenas que se apelotonaban curiosos e inocentes a su alrededor, entre los niños que pasaban suavemente las yemas de sus dedos por los filos de sus espadas y los guerreros que miraban, asombrados, la iguana muerta que pendía de la enorme pica, tan alta como un árbol, de cuya caza alardeaba Andrés de Yruenes. Colón había delegado en el vasco la elección de las mujeres, pues sabía de su gusto exquisito, de su nivel de exigencia, y estaba convencido de que el poeta sabría encontrar entre la turba salvaje aquellos miembros cuya nobleza de rasgos y armonía de formas fueran del agrado de sus católicas majestades. Buscó entre un grupo de jóvenes doncellas que admiraban su rostro barbado y se reían acercándose a él para verse reflejadas en la coraza resplandeciente. Comprobó, por el tamaño de sus pechos, por la lisura de sus vientres, que no habían parido, y alargó el brazo y asió a una de ellas por la muñeca, que rió tras una primera mirada de terror al sentirse arrastrada, pero no protestó, y la puso bajo la custodia de Jacomel Rico y Juan de Medina con una advertencia:

—No le pongáis las manos encima, o responderéis ante mí.

—¿Os habéis convertido en el alférez del Almirante? —le reprochó Gonzalo Franco.

—¿Sois alguacil del Santo Oficio?

No contestó. Por el mismo procedimiento, y con idéntico criterio, tomó a otras seis muchachas, aunque la orden que tenía era de llevar sólo cinco, y como animalillos asustados, las llevó al corro humano que habían formado los castellanos mientras un murmullo de incompreensión crecía entre los varones de la tribu, que comenzaban a desconfiar de los intrusos.

—No creo que nos dejen partir, sin más —advirtió Juan de Medina.

Los rostros amistosos de los indígenas se habían tornado amenazadores mientras los castellanos cerraban el círculo alrededor de las muchachas y esgrimían picas y espadas. Marín de Urtubia ordenó atar las muñecas de las muchachas con bejucos y a ello se aplicaron Gonzalo Franco y Andrés de Yruenes con precisión y casi sin encontrar resistencia: les tendían, temblorosas, las manos y dejaban que el lazo las comprimiera. Pero hubo una excepción: una muchacha hincó sus dientes en los dedos que se le ponían encima y la respuesta fue un soberbio golpe en la cabeza que abrió sus mandíbulas y la derribó a tierra, de donde fue alzada de malas maneras y atada sin dilación. El rumor de protesta de los indígenas se convirtió en un alarido furioso: empezaban a vislumbrar que los castellanos, los que ellos creían dioses

barbados, venían a sus tierras no sólo buscando el oro, sino llevándose a sus mujeres a la fuerza. Los varones más jóvenes se alejaron corriendo y volvieron pronto pertrechados con lanzas y macanas, palos armados con pesadas piedras que empleaban como mazas y eran de una gran efectividad para descalabrar los cráneos de los enemigos. De que la situación se estaba complicando tuvo clara conciencia Marín de Urtubia, que hubo que improvisar como estrategia neófito. En aquellos momentos echaba de menos la decisión y el arrojo de Juan de la Plaza y lamentó no tenerlo a su lado, capitaneando el grupo. Estaban en una proporción de uno contra diez, sin contar las mujeres, los niños y los ancianos que les cerraban el paso, y si caían todos en tromba sobre ellos las posibilidades de salir vivos se reducirían considerablemente. Los indígenas avanzaron esgrimiendo sus rudimentarias armas y gritando, en lo que parecía una danza intimidatoria que precedería al ataque, y acompañaron el ballet guerrero con gritos broncos, sincopados, mientras componían muecas adustas.

—Dejad que abra fuego sobre ellos y veréis cómo desaparecen por ensalmo —le dijo Gonzalo Franco, que cargaba un arcabuz.

Tras mucho dudar y comprobar que la turba se les echaba encima y sus vidas peligraban, Marín tomó la decisión extrema, muy a su pesar.

—Está bien. Un solo disparo. Y a ése.

Lo señaló y lo condenó a muerte a su capricho. Era el más alto, el más pintarrajeado, el más altivo y el más hermoso de los guerreros, una buena pieza, sin duda, para mostrar a sus majestades católicas junto al rebaño de féminas que llevaban. Gonzalo Franco alzó el arcabuz despacio y apuntó al pecho. Sólo unos pocos pasos separaban ya a los dos grupos, el que marcaban la longitud de las picas abatidas creando a su alrededor un cerco de muerte. Cuando prendió la mecha y disparó, el estampido resonó terrible y enmudeció la selva. Una gran humareda envolvió a los castellanos y un alarido de dolor y estupor sacudió a los indígenas: el joven guerrero, incomprensiblemente, yacía en el suelo con un boquete abierto en el pecho mientras el humo brotaba de aquella extraña caña que rugía y mataba. Corrieron en desbandada, se pisaron unos a otros, arrojaron lanzas y macanas y, en un momento, el poblado se despobló como si nadie hubiera vivido en él. Sólo las muchachas, temblorosas, llorando, sacudidas por espasmos de pánico, permanecían aprisionadas entre los castellanos, que miraban sus cuerpos desnudos como los lobos miran el rebaño indefenso.

El joven guerrero agonizaba lastimeramente entre quejidos mientras su pecho ardía abierto, y entre las costillas, negruzcas por el estallido de la pólvora, su corazón empujaba azorado la sangre por las venas en un intento de supervivencia. Se aproximó a él Marín de Urtubia e hizo lo que hacía en su terruño vasco cuando un caballo caía mal herido o enfermo. De un certero tajo con la daga le abrió el gáznate y con la sangre se le fue la vida sin más sufrimiento. No gimió el agonizante, sino una de las muchachas; soltó un alarido de dolor mientras se retorció en el suelo y hacía lo imposible para morderse sus propias entrañas, tomaba sus pechos con la boca y los desgarraba a dentelladas ante el pavor de los castellanos, que la dieron por poseída por el diablo. La abandonaron en el poblado, junto al infortunado indio, y regresaron a la nao con el precioso botín a rastras y plañendo lastimeramente, y el vasco tuvo que emplearse a fondo para que las muchachas llegaran más o menos enteras a la nave, mas no pudo impedir que las tocaran y pellizcaran.

Marín subió con ellas a bordo y dio las azarosas novedades al Almirante mientras las mujeres permanecían asustadas y desnudas en cubierta, devoradas por las miradas hambrientas de los castellanos. El marino genovés no aprobó que se disparase el arcabuz contra los indígenas y lamentó la muerte de uno de ellos por si este hecho enturbiaba todavía más la relación de buena vecindad que hasta entonces había caracterizado los sucesivos encuentros. Marín aguantó los reproches del Almirante, sin pestañear siquiera, aunque por dentro algo se movía y hacía responsable de lo sucedido al propio Colón por dar la insensata orden de secuestrar a las

muchachas.

El Almirante se dirigió a los castellanos, que murmuraban mientras revoloteaban alrededor de las mujeres desnudas y con sus miradas ansiosas provocaban su terror. Lo hizo desde el castillo de proa, con voz atronadora, y la verdad es que parecía un personaje bíblico con todos sus ornamentos.

—Cada hombre a su puesto. No quiero esta aglomeración. Y, desde luego, quien ponga una mano encima a esas mujeres se las verá conmigo y lo colgaré del palo mayor. Cercenaré la mano que toque uno solo de esos cuerpos, colgaré a quien intente holgar con ellas.

Las vistieron, para evitar tentaciones, con anchos sayos que ocultaron la desnudez de sus cuerpos y con tan simple acto borraron de un plumazo la hermosura y sensualidad de sus naturalezas. Aquellas toscas telas mataban cuanto de belleza existía en sus epidermis, les daban un tono gris, apagado, de convento. Las recluyeron en el castillo de proa y colocaron ante la puerta a dos hombres armados con la orden de no dejar pasar absolutamente a nadie.

Marín reparó en la cara de desolación de Camani y se le acercó. El taino de Guanahaní miraba hacia la playa y su mandíbula temblaba de rabia contenida. Le puso la mano en el hombro y éste se revolvió, furioso, aunque quedó tranquilo de repente al ver que se trataba de su amigo castellano.

—¿Es de este modo cómo los hombres blancos agradecen nuestra hospitalidad?

Había lágrimas de dolor e ira en los ojos del intérprete. Calló Marín, ciertamente avergonzado. No supo qué responder.

Era la hora tercia cuando se hizo visible desde la *Santa María* una canoa de indígenas que se aproximaba. Los remeros bogaban violentamente y en muy poco tiempo se situaron junto al casco de la nao capitana. Colón dejó subir a sus cinco tripulantes y llamó a Camani y Chasej para que le hicieran de intérpretes. El portavoz de los indígenas pronunció un discurso en el que intercalaba, de forma secuencial, estudiados lamentos. Colón preguntó por el significado de sus palabras.

—Están dolidos por la muerte de un valiente guerrero por el rayo que escupe muerte.

—Dile que yo también lo siento.

—Dicen que las mujeres que el hombre blanco ha robado son sus mujeres. Vienen a reclamarlas. Aclaró Colón si el término *mujeres* lo utilizaban para designar esposas, y así que se lo hubo confirmado Camani, ordenó que los llevaran con ellas.

—Diles que no es mi intención separar esposo de esposa, que serán invitados por mí a permanecer en esta nave, que tendrán el privilegio de regresar conmigo y conocer a sus católicas majestades y podrán vivir en nuestras ciudades y luego, si ése es su deseo, regresar conmigo de nuevo a estas sus tierras.

Al intérprete taino le repugnó traducir las palabras del cacique blanco y traicionó la traducción con la complicidad del callado Chasej. Les dijo a los recién llegados que eran prisioneros, no invitados, y lo que el Almirante planeaba hacer con ellos. Al desconcierto que les produjo saber su situación se unió la rabia, pero ya era demasiado tarde para descender otra vez por la borda y saltar a la canoa. A la fuerza fueron arrastrados hasta la cámara, les colocaron pesados grilletes sobre sus muñecas y los encerraron en el castillo de proa con sus supuestas esposas.

—A medida que pasan los días me voy dando cuenta de la maldad de vuestras intenciones —dijo Camani a Marín—. Habéis venido para someternos, robar nuestro oro y nuestras mujeres, habéis venido como enemigos y pagáis nuestras muestras de hospitalidad con ingratitud.

De nuevo, Marín no supo qué decir, mientras el aire se llenaba de los lamentos de los prisioneros.

—Izad las velas. ¡Partimos! —gritó Diego de Arana—. Venga, vamos, gandules, moveos prestos.

El buque se convirtió en un hormigero de actividad mientras las maromas se tensaban y las

sucias velas subían por los mástiles y temblaban antes de hincharse por el viento. Media docena de hombres desclavaron el ancla del fondo de la bahía y la nave se movió con un ligero gemido. La brisa la condujo hacia la salida de la bahía y tras ella fueron la *Pinta* y la *Niña*, gaviotas que surcaban el mar transparente.

—Iremos hacia Babeque —dijo Colón a Juan de la Cosa, en su cámara, mientras extendía su mapa y trataba de situar la nueva isla—. Allí abunda el oro, se recoge en la misma arena de la playa —soñó el Almirante. Mas no le creyó el santanderino. ¿Dónde estaba el maldito oro sino en la mente caliente del Almirante? Miró al genovés y su mirada desvariada le infundió espanto.

—Babeque, Babeque —repetía, como un sortilegio, invocándola para que apareciera ante él tal como se la imaginaba: una playa cuya arena era polvo de oro.

Habían sacado a las mujeres de su encierro y permanecían en cubierta junto a sus encadenados maridos. La tristeza se había adueñado de los rasgos de los hombres, que mantenían las miradas bajas mientras sus mandíbulas se cerraban en un total mutismo. Aguantaban un sol de justicia sin moverse, los brazos cruzados sobre el vientre, las cadenas colgando exangües de ellos, rozando la cubierta del barco.

Entre las indígenas se encontraba una mujer cuya singular belleza había llamado la atención de la marinería. No tenía la piel tan oscura como sus compañeras y sus facciones exquisitas la hacían más bella que la más bien dotada dama de Sevilla. Quiso el carpintero castellano, llamado Antonio de Cuéllar, tener cierta intimidad con ella, la tomó por el brazo y acercó su boca a la suya con intención de besarla, lo que provocó la ira de la mujer, que instintivamente mordió con furia esos labios húmedos de deseo que la buscaban. El grito que dio el bruto, mientras retrocedía, sorprendido, e intentaba recomponer el labio herido, llamó la atención del esposo de la joven muchacha que, a pesar de sus ataduras, atacó al castellano y a punto estuvo de ahogarlo con las cadenas que lo aprisionaban si no llega a intervenir presto Marín para separar a los contendientes. Ante el alboroto, pues los marineros rodearon al indígena con intención de matarlo a golpes y a cuchilladas, salió Colón de su cámara a indagar qué estaba sucediendo.

—Antonio de Cuéllar intentó besar a la muchacha, Almirante.

Marín, por su delación, acababa de ganarse un nuevo enemigo. El carpintero hizo volar su imaginación, y armado de un cuchillo degollaba al vasco. Hizo un gráfico gesto con la palma de la mano rozando su propio gaznate mientras ponía los ojos en blanco. Colón mandó encadenarlo y que fuera recluido en la sentina, como escarmiento.

—Y al próximo que se le sorprenda en tocamientos e intentos de otras obscenidades será arrojado por la borda sin contemplaciones.

Ya no era el Colón comprensivo con los apetitos de sus hombres. Cada vez parecía más arrepentido de haber liberado los instintos más animales de los suyos, aunque sólo se hubiera tratado de un día.

Antonio de Cuéllar hizo compañía a Juan de la Plaza, que lo recibió con un cordial saludo en su oscura y húmeda morada. No se movió Rodrigo Muñoz, doblado sobre sí mismo, que parecería muerto si no surgiera de su boca un rítmico lamento.

—Bien venido al reino de las ratas, amigo. ¿Cuál ha sido vuestro pecado?

Al anochecer, Colón llamó a Marín para dictarle. El escribano tomó pergamino y pluma y se dispuso a escucharlo.

Comenzó a hablar el Almirante de un mundo fantástico que sólo existía en su cabeza, que se ajustaba poco a la realidad, con quiméricas riquezas, grandes reinos, plantaciones de árboles de resina y súbditos dóciles. Omitió el incidente que costó la vida del taino, maquilló el secuestro, borró toda resistencia, y trabajo le costó a Marín transcribir al pergamino la evidencia de tanto engaño. La verdad no era una de las virtudes del genovés; lo había demostrado en el viaje de

ida, engañando sistemáticamente con las distancias navegadas, y lo hacía en aquellos momentos trastocando la historia inmediata.

—Todo eso encontrarán sus católicas majestades en este jardín del Edén, que para su honor y gloria estoy conquistando.

A aquellas alturas del viaje Marín se preguntaba acerca de la locura de Colón. ¿Dónde podía estar, sino en su cabeza, ese mundo que con tanta viveza trataba de describir y vender a Isabel y Fernando?

—Os veo pesaroso, poeta.

—Hoy, particularmente, no me siento muy orgulloso de mi estirpe vasca.

—¿Hay algo que os avergüence?

—He matado, sin dar opción a la defensa, a un arrogante guerrero taino. He conducido hasta vos a un puñado de aterrorizadas mujeres, a las que ahora acompañan sus maridos, que serán exhibidos en la corte como animales de feria. Nada de lo que pueda sentirme orgulloso.

—Ellos no entenderían mi invitación. ¿Cómo vamos a explicarles adonde los llevamos y con qué fin? No son mucho más racionales que los animales, aunque os empeñéis en lo contrario. No dudo que, en cuanto lleguen, me besarán las manos por mi sabia decisión. ¿Imagináis sus caras de asombro en cuanto vean nuestro mundo, nuestras ciudades, nuestras calles y nuestros caballos? Ellos añoran a sus gentes, sus pueblos y su tierra, al igual que nosotros. ¿No lo hemos resistido todo este tiempo? Pues que resistan ellos.

—Van en contra de su voluntad.

—Claro, por supuesto. ¿Pero cómo voy a mostrar a sus majestades católicas el aspecto que tienen sus súbditos del Nuevo Mundo? ¿Vais a pintarlo sobre una tela? Qué mejor que mostrárselos tal como son.

Los ocho indios permanecían acurrucados en un rincón de cubierta, junto a sus mujeres, mientras los tres barcos salían a alta mar. La brisa agitaba sus largos cabellos. Todos habían sido encadenados, por orden del Almirante, al suelo de la cubierta por el temor de que escaparan en un descuido o se suicidaran arrojándose por la borda.

—¿Qué diferencia a los castellanos de los *caribes*? —preguntó Camani a Marín—. Ellos nos capturan para saciar su hambre de comer carne. Vosotros nos estáis devorando el alma.

¿Acaso tenían alma? ¿Aquellos seres pequeños y desnudos debían de tener la consideración de seres humanos? Exteriorizaban sentimientos de dolor, cariño, afecto o ira, pero ¿no ocurría lo mismo con los perros y, sin embargo, nadie hablaba de su condición humana? Marín observó a Camani, que le devolvió la mirada, sin bajar la vista, y dudó que ambas razas llegaran a entenderse alguna vez. Una distancia más grande que las millas que separaban sus territorios se interponía entre ellos.

Capítulo XXV

La mala mar los acompañó en la travesía hacia la isla de Babeque. El viento soplaba con fuerza y las naves saltaban, encabritadas, hendiendo las olas. El Almirante, temeroso de que zozobrarla la nao capitana, ordenó recoger trapo y a ello se afanó la marinería en lucha a brazo partido con el viento huracanado que los hubiera arrojado al mar de no haberse sujetado con las maromas.

Avistaron pronto más islas, algunas con montes muy altos que destacaban como conos volcánicos, pero no se acercaron para no hacer peligrar las naves, y pasaron por entre ellas.

—Parecen las Canarias —comentó el Almirante al de Santoña, que compartía con él el puente de mando.

—¿Cómo estáis tan seguro de que ninguna de ellas es Babeque?

—No puede estar tan próxima y, además, es mucho mayor que estos islotes.

Aquellas pequeñas islas que punteaban el mar embravecido no parecían habitadas. Oteó sus costas con el catalejo el Almirante y no vio gente en sus playas, ni poblaciones en las riberas de sus ríos, ni canoas ni otros indicios humanos.

Siguieron navegando, hasta la hora tercia, con el mar bravo, que no les daba descanso, y un golpe de una ola, que cogió por sorpresa a la marinería, estuvo a punto de lanzar al agua al marino Andrés de Yruenes, que imprudentemente se paseaba por la borda y fue agarrado por los brazos, a punto de precipitarse al mar y ser devorado por las furiosas olas, por Gonzalo Franco.

—Me debes la vida, Andrés —le dijo tras izarlo, recuperarlo y dejarlo empapado en la cubierta de la nao.

—Sé su esclavo —dijo, hiriente, Juan de Medina al milagrosamente rescatado con vida mientras éste se incorporaba lentamente, se sacudía el agua de cabellera y barba y apretaba sus ropas con tal de liberarlas del agua que las empapaba.

—No hubiera caído —dijo, altanero—. Y vos, Medina, meteos la lengua donde os quepa y ocupaos de vuestros asuntos.

Tuvo que mediar Marín entre ambos para que la discusión no llegara a las manos y de éstas pasara a los cuchillos.

—Yo que vos —dijo en voz alta Medina para que lo oyera Yruenes— devolvería al agua a semejante desagradecido.

Desde ya hacía algún tiempo, la tripulación daba muestras de agresividad como no se había conocido desde el intento de motín en la *Santa María*. Andaban los ánimos revueltos y las pasiones enardecidas a medida que el viaje avanzaba y los prometidos tesoros —el oro del que siempre hablaba el capitán general— no aparecía sino en ínfimas cantidades, que eran guardadas en el cofre que para tal fin tenía en su cámara el marino genovés tras pasar por las manos y la vista experta del orfebre Cristóbal Caro. Quizá también fuera el sol, el clima húmedo y el deseo contenido ante las desnudeces de tantas hembras vistas, lo que conformaría ese estado de agresividad permanente en el que cualquier roce físico podía degenerar en una grave pendencia.

Marín de Urtubia fue a interceder de nuevo ante Colón por Juan de la Plaza y lo encontró bien dispuesto a eso de la hora quinta, cuando el mar embravecido tornábase a la calma y el Eolo aventaba suavemente las velas. Puede que su agradable estado de ánimo fuera debido a una jarra de vino que compartía con el de Santoña, Diego de Arana y el veedor Rodrigo Sánchez.

—Sois generoso, Marín, en interceder por una alimaña peligrosa y ponzoñosa como De la Plaza. ¿Qué deuda tenéis con él?

—No creo que sea mejor ni peor que los demás. Lo conocí en presidio, Almirante, y ésas son unas relaciones que difícilmente se olvidan.

—A veces se me olvida que estabais encadenado, Marín, y que os apuntasteis a esta empresa

para libraros de los grilletes.

—No es peor que quienes se adhirieron por afán de riquezas.

—Lo que me irrita de vos, Marín, es lo pronto que tenéis la respuesta en los labios. Está bien. Abrid los grilletes de vuestro amigo y que el sol y el aire acaricien de nuevo su piel y sequen las llagas de su espalda. Y que suelten también al otro. No quiero pasar por poco generoso.

—¿Y el loco que está encadenado en la sentina?

El Almirante había olvidado la presencia de Rodrigo Muñoz. Hizo un gesto cuando el veedor Rodrigo Sánchez le recordó su existencia.

—El demente, que siga ahí, pues Juan Sánchez me ha asegurado que no tiene curación, y dejarlo suelto entrañaría peligro.

Marín bajó a la sentina y, chapoteando entre el agua estancada y salobre que por ella se movía, los detritus del barco, pues desde la partida de Palos la nao capitana hacía agua por las manos criminales de saboteadores que se habían encargado de hacer mella antes de partir, llegó hasta donde se hallaban los dos encadenados y los iluminó con una tea mientras Juan de Medina y Gonzalo Franco se aprestaban a liberarlos.

—Le debéis vuestra libertad a Marín —dijo Medina al antiguo milite no bien soltó sus grilletes.

El extremeño se acercó, tambaleándose, al vasco y le pidió permiso para abrazarlo.

—¿No os repugnaré mi abrazo? Sé que mi hedor es peor que el de Satanás.

—Sed bien recibido en mis brazos, De la Plaza.

Ambos se fundieron, en la semipenumbra, enroscando los fuertes y membrudos brazos en cinturas ajenas, y así permanecieron unos instantes mientras soltaban los grilletes de Antonio de Cuéllar.

—No olvidaré lo que hacéis por mí, bravo literato. Algún día os devolveré por mil los favores que me habéis hecho.

—¡Y tan bravo! —apuntó Medina—. El poeta nos libró de la muerte ayer, sin ir más lejos, cuando una turba de salvajes intentó impedir que nos lleváramos unas cuantas mujeres.

—No tuvo ningún mérito.

—Mandó abrir fuego y teníais que haber visto las caras de espanto de los salvajes cuando oyeron el estampido y vieron el humo, cómo corrieron dejando malherido a su cacique tendido en el suelo con el pecho abierto. No le tembló el pulso a nuestro capitán a la hora de cortarle el gaznate.

—Se trataba de ahorrarle el sufrimiento.

—Marín, veo que la muerte os va curtiendo. No hay mejor escuela en la vida que ésta, la de la vida y la muerte, la de administrarla para tu provecho, lidiar con ella para así apreciarla más, aplicarla en los demás para poder sobrevivir. Me hubiera gustado estar presente.

—Entonces vos hubierais sido el capitán, De la Plaza.

Subieron a bordo los encerrados en la sentina y parpadearon, molestos, ante la luz del sol. Tardaron algunos instantes en habituarse mientras se desembarazaban de las pestilentes ropas, ante el jolgorio de la tripulación, y las arrojaban al mar. Desnudos como estaban, diéronse cuenta de la presencia de algunas muchachas indígenas en la cubierta, y a ambos, lejos de avergonzarse, les dio por alardear de sus atributos viriles ante ellas. Ni el castigo, ni el régimen a pan y agua, ni la humedad putrefacta de la sentina habían conseguido domeñar la encelada virilidad de los castellanos. De la Plaza se fijó en una de las muchachas, la más hermosa, y se la imaginó sin el sayo que cubría su cuerpo, y su mirada fue correspondida por la de ella que, ajena a su marido que dormitaba a sus pies, no pudo ocultar el agrado que le producía verlo.

—Cubríos. —Y Marín puso sobre sus hombros ropa limpia, calzones y jubón inmaculado con los que el extremeño cubrió los músculos de los que alardeaba.

Barloventearon toda la tarde hasta que se hizo de noche. Entonces, a las luces de las bujías, los marinos hicieron corro en la cubierta, tras la comida frugal del día, consistente en un pescado

asado y galletas podridas, para platicar y luego dormir, como venían haciendo todos los días.

—Hora séptima —cantó Pedro de Terreros, volteando la ampolleta.

Juan de la Plaza, Marín de Urtubia, Jacomel Rico y Juan de Medina se hallaban situados cerca de popa, y algo apartado, en cuclillas, permanecía Camani, atento a lo que hablaban, captando buena parte de la conversación de los castellanos, pues oyéndolos los comprendía más y creía llegar a saber de qué estaban hechos y qué afanes los habían traído a tan apartadas tierras.

Diego de Salcedo, el sirviente de Colón, vino en busca de Marín y le pidió que lo siguiera.

—La voz de su amo —dijo el extremeño entre dientes cuando su amigo saltó sobre su cuerpo y se dirigió hacia la cámara del Almirante.

Se encontraba solo Colón y lo hizo pasar, al verlo bajo el dintel de la puerta, con un gesto perentorio de la mano y señaló luego una silla para que se sentara.

—¿Estáis satisfecho porque he liberado de las cadenas a vuestro amigo?

—Él os lo agradece.

—¿Él? Mentís mal, Marín. Él me odia a mí como yo lo haría en su lugar. ¿Os ha explicado lo que sucedió en su maldita expedición?

—Perdieron a Domingo *el Negro*, que cayó despeñado por el monte.

—Luego no lo extraviaron, como dijo el mentiroso.

—No se atrevió a confesar su muerte. Le dieron cristiana sepultura.

—Me tranquiliza la noticia, Marín. Me causaba cierta angustia dejar a uno de los nuestros en estas selvas, solo, con el riesgo de morir a manos de los indios o de convertirse en uno de ellos.

—¿Puede alguien abjurar de su cultura, civilización, lengua y patria? ¿Creéis posible que un cristiano pueda aclimatarse entre estas gentes?

—Claro —afirmó Colón ante su sorpresa. El de Leizarán advirtió entonces que el aliento del Almirante olía a vino—. ¿No es una dulce tentación volver atrás, desandar tantos siglos de historia, tantos esfuerzos de todo tipo, físicos y mentales, y regresar a ese estadio cómodo de la ignorancia y seguir los impulsos de la Naturaleza? Estas gentes tienen en el rostro la felicidad de la poca ciencia y debo confesar que a veces eso me fascina y que me pasa por la cabeza la tentación de ser como ellos, cazar, procrear y comer, como vienen haciendo los irracionales de la Creación. Pero luego, de inmediato, me digo que no, que nosotros somos unos privilegiados del Señor que hemos llegado aquí para hacer de ellos nuestros súbditos. ¡Cuánta gloria para Castilla!

—Y para su descubridor.

Colón simuló no haber oído la última frase y se dispuso a dictar el diario de a bordo.

Capítulo XXVI

El viento en contra los había llevado mar adentro, en lo que ya se había convertido en una constante del viaje. Perdieron la costa de vista de tanto que se adentraron hacia el horizonte, y no fue hasta la tarde que Colón, aprovechando que los vientos giraron, hizo virar la embarcación y lo mismo hicieron la *Pinta* y la *Niña*.

Divisaron a poniente una hermosa isla de forma circular y con resguardadas bahías ideales para fondear.

—Una nueva isla, sin duda —afirmó Colón, reconociendo su costa con el catalejo—. Mas ¿cuál?

—No es mi deseo el de contradeciros, Almirante —dijo Luis de Torres tras otear a su vez el litoral—, pero creo que hemos vuelto a Cuba o Colba, pero más al sur, sin duda.

El Almirante ordenó virar, pues placióle mucho su configuración, y lo siguieron en su ruta la *Pinta* y la *Niña*. Entraron en la más grande y hermosa bahía que hasta entonces habían visto, en la cual las aguas se remansaban y todo a su alrededor era placidez: el paisaje, el rumor del mar acariciando las quillas de los barcos, el cielo despejado, la suave brisa que paliaba el calor que, de otro modo, hubiera resultado insoportable. Colón ordenó a Camani que preguntara a los indios que con ellos iban en cubierta, en calidad de invitados, si se trataba de Babeque, y el guanahaní vino con la respuesta de que aquella isla que obsesionaba al Almirante estaba aún más lejos, hacia poniente. El Almirante ordenó fondear en la parte más resguardada de aquel cerrado golfo, y así lo hicieron las tres naves, y luego cada una de ellas botó sendos bateles que, a golpe de remo, se deslizaron suavemente por la superficie calma del mar hasta arribar a la orilla. Colón desembarcó el primero de ellos y tras él lo hicieron los arcabuceros, el notario de Segovia, Juan de la Cosa, Marín, Juan de la Plaza, Jacomel Rico y otros marinos. El Almirante esperó en la playa, paseando por la arena, descalzo, a que llegaran los bateles que transportaban a los capitanes de las otras naves con los que se entrevistó luego mientras las tripulaciones chapoteaban por el agua más transparente que habían visto ojos humanos, apresaban pescados con las manos y abrían valvas de moluscos que escondían viscosos y sabrosos animalejos que se estremecían en sus paladares.

—¿Qué interés puede depararnos esta isla, Almirante? —le preguntó el mayor de los hermanos Pinzón.

—Belleza. ¿No os parece el Paraíso? ¿Habéis visto alguna vez agua tan azul, arena tan dorada y florestas tan verdes?

El Almirante se fijó en el semblante del capitán de la *Pinta*, que parecía más desmejorado, si cabe, que la última vez que se vieron. Ya no era el color enfermizo de la piel de la cara, sino que grandes manchas —y algunas más que manchas, protuberancias de regular tamaño, como infectadas— le habían aparecido en diversas partes del rostro, sobre todo junto a la boca.

—Cuidaos, capitán, de los excesos que podáis cometer.

En el rostro del Almirante, pese al cansancio, había mucha felicidad, y mientras paseaba por la playa en compañía de los hermanos Pinzón se deshacía en alabanzas por la hermosa isla con la que habían topado, que parecía abandonada, pues nada ni nadie asomaba por entre la espesa floresta que ribeteaba la playa.

—¡Cuánto deseo que sus majestades católicas sepan de estas tierras y las puedan visitar! *¡Deo gratias!* —E hincándose de rodillas en la playa, besó la arena. Luego, dirigiéndose hacia donde se encontraban Juan de la Plaza y Marín, en compañía de Camani, Chasej y más marineros de la *Santa María*, les hizo una petición—: Cortad dos árboles robustos, los más fuertes que halléis en bordeando la playa, formad con ellos una gran cruz y plantadla en lo alto de aquella cima —y el Almirante señaló, eufórico, una alta colina toda cubierta de hierba que dominaba la bahía desde uno de sus extremos—. Y vos debéis ser —prosiguió Colón, encarándose con Juan de la Plaza, que se irguió al hablarle el Almirante y adoptó una posición marcial— quien llevéis dicha cruz hasta lo alto, como penitencia por vuestros muchos pecados y delitos.

Asintió, sin abrir la boca, el antiguo milite con un cabezazo y se dispuso a cumplir la orden sin demasiado entusiasmo.

—Os ayudaré —le dijo Marín, dándole alcance, cuando De la Plaza tomó camino de la selva con un hacha en la mano.

—El castigo es mío —le dijo el extremeño, sin detenerse—. El Almirante está poniendo a prueba mi paciencia. El perro no tiene bastante con mi espalda llagada.

—Vos solo no vais a poder con los árboles. Dejad que os ayude.

El extremeño se detuvo y lanzó una fría mirada al vasco.

—Tantos favores os debo que no sé si viviré lo suficiente para pagarlos todos. Me podríais ofender cuantas veces quisierais sin que yo pudiera levantar mi espada contra vos. Me tenéis atado con vuestra bondad, amigo, y no sé si agradeceros por ello o, por el contrario, aborreceros. —Y, tras un silencio—: Cuatro brazos podrán más que dos. Vayamos.

Se deshicieron de las camisas y blandieron las hachas. Escogieron un par de robustos árboles y los atacaron con saña por la base. Los golpes sonaban recios, se multiplicaban en silencio y las astillas salían disparadas a cada tajo que daban. No se dieron respiro, bebieron su sudor, tragaron su propio aliento, resistieron el fuego del sol en sus hombros, no se detuvieron ni un solo instante hasta que la altiva madera crujió, lamentándose de muerte, y los troncos cayeron yertos al suelo con estrépito, estrellándose contra la arena de la playa, levantando una gran polvareda. Rompieron en salva de aplausos los restantes miembros de la tripulación, que a su alrededor se habían congregado para ser testigos de la proeza, los vitorearon como héroes enarbolando cuchillos y espadas y, por un momento, aquellos dos hercúleos varones de músculos tensos, húmedos de esfuerzo, que se apoyaban en los mangos de sus hachas, se sintieron dioses. Ayudáronlos, de buen grado, a subir hasta el montículo los dos árboles cortados a los que, previamente, desgajaron ramas y demás follaje, y una vez en la cima, entre todos, excavaron un hoyo profundo en la tierra húmeda, cruzaron ambos troncos y los ataron con gran cantidad de bejucos, con toda la fuerza posible y en tal cantidad que no se desarmara ni cuando soplara el viento más fuerte que los nativos llamaban huracán, y alzaron la cruz. Todos, al verla, levantada hacia el cielo, aquella gran cruz que debía de medir más de treinta y ocho pies castellanos, cayeron postrados de bruces, agacharon la cabeza y rezaron. Lo mismo hizo Marín y a ello se resistió Juan de la Plaza, mas al quedarse solo en pie optó por ponerse de hinojos también, bajar la cabeza, humillado, y musitar una oración. Los marinos, soldados, toneleros, cocineros y arcabuceros que allí se habían congregado daban las gracias a Dios, que les había permitido realizar aquel viaje sanos y salvos, sin grandes penalidades, y al tesoro de las hermosas tierras que iban descubriendo. Llegaron hasta la cruz el Almirante y los dos capitanes de las carabelas que, siguiendo el ejemplo de sus hombres, también se arrodillaron y musitaron plegarias respetuosamente. Observaban la escena, desde la playa, Camani y Chasej, y se preguntaban qué extraña simbología y poder tenía aquella tosca aspa vegetal para que los castellanos permanecieran postrados a su alrededor como en trance, y no conseguían dar una explicación plausible de por qué los que ellos consideraban dioses se postraban ante algo inanimado y qué esperaban de ellos si el árbol había sido cortado, si lo habían desprovisto de raíces y ramas y pronto moriría, se astillaría, pudriría o sería barrido por el viento y la lluvia. Cómo podían adorar, los que eran dioses y en ese acto demostraban precisamente no serlo, puesto que se postraban ante alguien superior que era inanimado y muerto. Qué lejos estaban sus creencias de las de ellos, que adoraban el mar, que les daba pesca, la selva, que les proporcionaba frutos y caza, las nubes, que les dejaban a su paso la sagrada lluvia, el sol, que los iluminaba y calentaba todos los días, la luna, bajo cuya hermosa luz se amaban. ¡Cuán absurda les pareció la actitud de los castellanos!

Cuando descendieron a la playa, un grupo de indios en actitud amistosa, que habían permanecido emboscados todo el rato bajo la impenetrable barrera vegetal que ribeteaba la

bahía, les salió al encuentro y les hizo ofrecimiento de los exquisitos presentes que llevaban consigo: unas enormes caracolas, tan grandes como la palma de la mano, que devoraban vivas y, tras ello daban grandes muestras de mucha satisfacción para hacerles ver lo exquisito del manjar.

Había varones y mujeres, entre el grupo, y ellas se tapaban sus vergüenzas con suaves paños de algodón blanco que dejaban, no obstante, al aire sus nalgas. Ellos también se cubrían el miembro con un pequeño cinto de bejucos que ceñía sus caderas y del que pendían anchas hojas secas tras las que ocultaban su virilidad. Los indios y las indias tocaron las caras y los cuerpos de los castellanos al tiempo que murmuraban exclamaciones de asombro por lo velludos que eran, la altura y robustez de sus cuerpos y las ropas que los velaban, y seguían ofreciéndoles con insistencia aquellas enormes y vistosas caracolas de conchas plateadas. Las probó Marín, de manos de una indígena, y lo hizo, en cierto modo, prendado por la belleza y dulzura de su mirada, y tomó de su pequeña y delicada mano ese fruto marino y en su mano lo comió.

—¿Coméis el caracol, Marín, o devoráis a quien os lo ofrece?

No eran malos ni repugnantes los dichos caracoles, pese a que estaban vivos y se revolvían gelatinosos en sus paladares, pues sabían a mar, y a la primera dentellada, que los decapitaba, su sangre tenía un extraño gusto entre agrio y dulzón.

Marín se hubiera quedado en aquella isla y en aquella playa, pues la mirada de aquella indígena lo cautivaba. Tenía los ojos como grandes almendras y muy negros, y hermosas pestañas, y más bonitos labios que, al sonreír —y lo hacía con frecuencia—, deslumbraban por la perfecta dentadura que asomaba. La imaginó en sus brazos, mientras la perdía de vista, a golpe de remo, y volvía al batel, y la metió forzosamente en su corazón vacío desde que saliera de él su amada Leonor.

—Tenéis cara de enamorado.

—Y envidia tenéis por ello vos, que hacéis gala de no haberos prendado nunca de ninguna dama. De regreso a la nao, cuando ya la divisaban, se toparon con un extraño animal que nadaba esforzadamente cerca de la barca, sin darse cuenta del peligro que por ello corría. Era como una gran rata, o conejo, aunque progresaba con la agilidad de un pez, tenía el cuerpo grande, blanco, algo hinchado, e hirsuto bigote en el morro. Andrés de Yruenes lo lanceó diestramente, atravesó su cuerpo de parte a parte y, con ayuda de Juan de la Plaza, izó a bordo el ensangrentado y moribundo mamífero, que estuvo revolviéndose un buen rato en el batel rodeado de curiosos que querían saber a qué especie animal pertenecía.

—Parece bueno de comer.

A bordo de la *Santa María*, Juan Vicuña, el cocinero, se hizo cargo de la caza, la despellejó, la descuartizó y la puso a asar en un gran fuego. Cenaron de sus carnes quienes participaron en su caza, no así el Almirante, que rechazó, sin siquiera probar una costilla de tan extraño mamífero acuático que se le ofrecía, y pidió que conservaran y salaran la piel para mostrarla, en el tornaviaje, a sus majestades católicas.

—Pues no está mal, el bicho.

—Sabe a conejo.

—En estas circunstancias cualquier cosa sabe bien.

Se hicieron a la mar antes de que se pusiera el sol. Colón, a proa, vio desaparecer la gran cruz que habían colocado en la cima que dominaba la playa y se persignó ante su visión y dio las gracias a Dios sintiéndose instrumento suyo y prometiendo que en un próximo viaje embarcaría a miembros de la Iglesia para que pudieran bendecir esas tierras y convertir a sus gentes. La cruz tardaba en desaparecer, destacando sobre la silueta de la isla, la distinguía de las demás.

—Dios quiera que los indios la respeten y no la toquen —murmuró, para sí, volviendo a su cámara.

Doblaron un cabo, que Colón bautizó como de Campana, porque quiso su imaginación que allí arriba, en la cima del monte —en ulteriores expediciones que él ya daba por hechas tras un triunfal retorno a Castilla y explicación de lo visto y descubierto a sus majestades católicas—, deberían construir una ermita con una gran campana.

—Que sonaría para llamar a los fieles al oficio, para avisar de la llegada de las tempestades o del desembarco de enemigos.

Anochecía y la luna marcaba su propio camino en la negritud de las aguas por donde se deslizaban las carabelas en silencio. Pedro de Terreros cantó la hora nona y, ya por entonces, muchos marineros roncaban en cubierta, echados sobre el suelo o sobre mantas, y los indios y sus mujeres, invitados o apresados, se mantenían en silencio, agrupados, con manos y tobillos atados con grilletes, pues Colón no quería perderlos durante la travesía, no fueran a lanzarse desde la cubierta y ahogarse.

—No duermes —le dijo Marín a Camani, acercándose al intérprete taino.

—Hay luna llena —dijo como toda explicación.

—¿Es un buen augurio?

—Es buena noche para pescar, es buena noche para amar y procrear.

—¿Has dejado a alguna mujer en tu aldea?

—Sí, pero vieja mujer.

—¿Una mujer vieja? ¿Y qué hacías con ella si tienes mujeres jóvenes que escoger?

—Cuando muere mi hermano, yo he de hacerme cargo de su mujer. Es una obligación.

—Entiendo entonces que no fuera tan duro para ti venir con nosotros. No perdías gran cosa.

Camani le preguntó por el significado de la gran cruz que habían plantado y el porqué de su reverente postración ante ella.

—Es complicado explicarlo —dijo, tras un silencio, Marín—. Nuestro Dios murió en la cruz para salvarnos. Lo clavaron en manos y pies con clavos en un árbol cruzado como el que hemos apuntalado en la cima de ese monte. Fue torturado hasta morir. ¿Entiendes? Azotado, coronado de espinas, humillado e insultado antes de ser izado a aquella cruz y muerto.

Camani se quedó perplejo ante lo que oyó. ¿Qué clase de divinidad era esa que era vencida por humanos?

—¿Un Dios que muere?

—Para salvar a la Humanidad. Dios se hizo hombre y bajó a la tierra, se hizo de carne, como tú, como yo, y bajó a este mundo para salvarnos, y nosotros, desagracedidos, lo crucificamos.

—¿Pero cómo se puede matar a un Dios? —preguntó Camani, horrorizado.

—Luego resucitó. Está bien, es difícil de entender, esto debería explicártelo un fraile, un predicador, pero no viene ninguno con nosotros. Lo siento.

—¿Volvió a la vida? Nosotros, cuando morimos, somos larva, insecto, ave, cada uno de los animales que devoran nuestro cuerpo, o *caribe*, si caemos en sus manos.

—Algo parecido nos sucede a nosotros.

—Entonces vosotros no sois dioses —y en ese momento Camani confirmó en voz alta la duda que tenía desde hacía tiempo.

—Como dioses. Somos fuertes, inteligentes, tenemos muchísimo poder, podemos dispensar la muerte a nuestro alrededor, podemos ser mucho peores que los *caribes*, si nos lo proponemos.

—Pero los dioses no tienen miedo, y yo he visto miedo en algunos de los vuestros, los dioses no mueren. Y no entiendo cómo podéis adorar a un dios que muere en la cruz. ¿Qué puede daros alguien que está muerto? ¿Qué podéis pedirle? Nada.

—Ya veo que eres difícil de cristianizar. El Almirante no piensa lo mismo de vosotros. Se muestra muy optimista con respecto a vuestra conversión. Háblame de los *caribe*. ¿Dónde están? ¿Por qué no los vemos?

Camani señaló con la mano hacia lo lejos, las estrellas del firmamento.

—Otras islas. —Y calló.

—No tienes ganas de hablar de ellos, ya lo veo. Te aterroriza hasta el mismo nombre. ¿Existen o son fruto de vuestra imaginación? No los hemos visto. ¿Por qué os causan tanto pavor esos salvajes?

—¿Quieres saber lo que son los *caribes*? No son gente —dijo Camani despacio y en voz baja—. Son monstruos que beben nuestra sangre y comen nuestra carne. ¿Entiendes? Una vez vinieron a nuestro pueblo; los combatimos, pero no pudimos vencerlos porque eran muchos y venían muy armados y pintados de rojo de los pies a la cabeza, de modo que no pudiéramos saber qué era su sangre o qué su pintura. Rechinaban los dientes, arrojaban flechas con las puntas envenenadas y manejaban las mazas con ferocidad. No eran gente. Me oculté y pude ver cómo devoraban a los prisioneros, a algunos sin matarlos antes, los devoraron vivos, porque así se comían su valor, su inteligencia, sus virtudes. Se lanzaban sobre los cuerpos y los mordían hasta llegar al hueso. Se llevaron a los niños, a los que cortaron su virilidad y engordaron mucho para luego comerlos. Y se llevaron a las mujeres, a las que preñaron, y luego devoraron los hijos que echaron de sus entrañas. Y mataron a los ancianos, y con los huesos molidos en morteros, hacían pócimas medicinales. Ante un *caribe* lo mejor es morir y, si no te matan ellos, darte muerte tú.

—Son el mismísimo diablo —dijo Marín tras un largo silencio, estremecido por la historia.

—¿Qué es el diablo?

—Un ser malvado y sediento de sangre al que se vence con la espada y la cruz. ¿Y vuestros dioses? ¿No os ayudan contra los *caribes*?

Lo vio sonreír pese a la oscuridad. La marfileña dentadura del taino asomó bajo sus labios.

—Una vez Atabey nos escuchó y volcó todas sus canoas antes de que los *caribes* arribaran a la playa, y se ahogaron todos.

—No fue Atabey, sino una tempestad.

—Mis dioses son más fáciles de entender que los tuyos. La noche, el día, la luna, son dioses, el sol es uno de los más importantes dioses, el mar es otro gran dios al que hay que tener contento, como las nubes, que dan lluvia pero también traen huracanes.

—¿Cómo los adoráis?

—A través de los *cemis*. Los hacemos de barro, de piedra, de palo o de relleno de algodón, y les pedimos agua, salud, victoria, fuerza, buena caza, buenas cosechas, muchos hijos. Nuestros dioses nunca mueren y son muy poderosos —dijo Camani—. No son como el tuyo, que muere en esa cruz y no puede hacer nada, ni siquiera salvar su propia vida.

—Ni el sol, ni la luna, ni el viento, ni el mar son dioses.

—¿No? Pues ¿por qué sale el sol? ¿Por qué sale la luna? ¿Por qué cae agua del cielo o sopla el viento? Son gente todos ellos, gente poderosa, más que todos nosotros juntos, a los que no podemos alcanzar ni gobernar, a quien debemos contentar siempre si no queremos probar su ira.

—Veo que será difícil convencerte, Camani.

Capítulo XXVII

Un batel se deslizó en silencio por la noche, de la *Niña* a la *Pinta*. Chocó contra el casco de la carabela y fue sujetado con fuertes maromas y por el costado subió Vicente Yáñez Pinzón. La tripulación haraganeaba sobre la cubierta, jugaba a los dados, blasfemaba. Lo reconocieron y le abrieron paso. Alguno hasta se burló de él. El menor de los Pinzón se detuvo ante la cámara de su hermano mayor antes de entrar y golpeó la puerta quedamente. Le habían dicho que holgaba a todas horas con mancebas y le resultaría molesto interrumpirlo en semejante e íntima actividad.

—¿Quién es?

—Vicente, Martín Alonso.

—Adelante.

Abrió la puerta. En la cámara reinaba cierto desorden. El capitán escondía su cuerpo bajo una especie de amplia camisola que le llegaba hasta los pies, y las dos mancebas, las indias, sus dos amantes, ocultaban sus cuerpos bajo oscuros sayos monacales. La luz de la bujía le permitió ver sus rostros: bellos, más vulgares, no mejores que sus cuerpos menudos que, sin embargo, debían de ser duchos en proporcionar incesante placer a su hermano y, con el placer, la enfermedad que hacía estragos en su cara, que lo estaba pudriendo tanto por dentro que ya lo pudría por fuera. Sobre la mesa había jarras de vino, cuencos vacíos, mapas manchados, hojas secas de esa hierba mágica llamada *tabaco*.

—Tomad vino, hermano. ¿A qué debo vuestra visita?

Mas no lo bebió, como si le repugnara beber de aquellos cuencos en los que habían puesto su saliva él y sus amantes tainas. Tomó asiento y desvió la mirada de la de las muchachas, que lo escrutaban y sonreían en silencio.

—Pueden proporcionaros placer mientras hablamos —dijo Martín Alonso, enrollando hojas de tabaco secas que tenía esparcidas por la mesa—. Las he adiestrado para ello y superan a toda hetaira conocida con sus habilidades.

—Y os llevan al infierno.

—Al infierno nos lleva el maldito genovés.

—De él venía a hablaros.

—Pues hacedlo. No hay testigos. —Y mientras encendía con la llama de la bujía las hojas enrolladas de tabaco tomó a una de las muchachas por las caderas y la sentó sobre sus rodillas—. Me hace revivir el tacto de sus nalgas.

—¿Qué opináis? ¿Dónde estamos? Pues es evidente que estas islas perdidas y paupérrimas no son las Indias.

—Cierto. —Aspiró con delectación el humo, lo guardó en la boca y lo pasó a sus pulmones antes de expulsarlo de nuevo—. Mas nuestro enloquecido Almirante insiste en estar en ellas. Nadie lo cree. Aquí no hay ciudades, ni ejércitos, ni reinos poderosos, nada de lo que explicara Marco Polo. No son menos salvajes estas gentes que los negros de África, ni menos ignorantes, que sólo se diferencian por el color de su piel. Mas debe de haber oro por alguna parte, en alguna de las islas.

—¿Lo seguimos?

Martín Alonso calló mientras el humo llenaba la estancia y jugueteaba con la carne cubierta por el sayo de la muchacha que sobre sus rodillas estaba.

—Voy a abandonarlo. A la primera excusa voy a hacerlo. Estoy harto de seguir como un cordero a ese ignorante genovés. Voy a buscar el oro por mi cuenta —dijo, y un brillo iluminó por un instante sus apagadas pupilas—. Y cuando dé con él, no voy a repartirlo.

—Pero os colgará.

—¿Creéis que me va a coger? La *Pinta* es mucho mejor navío que la *Santa María*, más veloz.

—Un día u otro tendréis que volver a Castilla.

—Quizá lo haga antes de que llegue él. Quizá llegué yo y él no. ¿Qué decidís, hermano? ¿Estáis conmigo o con él?

—No puedo estar con vos.

—¿Por cobardía?

—Por lealtad. No soy un traidor.

—¿Traidor a un loco, a un patán? —Estuvo a punto de atragantarse con el humo del tabaco, alargó el brazo, cogió el cuenco de vino y le dio un trago—. Me arrepiento de haber estado a su lado cuando sus hombres se disponían a tirarlo por la borda. Nos equivocamos de bando, hermano, deberíamos haber cruzado la línea que separaba a ambos grupos y ponernos enfrente, junto a los amotinados.

—Nos hubiéramos perdido.

—Estaríamos a salvo, de vuelta a Castilla.

—Pero este Nuevo Mundo...

—¿Qué demonios veis en este Nuevo Mundo salvo hembras para fornicar? También hay buenas meretrices en Sevilla, aunque ésas cuestan plata, que éstas son gratis.

—Cuidaos, Martín. No me gustaría tener que salir en vuestra defensa, interceder por vos ante el Almirante para salvaros la cabeza.

—¿No vendréis conmigo? ¿Es ésta vuestra última palabra?

—La es.

—Allá vos. Seguidlo en su viaje eterno como criado.

Se levantó Vicente Yáñez Pinzón mientras su hermano hociqueaba con la taina que tenía en brazos, bajaba el sayo por su cuerpo y se le encendía el deseo. Cruzó la cubierta de la carabela, apesadumbrado, y de nuevo sintió miradas de burla en la nuca. Aquella tripulación díscola estaba a la altura de su capitán, pensó mientras descendía al batel y daba la orden al remero de que lo llevara a la *Niña*.

Capítulo XXVIII

Amaneció el día con furia, y el sol, enojado, no se dejó ver ni a la hora sexta, que era cuando asomaba por la línea del horizonte, ni a la hora octava, que era cuando los marinos se desperezaban. Marín encontró a Camani bien despierto, situado en la proa del barco y oteando el horizonte y vio que su semblante denotaba angustia y que sus piernas temblaban. Le preguntó por el motivo de tanta agitación y el taino volvió su cara, demudada, y alargó luego el brazo hacia el horizonte.

Algo sucedía a lo lejos, en el mar, como una amenaza que se cernía. La línea del horizonte se había diluido y agua y cielo se confundían en un todo gris plomizo mientras el viento esculpía, furioso, en lontananza alas de gaviotas en las crestas de las olas. Eran aquellas nubes más negras que de costumbre, nubes nunca vistas desde que las tres embarcaciones empezaron a aventurarse por esos cálidos mares, y parecía como si alguien, desde lo alto, extendiera un gran manto entre negro y azul que trocara el día en noche. Arreció el viento, como advertencia de lo que se avecinaba, y el trapo de la nao se agitó, furioso, en sus mástiles, sacudido, y las maromas que lo ataban se tensaron con violencia con desagradable graznido. Marín fue a avisar presto de lo que sucedía al Almirante y tropezó de bruces con Diego de Arana, que ya salía de la cámara para dar las órdenes precisas.

—¡Arriad velas! ¡Presto!

Como un solo hombre, todos a una, pusiéronse en pie y en medio de una actividad frenética, sin perder de vista el frente furioso que se avecinaba a gran velocidad, bajaron todo el trapo, dejaron los mástiles desnudos, ataron las velas doblándolas con esmero y se sujetaron luego los que pudieron con cabos, para no ser arrastrados por las aguas.

El Almirante dio la orden de sumergir en la sentina a los aterrorizados indígenas y a sus esposas, y uno a uno los infelices descendieron al oscuro sumidero de la nave a hacer compañía al demente Rodrigo Muñoz y a la corte de ratas que la infestaban y se habían reproducido con entusiasmo al socaire de los calores tropicales.

Colón salió al exterior de su camarote cuando la tormenta se echaba encima y el viento comenzaba a arrasar la cubierta, a agitar las camisas de los marinos contra sus torsos, a invertir los intentos de progresar en retroceder. Bregó contra la furiosa inclemencia que frenaba su andar, se afianzó con fuerza a la baranda, subió al castillo de popa acompasando sus pasos al oleaje creciente y se hizo cargo del gobernalle de la nao. En aquellos momentos de peligro, quería tomar el timón de la nave, hacerla navegar por entre la tempestad.

Casi todos los marinos se tendieron en cubierta, cuan largos eran, otros se acuclillaron, los que pudieron se cogieron a los pasamanos de las escaleras, a los barrotes más resistentes, y hasta hubo quien se ató o quien deseó le fueran puestos grilletes en muñecas y tobillos. El barco cabalgaba a lomos de olas cada vez más gruesas y el viento arreciaba y silbaba de forma lúgubre mientras el día se hacía noche de repente.

—*Huracán*-susurró, horrorizado, Camani.

Marín no había visto nunca tanto miedo reflejado en un rostro como el que crispaba el del taino de Guanahaní en aquel momento. Su piel había perdido la tonalidad ligeramente verdosa y ahora era el gris el color que lo dominaba, sus labios se habían vuelto pálidos y sus ojos, rasgados, habían aumentado considerablemente de tamaño. Se aferró, con manos que parecían garfios, a los brazos de Marín y éste sintió cómo éstas temblaban sin control.

—¿A qué dios habéis ofendido? —ironizó Marín, dibujando una sonrisa tranquilizadora en el rostro.

—El mar nos tragará —gimió el indígena—. Y seremos devorados por sus monstruos. Una ola se estrelló con violencia contra un costado del barco y la madera crujió mientras la proa se levantaba y la popa descendía de forma vertiginosa. La *Santa María* cabalgó sobre la cresta de la gigantesca ola y se aprestó a combatir la siguiente. Pronto el vaivén se hizo incesante y los

elementos conjugados e iracundos del mar y el aire compusieron una sinfonía atronadora sobre la que nadie podía hacerse oír. Las olas se multiplicaban, golpeaban el barco a babor, a estribor y, cada vez más altas, barrían ya sin freno la cubierta, zarandeaban a los marinos que no se habían cogido con fuerza a agarraderos o a maromas, que literalmente nadaban en medio del agua espumosa que escapaba luego por los orificios de desagüe de la embarcación.

Tras los primeros embates de la tempestad, los ánimos empezaron a crispase, y marinos que habían olvidado sus oraciones y eran propensos a la blasfemia comenzaron a rezar intentado hacer oír su voz por encima de la furia del viento. Quien permanecía en su lugar, sin moverse un ápice, era Cristóbal Colón. Aferrado al gobernalle, amarrado a él por su criado, desafiaba a la tempestad y miraba al oleaje de frente, sin cerrar los ojos. El vendaval agitaba sus cabellos rojizos y su luenga barba, lo abofeteaba sin piedad, trataba de abatirlo sin conseguirlo.

Los barcos se metieron en el ojo del huracán. El mar hervía de furia. Los relámpagos, de vez en cuando, iluminaban la escena aterradora de las tres embarcaciones de mástiles desnudos tratando de capear el oleaje. Se fueron separando unas de otras, fueron perdiendo contacto visual a medida que la tempestad crecía y amenazaba con devorarlas. Un grito horrible salió de la sentina, de dolor, de espanto, de muerte, tras un crujido ronco, pero nadie se aventuró a asomarse al lóbrego agujero al que habían sido condenados los huéspedes indígenas. El viento arreció, se doblaron las olas, la cubierta se convirtió en una rampa húmeda por la que se deslizaban cuerpos sin freno que se estrellaban contra la borda, entre ellos mismos, se revolcaban en sus propios vómitos y en la espuma del agua antes de que fuera devuelta de nuevo al mar embravecido. No se oían los lamentos, ni los alaridos, ni las blasfemias y maldiciones, ni el ruido espasmódico de las náuseas arrojando todo lo que los estómagos retenían y, cuando éstos se vaciaban, la dolorosa bilis, tapado todo por el brutal fragor de la tormenta. Y el Almirante seguía en su puente, curvado al viento, atado al gobernalle, zarandeado de tal forma que parecía que iba a dejar sus brazos sujetos al timón y su cuerpo iba a saltar despedazado al mar.

Una ola sepultó a Marín, lo hizo beber el trago amargo de su agua, invadió sus pulmones, tras anegar ojos, oídos, narices, hasta casi asfixiarlo, y sumergió a Camani, que permanecía aferrado con tanta fuerza a sus brazos que el vasco ya no los sentía como suyos porque no le circulaba la sangre. Fue aquella ola tan violenta la que aflojó la fuerza que el indio hacía para sujetarse y lo arrebató de su asidero de carne. El intérprete rodó por la cubierta, como una peonza, desapareció bajo la nube de espuma hirviente, fue arrastrado hacia el sumidero del desagüe y a punto estuvo su cuerpo, más delgado, de caer al mar y perderse definitivamente si no hubiera sido porque Marín reaccionó a tiempo y lo apresó por el cuello y, ahogándolo casi, lo arrastró contracorriente por la cubierta hasta ponerlo a salvo.

—No has pecado suficientemente para ser devorado por Bagua —le gritó al oído, aunque el taino no lo oyó, fuera de toda conciencia, inerte entre sus brazos mientras de su boca abierta brotaba el agua que había tragado.

Fue amainando la tempestad, pero despacio, que fue para todos una eternidad, y el cielo se fue aclarando al mismo tiempo que languidecía el resplandor de los rayos y se alejaba el hosco tronar. Siguió haciendo mala mar, furiosa, y soplando el viento con violencia, pero supuso un descanso comparado con lo que habían pasado. Colón miró a su alrededor y oteó la cubierta de la nao, que se había convertido en terreno de la desolación. La cocina, que había resistido todo el viaje, yacía descuartizada ante el pesar de Juan Vicuña, una de las velas pequeñas había quedado inservible, destrozada, después de que el oleaje desatara las ligaduras que la tenían prensada y el mar la desgarrara a lo largo y a lo ancho, y las provisiones de galleta, que iban en dos toneles, habían sido esparcidas por la violencia de la tormenta y formaban una capa pastosa y repugnante, lo más parecido a un lodazal. El Almirante miró a su alrededor y vio cerca, a babor, la carabela *Niña*, pero no así la *Pinta*. Esperó a que aclarase más, a que el

manto negro como la noche pasara por encima de sus cabezas y fuera sustituido por la capa brumosa de nubes que sí dejaba pasar la claridad del día, y entonces la vio, a lo lejos, con el velamen desplegado, tomando otra ruta.

—¿Qué está haciendo Martín Alonso? —preguntó Colón a gritos a Juan de la Cosa, deshaciéndose de las ligaduras que lo sujetaban al gobernalle.

—Parece que va por su cuenta y riesgo, Almirante.

—¡Maldito indisciplinado!

—Quizá no os vea.

—Quizá no quiera verme. Esta desobediencia no quedará sin castigo. ¡Maldito buboso!

Diego de Arana mandó izar velas y los trapos ondearon de nuevo y se secaron con el viento y se aligeraron de peso y agua. Y como de la sentina siguieran llegando lamentos, Colón ordenó a Marín de Urtubia y a Juan de la Plaza que descendieran a ella para ver qué había sucedido. Lo hicieron, alumbrándose con una tea, y lo que vieron les heló el corazón. El bamboleo del barco había roto las sujeciones de los toneles de lastre de la embarcación y uno de ellos había rodado y aplastado a una de las mujeres. La infeliz todavía vivía, ahogándose en su propia sangre, con el cuerpo fracturado bajo el peso de kilos de arena. Sus compañeros permanecían mudos y silenciosos, contemplando su agonía sin moverse, en medio del hedor de las aguas pútridas y el acre efluvio de sus vómitos.

—¡Dios mío! —murmuró Marín, acercando la tea encendida e iluminando el rostro de la moribunda.

Juan de la Plaza comprobó, mirándola, que era la muchacha ante la que había alardeado cuando subió a cubierta y se mostró desnudo. La miró fríamente, sin sentir absolutamente nada, y la vio como un estorbo, como algo roto de lo que hubieran de desembarazarse lo antes posible.

—Mejor sería darle muerte.

—¿Y el marido? ¿Quién es el hombre de esta pobre infeliz? —preguntó a gritos Marín.

Ningún varón taino se movió de su sitio ni abrió la boca para reclamar el cuerpo de su amada. Nadie valoraba ya aquellas carnes y huesos quebrados de los que huía presta la vida por el orificio de aquella boca hermosa que se ahogaba en su propia sangre.

—Intentemos mover el tonel.

Lo hicieron entre ambos, se emplearon a fondo los brazos, se tensaron sus espaldas, crujieron sus vértebras mientras movieron aquel enorme peso del cuerpo de la muchacha y lo echaron a rodar sentina abajo. Marín iluminó el cuadro: la cintura era una pulpa sanguinolenta, y el sayo que cubría su cuerpo, el secante rojo de su sangre. La muchacha agitó los brazos, tembló, mientras Marín la cogía en brazos y subía con ella la empinada escalera hasta llegar a cubierta. Había salido el sol, rompiendo el cerco de nubes, y el mar adquiría su primitivo color azul tras hartarse del gris. La marinería se hizo a un lado al ver a Marín subir con aquel espectro sangrante que le teñía de rojo camisa y jubón, y el de Leizarán se inclinó suavemente para depositarla en cubierta.

—¡Galeno!

Juan Sánchez no se dignó examinarla.

—Tiene la pelvis destrozada, y la columna partida. Más humano sería matarla.

Se había formado un corro alrededor de la infortunada muchacha taina y acudió, al cabo de un rato, Diego de Arana con el escueto mensaje del Almirante, que seguía las incidencias de la navegación desde cubierta y oteaba el horizonte en busca de tierra.

—Que se la arroje al mar no bien expire.

La muchacha ya no sentía su dolor. Alzó sus ojos resplandecientes todavía, con el brillo irisado de una lágrima, y los fijó en Marín con una mezcla de súplica y agradecimiento. El vasco no fue ajeno a su mirada, se tumbó a su lado y cogió su mano helada. La tuvo entre las suyas,

apretándola con suavidad, tanto tiempo como tardó en morir y luego fue él mismo quien, cogiéndola en brazos, cruzó la cubierta y la arrojó por la borda al mar. El agua dio cuenta de ella.

—Buena gente —le dijo en voz baja Camani, cuando Marín pasó por su lado con el jubón tinto en sangre—. Buen días. Los indios fueron llevados todos de nuevo a cubierta. Atardecía. Las nubes desgajadas de la tempestad adquirieron una hermosa tonalidad morada mientras el dios sol se ocultaba bajo la silueta de las islas lejanas. Fue entonces cuando la *Pinta*, que todavía era visible, desapareció en la línea del horizonte y no se la vio más.

—La ambición te guía, Martín Alonso. Que la ambición te pierda —murmuró Colón.

Cuando el Almirante mandó llamar a Marín y éste ocupó su asiento para llevar al pergamino del diario los acontecimientos de la jornada, reparó en el lamentable aspecto de sus vestiduras e hizo un gesto de desagrado.

—¿No tenéis más ropas que éstas, que parecen las de un carnicero?

—Socorrí a la taina moribunda, Almirante —se excusó.

—Espero no perder ningún indio más. Hay que conservarlos con vida hasta que lleguen a Castilla —dijo con frialdad—. Dios nos ha puesto a prueba esta tarde, y hemos salido victoriosos de la batalla. Dios siempre estuvo con nosotros en esta empresa.

Marín esperó con cierto desasosiego el relato de los acontecimientos del día mientras un estremecimiento de ternura sacudía su espalda, recorría como un viento helado su columna y daba un doloroso zarpazo a su cerebro. Se veía a sí mismo, una y otra vez, transportando en brazos el cuerpo hermoso y roto de la muchacha taina, arrojando su carne joven a la voracidad de los peces, envuelta toda la escena en un silencio solemne. Aquellas gentes tenían alma, lo sabía, había sentido cómo la de la muchacha escapaba por la boca abierta, tras agotar toda su sangre, cuando su mano quedó yerta entre la suya y una expresión dulce hermoseó más su rostro. Tomó nota de lo que le contó el Almirante, adornó su comportamiento heroico durante la tempestad, eludió la muerte de la muchacha, puesto que había que disfrazar el diario para hacerlo satisfactorio a sus majestades católicas y esa pequeña mancha pudiera empañar tan magna empresa desarrollada hasta ahora sin mácula, de la misma forma que no había hecho constar las brutalidades del día de licencia, el ahogamiento de Domingo de Lequeito, la extraña muerte de Domingo *el Negro*, la locura de Rodrigo Muñoz, el cruel castigo de Juan de la Plaza, el secuestro de los indígenas y el enfrentamiento y muerte del guerrero. Fue cómplice Marín, como lo había sido hasta entonces, del barniz de falsedad con que Colón relataba su expedición, la suya, con desprecio de todos los demás, con ignorancia de los que habitaban aquellas tierras que descubría y de los que con él compartían la aventura. Y cuando marchó a dormir, la ropa estaba seca, la sangre era una enorme mancha, como un escudo, en su pecho. Cruzó la cubierta, saltando sobre los cuerpos desnudos y dormidos de sus compañeros de travesía, cuidando de no pisar sus caras, sus brazos, sus piernas, llegó hasta su rincón, abrió su arcón secreto y extrajo de él pergamino y tinta. Sentía una emoción lírica y tenía la necesidad imperiosa de volcarlo, de darle ritmo, poesía, calor. Describió la tremebunda tempestad, dibujó los rostros de espanto, la lucha de los hombres contra los elementos, la tragedia de la sentina, la muerte de la muchacha entre sus brazos, así, sin luz, bajo el reflejo pálido de la luna.

—¿Qué hacéis?

Camani, despierto, lo buscó y se sentó a su lado. La curiosidad infantil lo movió a tocar ese pergamino sobre el que el español dibujaba extraños dibujos, y la punta afilada de esa pluma que el literato, adaptándose al medio, había sustituido por la de un papagayo de los muchos que iban en el barco.

—Escribo. Una poesía. Expreso mis sentimientos. Vosotros tenéis los areitos, ¿no es cierto? Nosotros, lo que vosotros cantáis a viva voz, lo ponemos en pergamino, lo escribimos, para que mis hijos, los hijos de mis hijos, y sus hijos, si Dios me da la gracia de tenerlos, si quieren,

puedan leerlo.

—¿Quieres mujer? ¿Quieres hijos? ¿Aquí? ¿Con nosotros?

—No lo sé, Camani. Empiezo a tener dudas de lo que quiero.

Y las dudas, el pensar sobre su futuro, lo que haría, le impidieron dormir, alteraron su sueño, abortaron todas sus pesadillas, hasta sus más dulces sueños.

Capítulo XXIX

Perdieron de vista la costa al atardecer. De nuevo sopló el viento, aunque no con la violencia que lo había hecho anteriormente, pero sí lo suficiente para arrastrarlos mar adentro.

—Ese truhán ambicioso debe de haber ido a Babeque —gruñó Colón refiriéndose al desertor Pinzón, sin poder disimular su furia.

La cena estaba intacta en la cámara del Almirante. Luis de Torres lo acompañaba. El judío converso también había perdido el apetito después de la tempestad, o quizá fuera que la seca mojama cortada en gruesas lonchas no invitaba a hincar el diente.

—¿Qué haríais con ese bubónico?

—Creo, Almirante, que él solo ya encuentra su castigo. De todas formas, tened por seguro que volverá, no será tan osado de presentarse sin vos ante sus majestades católicas.

—Porque no sabrá regresar. Nunca me gustó ese hombre, siempre lo vi traicionero.

—Dejemos a ese mezquino, Almirante, y hablemos de otras cosas.

—¿De qué?

—Con vuestro permiso.

Luis de Torres extrajo un puñado de hojas secas de tabaco, las lió, como había visto hacerlo a los tainos, y prendió fuego el tizón. Pronto la cámara del Almirante se perfumó con el humo aromático.

—Veo que os gusta esta absurda costumbre, aunque reconozco su buen olor.

—Pues no voy a negar que no. También el galeno es de la misma opinión. De lo que quería hablaros, Almirante, es que aparte de que el oro que hallemos sea mucho o poco, el Descubrimiento en sí creo que tendrá una importancia capital. Amplía espacios hasta el infinito, gana tierras y súbditos para la corona, y no es que hayamos encontrado muchas especias, pero sí hortalizas extrañas y frutos apetitosos que si se adaptan a nuestros fértiles suelos pueden ser de gran utilidad.

—¿Habéis catado algo que os guste?

—La *yuca*, por ejemplo. Esa extraña raíz blanca que muy hervida es harinosa y puede ser un perfecto sustitutivo del pan.

—Mas no vi trigo.

—Pero sí *maíz*. Estos indígenas cultivan sus campos, no son tan salvajes como en un principio creímos por el solo hecho de ir desvestidos. ¿Queréis probar?

Luis de Torres le alargó una fruta grande, de consistencia blanda y que parecía muy jugosa.

—¿Qué es? —preguntó Colón, examinándola antes de decidirse a hincar el diente.

—*Mamey*. Brota de unos árboles altísimos de frondosa copa y flores blancas. Los tainos dicen que es el fruto más delicioso de su paraíso particular.

El genovés lo despojó de su corteza verdusca, hincó finalmente el diente en su pulpa amarilla y sorbió su jugo.

—No tienen mal gusto, estos súbditos.

El humo del tabaco hacía al judío converso más locuaz y osado.

—¿Me permitís una pregunta, Almirante?

—¿De qué índole? —preguntó a su vez, con desconfianza.

Carraspeó Luis de Torres.

—Política.

—Adelante. Ya veré si la contesto.

—Cuentan que estuvisteis años en la corte de Portugal intentando que el rey Juan sufragara la expedición.

—Cuentan bien.

—Se tirará de los cabellos en cuanto lo sepa.

—Procuraré no ser yo quien le lleve la noticia —dijo sonriendo Colón—. La crueldad de Juan II

es bien conocida.

—Descuartiza a sus enemigos y a los que considera traidores.

—Pero hablemos también de vos. Vuestra conversión, por ejemplo...

Se pasaron la noche en vela, hablando; el judío converso prendiendo aquellas hojas secas que lo sumían en una placentera borrachera, y el Almirante, dándole al vino, que ya escaseaba tanto que se racionaba entre la tripulación. Estuvieron ambos en vigilia, hasta que comenzó a clarear.

Cuando subieron al puente avistaron una nueva isla de perfiles escarpados poco después del amanecer. Y la *Pinta* seguía sin aparecer en un horizonte que se distinguía diáfano hasta el encuentro del mar con el cielo. Colón preguntó a Chasej el nombre de aquella nueva tierra y el indígena taino respondió, aterrorizado, en su pobre castellano:

—Creo que se trata de Bohío. Bohío, sí.

Y los indios y sus mujeres, que lo oyeron, se removieron en el suelo de la cubierta, se alzaron y fijaron su mirada inquieta en aquel roquedal áspero contra el que luchaba una vegetación lujuriosa que crecía como una cabellera verde por sus abruptas laderas.

—¿Y qué es lo que os espanta?

Al taino le temblaba la barbilla y le castañeteaban sus pobres dientes amarillentos y desgastados. No contestó. Le mordió la lengua el miedo ancestral que la sola palabra Bohío le producía. Bohío era el infierno, el fin del mundo, las tinieblas. Lo hizo por él Camani, que se trasladó a donde se encontraban Colón, Diego de Arana y Juan de la Cosa, este último inspeccionando las playas con el catalejo.

—Sí, es Bohío, mala isla. —Camani no tenía dudas de que así fuera tras fijar la vista en la isla—. Isla de muerte.

—¿Qué espanta a estos salvajes? —inquirió Juan de la Cosa.

El mar estaba tan calmo como furioso lo estuvo el día anterior. La *Santa María* y la *Niña* enfilaron sus proas hacia lo que se intuía como un formidable fondeadero que comenzaba a vislumbrarse tras un escarpado monte que hasta aquel momento había ocultado la abertura natural. La entrada era estrecha, pero había suficiente profundidad, indicó Andrés de Yruenes, que iba a proa de la embarcación, midiendo las brazas. Diego de Arana ordenó arriar las velas gemelas y dejó sólo la mayor, no fuera que un golpe sorpresivo de viento moviera bruscamente la embarcación o la encallara en los bajíos que se intuían a la derecha.

—*Caribes* en Bohío —explicó Camani.

—*Caniba*-dijo Chasej.

—Hombres con un solo ojo, con el cuerpo pintado de sangre, que comen gente. Ñam ñam.

—Había un algo de cómico en la forma con que el guanahaní pronunciaba la onomatopeya de aquellos comedores de carne humana.

—No se ve nada —comentó Juan de la Cosa, pasando el catalejo al Almirante—. Salvo un magnífico puerto natural. No hay rastros de poblados, ni de canoas en la playa.

—Y un río bastante ancho desembocando en medio de la bahía —dijo Colón, cerrando el catalejo tras inspeccionar todo el litoral—. Creo que estos indios, cuando hablan de *caribe* o de *caniba*, que intuyo una misma cosa, hacia lo que sienten miedo reverencial, deben de referirse a los temibles soldados del Gran Kan.

—¿Y son comedores de carne humana?

—Lo de la antropofagia debe de ser un mito que inteligentemente han extendido las tropas de tan eminente rey para provocar la huida de sus enemigos sin presentar batalla. Se aprovecha el más fuerte de la ignorancia de estos pobres salvajes para asustarlos de tal modo que en cuanto los vean huyan.

Emergió una playa enorme y recogida frente a la que era muy factible fondear. La *Niña* y la *Santa María* botaron sus bateles y, a medida que se acercaban, observaron cómo centenares

de indios, hasta ahora ocultos en las selvas que bordeaban la arena, salían a recibirlos, aunque no de manera muy amistosa, pues enarbolaban de forma amenazadora las azagayas, gritaban y algunos de ellos se metían en el agua y se acercaban nadando peligrosamente a las barcas.

—Esta gente no ha oído hablar de nosotros.

—Ni parecen tenernos por dioses. La desconfianza entre los dos grupos humanos era recíproca, y lo mismo podía decirse del miedo. Estaban confiados los castellanos de la superioridad de su armamento, poco se podía hacer contra sus pesadas espadas de doble filo, contra sus mortíferas picas o sus arcabuces, más impresionantes que efectivos, pero el número de sus posibles adversarios, su actitud claramente hostil, los hacía dudar de salir con bien de un enfrentamiento. En un momento había una gran cantidad de indios nadando a su alrededor que tomaban las palas de los remos e impedían avanzar a las barcas.

—¿Qué hacemos, Almirante?

—No son amigos, estos salvajes.

Marín preguntó a Camani, que iba a su lado sentado en el último banco del batel, si se trataba de *caribes*.

—No lo creo —dijo, mirando sus rostros y las pinturas negras y rojas que los cubrían—. *Caribes* tiran flechas venenosas y hubieran matado ya.

—Denos orden, Almirante, para cortar unos cuantos de estos, brazos insolentes —requirió Juan de la Plaza, desenvainando la espada.

—¿Abrimos fuego?

Hubo un indígena, más osado o loco, que trepó por uno de los remos e intentó saltar al interior de la barca. El golpe que le dio en la cabeza Juan de la Plaza con la empuñadura de su espada lo mandó directamente al agua y de allí se fue al fondo. Creció el griterío, se hizo más furioso y una azagaya voló por encima de sus cabezas y cayó al otro lado del batel. En parecidas circunstancias se encontraba la barca de la *Niña*, rodeada por medio centenar de nativos vociferantes.

—Abrid fuego, pero que no tome mal nadie —fue la orden precisa del Almirante.

Juan de Moguer fue el elegido. Cargó la pólvora, encendió la mecha y apretó el gatillo de su arcabuz. El disparo se oyó a muchos metros a la redonda y la nube blanca ocultó por un momento el batel de los atacantes mientras la bala de hierro entraba rasante en el agua, provocando una pequeña humareda, y se perdía en ella. Cuando se hizo jirones la nube de pólvora y los castellanos pudieron ver, los indios nadaban en desbandada hacia la playa, aullando de pavor, y los que ya estaban en ella corrían a refugiarse en la selva.

Los dos bateles llegaron a la playa sin mayores problemas, y desembarcaron todos sus hombres con las armas en la mano, repicando el tambor con toda solemnidad y enarbolando estandartes. Colón tomó posesión de la isla ceremoniosamente en nombre de sus majestades católicas y estampó su firma, «Christopherens», en el pergamino que sostenía el notario Rodrigo de Escobedo.

—Me parece una isla muy grande —dijo Colón, vislumbrando por encima de la selva espesa que bordeaba la arena la presencia de montes en el interior—. La mayor en las que he puesto pie, o quizá se trate del continente.

Se aventuraron por el interior tratando de encontrar alguna senda, pero no la hallaron. Se abrían paso, con dificultad, por entre árboles que crecían muy juntos y entrelazaban sus ramas, por lo que el avance era muy costoso y debían combatir con tajos de espada precisos las ramas que les cerraban el paso. Tropezaron con un bosque de árboles altísimos, que se perdían en el cielo y en cuyas copas había una gran algarabía de monos, loros y guacamayos, troncos recios, ideales para fabricar las embarcaciones llamadas canoas, de los que saldrían, por lo menos, unas cuantas de cincuenta tripulantes. Y luego dieron con una tierra que parecía fértil, buena para el cultivo y en la que creyeron ver, efectivamente, que los indios habían plantado extrañas

verduras de hojas muy grandes. La vegetación se hizo menos espesa y hasta creyeron ver, por la hierba pisada, lo que parecía una senda. La tomaron, con precaución, mirando cada uno del medio centenar de hombres de la expedición, a cuya cabeza marchaba el Almirante, a derecha e izquierda, hacia adelante y hacia atrás, pues el silencio que reinaba les inquietaba y les hacía creer que iban a ser objeto de alguna escaramuza. Pero el disparo del arcabuz debía de haberles asustado muchísimo, pues no hallaron a nadie.

Descubrieron una aldea, distinta de las que habían visto hasta el momento. Una empalizada de árboles atados con bejucos formaba una muralla que protegía las viviendas. La bordearon, en silencio, buscando la entrada, y pasaron por ella de uno en uno, ojo avizor, expectantes. No había nadie, pero el fuego, que aún humeaba, les habló de la precipitación con la que habían huido todos.

—¿Son *caribe*? —preguntó el Almirante a Camani y a Chasej.

Los dos guías tainos inspeccionaron el poblado vacío mientras los castellanos descansaban balanceándose en las hamacas que había colgadas en el interior de las cabañas y probaban las pulpas de algunos frutos maduros que había en el suelo. Volvieron más tranquilos.

—No son *caribes* —afirmó Camani, seguro de lo que decía—. No hay calaveras en las entradas de las casas, ni más huesos en el suelo que los pequeños de los perros.

Aquél era un buen lugar para construir una fortaleza y así se lo hizo saber Colón a Juan de la Cosa, ya que hasta tenían un río próximo que llevaba mucha agua fresca y clara.

—Aquí se puede construir una ciudad. Agua no ha de faltar. Y hay buenos plantíos. Tampoco dista tanto de la costa, y al no estar en ella es más recogida. Veo una iglesia de paredes blancas, con un alto campanario, dominando las casas. Traeremos a este Nuevo Mundo a los mejores arquitectos y ellos harán las mejores ciudades, trazarán las más rectas calles, las empedrarán, edificarán palacios para los gobernadores:

—Si me permitís el comentario, Almirante, estos indios no parecen de natural muy laborioso, sino de aquella gente que vive del mínimo esfuerzo. Ni es raza robusta que yo vea levantando iglesias, palacios y hermosas construcciones.

—Quizá no. Quizá sea como vos decís. Pero entonces, si esto es así, traeremos negros de África, fuertes esclavos para construir las nuevas ciudades en la provincia. Habrá, en estas tierras, un continuo flujo de riqueza.

Juan de la Plaza se balanceaba indolente en una hamaca de una de las cabañas con la espada sobre el pecho, abrazada.

—Buen invento el de estos salvajes, estas camas que te balancean y te libran de las inmundicias del suelo, de que te asalten los insectos.

—¿Y no es de envidiar su holgazanería? —rió Juan de Medina.

—Nosotros no seríamos más laboriosos que ellos, con este clima —adujo Marín—. Para nada apetece trabajar con este sol y este bochorno, teniendo tan hermosas playas, alargando el brazo y tomando tan jugosas frutas.

—Y jugosas mujeres que andan desnudas —intervino Jacomel Rico.

—Que parecen haber huido despavoridas.

—Lástima de la que arrojasteis a los tiburones, Marín.

—Sí —rió Juan de la Plaza—. El literato ofrecía realmente una imagen conmovedora con aquel pellejo sangriento entre sus brazos.

—Hay algo que no entiendo, amigos, si amigos he de llamaros. ¡Qué extraña aversión sentís hacia los sentimientos! ¡Qué dura batalla tenéis que librar para domeñarlos y que no afloren! ¿Os avergüenzan vuestras emociones, sentir afecto por una persona, que os embargue la dulzura de un amorío?

—La diferencia entre vos y nosotros es que sois poeta, una rara especie, más cerca de la hembra que del macho —dijo Juan de Medina, burlón.

—No os insolentéis con mi amigo —advirtió Juan de la Plaza, dejando de balancearse en la hamaca y poniendo bota a tierra—. Si os hace probar su acero os hará escupir sangre. No es damisela, sino aguerrido hombre.

—Hablando de otro tema, el mayor de los Pinzón se ha perdido y el Almirante está muy enfurecido con su indisciplina.

—Martín Alonso ha obrado con cordura —afirmó el extremeño—. Va por su cuenta y riesgo, encontrará más oro que nosotros, no es tan remilgado a la hora de buscarlo, estoy seguro de ello, y de obtener los favores de las indias. Su carabela es un burdel, mientras que nuestra nao es un convento de clausura.

—Sí, lleva indias que le proporcionan más placer que las rameras.

—Todos sabemos de ellas, me parece.

—¿Y si desertáramos?

—No sería mala idea. Interrumpió la conversación el contraamaestre de la *Santa Mario*, Diego de Arana, que asomó la cabeza en la cabaña.

—Volvemos, señores, que parece que va a llover.

—Este perro de Diego de Arana más bien parece insignificante, invisible —comentó por lo bajo Juan de la Plaza—. ¿Cuál es su papel?

—Don Nadie —dijo Marín, esbozando una sonrisa bajo su barba—. Pero eso no le impide manejar el látigo contra vos.

Juan de la Plaza se acarició despacio la barba mientras murmuraba, no tan bajo para no ser oído:

—De ese látigo colgará ese mezquino cobarde.

Regresaron a las naves cuando empezó a llover. La lluvia caía sin violencia, pero constante, como un manantial, y al poco la senda que habían tomado se convirtió en un barrizal en donde se hundían los castellanos hasta media pierna. Llegaron a los bateles con los paños empapados y cabellos y barbas chorreando agua, y era tanta el agua que caía por aquellas tierras, lo hacía con tanta frecuencia y generosidad, que no era de extrañar que crecieran aquellos vergeles. Siguió lloviendo durante todo el día, mientras los barcos continuaron fondeados en la bahía, y siguió hasta la noche, en que de repente paró.

—¿En qué fecha estamos? —preguntó Colón al patrón de la *Santa María*.

—Diciembre, Almirante, hacia el 20.

—La fecha exacta quiero.

El santanderino llevaba un cómputo preciso de los días anotado en un cuaderno. Acercó los pliegos a la bujía que iluminaba la cámara de Colón.

—20 de diciembre de 1492, Almirante.

—Pronto, Navidad, y con este tiempo, que no hace nunca aquí, en estas tierras, el frío de la meseta castellana que hiela los páramos.

Capítulo XXX

Llovió durante toda la noche y continuó lloviendo cuando ya salía el sol. El cielo se abría sobre la tierra y una densa cascada de agua caía generosamente y lo empapaba todo. La marinería yacía a cubierto bajo la toldilla, pero no conseguía evitar que la humedad se enseñoreara de sus ropas y que sus huesos y sus músculos se resintieran. Aquella misma mañana aparecieron las primeras dolencias debidas a la climatología extrema. Un marino, Diego Pérez, natural de la villa de Almagro, se quejó de una gran picazón en brazos y piernas, y el galeno, que lo examinó, no detectó en su piel más que unas extrañas manchas blancuzcas que coincidían precisamente con la zona en donde el sarpullido se hacía más fuerte. Pero más grave fue el caso de Juan de Jerez, de tan ilustre villa como su nombre indicaba, un andaluz que iba en la nao, popular por sus chanzas y chirigotas, que mostró su pie dolorido al médico tras sacarlo de la bota encharcada.

—¿Y qué os ocurre? —preguntó, frunciendo la nariz por el poderoso olor que exhalaba su desnuda extremidad.

—Picazón, señor, entre los dedos del pie. Picazón extrema —se quejó— que no me deja dormir desde hace dos días.

El galeno examinó el pie con cara de desagrado mientras los que alrededor había bromeaban sobre el hedor insoportable que expelía, y no vio otra cosa, entre los dedos, que costras de sangre supurantes, debidas, a buen seguro, a las propias uñas de su propietario.

—No veo más que las heridas que vos mismos os infringís al rascaros. Dejad de hacerlo y curaréis.

—*Niguas*.

—¿Qué?

Camani se había arrodillado y había tomado el pie herido, sin asco, y luego pasó el dedo por los intersticios de los de Juan de Jerez y olió después, llevándolo a su nariz, el líquido viscoso.

—Tiene *niguas* —confirmó.

—¿Y eso qué es? —preguntaron, al tiempo, paciente y galeno.

—Pequeños bichos, del tamaño de un grano de arena, voraces de sangre, que crecen en los pantanos, en los barrizales, y se meten entre los dedos de los pies y crían dentro de la piel. Primero es una, que pica, y al rascar el hombre lo extiende de un dedo a otro. Las *niguas* procrean y pican cada vez más, mientras se comen los dedos por dentro, los llenan de huevos, de los que salen muchas, muchas, muchas *niguas* hambrientas, que comen sangre y piel.

—¡Maldición! —rugió el de Jerez, rascándose ferozmente entre los dedos—. ¿Y cómo se las vence? ¿Cómo se las extermina?

—No se puede.

—¿Cómo que no se puede?

—Cortar dedos, cortar pie.

—Está loco, este maldito indio. ¡Loco! ¡Maldito!

No lo creyeron; juzgaron exagerado que aquellas diminutas pulgas propias de los pantanos de las Antillas provocaran tanto mal, sin imaginar las plagas que las invasiones de niguas en los pies de los castellanos causarían, así como otras enfermedades que se avecinaban.

Dejó de llover, pero era tanta la humedad que flotaba en el ambiente que una densa bruma envolvió los navíos, por lo que era de suicidas ponerse a navegar. Los barcos permanecieron desarbolados y anclados en la bahía, a poca distancia el uno del otro, sin verse, pero sí oírse, pues las conversaciones de los marineros de la carabela *Niña* llegaban a los de la nao *Santa María*, y viceversa.

Diego de Arana mostró su desagrado mientras recorría la cubierta convertida en barrizal y observaba el penoso estado de las camisas cubiertas de mugre de sus hombres, que más honroso sería que fueran tan desnudos, como los indios, que alardear de tanta suciedad y

desidia.

—Pedimos permiso para desembarcar y lavar la ropa.

—De diez en diez, y con precaución. Ya habéis visto que los indios de esta isla no son amistosos con vosotros. Volved antes de que se haga de noche.

Juan de la Plaza, Marín de Urtubia, Juan de Medina, Jacomel Rico, Juan de Moguer y Andrés de Yruenes botaron el batel y en él se dirigieron, a ciegas, guiándose por el rumor que hacía el oleaje al lamer la playa, a tierra firme. Amagaron la barca, entre un grupo de árboles que llegaban a la misma orilla, y se internaron por la selva abriéndose paso entre los troncos que les cerraban el paso, en busca del río que vieron el día anterior en el que podrían lavar la ropa y sus mugrientos cuerpos. No lo hallaron, pues se desviaron por la espesura de la niebla, pero descubrieron un nuevo poblado con señales de haber sido abandonado poco antes de llegar ellos.

—¡Qué sexto sentido tienen estas bestias que nos huelen antes de llegar! —exclamó Juan de la Plaza, irritado.

—Eso, que nos huelen. Hiedes, amigo.

—No más que tú.

Registraron casa por casa, si a las sencillas cabañas sin más mueble en su interior que hamacas y paredes de palma que un soplo abatiría un cristiano podría llamarlas así. Iba con ellos *Pan*, el fiel perro de Marín, que empezó a olisquear entre los restos de comida que humeaban en una hoguera recién apagada.

—Nada. No hay nada. Ni oro ni plomo, ni hierro ni cobre. ¿Quién dijo que las Indias iban a enriquecernos? —dijo Juan de la Plaza a Marín mientras cruzaban lo que parecía la plaza del poblado—. Son muy listos estos indios, y se esconden y esconden lo que de valor tienen ellos. Pero os aseguro, Marín, que yo sabría sacar debida información de ellos, que si por mí fuera ya habríamos descubierto los yacimientos de oro.

—¿Os quedaríais?

—Por supuesto. Nada me ata al otro lado del mar Tenebroso. Aquí, con un puñado de hombres, entre los que os cuento, tendría poder. Imaginaos rey de este territorio, señor de todos sus hombres y mujeres, de sus tierras, de sus pescas y plantíos. ¿No os tienta el deseo de no volver a Castilla?

—En pocos años seríamos como ellos —repuso Marín.

—¿Y qué? Reyes desnudos, con harenes de jóvenes muchachas, coronas de oro. ¿Por qué no?

—Si desobedecemos las órdenes del Almirante, nos convertimos en rebeldes y podremos ser ahorcados. Ya estuvimos a un paso del cadalso para arriesgarnos de nuevo.

—Cuando llegue el momento, amigo, quiero contar con vos.

Estaban solos en la plaza y el extremeño colocó su mano sobre el hombro de Marín y ejerció presión sobre él. Era una forma de demostrarle su aprecio, pero también de que contaba con él, de que lo enrolaba en su ejército imaginario.

—Imaginaos, aquí, lejos de los reyes, con nuestras leyes.

Llegaron el resto de los hombres, tras haber inspeccionado todo el poblado.

—Nada.

—Se fueron.

—Aún huele a ellos.

Pan, el perro, se detuvo ante un tronco del que colgaba un extraño recipiente de hoja de palma, como una caja. Se puso de pie, sobre sus patas traseras, y trató de abrirlo, aunque no lo consiguió.

—¿Qué estará buscando este perro tonto?

Juan de Medina tomó aquella caja vegetal y verde, la abrió y la dejó caer al suelo, horrorizado. La cabeza de un hombre rodó por tierra y *Pan* la emprendió con ella a dentelladas,

arrancándole con una de ellas el apéndice nasal. Marín apartó a su perro con una fuerte patada de su bota, que lo hizo gemir de dolor, y arrebató el trofeo por su larga cabellera. La cabeza hacía tiempo que había sido separada del cuerpo, estaba reseca y tenía las cuencas vacías. No parecía sino un trofeo de guerra.

—Un enemigo, sin duda.

—Mas ¿cómo pueden cortarla sin poseer espadas?

—A dentelladas.

—No son antropófagos.

—No me gustan los indios de esta isla.

—Ni este poblado. No me gusta su silencio.

—¿Os cagáis en los calzones, Jacomel?

—Puede venir quienquiera —espetó, desafiante, Andrés de Yruenes, enarbolando la pica—. Lo ensartaré en mi lanza.

—Regresemos.

Volvieron sobre sus pasos, aunque tuvieron la sensación de que erraban y se separaban del camino que habían tomado antes. La niebla no los dejaba ver y hubo un momento en el que dudaron de si caminaban en dirección a la playa o bien lo hacían hacia el interior de la isla.

—Andamos perdidos.

—No seas agorero, Jacomel.

Se hacía de noche más temprano y un denso silencio se cernía sobre la espesa floresta por la que se abrían paso con tanta dificultad como duda.

—¡Cuidado con el agua, que es el reino de las niguas!

—¿Niguas?

—Sí, los piojos que, según tu amigo Camani, devoran nuestros pies.

Fue un ligero silbido, una corriente de aire, imperceptible, una muerte silenciosa que no se sabía de dónde provenía. Un dardo se clavó en un tronco, a un par de palmos de donde se encontraba Marín. No gritó de sorpresa el vasco, como si lo esperara, e hizo un gesto a los demás, para que lo vieran. Desenfundaron las espadas e inspeccionaron —lo poco que pudieron por la niebla— los alrededores sin ver a nadie.

—Estos malditos diablos nos acechan. Siento sus ojos en el cogote.

—Os dije que no deberíamos haber venido.

Aceleraron el paso, espada en mano, cruzaron un terreno encharcado y no respiraron hasta no sentir próximo el aroma del mar. Verlo fue un alivio. La barca seguía en su sitio, emboscada tras los árboles que crecían a la vera de la orilla. Mientras la arrastraban hacia el agua, llovieron una docena de flechas, silbidos de muerte que se estrellaron en el costado de la barca, que se hundieron en la arena, en el agua.

—¡Rápido! ¡Vamos!

Subieron todos al batel, tomaron los remos, los hundieron en el agua y bogaron mientras el último de sus hombres, Andrés de Yruenes, lanzaba su pica al interior y se encaramaba a la borda.

—¡Dios Santo!

Un dardo lo había alcanzado en el cuello y el estallido de dolor le impidió saltar adentro. Lo ayudaron a subir entre Marín y Juan de la Plaza, que lo tomaron por debajo de los brazos, mientras los remeros bogaban con fuerza y se separaban de la orilla. Salieron entonces los indios, muchos de ellos, gritando, con arcos y flechas, con mazas, corrieron por la playa, entraron en el agua, se acercaron nadando al batel, que intentaba agrandar la distancia que lo separaba de sus atacantes. Andrés se desvanecía, tenía los ojos en blanco, una espuma verde en la boca, los miembros rígidos, la boca helada.

—¡Se nos muere! —gritó Juan de Medina—. ¡Remad más aprisa!

Lo hicieron. Hundieron las palas con fuerza en el agua, tomaron impulso y se distanciaron de sus perseguidores que nadaban.

—¡A la derecha! —gritó de pronto Marín.

No la habían visto. Surgió fantasmal de la bruma. Una canoa con una veintena de indígenas les dio alcance. No sabían de dónde venían o si ya los esperaban en el mar. No había escapatoria posible. Les cortaba el paso hacia la carabela, que era una silueta borrosa en la niebla. La canoa golpeó el flanco del batel y cuatro indígenas saltaron a ella enarbolando las mazas y aullando, enloquecidos. Juan de la Plaza y Marín de Urtubia los esperaban espada en mano. El primero fue abierto en canal por el furioso brazo del extremeño y la sangre del infeliz le cegó los ojos mientras su cuerpo se precipitaba al mar; el segundo quedó ensartado en su espada, atravesado de parte a parte, mientras con el cuchillo le segaba el gaznate y de un fuerte empujón lograba recuperar su acero y arrojarlo al agua; el tercero y el cuarto fueron para Marín. El filo de una azagaya le rozó la sien, le abrió la piel, le arrancó un manojo de cabellos, y el dolor activó la respuesta del vasco. Su espada cortó el aire y luego el cuello del primero como quien corta una hoja. Ni un grito, ni un gesto en aquella cara separada tan rápidamente del cuerpo más que el de la sorpresa. La cabeza voló a lo lejos y el cuerpo perdió el equilibrio y cayó en la cubierta del batel, vaciándose de sangre. El otro tuvo mejor suerte: el tajo furioso de Marín le cercenó por entero el brazo que agitaba la maza y el guerrero optó por lanzarse al agua. Pudieron entonces, aprovechando el terror que les había producido a los indígenas tamaña y tan rápida mortandad, sobrepasar a la canoa por el lado y dirigirse directamente hacia la carabela.

—¡Ah del barco! —gritaron todos a una—. ¡Nos persiguen!

Los vieron, o los oyeron. Y cuando el batel abordó la carabela dispararon la espingarda contra la canoa que, alcanzada de lleno, se partió por la mitad y se hundió. Sus ocupantes malheridos se retiraron nadando hacia la playa, mientras los muertos quedaban flotando y eran pasto de bandadas de tiburones que, alertados por la muerte, entraban en la bahía y comenzaban a darse un festín. Hirvió el mar de sangre, coletazos y mugidos mientras el dulzón olor de la muerte se mezclaba con su habitual aroma salino.

—Nos han atacado a traición —bramó Juan de la Plaza subiendo a cubierta—. Pero se han llevado su merecido.

Colón pidió calma mientras izaban a Andrés de Yruenes a cubierta. Nada pudo hacer el galeno, sino sacarle la flecha. Estaba muerto. La ponzoña con la que iba untado el dardo había acabado con su vida en pocos momentos.

—¡Venganza!

—¡Hay que matarlos!

—¡Exterminarlos!

—¡A muerte con ellos!

La ira crecía entre los castellanos ante el cadáver de su compañero. La sangre cegaba a Marín y a Juan de la Plaza. Mostraban sus espadas tintas en rojo, sus cabellos y barbas apelmazadas con el líquido de la muerte. Había quien, sin dudar, señalaba a los indios que iban en la carabela y descargaba su ira contra ellos.

—Colguémoslos.

—A todos.

—Ahorcados en los mástiles hasta que se pudran.

Colón tuvo que salir a poner paz. Mandó callar a todos y rezar por el hombre muerto.

—No habrá venganza. Así que envainad las espadas. Ni habrá violencia hacia nuestros huéspedes indios, ni hacia nuestros guías. No hemos venido a estas tierras a guerrear, sino a descubrirlas y a tratar a estas gentes en armonía. Lo de hoy ha sido un desgraciado accidente. Vamos a procurar que no se repita en un futuro. Y ahora, puesto que no podemos enterrar

debidamente a nuestro amigo, tirémoslo al mar.

—Pero está infestado de tiburones —protestaron.

—¿Qué más da que lo devoren los tiburones o que lo hagan los gusanos? Ha muerto como un buen cristiano y eso es lo que importa.

Lo arrojaron por la borda, tras los rezos de rigor, y fueron todos al otro extremo de la nave para no ver cómo los escualos daban cuenta de Andrés de Yruenes a dentelladas. Nadie cenó, los estómagos no estaban para ello, y pocos pudieron conciliar el sueño aquella noche, unos porque no se fiaban de los nativos de aquellas islas y esperaban un nuevo ataque, otros porque en cuanto cerraban los ojos espantosas pesadillas poblaban sus pensamientos.

A la mañana siguiente seguía el mal tiempo. Las espadas habían sido lavadas de su sangre, pero había en todos, agazapada, una sensación de intranquilidad cimentada sobre un cúmulo de desgracias. De momento el Paraíso deparaba más muerte que oro a sus invasores. Fue a la hora sexta cuando el grumete Pedro de Terreros dio la voz de alarma de que tres canoas se acercaban a los barcos. La bruma se había levantado por fin y podían ver a sus ocupantes. Venían todos emplumados, con azagayas pero sin arcos ni flechas. Hubo revuelo en la *Santa María*, carreras para coger las espadas y cargar los arcabuces mientras Colón hacía llamar a Camani.

—Diles que si dan un paso más les voy a enviar la muerte.

Obedeció el taino guanahaní la orden de Colón y la transmitió desde la proa a los de las canoas, que estaban a tiro de arcabuz. Le respondieron y Camani tradujo lo dicho.

—Vienen en son de paz. Están muy arrepentidos del recibimiento que os dispensaron ayer y el otro día, y quieren pedir disculpas.

—Son unos traidores —rugió Juan de la Plaza—. Acabemos con ellos.

—La diplomacia es siempre superior a la violencia. Está bien. Que suba su jefe, pero sólo él, a parlamentar.

Subió a bordo de la *Santa María* quien parecía ser el cacique de toda aquella orilla de la isla de Haití. Hizo una reverencia a Cristóbal Colón al verlo y le habló rápido y excitado, gesticulando.

—¿Qué dice? —preguntó el Almirante a Camani, impaciente.

—Pide perdón por lo ocurrido. Dice que tiene miedo de la ira del hombre blanco con pelo en la mandíbula. Que lo teme porque es más fuerte que él. Que ha visto cómo tiene armas poderosas que son capaces de cortar cabezas y cuerpos. Y, por último, pide protección ante los *caribes*. En la última incursión apresaron a mucha gente del pueblo, devoraron a otra mucha, se llevaron a mujeres y niños, mataron a todos los ancianos y no los comieron porque su carne era inmunda.

—No les voy a dar protección. No estoy aquí para dirimir sus querellas. Pero dile que acepto sus disculpas, que agradezco sus presentes —el Almirante observó con codicia piezas de exquisito oro que llevaba encima de sí—, y voy a ponerles una penitencia.

—¿Penitencia?

—Castigo, trabajo. Fabricarán una cruz y la colocarán allí, en lo alto de aquella cima. Que la cruz domine la bahía, que la cruz les haga recordar a los hombres blancos que aquí estuvieron, de su bondad y de su cólera. Díselo.

Se lo dijo. Asintió el cacique. Y Colón ordenó a De la Plaza y a Marín que supervisaran el trabajo de los indios.

—Y no quiero más violencias —advirtió.

Ambos saltaron al batel, seguidos de una docena de hombres, Camani y Chasej. Bogaron hacia la playa seguidos por las tres canoas, y el extremeño miraba con odio y recelo contenido a sus ocupantes.

—Me muero de ganas de pasarlos a cuchillo. Con gusto lo haría. ¡Malditos salvajes! ¿No deberíamos vengar la muerte de Andrés de Yruenes? Dieron hachas a los indios, les enseñaron

su manejo, los obligaron a cortar dos de los árboles más hermosos de la playa, tarea en la que invirtieron mucho tiempo, pues no eran fuertes ni estaban acostumbrados a semejantes trabajos, y, una vez cortados, cogieron a muchos de ellos y los obligaron a transportar los dos árboles, tirando de ellos con bejucos, hasta lo alto de la cima. Aquello ya fue bastante más laborioso. Muchos caían, a otros se les doblaban las piernas por el esfuerzo.

—Miserable raza de doncellas. No haremos nada bueno con ellos —rugió De la Plaza.

Con ímprobos esfuerzos consiguieron subir los dos troncos al monte y Marín les enseñó cómo tenían que cruzar el uno sobre el otro y atarlos muy fuerte y luego alzarlos y hundirlos en el suelo, lo más hondo posible, y prensar la tierra contra su base, para que no se ladeara o cayera. Los indios se quedaron mirando su obra, sin comprender su significado ni el respeto con que miraban aquellos dos árboles muertos los extraños y terribles hombres blancos de mandíbula firme y brazos que cortaban. Los castellanos bajaron a la playa y regresaron a la *Santa María*.

—Éste será Puerto Santo —bautizó el enclave Colón, y pidió que el notario anotara en su pliego de descubrimientos y posesiones la nueva denominación.

De noche, cuando Colón mandó llamar a Marín de Urtubia para dictarle el diario, no mencionó los sangrientos acontecimientos del día. Había en el Almirante un gran afán por ocultar todo lo que de negativo y peligroso había en la empresa para mostrar a los reyes lo hermoso, acogedor y fértil que era ese lugar paradisíaco. A Marín, las artimañas de Colón se le antojaban parecidas a las que utilizaban los poetas cuando, soñando con la mujer perfecta, otorgaban todas las virtudes, las que tenían y las que ansiaban, a la mujer de sus sueños. Así, de ese mismo modo, el genovés estaba describiendo unas Indias idealizadas que sólo existían en su cabeza y quizás en su corazón.

Capítulo XXXI

Colón determinó llamar a aquella gran isla, que distaba pocas leguas de Cuba, la Hispaniola, y así se lo hizo saber al notario don Rodrigo de Escobedo. Siguieron la navegación con día claro y un cielo limpio de nubes y descubrieron, hacia el oeste, otra isla más pequeña y a tan poca distancia que sólo un estrecho la separaba de la mayor. Quiso el destino que, mientras se aventuraban por el pasillo de mar que separaba ambas islas, los marinos de la *Santa María* avistaran nadando una enorme tortuga. El animal era tan grande que progresaba lentamente y su concha, sobresaliendo del agua, era visible desde lejos. Se echaron al agua para capturarla Bartolomé Biues y Gonzalo Franco, que además de marinos habían sido pescadores, mientras el resto vigilaban que no se aproximaran escualos. Ambos marinos se acercaron al pesado monstruo, lo envolvieron en una red de pesca, venciendo su resistencia con unos certeros golpes en la cabeza, y la izaron a bordo con el cabestrante de popa. El inerte animal fue muerto sobre la cubierta a golpes de pala, antes de que pudiera ocultar su cabeza en el gigantesco caparazón, y la voltearon y con afilados cuchillos separaron la carne verdosa del reptil de la concha y la dieron a Juan Vicuña, que tuvo la difícil labor de guisarla en la maltrecha cocina que había logrado reconstruir de nuevo tras la tempestad. Los que la degustaron encontraron sabrosa su carne, tierna, que se deshacía entre los dientes como el hígado o los sesos.

—En honor a tan generoso don que Dios ha puesto en nuestro camino, que dicha isla lleve el nombre de Tortuga.

Y así lo anotó en el pergamino de descubrimientos y tierras el notario. Continuaron la navegación, bordeando la costa de la isla Hispaniola que, con gran diferencia, era la mayor de las descubiertas. De vez en cuando se detenían en alguna playa con promontorio y Colón, invariablemente, ordenaba que se talaran dos troncos y con ellos fabricaran una cruz y la apuntalaran en lo más alto. Las cruces querían ser vestigios de su presencia y descubrimientos, de la misma forma que los ganaderos marcaban sus reses con marcas en las orejas. Colón estaba inspirado en materia de nombres y siempre encontraba el preciso para bautizar los accidentes geográficos que descubría: bahía Mosquito, por el gran número de ellos que había y no les dejaron conciliar el sueño cuando lo avistaron, cabo del Elefante, porque le recordaba a un paquidermo, cabo de las Torres, porque creyó ver fortalezas cristianas coronando sus altos. Enviaba expediciones de vez en cuando, a pisar arenas de playas vírgenes, a las que él ya no se añadía, pues prefería permanecer cómodamente en el interior de su cámara, y escuchaba con atención los relatos de los expedicionarios cuando regresaban, que le hablaban de tierras cultivadas y poblados vacíos, con indios que huían aterrorizados de ellos.

—Hay algo que no acabo de entender, Camani.

Había mandado traer a su presencia al taino guanahaní y lo observaba mientras daba vueltas a su alrededor en la semipenumbra de la cámara. Estaban presentes Marín de Urtubia, el veedor Rodrigo Sánchez y el propietario de la nao.

—En estas últimas islas no hemos encontrado, por parte de sus nativos, la devoción que se nos dispensó en las primeras. Nos miran con desconfianza, nos huyen nada más vernos y hasta nos reciben con visible hostilidad. ¿A qué se deben estas diferencias en el trato?

—Miedo, señor Colón —Camani utilizaba la palabra *señor* con el mismo significado que para ellos tenía *cacique*—. Miedo a los *caribe*. Sus islas están muy próximas a éstas.

—Dudo de la existencia de esos indios míticos. A medida que pasan los días se hace mayor mi incredulidad. Tan pronto los llaman *caribes* como *caniba*, y ¿de dónde procede el término *caniba* sino de Can? —Colón paseaba con las manos a la espalda—. Can, el Gran Kan. *Caribes o canibas* son los soldados del Gran Kan que incursionan esas tierras, hacen prisioneros a sus gentes y, al no devolverlos, estos ignorantes creen que han sido devorados.

—Hemos oído hablar de ellos, pero nunca los hemos visto. ¿Son fantasmas? —preguntó el de

Santoña.

—¿Qué opináis, literato, de lo dicho por vuestro amigo Camani?

—Con mi respeto, Almirante, yo creo en sus palabras. Y no sólo en sus palabras, también en las cicatrices que tienen algunas de estas gentes. Hemos visto vestigios de las incursiones de esos feroces indios en poblados, hemos visto terribles heridas que parecían bocados de perro en piernas, vientres y pechos, lo hemos escuchado en relatos de gentes de diversas islas que no se conocían entre ellos y coincidían en la ferocidad de las gentes que comen carne humana. Es cierto que los mitos surgen de la ignorancia pero, en este caso en concreto, creo que los *caribes* son diablos de carne y hueso, un enemigo que hay que tener en cuenta y del que guardarse.

—Exageráis. Hablar sin haber visto. También hablaba Homero de gigantes de un solo ojo, sirenas que guiaban a los navegantes al naufragio —espetó, irritado, Colón en su tendencia a minimizar o borrar todo lo que supusiera alguna dificultad a su empresa.

—¿Por qué no cree en nuestra palabra el señor Colón? —preguntó Camani a Marín cuando se dirigían hacia la proa.

—Porque los *canibas* o *caribes* molestan a su concepción de las Indias.

Una de las expediciones capitaneadas por Juan de la Plaza, volvió con un singular trofeo: una hermosa mujer que subieron a la nao. Iba tan desnuda como todas y un delgado hilillo de bejuco ceñía sus hermosas caderas, pasaba por entre las nalgas y cruzaba su estómago con la ímproba función de salvaguardar su sexo, cosa que no conseguía. Colón ordenó vestirla y que pasara a su cámara. Para cortar todo tipo de habladerías que su acto provocaría, pues la india era de gran belleza y su cuerpo de una exquisita armonía, no quedó a solas con ella, sino que precisó la presencia de Camani, para traducir sus palabras, y la de Juan de la Cosa.

Los indios que habitaban aquellas islas eran de la misma raza, tainos se denominaban todos, delgados, pequeños, de muy largos y negros cabellos y pieles tostadas, pero no demasiado oscuras y, con escasas diferencias, entre unos u otros, hablaban el mismo idioma, lo que facilitaba mucho el entendimiento entre ellos. La muchacha indígena se alegró de ver a Camani, uno de los suyos, y habló con él excitadamente utilizando un idioma suave y dulce que parecía verdadera música.

—¿Qué os dice?

Camani dudó entre traducir las palabras que la muchacha le confesaba o traicionarlas.

—Que fue capturada con violencia.

—No veo ningún síntoma de maltrato en su persona.

El Almirante pasó por alto los hechos que denunciaba la muchacha. Hacía días que pensaba que los hombres de su expedición se habían comportado disciplinadamente en su trato con las indígenas en cuanto él se lo demandó y que no iba ya a censurar la violencia carnal que se pudiera producir con alguna de esas hermosas muchachas que provocaban con sus desnudeces. Él mismo, pese a su edad y formación, pese a tener esposa e hijos esperándolo al otro lado del mar Océano, no podía evitar mirar con delectación a esas muchachas y tener fantasiosos ayuntamientos cuando las cabezadas del cansancio lo derrotaban en su cámara, aunque despertaba siempre antes de que se consumara tan dulce pecado. Ordenó recompensar a la muchacha con diversos regalos, espejuelos, bonetes, collares de cuentas de muchos colores, con los que la indígena jugueteó con cierto alborozo, y le dijo que volviera a su pueblo. Pero con gran sorpresa, Gualana, que ése era su nombre, prefirió permanecer a bordo.

—Está bien. Pues ponédla junto a los otros indios.

¿De quién huía la bella taina? ¿De un violento marido descontento con la dote? ¿O bien se sentía fascinada por aquellos extraños hombres y ansiaba unirse a ellos e ir a sus tierras? No fue muy bien recibida por los indígenas de la isla de Cuba, como si existiera alguna antigua rivalidad entre sus tribus, y fue marginada por ellos desde un principio, apartándose ella misma

luego.

—Hermosa muchacha —comentó Marín en voz alta—. Aunque no acabo de comprender por qué prefiere permanecer en nuestro barco a volver con los suyos.

—Y hermosa grupa —corroboró Juan de la Plaza con una sonrisa mientras deslizaba su mano a su propio sexo.

Avistaron una nueva ensenada y repararon en ella porque, tras la floresta, vieron que salía mucho humo que sólo dos cosas podía ser: un incendio de la selva o el fuego de un gran poblado. Desembarcaron los dos bateles de la *Santa María* y de la *Niña*, esta vez con Colón a la cabeza, acompañados por los guías Camani y Chasej, y esperaron a que Vicente Yáñez Pinzón y los suyos llegaran. Las relaciones de Colón con el capitán de la *Niña* andaban más tensas desde que su hermano Martín Alonso había desertado.

—¿Sin noticias de vuestro hermano?

—No sé nada desde que lo perdimos. Busco su embarcación todos los días, en el horizonte, mas no la encuentro. Temo que algo malo le haya sucedido, Almirante.

—Nada será comparado con lo que reciba de mí —dijo el genovés, amenazador.

Desde la misma playa vieron que partía una gran senda y la siguieron sin pérdida. Los castellanos no tardaron en arribar a una ciudad, la más grande que habían visto hasta el momento, formada por varios cientos de cabañas, de las que los indios huyeron despavoridos con sólo verlos. Corrían los hombres, los ancianos, las mujeres y los niños en tropel, gritando, dejando todo lo que estaban haciendo y también sus pertenencias, y se perdieron en la selva, como tragados por ella, y el silencio volvió de nuevo. De nada sirvió el que Camani les gritara que no eran de Caniba y que volvieran, que traían regalos.

Tomaron posesión del pueblo e inspeccionaron sus casas. Eran las más consistentes que habían visto hasta entonces; combinaban las hojas de palma y las cañas de sus construcciones habituales con una arcilla que utilizaban a modo de cemento para soldar las juntas. Estaban curioseando por ellas cuando advirtieron que los indios que habían huido despavoridos regresaban en pequeños grupos, temerosos, y se detenían a algunos pasos de los castellanos.

—Que nadie los atemorice —ordenó Colón.

Se volvieron más osados al ver que no les hacían daño y al poco ya eran cientos los que los rodeaban, en actitud amistosa. Les tocaban las cabezas en señal de veneración, les mesaban las barbas, se miraban, asombrados, en las relucientes corazas de los castellanos y sopesaban sus enormes espadas y sus largas picas de hierro, capaces de ensartar de un solo golpe a muchos de ellos. Estos indios eran de piel más blanca y de rasgos más parecidos a los blancos que los de las otras islas que habían visitado.

—Si se vistieran hasta podrían pasar por castellanos —advirtió Colón.

Se acercó a Colón un indio más altivo que los demás, de constitución gruesa, con plumaje vistoso de guacamayo adornando su cabeza y mucho oro en el pecho, colgando de la nariz, de los lóbulos de las orejas, en el que invariablemente fijó sus ojos el Almirante sin poderlo remediar, cegado por su brillo y la belleza de su orfebrería. El distinguido indígena, que cubría sus vergüenzas con un paño de algodón, se dirigió al gigante de enmarañado pelo rojo, en su lengua indígena.

—¿Qué dice?

—El cacique Cuacanagari os da la bienvenida —dijo Camani.

Lo siguieron. El reyezuelo les enseñó con orgullo los sembrados que bordeaban la ciudad y en los que cultivaban de todo: grandes verduras, maíz, yuca, que la utilizaban como pan, y unas hojas grandes que arrancaban, secaban al sol hasta que adquirían una tonalidad ocre, y luego las enrollaban sobre sí mismas en forma de canutos que prendían por sus extremos.

Los indios dieron a Colón una gruesa tea de tabaco y la prendieron con fuego. Colón chupó por su extremo, como vio hacer a Cuacanagari, y en cuanto el humo invadió su garganta se deshizo

en tos, provocando la risa contagiosa de los indios. También rieron los castellanos del aspecto de su Almirante, del color verdoso que su tez adquirió en un momento tras el experimento, pero el jefe no se lo tuvo en cuenta a sus subordinados, y les dio permiso para hacerlo.

—¿Quién puede obtener placer de semejante invento diabólico?

—Hay que acostumbrarse, Almirante —le dijo Marín—. Los efectos son parecidos a los de una dulce borrachera, con la ventaja de que el estómago no se resiente.

—Pero sí la cabeza.

Algunos indios se presentaban ante los castellanos y les mostraban las cicatrices que jalonaban sus cuerpos, los trozos de carne que les faltaban y que decían que había sido a causa de los mordiscos de los *caribe*, y les enseñaban flechas y lanzas que se dejaron abandonadas en sus cuerpos durante la última incursión.

Los indios ofrecieron viandas que los castellanos comieron, aunque no sin recelo. Todos se reunieron en la enorme plaza central del poblado y se sentaron alrededor de Colón y Cuacanagari, que habían sellado su amistad intercambiándose regalos: baratijas, cuentas sin valor, paños y bonetes, por collares y pendientes de oro, aros de plata, brazaletes, esclavas, cinceladas con exquisita sensibilidad y que el Almirante iba amontonando en un hatillo del que no se separaba y cargaba su servidor, el imberbe Diego de Salcedo. Eran las mujeres de la aldea —jóvenes, hermosas y desnudas, sin más ropa que la cinta que cubría en parte ínfima sus vergüenzas, prenda que llevaban las mujeres que ya menstruaban para distinguirse de las chiquillas que todavía no lo hacían— las que con solicitud y alegría llevaban las viandas a las bocas de los castellanos en bandejas vegetales, que eran enormes hojas de plátano y otros árboles. Marín preguntaba a Camani por cada cosa antes de metérsela en la boca.

—Serpiente.

—Pues parece pollo.

—Iguana.

—La conozco, y está exquisita.

—Rata de agua.

—Me resisto a probarlo.

—Patatas.

—Exquisito manjar.

Cuando terminaron de comer, a modo de postre, repartieron en las manos de los castellanos puñados de algo parecido a la nuez, duro como una semilla, pero que se partía bien con los dientes y era muy sabroso: *maní*.

—Tan bueno como la almendra.

Colón ordenó a sus hombres cortar dos árboles y hacer una cruz con sus troncos. Los indios los ayudaron a instalarla en el centro de la población, cavaron un profundo foso en donde hundirla, apelmazaron la tierra a su alrededor para asegurar su estabilidad y luego, una vez terminada, se postraron todos ante ella.

—Esto no es sino una señal de la providencia. Nada les hemos dicho —confesó, eufórico, Colón tras verlos a todos arrodillados y silenciosos adorando a la cruz—. Ellos mismos se han arrodillado, y mirad la emoción que embarga sus rostros. ¿No es maravilloso, amigo Juan?

El propietario de la *Santa María* asintió. Nadie se explicaba la devoción de los tainos hacia el símbolo del cristianismo. ¿Un milagro?

—¡Cuán fácil va a ser la cristianización de estas gentes, señor! Volveremos con más barcos, y con frailes en ellos, que se encarguen de sus almas.

Marín se maravillaba del entusiasmo que había producido a los castellanos que los tainos de aquella ciudad, gobernada por el cacique Cuacanagari, se hubieran postrado ante el enorme *cemi*. No era para ellos una cruz, sino un *cemi* o tótem, un símbolo de sus propios dioses, de las fuerzas de la Naturaleza, al que se dirigían pidiendo buenas cosechas, abundante caza,

fructífera pesca.

Regresaron al barco, cuando anochece, y fueron acompañados por dos centenares de tainos amistosos que los guiaron hasta la playa. Muchos de los castellanos llevaban hojas de tabaco en las manos, prendidas como antorchas, humeantes, y bien es verdad que el aroma que desprendían aquellas extrañas plantas al arder era agradable, como un perfume parecido al incienso, y se las llevaban constantemente a la boca y aspiraban sus humos, con delectación, tras lo que confesaban sentirse mejor, más alegres, contentos y despejados.

Marín despertó a media noche, con ganas de orinar, y se acercó a la borda a desaguar. Todos dormían, menos Colón, cuya bujía permanecía encendida en la cámara. Inspeccionó a sus compañeros de lecho, la zona de la cubierta próxima a la popa en la que solían tenderse todos los días, y vio a Camani, a Juan de Medina, roncando aparatosamente, a Jacomel Rico en posición fetal, pero no vio a Juan de la Plaza. No tenía sueño, estaba despejado, así que paseó por la cubierta saltando los bultos de los compañeros que dormían, metiendo los pies entre cabezas, hombros, brazos y piernas sin pisarlos, hasta que un ligero rumor lo hizo detenerse. Venía de la zona en donde dormían los indios. La luna estaba en lo alto del cielo, sobre el mástil del barco, y puede que fuera la hora tercia, pero no estaba seguro de ello, ya que Pedro de Terreros, el grumete, dormía a pierna suelta y la ampolleta permanecía quieta entre sus manos. Había un bulto que se movía, en la semipenumbra, lentamente, y no tuvo que ser muy perspicaz para intuir lo que sucedía: uno de los castellanos estaba copulando con una de las muchachas tainas y, al parecer, con su consentimiento, puesto que no oía protestas ni gritos, sino apagados gemidos de placer. Se amaban discretamente, y Marín sintió envidia por ellos mientras se daba la vuelta y regresaba lentamente hacia su puesto. Fue entonces cuando una mano lo sujetó por el hombro y Marín se volvió. Juan de la Plaza se anudaba el jubón.

—¿Me has visto?

Decidió no mentir.

—¿Erais vos y esa muchacha, Gualana?

—¿Queréis catarla? Está encendida.

Cayó el de Leizarán en tan dulce tentación. Volvió silenciosamente sobre sus pasos mientras el deseo le dolía de placentero tormento. Distinguió a la muchacha, vestida con su sayo, que parecía dormida, y abrió los ojos cuando lo sintió encima. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho mientras rogaba ser aceptado. Gualana fijó su mirada en los ojos azules del vasco, en su barba rubia, y sonrió mientras levantaba su sayo y ofrecía la desnudez de su carne trémula y tibia. Marín acarició los redondos pechos de la hermosa mujer, mientras juntaba su vientre con el suyo y se fundían en un abrazo. Gozó de ella en silencio, entre los cuerpos dormidos de sus compañeros, ajenos a la pasión de los amantes. Luego, una vez saciado, besó sus labios y retuvo su dulzor en la boca mientras se vestía y se alejaba, silencioso, hacia su lugar. Juan de la Plaza dormía cuando llegó. El vasco se sintió como un cazador furtivo.

Capítulo XXXII

—¡Galeno! —Juan de Jerez se arrastraba con su maltrecho pie fuera de la bota. Se le habían hinchado todos los dedos y se cumplía la maldición que Camani había predicho al verlo. Horas interminables de rascarse con las uñas sucias habían infectado las heridas y ahora los espacios entre dedo y dedo estaban en carne viva y sangrando, y en ellos comían, crecían y picaban las diminutas e implacables niguas, dueñas absolutas del pie.

—Tiene mal aspecto —dijo Juan Sánchez, tomándolo y examinándolo—. Deberé quemaros las heridas y así las bestezuelas que anidan entre los dedos se churruscarán.

Profirió tantos alaridos como veces llevó el galeno el cuchillo incandescente del fuego a su carne y se retiró, arrastrando su pie, a su puesto, quejándose entonces del dolor, pero no de las niguas.

Por la mañana, hacia la hora décima según cantó Pedro de Terreros, el grumete, vieron diez canoas repletas de indios que se aproximaban. Al frente de ellas, guiándolos, iba el cacique Cuacanagari. Colón dio la orden de que los dejaran subir a bordo. Los indios treparon por el casco de la nao disciplinadamente, ayudados por las maromas, y permanecieron de pie en cubierta mientras Diego de Salcedo, el imberbe criado de Colón, condujo al cacique ante la presencia de Colón. Hallábase el Almirante comiendo en su cámara con Juan de la Cosa y Rodrigo de Escobedo, y quiso ofrecerle su hospitalidad. A través de Camani, que estaba presente, le indicó que tomara asiento en una de las sillas libres que había alrededor de su mesa, y así lo hizo el cacique, extrañándose mucho de la utilidad de ese raro *cemi* con cuatro patas, animal inanimado capaz de sostener su peso.

—¿No es dar excesivas confianzas a estas bestias? —inquirió el de Santoña.

Colón ordenó a su criado que le sirviera viandas, vino y agua, e hizo extensivo el mandato a sus súbditos que esperaban en cubierta. El frugal alimento consistió en galleta agusanada, ante las que ningún asco hizo el cacique taino, pero sí compuso un extraño gesto cuando acercó sus labios al cuenco de arcilla y bebió el vino que contenía. Pese a todo, debió de gustarle, pues reclamó más cantidad, golpeando el cuenco vacío contra la tabla de la mesa, y fue Diego de Salcedo con la jarra a llenarlo presto.

Mientras, en la cubierta, la marinería de la *Santa María* no veía con buenos ojos la presencia de los indios a bordo. Juan de la Plaza era uno de los que más criticaba esa medida de confraternización con ellos.

—Si nos ven tan de cerca, si conocen nuestros hábitos, si nos huelen nuestro aliento, acabarán por perdemos el temor y el respeto.

Marín no andaba preocupado por los intrusos, sino que su mirada buscaba con ansia la de la bella Gualana. La muchacha estaba sola, apartada de los suyos, y tampoco congeniaba con los recién llegados. Por un instante, sus miradas se cruzaron, y la taina esbozó una sonrisa mientras entornaba los párpados.

—¿Os gusta esa ramera indígena? Cuesta apagar el fuego que anida entre sus piernas.

Marín tomó con rabia a Juan de Medina por el cuello mientras desenvainaba su cuchillo.

—¡Cómete tus palabras, bastardo!

—Eh, eh. ¿Qué sucede?

Juan de la Plaza intervino para separarlos.

—¿Por quién disputáis?

—El vasco, que es muy enamorado —dijo, riendo, Juan de Medina, acariciándose la magulladura que en el cuello le había hecho Marín con la mano.

—¿Todo este escándalo por una pagana? No os dejéis comer el seso por ella, amigo. Estas mujeres se toman y se olvidan.

Mientras tanto, en la cámara, acabada la comida, Colón le mostró a su invitado una moneda real. El cacique la mordió, sin saber qué utilidad tenía, y la observó después, comprobando los

relieves de sus caras.

—Decidle, Camani, que las imágenes que aparecen en ella corresponden a las de sus majestades católicas.

Lo tradujo como pudo, y le habló de dos grandes caciques, varón y hembra, poseedores de muchos y feroces guerreros, que se encontraban al otro lado del mar, en un territorio grande y poderoso de donde provenían las naves.

Luego tomó Colón los estandartes verde y blanco con las letras grabadas en ellos, la I de Isabel, la F de Fernando, y se los mostró al estupefacto taino.

—Nuestras banderas. Las clavamos en la arena cada vez que tomamos posesión de un territorio. Nuestro reino es grande, es un imperio, domina medio mundo y ahora dominará también el vuestro. Debéis estar orgulloso de pertenecer a nos. Tenemos cientos de barcos, miles de soldados armados con arcabuces, picas y espadas, cañones, que en un soplo arrasarán vuestras aldeas y las de los temidos *caribes*. A país tan poderoso vais a pertenecer. Yo he sido llamado para civilizaros y cristianizaros.

Con enormes dificultades tradujo Camani lo dicho por el Almirante cuando éste cesó de hablar para tomar un respiro.

—Señor Colón —dijo Camani, albergando una duda—. ¿Cristianizar viene de Cristo, el débil dios que murió en una cruz?

—¡Qué barbaridad estás diciendo! ¿El nuestro, un dios débil? —gritó Colón—. ¿Quién os ha metido en la cabeza semejante falsedad? Largo de aquí, salvaje inútil.

Sorprendido, sin comprender el motivo de su irritación, Camani salió de la cámara y se reunió con Marín.

—Veo tu semblante demudado.

—Algo hice o dije que irritó al señor Colón.

—¿Por qué?

—Cuando repetí lo que me dijiste de Cristo, el dios débil que murió en la cruz...

—¡Señor! ¿Eso le has dicho?

Marchó Cuacanagari y toda su comitiva que no serían las seis, con el sol dirigiéndose hacia su ocaso. Lo hizo dejando muchos presentes de oro que fueron guardados en el arca de la cámara para ser mostrados a los reyes en el tornaviaje. Y cuando se alejaron en las canoas, el Almirante mandó llamar a Marín.

No tuvo tiempo de poner excusas; lo atacó verbalmente en cuanto lo tuvo ante sí.

—No es lo vuestro la evangelización, Marín. Hace un instante, Camani blasfemó ante mí. ¿Qué es eso de que el nuestro es un dios débil?

—No lo dije yo, Almirante, fue una conclusión que sacó él cuando le expliqué cómo Jesús murió en la cruz.

—Más vale que calléis de ahora en adelante, sois tan torpe en vuestras explicaciones teológicas que son causa de burla y escarnio. Retiraos.

—¿No vais a dictarme, señor?

—Hoy no.

Esperó a que sirvieran la cena, a que todos durmieran y a que Pedro de Terreros dejara de cantar las horas. Se cercioró de que el vino, el del último barril, más fuerte que los anteriores, hubiera rendido a Juan de la Plaza y los suyos en una somnolienta borrachera, y como un fantasma se levantó y se acercó a la muchacha con la que estuvo soñando desde que sintió su cuerpo desnudo contra el suyo. Ella también dormía. No abrió los ojos ni se movió cuando le levantó el sayo, ni cuando, esta vez trabajosamente, entró en ella, tras ceñir sus caderas, y la gozó en silencio. No la besó, por temor a despertarla de su modorra, y volvió a su lugar como un ladrón y ladrón se sintió, en definitiva, de su cuerpo.

Capítulo XXXIII

—Estamos sacando provecho de estas gentes —concluyó Colón, tras echar una ojeada a los arcones que transportaban el oro, legumbres y vegetales del Nuevo Mundo—. Puede que nosotros les demos cultura, civilización y una fe cristiana que les será necesaria para entrar en el cielo y no morir como salvajes ignorantes y condenarse al limbo de los justos. Porque al limbo irían, ¿no, Juan?

—No soy ducho en estas cuestiones, Almirante. Deberíamos haber traído un clérigo.

—Ni siquiera es seguro que estas gentes tengan alma —dijo el notario Rodrigo de Escobedo—. ¿Por qué habrían de tenerla? ¿Porque hablan, cultivan y sienten? No es suficiente.

—Pueden tener alma, aunque ésta no sea cristiana.

—Perdonad, Almirante, ¿acaso tienen alma los negros?

—Por supuesto que no.

—¿Pues por qué habrían de tenerla estos salvajes que incluso devoran a sus semejantes?

—Siendo los indios de ingenio corto y pueril, quizá deban ser tratados como niños o mujeres.

—¿Por qué no como bestias?

—Dejémonos de discusiones bizantinas. Pero a lo que íbamos, señores. ¿Qué nos han dado estas gentes, tengan o no tengan alma, que ésta es una cuestión teológica que no nos incumbe? Pues yo os lo diré: maní, que es tan sustancioso y sabroso como la almendra.

—Es más ordinario.

—Pero es una semilla que tiene aceite. Patatas, un prodigioso vegetal que llena bien el estómago, una maravilla si su cultivo puede adaptarse en Castilla. Yuca, maíz, guajolotes, cuya carne es tan sabrosa como la del gallo o la gallina, los guacamayos, de los que llevamos en la nao numerosos ejemplares, las hojas del tabaco, quizá lo más inútil que hayamos encontrado.

—Pero puede tener efectos terapéuticos, Almirante —apuntó el galeno—. He comprobado cómo su uso calma el dolor.

—Yo más bien he advertido un uso vicioso entre nuestra gente, lo han adoptado con gran celeridad y aspiran ese espantoso humo sin toser ni ahogarse.

—Cuestión de práctica.

—¿Os gusta a vos, De la Cosa?

—No diré que me desagrada.

—Y las iguanas, sabrosos monstruos que se pueden degustar si uno olvida su terrible aspecto —señaló Colón—. ¡Marín!

—Ordene vuesa merced.

—Haced un inventario de todo lo que llevamos, de las cantidades, sus virtudes, sus formas de cultivo, recopilad toda la información posible, que la haremos llegar a sus majestades católicas. ¿Queréis decirnos algo, galeno?

—Señor Colón, permita, ahora que estamos tantos reunidos en su cámara, que os advierta de un peligro que no debemos minusvalorar.

—Hablad.

—Se trata de unos pequeños y perversos parásitos, no mayores en tamaño que una pulga, que se alojan entre los dedos de los pies y se multiplican de tal forma que pueden hacer que el hombre pierda todos sus dedos y tras ellos el pie. Conviene mantener cierta higiene, que nadie ande por la selva con los pies descalzos, que tras hundirse en un barrizal se limpien con agua el interior de la bota y también el pie.

—¿A qué viene esta alarma? ¿Hay algún caso grave?

—Lo hay. Un marino llamado Juan de Jerez.

Aquella mañana el de Jerez presentaba dos dedos del pie negros, con signos de tumefacción, y olían peor que de costumbre.

—No los siento —gimió, aterrorizado, tras arrastrarse hasta el galeno—. ¡Pero cómo bichos tan

pequeños pueden hacer mal tan grande! —lloró, rabioso. Juan Sánchez inspeccionó la extremidad y movió la cabeza con pesar.

—Habrá que cortarlos. Están muertos, y si los mantenemos unidos al pie hay posibilidad de que se extienda el mal.

—¡Santo Dios! —Retiró raudo el pie y lo escondió bajo su trasero—. No dejaré que me corten los dedos —gritó—. ¡No quiero! ¡No quiero!

Hizo señas al galeno a Diego Pérez y a Gonzalo Franco, y entre ambos sujetaron al de Jerez no sin gran esfuerzo.

—¡Qué hacéis! —chilló—. ¡No quiero, no quiero, no quiero!

A sus gritos se congregaron todos los marinos e hicieron corro a su alrededor. También los indios.

—¿No hay remedio contra las niguas? —preguntó Marín a Camani.

El guanahaní negó con la cabeza.

Fueron cuatro, entonces, los que inmovilizaron al infectado por los terribles parásitos, y dos más los que sujetaron la pierna con fuerza, y otro el que le dio a morder un leño para que no se despedazara la lengua por el dolor. El galeno se acercó con un serrucho, que previamente había desinfectado en el fogón de la cocina, y separó cuanto pudo los dedos enfermos de los sanos. Diego de Jerez, con el madero en la boca, no pudo gritar, sino mugir, cuando la sierra se aprestó a cercenar uno de sus dedos. Se puso lívido, blanco, lloró, se estremeció, mientras un chorro de sangre y pus manchaba la cubierta del barco.

—¡Ya está uno! —Y el galeno arrojó con fuerza el apéndice podrido al mar.

Se aprestó a cercenar el otro, que fue más fácil, pues había más espacio. El serrucho hendió la carne y dio con el hueso, serrólo con fuerza el galeno, haciéndolo crujir, y no paró de hacerlo hasta que hubo desprendido por completo el otro dedo y la sierra hirió la cubierta del barco. Luego, más tranquilo, cauterizó ambas heridas y envolvió los muñones con vendas y gasas. Tuvieron que llevarse al intervenido a rastras, inconsciente.

Juan de la Plaza y sus hombres habían ido a tierra por la mañana y volvieron al mediodía. Venían ufanos con un saco de granos que les habían dado los indígenas del poblado del cacique Cuacanagari a cambio de unas telas bordadas. Eran granos de color blancuzco y bastante gruesos. Camani, al verlos, los llamó por su nombre.

—*Cacao*.

—¿Lo conoces?

—Es bueno para hacer una bebida.

El guanahaní los estuvo machacando en un mortero, hasta hacer con ellos una suave pasta, y mezcló ésta con agua hasta conseguir una textura de puré.

—¿Quién bebe?

Lo hizo Marín.

—No es que sea muy bueno, pero es nutritivo. —Pasó el cuenco a Juan de la Plaza.

—Quizá con algo de azúcar sería más comestible, para matar el amargor.

Marín añadió la palabra *cacao* al inventario que llevaba y colocó el saco junto a los demás alimentos que de las Indias traían. También lo probaron el Almirante, el de Santoña y el notario, y todos estuvieron de acuerdo en su bondad.

—¡Dios quiera que todas estas plantas se adapten a las tierras de Castilla!

Según avanzaban, multitudes de indios salían a su encuentro, rodeaban las naves, se tiraban al agua a su paso y los saludaban como dioses. Colón estaba exultante.

«Que no hay súbditos más fieles que los de estas tierras que han conocido a sus majestades católicas en efigie, al mostrarles yo al gran cacique —así se llaman los reyes en estas tierras— Cuacanagari vuestras figuras grabadas en un maravedí...»

Marín se despertó a media noche, mas no vio a Juan de la Plaza en su sitio. Esperó, con

paciencia y deseo, breve tiempo que le pareció una eternidad y no se levantó hasta que lo vio echado y roncando. Estuvo solazándose con el cuerpo tibio de la taina durante el resto de la noche, hasta cerca del alba, y ella reía a media voz por la intensidad de su hambre carnal.

—Te quiero —le dijo, mirándola muy fijamente a los ojos y dibujando el contorno de sus labios húmedos con el dedo índice—. Te quiero, Gualana, pero sólo para mí. ¿Entiendes? No, no entiendes nada, mas me da igual.

Capítulo XXXIV

Un grupo de indios indicó a Colón de la presencia de abundante oro en las montañas de Cibao. Pero las montañas, por lo que se intuía, distaban al menos dos o tres jornadas de la costa.

—Hay cierta confusión en lo que me dicen estos indígenas. ¿Cibao? ¿No querrán decir Cipango, en lugar de Cibao?

El Almirante no había apartado su obsesión de dar con Cipango, las tierras del Gran Kan y el reino de Catay, de las que había hablado el veneciano Marco Polo en sus libros de viajes, y por ello cada palabra de nombre geográfico o de pueblo que tuviera una cierta similitud con las que hervían en su cabeza automáticamente las modificaba a su conveniencia para que casaran con sus obsesiones.

Se encontraba a bordo Vicente Yáñez Pinzón y Juan *el Niño*, el propietario y patrón de la única carabela de la expedición, tras la deserción de la *Pinta*. Después de los reproches pertinentes del Almirante a la conducta impropia de su hermano y constatar que nada se sabía de él, el genovés le dijo a media voz, en tono de amenaza:

—Mejor hará perdiéndose para siempre.

Colón se interesó por lo que llevaban a bordo de la *Niña*, por los frutos, vegetales y el oro que pudieran tener.

—Debería entregármese todo el oro, puesto que dirijo la expedición. Será guardado en mi arcón, vigilado día y noche por una guardia, y permanecerá sellado y no se abrirá sino en presencia de sus católicas majestades.

—Lo guardaré yo, Almirante.

Al genovés le irritó sobremanera que el menor de los Pinzón se le insubordinara. A veces Cristóbal Colón tenía la sensación de que era demasiado blando con los que estaban bajo sus órdenes, de que la perspicacia y temeridad que lo asistían como marino, para enfrentarse a mares, para aventurarse por tierras ignotas, no lo acompañaba, en cambio, cuando debía hacerlo a los hombres y éstos eran más peligrosos para su empresa que cualquiera de los escollos naturales que pudiera encontrarse.

—Dentro de dos días, y aunque no lo parezca, será Navidad, Vicente Yáñez. Una ocasión para reunir a la tripulación de ambos navíos y celebrar el nacimiento del Señor.

—Contad con nosotros, Almirante, para tan egregia festividad.

Colón dictó a Marín, su escribano, que los indios de Bohío y la Hispaniola eran los seres más dulces, amables, dóciles y entusiastas de las Indias, y con obediencia anotó el de Leizarán sus apreciaciones, aunque no estuvo muy conforme con ellas. ¿Olvidaba el Almirante que él mismo tuvo que degollar a un guerrero para salir con bien de un poblado? ¿Cubrió la bruma sus ojos que no vieron cómo las canoas tainas intentaron cortar el paso a la suya y, de resultas, perdió la vida, por flecha envenenada, el valeroso Andrés de Yruenes? Colón era un gran manipulador de los acontecimientos, lo había sido desde el primer momento, cuando se presentó a los reyes y les habló de un proyecto en el que teóricamente iba a ciegas cuando realmente tenía información precisa de la localización de las tierras y de las distancias gracias al testimonio del desdichado piloto que murió en sus brazos en la isla de la Madera o Madeira. Pero calló Marín, se limitó a plasmar en el pergamino, con letra pulcra, el relato edulcorado de su Almirante, que iba a servirle para armar una flota mucho mayor cuando pisara de nuevo tierras españolas y regresar, triunfante, al Nuevo Mundo.

Llegó el día de Navidad, y no se movieron de aquella bahía. Tal como habían acordado, la tripulación de la *Niña* pasó a la *Santa María*, y al frente de ella fue su capitán. Parecía que, para tan señalado día de la cristiandad, se hubieran limado las asperezas que entre ellos existían, que se hubiera pactado una tácita tregua, pues ambos hombres se fundieron en un abrazo, ante los vítores de sus tripulaciones. Era un día de paz y lo iban a celebrar de la mejor de las maneras posibles, como si estuvieran en su antiguo mundo, aunque faltaran los dulces

típicos, los cochinitos sabrosos cocidos en su propia grasa, la olla castellana, la carne de los corderos pascuales, los buenos caldos de los viñedos jerezanos.

Corrió el vino, tras una comida sencilla que Juan Vicuña, el cocinero de la nao, esforzándose, convirtió en fiesta. Junto con carnes asadas de guajolotes, recién apresados o regalo de los tainos, asó patatas sobre brasas, compuso tortas de maíz, tal como había visto hacer a los indígenas, y elaboró un exquisito postre de plátano cortado a láminas muy finas y ligeramente dorado en la llama. Se abrió un tonel de vino, el último, que milagrosamente no se había agriado, y bebieron todos de él en demasía, hasta los propios indígenas que en la nao iban, más forzados a ello que por propia voluntad.

El Almirante estaba feliz, también por el vino, con el que hacía una excepción, y animaba a sus hombres a divertirse y ser felices en ese día señalado. Improvisaron música, ritmos a partir de golpes con cucharones metálicos sobre las cacerolas de hierro de la cocina, y pusieron su voz los chicarrones del norte a la melodía mientras el resto se peleaba por sacar a bailar a las indias, beodas por tanto vino, a las que les trastabillaban las piernas. Bailaron con ellas, les enseñaron a dar brincos sobre la cubierta, las abrazaron cuando perdían el equilibrio y hasta alguno intentó, entre tanto desorden y bullicio, manosearlas bajo el sayo que cubría sus cuerpos y besarlas en donde se dejaran. Marín recibió en sus brazos a la bella taina Gualana, tras haber bailado ésta con anterioridad con Alonso Clavijo, Antonio de Cuéllar, Jacomel Rico y Juan de la Plaza; no brincó con ella, sino que la abrazó con fuerza, hasta casi ahogarla, para sentirla contra su cuerpo. Estaba beoda, como todas, aunque no tanto como los varones tainos, que habían sucumbido a los estragos del vino y yacían dormidos en cubierta, ajenos ya al ruido y a la jarana, y tenía la mirada de sus ojos rasgados perdida mientras se movían por la cubierta, girando entre los demás bailarines. La deseaba febrilmente, pero su cuerpo era un conjunto de miembros desmadejados, como una muñeca de trapo, insensible a su pasión, y sus ojos, abiertos, lo miraban sin reconocerlo, y cuando susurraba su nombre en su bella oreja, una pieza de carne exquisitamente cincelada por la naturaleza de cuyo lóbulo pendía un hermoso aro de oro, ella no daba síntomas de reconocerlo. Besó sus labios, sin importarle ser visto, y aspiró el aroma acre del vino que había libado, deslizó su boca por su cuello alargado y tomó las esencias de su piel perfumada. Y entonces, alguien, sin nombre, sin cara, se la arrebató bruscamente de los brazos, se la llevó hacia el otro extremo de la borda, a bailar, y la perdió entre aquella vorágine de ruido y forzada alegría.

—Mi buen amigo Marín, si la intuición no me falla, os halláis encelado con esa india. Cosas de poeta, sin duda. ¿Es vuestra musa? Cielos, sí, claro. Una musa ramera, una musa de recias nalgas y afiladas tetas, musa de carne, no de espíritu. Pero que os come el cerebro, Marín, como esas niguas comen los pies del desventurado Juan de Jerez. —Juan de la Plaza se encontraba muy borracho y a duras penas mantenía la verticalidad de su enorme y fibroso cuerpo—. Somos animales, Marín, y más animales en esta jungla que desata todos nuestros instintos y hasta los multiplica, que suprime toda ley. Necesitamos yacer con una hembra tanto como comer, y hay tantas, tan variadas, tan hermosas, que todas estas islas no son más que un gigantesco harén, el mayor lupanar del planeta. —Lo tomó con fuerza de las muñecas y lo acercó a él. Marín sintió su aliento en la cara a vino mientras intentaba retroceder—. Todo lo tenemos aquí, amigo Marín, todo lo que un hombre desea se encuentra en estas islas del diablo que acaban venciéndote.

—Somos dioses —afirmó Marín—. Yo me sentí dios mientras estuve convaleciente en aquel poblado y las indias se ayuntaban silenciosamente conmigo por las noches para robar mi simiente.

Si os quedáis aquí, Marín, veréis indios con cabellos rubios y ojos azules. ¡Qué extraña sensación! ¿No?

Marín buscó a Gualana, y la vio en brazos de un marinero de la *Niña*, por nombre Fernando de

Triana, que la sobaba en una esquina del barco, con la que ya no bailaba. Se encendió e hizo amago de ir hacia ellos, pero Juan de la Plaza lo detuvo con determinación.

—No seáis loco ni ridículo, Marín. Ni celoso de quien ha sido de todos. Olvidadla.

Hacia el anochecer, la cubierta de la *Santa María* parecía un campo de batalla, y los marineros, muertos en combate. Yacían, unos encima de otros, hombres y unas cuantas mujeres, vencidos por el alcohol, sobre una película formada por pegajoso vino escanciado y los desperdicios de la comida, y andaba el perro *Pan* apurando, entre los cuerpos caídos, todo resto que encontraba, sin hacer ascos a nada. A duras penas Vicente Yáñez Pinzón pudo recoger a los suyos y hacerlos bajar al batel para retirarse a dormir la borrachera a su carabela, y muchos bajaron directamente a la barca, que se balanceaba junto al casco de la nao, a patadas.

—Feliz Navidad, Almirante —deseó el menor de los Pinzón con voz gangosa, comiéndose las sílabas, mientras su batel se separaba de la nao y bogaba en la oscuridad en dirección a su carabela anclada a poca distancia.

Colón se retiró a dormir temprano aquella noche del 25 de diciembre, tras haber comido y bebido más de la cuenta con la tripulación y haber rezado dando gracias a Dios por los tesoros que estaban encontrando en el viaje. Se sentía pesado y le dolía la cabeza, que tenía nublada por los efluvios del alcohol. Por primera vez, desde que salieron de Palos de Moguer, tenía sueño y, no bien entró en la cámara, vestido y todo, sin darse tiempo a desnudarse, cayó redondo sobre su catre, sepultó la cabeza bajo la almohada y en breve rindió culto a Morfeo.

En parecidas circunstancias se encontraba el contraamaestre de la nao, Diego de Arana. Las piernas no lo sostenían y no pudo llegar a su camastro, se quedó a medio camino, rendido, cayó redondo al suelo, se golpeó la cabeza contra las tablas de cubierta y de tan fuerte golpe se partió una ceja, sangró por ella, se aplastó la nariz, pero todo aquello no fue suficiente para despertarlo.

No era un día normal. Quien más quien menos estaba borracho y nadie controlaba la nave. Juan de Jerez, el marinero cojo al que las terribles niguas habían devorado un par de dedos de su pie izquierdo, estaba al cuidado del timón, pero se fue a dormir, porque había bebido mucho, aprovechando el relativo respiro de los efectos del alcohol, que paliaba la terrible picazón que invadía los tres dedos restantes de su pie.

—Toma el timón, Pedro —le dijo al grumete—. Despiértame si ocurre algo.

Pedro de Terreros se hizo cargo del barco sin saber casi nada de navegación, lo suyo era cantar las horas y voltear la ampolleta de arena. Aguantó despierto, sujeto a la rueda de madera, hasta que el sueño lo venció y su cuerpo quedó doblado sobre el timón. Nadie advirtió la rotura de la maroma del ancla, desgastada y que infaustamente escogió ese preciso día y momento para romperse, ni advirtió que el barco, deslizándose suavemente por el mar calmo, iba a la deriva, siguiendo una imperceptible corriente que había en la ensenada. Así anduvo una docena de brazas, bogando silenciosa y traicioneramente, hasta topar con un obstáculo rocoso. El choque fue brutal, el casco crujió con dramático estruendo, se produjo una violenta sacudida mientras la roca cortaba como un cuchillo los bajos de la nao y el agua empezaba a entrar en la sentina a borbotones.

—¡Nos hundimos! —chilló, aterrorizado, Pedro de Terreros, recobrando la conciencia.

—¡Naufragio! —empezaron a gritar diversas voces, despertando de la modorra, sintiendo el temblor bajo sus cuerpos.

Los machos del gobernalle se habían desplazado e impedían al timonel hacer las maniobras para destrabar la quilla. El arrecife tenía en sus garras a la nao y no había fuerza ni maña que la sacara.

Los gritos, el fragor del agua entrando por todos los costados del barco, despertaron a los durmientes que, a rastras, se incorporaron. Era noche cerrada y no se veía nada. No se veían ni las luces de la carabela *Niña*, que se había separado durante el trecho que la *Santa María*

anduvo a la deriva.

Diego de Arana entró apesadumbrado en la cámara del Almirante a despertarlo. No volvía en sí el genovés. El vino lo tenía sumido en una de sus horribles pesadillas y a ciegas luchaba contra caníbales africanos que querían devorarlo y corría por una playa, quemado por el sol, hacia un batel que ya se alejaba en dirección a su barco y lo dejaba en manos de aquellos salvajes inmisericordes.

—Almirante, nos hundimos —le gritó el contramaestre, cogiéndolo por los hombros y sacudiéndolo.

Cuando abrió los ojos fijó una mirada terrible de ira en Diego de Arana, presintiendo que algo muy grave sucedía. Oyó entonces la algarabía, las carreras arriba y abajo por la cubierta, sintió lo escorada que estaba la nave, oyó crujir los maderos y comprendió la tragedia: la *Santa María* se perdía. Se alzó bruscamente, apartándolo, y salió de su cámara.

Reinaba el caos. La cubierta estaba ya muy inclinada y se caminaba por ella con extraordinaria dificultad. El agua había invadido por completo la sentina y su sórdido gorgoteo reinaba sobre ningún otro ruido. Los hombres salvaban lo que podían y lo arrojaban sobre los dos bateles amarrados a proa.

—¿Quién ha sido el responsable de todo esto? —chilló el Almirante, hecho una furia.

Nadie le contestó. No se obedecían las órdenes en aquel momento, ni imperaba la cordura sobre el corazón desbocado. El primer batel se separó de la nave naufragada con su carga de marinos y enseres y bogó hacia la playa. Un nuevo crujido, éste más poderoso, y el que una fila de tablas de la cubierta saltara les indicó que era cuestión de segundos que el barco siguiera a flote.

Colón cogió por el cuello, con violencia, a Pedro Alonso *el Niño*, el piloto, y paró en seco su carrera.

—¿Quién estaba al cuidado del barco?

—Juan de Jerez, Almirante.

—¿No teníais que ser vos?

—No estaba en condiciones, Almirante.

—¿Y Juan de la Cosa?

—No lo he visto, señor Colón.

Preguntó a cuantos marinos encontró en su camino hacia la proa de la nao por el propietario de la *Santa María*, sin que ninguno de ellos le supiese dar razón de él.

—Yo lo vi, Almirante.

Colón se encaró con Jacomel Rico y lo sacudió vigorosamente por los hombros, lleno de cólera.

—¿Dónde lo viste y cuándo?

—Solo en un pequeño bote, dirigiéndose hacia la *Niña*.

—¡Miserable cobarde! Tendrá su castigo por abandonar el barco.

La nao no se hundió. Quedó escorada treinta grados y varada sobre el lecho de rocas que la aguantaban e impedía que se precipitara hasta el fondo. Al cabo de un buen rato volvió el batel vacío de la playa, para cargar con más enseres y personas, y lo hizo también, en una barca, solitario, el de Santoña, despedido de la *Niña*, al parecer, con cajas destempladas por su capitán, que le afeó su cobardía. Juan de la Cosa subió a lo que todavía era su barco, cabizbajo y mudo, avergonzado, mientras Colón, vociferante, salía a su encuentro y lo abochornaba delante de todos tachándolo de cobarde, inepto y traidor, y a todos los insultos y desaires públicos no contestó el de Santoña si no con gestos afirmativos de cabeza, aceptando sus culpas y asumiendo la penitencia.

Un nuevo batel partió hacia la costa y el de la *Niña* acudió en ayuda de la nao naufragada. Cargaron las pocas provisiones que salvaron de las aguas, los barriles de pólvora, la lombarda, los arcabuces y las picas, subieron los últimos hombres a él y fueron hasta la playa. Ya por

entonces amanecía y la claridad mostraba a los ojos de Colón la magnitud del desastre.

El Almirante se asomó con precaución al hueco de la sentina, seguido por el contrito Juan de la Cosa, dispuesto a hundirse con el barco, y la vio anegada de agua alborotada, burbujeante, sobre la que flotaban a la deriva toneles de harina y galletas, ratas chillando desesperadas que trataban de salvarse de morir ahogadas. La roca había astillado la quilla del barco, había abierto varios boquetes, y la cubierta, por el peso de la inundación, se había partido también por varias zonas. Era una nave perdida, un desecho, una piltrafa. Y Colón lloró de rabia y de pena.

—¿Y Rodrigo Muñoz?

Nadie había reparado en el demente. Demasiado tarde para hacerlo. Marín miraba el agua alborotada que llenaba la sentina mientras Colón no contestaba, permanecía ajeno, sin importarle la pérdida de la vida de otro de sus marineros.

—¿No era el loco? —dijo, al fin, retirándose del tétrico espectáculo.

La noticia de la tragedia debió de llegar a los poblados tainos del interior de la isla y se propagó. A primeras horas de la mañana, cuando en la desgraciada nave sólo se encontraban Colón, el de Santoña, Marín de Urtubia, Diego de Arana y media docena de marinos, vieron cómo se aproximaban una docena de canoas. Iban a ayudarlos los tainos, apesadumbrados de ver la embarcación encallada y muerta. Los indios subieron a cubierta y cargaron todo lo que pudieron arrancar del pecio y lo embarcaron en las canoas. Muchas veces fueron y vinieron de la playa, tantas que en poco tiempo, antes de que fuera la hora nona, el barco había sido totalmente vaciado, incluidos los muebles de la cámara del Almirante, sus mapas, su bujía, su catalejo, todas sus pertenencias personales, por supuesto los estandartes, y ya nada quedaba salvo los mástiles, la cubierta y la borda del barco.

—Vos, Diego de Arana, iréis a tierra, a comandar al grupo que se ha quedado en la playa —dictó Colón, sobre la cubierta desmantelada, sus últimas órdenes como capitán de la desafortunada nao—. Y dispondréis guardias para que no hurten nada. Yo iré a instalarme en la *Niña*.

Mientras Diego de Arana se dirigía en un batel a la playa, bañada ya por el sol de la mañana, el Almirante subía al de la *Niña* y se dirigía a la carabela, que estaba anclada a poca distancia. En cuanto subió a bordo, el Almirante tomó posesión de la cámara que hasta entonces ocupaba el menor de los hermanos Pinzón, y convocó una reunión urgente en ella. Además del capitán de la *Niña*, estaban presentes Juan de la Cosa, contrito y mudo, el notario Rodrigo de Escobedo, el judío converso Luis de Torres y el administrador real Pedro Gutiérrez.

—La desdicha que ha sucedido, con la pérdida de la nao capitana, nos obliga a hacer nuevos planes, señores. —Colón tenía el rostro descompuesto y se restregaba los ojos con frecuencia mientras daba vueltas como un oso enjaulado por la cámara de Vicente Alonso Pinzón, quien no podía fingir lo molesto que se sentía por aquella usurpación—. Esto supone que, por razones de espacio, no podremos regresar todos a Castilla y algunos deberán quedarse en tierra, a esperar que regresemos a por ellos.

—¿Abandonarlos en tierra, entre los salvajes? —repitió el capitán de la carabela—. Son vuestros hombres, Almirante, pero yo no dejaría a ninguno de los míos en estas circunstancias.

—Quizás ordene que sean los vuestros los que se queden —dijo Colón, para atajar cualquier opinión en contra—. Puesto que la *Santa María* no se ha hundido, aprovecharemos todo el maderamen de la nao, el de la cubierta y el casco, el de las cámaras, y con él se construirá un fuerte cerca de la playa que sirva de alojamiento y defensa a los que deban quedarse aquí.

—Será la primera ciudad del Nuevo Mundo —infirió el judío converso Luis de Torres, sacando algo positivo de tanta desgracia.

—En efecto, amigo Luis, será la primera ciudad castellana en estas islas, el primer asentamiento cristiano en este territorio de infieles, y habrá que buscarle un nombre.

—¿Cuál podría ser? —preguntó De Torres.

—Fuerte Navidad, ése será su nombre, puesto que en el día de Navidad de 1492 perdimos la

nave y ganamos una ciudad. Puede que todo esto, a fin de cuentas, haya sido un designio del Señor para dejar un retén español que vigile y empiece a gobernar nuestras posesiones de ultramar.

Capítulo XXXV

Colón fue a parlamentar y a negociar con Cuacanagari el modo en cómo sus súbditos podrían ayudar en las tareas de desguace del pecio de la *Santa María*. Acudió en compañía de Camani y Chasej, como intérpretes, e iban en la expedición Juan de la Plaza, Luis de Torres, Marín de Urtubia y Diego de Arana, a quien el Almirante ya pensaba colocar al mando del Fuerte Navidad. Al llegar a la ciudad —puesto que por el número de habitantes, la disposición de las cabañas, el trazado de sus calles y la amplitud de su plaza central había que llamarla así—, vieron que se celebraba una asamblea de jefes de las tribus más importantes que querían rendir honores al poderoso señor de la barba roja que venía del cielo. Cuacanagari hizo las solemnes presentaciones. Estaba allí Caonabó, el señor de la Casa del Oro, el rey más poderoso de la isla de Haití, y había otros tres reyezuelos principales que gobernaban bajo su dominio: Higuaá, Bohechío y Guarionex. Se observaron durante unos instantes, se midieron, estrecharon sus brazos, en señal de amistad, y se sentaron en cuclillas sobre una alfombra de algodón blanco mientras unas tainas púberes —no llevaban la franja de tela que defendía sus vergüenzas— ofrecían tabaco a los presentes. El Almirante no rechazó el ofrecimiento, mas sintióse incómodo cuando el fuego prendió el extremo de aquel rollo de hojas secas y hubo de chupar. Lo hizo suavemente, con gran moderación, y consiguió no tragarse el apestoso humo ni toser.

Colón pactó con los caciques la prestación de servicios por parte de los tainos y les explicó que debían dismantelar los restos de la nave, portarlos a la playa y edificar una fortificación en la que iban a quedarse, mientras él partía rumbo a Castilla, un numeroso grupo de castellanos. No pareció ser muy del agrado de los caciques este último punto. Hubo diversidad de opiniones. Mientras Higuamá y Bohechío se mostraban conformes o, al menos, indiferentes, Caonabó no ocultó su malestar y lo mismo hizo Cuacanagari, aunque éste se mostró mucho más diplomático. No entendía el gran cacique de la isla de Haití, bautizada por Colón como Hispaniola, por qué debían quedarse extraños en sus tierras y qué pretendían con eso. El porte del señor de la Casa del Oro estaba en consonancia con su rango: más grueso que el normal de sus súbditos, más alto, como si se hubiera beneficiado de una especial alimentación, y un penacho de plumas de guacamayo de tres colores diferentes ornaba sus cabellos. Los caciques discutieron entre sí y Colón quiso saber, a través de Camani, sus conclusiones.

—Aceptan que vuestros hombres se queden en la playa, pero les prohíben que se internen en el interior de la isla.

¿Prohibir? ¿Quiénes eran ellos para prohibirles nada? ¿Con qué autoridad unos paganos sin cultura daban órdenes a los súbditos del mayor imperio del mundo? Colón se mordió la lengua mientras pasaron a discutir las compensaciones que recibirían los tainos por su trabajo en la construcción del Fuerte Navidad. Mas ¿qué podían darles? La promesa de hachas, cuchillos y espadas, por las que se desvivían los tainos, armas que les traerían en cuanto Colón regresara de nuevo a esas tierras, promesa que no se cumpliría.

—El naufragio de la carabela ha sido providencial. Mira por donde, un hombre como yo cree en la providencia, Marín. —Juan de la Plaza permanecía tumbado en la playa, al sol, con el torso desnudo, mientras algunos de sus compañeros hacían guardia para que nadie se acercara por los alrededores de los restos salvados de la *Santa María*—. Ahora Colón se verá forzado a dejar hombres en esta isla, y podremos ver cumplido nuestro sueño sin arriesgarnos a ser prendidos y colgados. Ya no hace falta que nos convirtamos en desertores. El Fuerte Navidad será nuestro refugio. ¿No es extraordinario, amigo Marín, el devenir de los acontecimientos?

—Sí, parece como si el destino quisiera que nos quedáramos aquí, o que hubiéramos sido nosotros los que embarrancamos la *Santa María* para nuestros fines. ¿Estáis decidido?

—¿No lo estáis vos? Estaremos bajo las órdenes de ese débil bastardo de Diego de Arana. ¿Lo conocéis bien?

—Lo conozco, cierto.

—¿Y?

—No tiene autoridad suficiente.

—Exacto. En eso coincidís conmigo. Es un pusilánime, no es nadie si no está a su vera el genovés.

—Ignoro adonde queréis ir a parar.

—Cuando el Almirante se marche, cuando nos deje solos, habrá que saldar algunas cuentas. Aún me duele la espalda, Marín.

Colón ordenó construir una fortificación cuadrada, protegida por una empalizada, con los restos de la carabela capitana. Aquella misma tarde todos los marinos se pusieron manos a la obra en la tarea de desguazar la *Santa María* y llevar los tablones hasta la costa, en donde empezaron a levantarla. Dirigían la obra los carpinteros y los toneleros que iban embarcados en la nao. Había clavos suficientes para trabar entre sí todas las tablas, había madera para, una vez terminada la fortificación exterior, construir pequeñas viviendas en el interior del recinto. Trabajaron a buen ritmo y, al anoecer, durmieron en la playa, junto a la fortaleza medio construida, e hicieron guardias por si recibían la visita poco amistosa de los indios.

Sus prisioneros o invitados indígenas no huyeron. Parecían aceptar su destino de ser exhibidos, cuando concluyera el tornaviaje, ante sus majestades católicas en las cortes del reino, junto a las patatas, el maíz, los guacamayos y las hojas de tabaco. Un producto más de esas tierras, el ejemplo de la docilidad y belleza de una raza que sería muy fácil dominar. De noche, Marín buscó a su amante taina, la tomó de la mano, la llevó lejos del campamento, de su gran fuego en la arena que crepitaba e iluminaba una gran porción de la playa hasta el agua negra. Hicieron el amor sin silencios, sobre un lecho de arena y bajo un techo de estrellas.

—Tú irás a mi tierra y yo me quedaré aquí. ¡Qué terrible y trágico absurdo! Vamos a intercambiar nuestros mundos —le dijo Marín, dudando de ser comprendido, a la muchacha taina de cuyo bello cuerpo húmedo la luna arrancaba reflejos—. Cuando yo podría ir contigo, a mi mundo, en el que no seríamos felices, puesto que allí no hay selvas, ni guacamayos, la gente va vestida, es estúpida y te despreciaría, o tú podrías quedarte conmigo, en el tuyo, en el que yo intentaría serlo. Eso haría un amante cabal, pero no yo, que carezco de valor. ¿Es esta pasión que siento por ti amor o es sencillamente la rendición de la carne?

La muchacha lo miraba sin comprender, abriendo mucho los ojos y sonriendo, y terminó tendiéndose, abriendo los muslos, invitándolo a poseerla de nuevo. Y Marín sucumbió una vez más a la tentación de la carne. ¡Qué gozosa disposición la de la muchacha de ese Nuevo Mundo!

A la mañana siguiente llegaron los indios de Cuacanagari y se ofrecieron para ayudarlos en la construcción de la fortaleza. El medio centenar de tainos, los más fuertes de la ciudad, se pusieron bajo las órdenes del tonelero, ascendido por las circunstancias al oficio de arquitecto, y transportaron en sus canoas las últimas tablas de cubierta, los maderos cóncavos y húmedos del casco, los tres mástiles, tras seccionarlos, dejando la nao convertida en un esqueleto marino, en una ballena descarnada por las gaviotas, y con todos aquellos materiales elevaron torres, construyeron cuarteles y polvorines. Había decidido Colón —puesto que ya estaban en disposición de emprender el tornaviaje— dejar a los primeros pobladores hispanos de la Hispaniola todas las armas que llevaran a bordo, puesto que ellos no iban a necesitarlas, incluidos los arcabuces y la espingarda, y parte de las provisiones que aún quedaban.

—Marín, el Almirante quiere hablar con vos.

Estaba tan absorto que no reparó en el enviado de Colón. Aquella mañana, los prisioneros o huéspedes indios, no se sabía muy bien en calidad de qué estaban allí, habían embarcado en un batel y habían sido llevados a las bodegas de la *Niña*. Marín vio partir a su amante taina con lágrimas en los ojos y se enfureció consigo mismo por la debilidad de su corazón. ¿Qué era ella?

Una simple mujer, un cuerpo que le había dado a él placer como se lo había proporcionado, desvergonzadamente, a todos los que se lo requirieron. En Sevilla sería una excelente ramera, tendría éxito por lo exótico de sus rasgos, por la perfección de sus formas y ganaría buena plata gracias a su extremada belleza. Amaba su cuerpo, su piel, su boca, el húmedo tesoro que descubrían sus muslos suaves al abrirse, pero ¿la amaba a ella? Ella no era más que un cuerpo. ¿Suficiente? Suficiente su sonrisa, suficiente su mirada, la de la sierva hacia su dios.

—Marín, el Almirante requiere vuestra presencia.

Tomó el batel, que venía de la *Niña* a buscarlo, y se dejó llevar por el remero hasta la carabela. Subió a bordo y se dirigió, sorteando a los marineros de cubierta, a la cámara. Llamó quedamente a la puerta, se anunció y entró.

—Hace tiempo que no os veo, Marín.

No contestó. Permaneció en pie, esperando instrucciones.

—El viaje ha concluido de modo satisfactorio, a pesar del contratiempo de la *Santa María*. Empezaremos el tornaviaje, Marín, y espero que la bonanza del tiempo nos acompañe y el Señor se porte generosamente con nosotros y los alisios nos ayuden a llegar prontamente a la Península. Vamos a llevar en la nave a nativos, frutos, especias y animales para mostrarlos a sus majestades católicas. Y nos reuniremos con la *Pinta*, que finalmente ha sido vista no muy lejos de aquí, aunque dudo si perdonar a Martín Alonso Pinzón o colgarlo de la verga mayor de su barco.

—Si me permitís el consejo, perdonarle la vida será más práctico, señor.

—Peco de blando con él. He aguantado demasiados desplantes. Informaré a sus majestades católicas de su indisciplina, de su inmoralidad, de su ambición.

—Deseo haceros una petición, si me permite vuestra merced.

—Escucho.

—Según tengo entendido, vais a dejar a un total de treinta y nueve hombres en el Fuerte Navidad.

—Así es.

—Quiero ser uno de ellos. Hubo un largo silencio. La luz, en la cámara, era escasa y los interlocutores no se veían el rostro, habían de imaginárselo.

—No os entiendo, poeta. Volved conmigo, os necesito en el tornaviaje. ¿No deseáis regresar a vuestro mundo? Juro que intercederé por vos para que no se os aplique ninguna pena, que ya habéis purgado de sobras lo que pudisteis hacer con las penalidades de esta expedición.

—Os lo agradezco, pero mi decisión está tomada.

—No si os ordeno lo contrario —dijo, furioso, alzando la voz—. Es el peor de vuestros defectos, después de la ironía: la rebeldía. Estáis loco si pretendéis quedaros aquí. Puede ser muy peligroso. ¿Quién me dice que, en cuanto nos vean partir, estos tainos amistosos no se volverán guerreros y acabarán con todos? A estas gentes les atemoriza nuestro poder, el humo y el ruido de nuestras armas de fuego. No me fío de algunos de sus caciques, ni tampoco de Caonabó, es viscoso como una serpiente y astuto, no aprobó que se quedaran castellanos en su isla, aunque luego los aceptó con condiciones.

—Seré más útil en tierra que de nuevo en alta mar. Escribiré la crónica de los acontecimientos de Indias del primer asentamiento español en el Nuevo Mundo para cuando regreséis.

—Nuevo Mundo. ¿Por qué lo llamamos Nuevo Mundo? ¿Es más antiguo el nuestro que éste? Pero el nombre me gusta, lo confieso. Sois listo, Marín. Me ofrecéis mucho. El relato, la historia del primer asentamiento. Un buen argumento para que acepte que os quedéis. Más interesante es vuestra experiencia ahora que la mía, de vuelta por el mismo camino. Mi misión es llevar lo que he conocido a sus majestades católicas, armar una nueva y más poderosa expedición, esta vez de conquista.

—¿Conquista?

—Sí, claro, conquista o evangelización. Los tainos aceptarán de buen grado estar bajo las órdenes de Castilla.

—¿Se lo habéis preguntado?

—No seáis ridículo. No lo entenderían. Ellos sólo verán que llegaremos a estas sus tierras más y más hombres, que empezaremos a construir ciudades, que edificaremos grandes iglesias bajo cada una de las cruces que he ido plantando.

—¿No acabaremos con su paraíso?

—Ellos han disfrutado de su paraíso sin que nadie se metiera en él. Es hora de compartirlo. Si no es Castilla, será otro gran imperio quien tome estas tierras. En cuanto a vuestra petición, la de quedaros, la acepto con dolor, pues os tengo en gran estima, Marín. Sé que volveremos a vernos y espero que me entreguéis ese cuaderno con todas las anotaciones que vais a escribir para mí.

—Contad con ello, Almirante. ¿Quién estará al mando en tierra?

—El contra maestre Diego de Arana, que es hombre de mi entera confianza.

Marín se retiró de la cámara pero, antes de descender al batel, se asomó a la bodega. Estaba demasiado oscura para ver algo o a alguien, pero la presintió, agazapada en algún lugar, advirtió su aroma y con él se embarcó y perdió de vista a la *Niña*.

Capítulo XXXVI

En nueve días la fortificación, que recibió el nombre de Fuerte Navidad, ya estaba construida, aprovechando todas y cada una de las piezas de la desarbolada *Santa María*. Tras la empalizada, alzada con los tablones de la cubierta y parte de los del casco de la nave siniestrada, levantaron, aprovechando la cámara del Almirante, la residencia de quien iba a ser el gobernador del asentamiento, Diego de Arana, una torre de vigía que se alzaba varios metros por encima de la defensa, fosos hondos que la rodeaban, que harían más difícil su escalo, que pondrían a los defensores a cubierto de flechas y azagayas.

—¿De quién hemos de defendernos? ¿No son los tainos tan dóciles y pacíficos?

—De los *caribes*.

—Pero ¿existen los tales *caribes*?

En el centro de la fortificación, rodeado por dos barracones construidos con los troncos de algunos árboles que talaron para albergar a toda la marinería que se quedaba en la Hispaniola, con techumbre de hoja de palma seca, al estilo de las cabañas indígenas, dejaron un gran patio de armas en cuyo centro clavaron el mástil de mesana en el que ondeaban, orgullosos, los estandartes reales. Y en el interior de las cabañas, suspendidas entre los palos que sostenían la estructura, pendían las hamacas, balanceándose, uno de los primeros inventos nativos que los castellanos adaptaron y usaron con entusiasmo.

Aquel día, la mañana del miércoles 3 de enero de 1493, Colón se hizo desembarcar en la playa muy temprano, con toda la solemnidad posible. Iba acompañado del capitán Vicente Yáñez Pinzón, Pedro Gutiérrez, administrador real, Rodrigo Sánchez, el veedor, el notario de Segovia Escobedo, y precedido por cuatro hombres armados con arcabuces, corazas relucientes, cascos bruñidos y media docena de portadores de picas, que marchaban, marciales, por los laterales de la comitiva, y el tamborilero Juan Moguer, con su enorme instrumento de percusión colgado del cuello. Después de cruzar el corto puente de madera sobre el foso que rodeaba la fortificación y la maciza puerta de la entrada, se dirigieron a la plaza de armas. Allí lo esperaba Diego de Arana, con sus mejores galas, que conseguían imprimir a su porte lo que sin duda su carácter le negaba.

—Castellanos, miembros de las tripulaciones de la malhadada *Santa María* y de la *Niña*, hombres valerosos de mar que me habéis acompañado en esta empresa demostrando la fe que teníais en ella, a vos me dirijo en este día 3 de enero de 1493, en este territorio patrio de la Hispaniola bautizado con orgullo como Fuerte Navidad. Como ya sabéis, por razones de espacio, tras el naufragio de la nao capitana en tan infaustas circunstancias, me es imposible llevaros a todos vosotros en el tornaviaje. Quiere la providencia y los mismos acontecimientos que algunos de vosotros se queden aquí, en esta isla que Dios ha puesto en nuestro camino, a la espera de mi regreso, que haré, Dios mediante, con más naves, con soldados, con agricultores, con artesanos y con clérigos, para consolidar la presencia de sus majestades católicas en todos estos nuevos territorios que estamos descubriendo. Quedaréis bajo las órdenes del contraamaestre de la *Santa María*, don Diego de Arana, al que obedeceréis como si de mi persona se tratara, y también bajo las órdenes del administrador real Pedro Gutiérrez y del notario Rodrigo de Escobedo. Éstos son los tres primeros hombres designados por mí para quedarse al cuidado del nuevo territorio, los treinta y seis restantes deben salir voluntariamente entre vosotros.

A nadie escapó la mueca de profundo desagrado que la noticia, por imprevista y no consultada, le produjo a Pedro Gutiérrez, que aborrecía aquellas tierras y ansiaba regresar a sus posesiones de Toledo. Juan Moguer hizo retumbar el tambor con los dos palillos, rítmicamente, con tanto brío que se dejaba la piel en ellos, mientras los tres escogidos por el Almirante se alineaban frente a él. El primer paso lo dio Marín de Urtubia, que se colocó inmediatamente detrás de las nuevas autoridades del Fuerte Navidad; a continuación lo hizo Juan de la Plaza, con una sonrisa

en sus delgados labios, y luego, Jacomel Rico, Juan de Medina, Alonso Chocero, Alonso Clavijo, Bartolomé Biues, Chachu, Diego Bermúdez, Domingo Vizcaíno, Juan de Jerez, el de las niguas, el galeno Juan Sánchez, y los tripulantes de la *Niña* Gil Pérez, Antón Calabrés, Alonso de Palos, Juan Reynal, Juan Quadrado, Pedro Tegero, Sancho de Rama. Juan Verde de Triana, Juan Vecano, Juan Romero, Andrés de Huelva, los dos hermanos Mendes, Fernando y Francisco, y así hasta llegar a treinta y nueve. Cada uno de ellos, a medida que se sumaban a las filas de los que se quedaban, iban gritando su nombre en voz bien alta, la población de su origen y su oficio en el barco.

—Llevaré las nuevas a los Reyes Católicos y tornaré con muchas mercedes para todos vosotros, que tendréis cumplidos galardones. Os agradezco, de corazón, vuestra entrega, valientes marineros de las dos naves. No debéis ir tierra adentro ni descaudillaros, ni dividiros, ni tomar mujeres, ni dar pesadumbre o enojo alguno a los indios bajo ningún concepto. Quedaréis con armas de fuego, espadas y picas, que no creo que tengáis que utilizar pues los indios son amistosos y os veneran como a dioses. ¡Qué Dios os acompañe!

El Almirante estampó la firma en el documento de cesión de poderes que había redactado el notario Rodrigo de Escobedo, y marchó, al frente de los que volvían con él a la Península a redobles de tambor, hacia la playa, para tomar el batel y volver a la *Niña*.

Capítulo XXXVII

Jueves, 4 de enero de 1493, el día anterior al de la partida. Colón tenía previsto zarpar a la mañana siguiente, no bien saliera el sol, a reunirse con la *Pinta*, que había sido vista en alta mar y los esperaba al otro lado de la Hispaniola, para emprender juntas el regreso.

Era mediodía. El sol caía a plomo sobre una atmósfera cálida en la que ni una brizna de hierba se movía. No había nubes en el cielo y el sol espejeaba en un mar llano que cegaba. El batel de la *Niña* llegó entonces a la playa y, mientras el remero aguardaba en la barca encallada, sobre la arena, el marino Gonzalo Franco cruzó la playa y llegóse ante la puerta del Fuerte Navidad. Le abrió el centinela, lo hizo pasar haciendo un gesto con la pica y volvió a cerrar la cancela y a apostarse detrás de ella. El recién llegado encontró a Marín, balanceándose sudoroso sobre una hamaca en una de las dependencias habilitadas como alojamiento de los internos de la fortificación.

—¡Marín de Urtubia! —gritó, buscándolo.

El de Leizarán se bajó apresuradamente de la hamaca, buscó su camisa y se presentó mientras se la abrochaba.

—El Almirante quiere hablaros.

Se refrescó la cara con el agua de una palangana, se alisó los desordenados cabellos y lo siguió. A bordo de la *Niña*, los marineros estaban en plena ebullición, haciendo los preparativos para zarpar, oreando las velas, colocando el lastre en las bodegas para la estabilidad de la nave, comprobando el buen estado de las maromas. Entre ellos pasó Marín de Urtubia, saludando a sus compañeros de la nao *Santa María* que allí había.

—Comed por mí buenos chorizos, buenas hogazas de pan, alubias, garbanzos y chuletas de cordero y emborrachaos con buen vino.

—Lo haremos, Marín.

—Pensad en los que aquí nos quedamos. No nos borréis de vuestros pensamientos.

Colón lo esperaba en la cámara, con Vicente Alonso Pinzón, Juan de la Cosa y Luis de Torres.

—Pasad, Marín, pasad. Quedaos a comer con nosotros.

Ocupó su lugar en la mesa. Era la cámara de la *Niña* —situada a popa— bastante más reducida que la de la *Santa María*, puesto que de las tres ésta era la nave más pequeña. Por un ventanuco, al sur, tras cristales emplomados, se divisaban las selvas vírgenes de la isla que a poco iban a dejar de ver. En el suelo había tres cofres, uno abierto con cargamento de oro, piedras preciosas, alhajas, aunque todo en pequeñas cantidades, muy por debajo de las expectativas. Ni rastro de perfumes, canela, pimienta, clavo o nuez moscada.

—He aquí un poeta que prefiere cantar *in situ* las bellezas de este Nuevo Mundo, alguien seducido por la aventura al que internamente envidio. Yo también me quedaría aquí, con vos, si no me viera obligado a regresar para dar cuenta de mis hallazgos. Servid el vino, Diego.

El criado de Colón escanció gorgoteante néctar de uva en cada uno de los cuencos de barro. Comieron pavo asado, que les supo a gloria, y bizcocho, que les llenó la panza.

—Realmente, después de tanto tiempo, empiezo a desear el regreso a casa, dormir en una buena cama, salir a la calle, ir a la taberna, charlar con los amigos, jugar a los dados —dijo Luis de Torres, mordisqueando un bizcocho—. Esta vida nómada cansa, a la larga, una vez que desaparece la fascinación inicial.

—Y este bochorno —dijo Vicente Yáñez Pinzón— es francamente insoportable. —Y enjugó con el dorso de la mano el sudor que corría por su frente—. Pensad que en nuestro reino, en estos momentos, la nieve cubre las cumbres de sierra Nevada.

—Mi querido poeta tiene la valentía de quedarse aquí. Lo comprendo. Como poeta, como hombre instruido, debe de sentirse fascinado por la belleza de este singular y exuberante paisaje, por este delirio de plantas, animales y gentes, del novedoso escenario en el que una vida primitiva se desarrolla al margen de nuestro mundo civilizado.

—Pero tan próximo a las civilizadas Indias, Almirante —hizo ver, con pérfida ironía, el capitán de la *Niña*.

—Por supuesto. En posteriores expediciones profundizaremos más, llegaremos al continente, exploraremos Cipango y Catay y haremos llegar nuestro mensaje de amistad al Gran Khan. Queda pendiente, desde luego. Tened en cuenta que soy lego marinerero, no docto en letras y hombre mundanal.

—¿Os espera alguien en casa, Almirante?

—Me esperan mujer e hijos. Mi muy amante compañera y mis dos hijos, a quien deseo con toda mi alma estrechar entre mis brazos y hablarles de estas tierras fascinantes que la voluntad de Dios puso en nuestro camino.

—Yo volveré a Salamanca, a mi docencia —afirmó Luis de Torres.

—¿No os animáis a enrolaros en mi próxima expedición, don Luis?

—Don Cristóbal Colón, por mi edad y mi talante, este viaje ha sido muy excitante, quizá en extremo, y ahora ansío, por el contrario, algo de calma, para digerirlo. No me he sentido muy útil, más bien un estorbo, pues mis conocimientos de lenguas de nada han servido entre estas extrañas gentes.

—Me gustaría que todos recordarais la importancia de estos descubrimientos —dijo Colón, apremiando a su sirviente para que le llenara nuevamente el cuenco de vino—. Llevamos algo más valioso que el oro a sus majestades católicas, les llevamos nuevas tierras, nuevos súbditos y, sin ser profeta, vaticino una nueva era para la humanidad, de tanta importancia o más que cuando el orbe entero estaba bajo la égida de Roma. ¿Cuántos territorios nos quedan aún por descubrir? ¿Cuántos miles de súbditos que poner bajo la tutela de sus católicas majestades? Hablaron hasta bien entrada la tarde. Se hizo de noche y aún hablaban. Vicente Yáñez Pinzón se retiró a descansar, y también lo hicieron Luis de Torres y De la Cosa. Quedaron solas el Almirante y Marín, silenciosos, sin verse las caras por la ausencia de luz.

—Es hora de que os vayáis. Partiremos con el nuevo sol, como partimos de Palos. No quiero algarabía, ni despedidas, ni llantos, por supuesto, aunque reconozco que una extraña tristeza me embarga al dejar todo esto, a pesar de que sé que volveré muy pronto. Cuidaos, Marín.

—Lo haré, Almirante.

Estaban de pie, fuera de la cámara. Caía la noche calurosa y centenares de insectos revoloteaban alrededor de los faroles de aceite encendidos cuya luz iluminaba los rostros cetrinos de los marinos. Fueron aquellos insectos quienes primero les dieron la bienvenida a ese Nuevo Mundo.

—Hace días que no veo a Camani. Ha desaparecido. Dejé de verlo cuando empezamos a construir el Fuerte Navidad. Tampoco he visto a Chasej.

—Habrá vuelto con los suyos. Nos os preocupéis. Ése siempre es nuestro sino, estar con los nuestros, pues por muy hermosas que sean estas tierras y muy bellas sus gentes, nosotros pertenecemos a otro mundo, mal que nos pese, y muy superior, aunque a veces nos asalte la duda.

Llegó el momento de la despedida. El Almirante le tendió la mano y Marín se la cogió por la muñeca. Se estuvieron mirando durante unos instantes mientras sentían entre los dedos el aleteo de sus sangres corriendo por las venas. El gran hombre, el que iba a escribir la historia, embarcaba en el navío y volvía a donde había partido a dar cuenta de todas las maravillas de aquel jardín del Edén y a recibir los honores y la gloria; el pequeño hombre, del que nunca hablarían los libros de historia ni las crónicas, prefería permanecer en el anonimato e intentar ser feliz lejos de su mundo, donde las cosas no le habían ido demasiado bien.

—¿No se estará perdiendo el mundo un buen poeta? —dijo Colón.

—¿No me estaría yo perdiendo el mundo? —contestó Marín.

—¡Que Dios esté con vos! —se despidió.

Lanzó una última mirada, desesperada, antes de bajar al batel. La vio fugazmente, o así lo creyó. Una silueta menuda, cubierta con el sayo, una negra melena que caía sobre los hombros, unos ojos tristes que coincidieron con los suyos durante un leve instante. El batel lo llevó a la playa, sus pasos lentos al fuerte y encontró su hamaca vacía, esperándolo. No durmió en toda la noche. Balanceándose sin cesar, a derecha e izquierda, oyendo los ronquidos de sus compañeros de cuarto, su mente escapaba por la pequeña rendija del techo que le permitía ver el cielo estrellado de la noche. Cuando la negrura dejó paso a la luz rosácea, salió.

—¿Tan de mañana? —el centinela de noche le franqueó la puerta.

La playa estaba bañada por la belleza del amanecer, el mar acariciaba la arena con tanta suavidad que parecía besarla; los cangrejos caminaban lateralmente, a sus anchas; las gaviotas, silenciosas, los acechaban, caían de improviso, los atrapaban silenciosamente entre sus picos, los devoraban tras abrirles el caparazón de un picotazo.

El sol se asomaba por el mar, como todas las mañanas, mostrando esa curvatura perfecta de perfil flameante, quemando todo a su alrededor, ascendiendo tímidamente y trazando un camino de oro sobre las aguas quietas no tocadas aún por el viento. Comprendió en ese instante que, viéndolo nacer todos los días, de esa forma tan espectacular, los tainos lo tomaran por dios. Dudó si lo era, mientras se sentaba en la playa.

La carabela estaba enfrente, a tiro de piedra, una hermosa silueta oscura que resaltaba en la tela dorada del mar. El silencio era tal que oía las voces de los marinos maniobrando, y el aire tan diáfano, que los veía deambular por la cubierta. Una a una se elevaron las tres velas de los tres mástiles mientras recogían la cadena del ancla. Sopló una brisa ligera que alimentó el velamen de la nave. La *Niña* se deslizó suavemente hacia la salida de la bahía sin más rumor que el que hacía su quilla hendiendo el agua, como un pájaro, dispuesta a volar. Venían del cielo, recordó. Se iban a él, pensó, viéndola partir.

En aquellos momentos, sintió un estremecimiento de angustia, el aguijón del miedo. Los castellanos partían y nadie podía decir si serían capaces de volver. Era como si rompiera definitivamente su cordón umbilical. No podía imaginar Marín, en aquel amanecer en el Nuevo Mundo, lo que el destino iba a depararle. Quizá, si lo hubiera sabido, habría subido a aquella carabela que se le escapaba.

Permaneció así, inmóvil, quemado por los primeros rayos del sol, hasta que la vio perderse en el horizonte, fundirse en el mismo sol que ya emergía por completo del agua, desperezándose.

Sant Cugat del Vallès, noviembre de 2001.



JOSÉ LUIS MUÑOZ nació en Salamanca en 1951 pero ha vivido siempre en Cataluña. Su carrera literaria se inició en 1985 y, desde entonces, ha publicado veinticinco libros, tres de relatos y el resto novelas, buen número de ellas de género negro.

Sus libros publicados son *El cadáver bajo el jardín* (1987), *Barcelona negra* (1987), *Los ojos ajenos* (1988), *El Barroco* (1988), *Serás gaviota* (1989), *La casa del sueño* (1989), *La lanzadora de cuchillos* (1989), *Pubis de vello rojo* (1990), *Mala hierba* (1992), *El final feliz* (1993), *La malformación de R. Melic* (1994), *La precipitación* (1999), *Una historia china* (2000), *Lifting* (2001), *Guanahaní* (2001), *Fuerte Navidad* (2002), *Caribe* (2002), *El sabor de su piel* (2004), *Lluvia de níquel* (2004), *Los ritos ajenos* (2005), *Último caso del inspector Rodríguez Pachón* (2005), *Viajeros de sí mismos* (2006), *La caraqueña del Maní* (2007), *El mal absoluto* (2008), *El corazón de Yacaré* (2009) y *La mujer ígnea y otros relatos oscuros*.

Está en posesión de algunos de los premios más prestigiosos del panorama literario español como son el Tigre Juan, Azorín, Café Gijón, La Sonrisa Vertical y Camilo José Cela, entre otros, y ha publicado numerosos artículos de opinión y reportajes en los diarios *El Sol*, *El Observador*, *El Independiente*, *El Periódico* y en las revistas *Interviú*, *Playboy*, *Penthouse*, *GQ*, *Cinemanía*, *DT*, *Viajes National Geographic*, *Nómadas* y *Traveler*. Tiene un blog en la red que se llama *La soledad del corredor de fondo*.